

A romantic couple is shown in profile, embracing and looking at each other. The woman has long blonde hair and is wearing a black and white plaid shirt. The man has a beard and is wearing a light-colored button-down shirt over a red shirt and khaki shorts. They are standing in front of a bright orange SUV. The background is a soft, warm sunset sky. The text 'ERES MI MEJOR SUEÑO' is overlaid in large white letters across the middle of the image.

ERES
MI MEJOR SUEÑO

CLARA ÁLBORI

Índice

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*A todas esas personas que luchan por sus sueños
sin detenerse ante los impedimentos de la vida.*

PRÓLOGO

—Agua con gas, por favor.

Lucía sonrió a la camarera, que en ese momento apartaba una mesa para dejarla al lado de la gran ventana del local, por donde la luz entraba dando un toque más elegante a aquel restaurante. Ese día era especial y un tanto agridulce.

Había quedado con su novio para celebrar la nueva etapa que iban a iniciar, aunque separados, pero nada provocaría que su relación acabara. Llevaban saliendo desde que ambos tenían catorce años y, cuatro después, seguían igual de enamorados. Se conocieron en el instituto. Ella era la chica nueva, y él, el chico tímido, pero guapo. No tenía muchos amigos, aunque las chicas se derretían al contemplarle. A Lucía siempre le daba pena verle tan callado y se enternecía cuando le pillaba mirándola y él no tardaba en apartar la mirada.

Un día se acercó a él y enseguida congeniaron. Aún recordaba su primer beso. Bajo aquel impresionante sauce que había en el parque donde ambos iban a pasear. Tras varios meses de relación, él le contó su pasión por los coches y las carreras. Practicaba en un circuito de León con un deportivo que se usaba en las carreras de DTM, con el deseo de que un patrocinador se fijara en él para irse a Alemania a competir de forma profesional. Era su sueño. Y cuatro años después, lo había conseguido. Y no solo eso, sino que a ella la habían aceptado en la Facultad de Medicina de Zaragoza y, además, en aquel verano que estaba a punto de comenzar, una ONG la había seleccionado para ir a Kenia a construir casas y colegios para la gente menos favorecida. Desde pequeña, su sueño siempre había sido ayudar a las personas menos afortunadas y participaba en todo lo que podía. Esa fue una de las cosas que hizo que Gael se enamorara de ella.

Aquel día era el último que estarían juntos, pues cada uno viajaría a un país distinto a cumplir sus sueños y no se verían hasta dentro de varios meses.

Para la ocasión, Lucía se había puesto un vestido blanco con encaje que contrastaba con su piel y su pelo castaño. Quería estar guapa para él y que ese día donde iba a haber risas, lágrimas, pero sobre todo mucho amor, fuera especial.

La camarera le sirvió en una copa el agua que había pedido y Lucía la cogió para dar un sorbo. Sacó el móvil de su bolso y frunció el ceño al ver que no tenía cobertura. Gael estaba tardando más de lo normal. No era típico de él ser impuntual. Se levantó de la mesa con su copa para salir fuera del restaurante y

llamarle. Sabía que era algo que debía corregir, pero Lucía siempre se preocupaba y pensaba lo peor cuando alguien se retrasaba lo más mínimo. Y más cuando no le cogían el teléfono. Suspiró y colgó antes de alzar la vista al frente y ver cómo un coche perdía el control. Empezó a oler a goma quemada y sus tímpanos casi revientan al escuchar el chirriante sonido de los frenos, pero aquello no bastó.

Lucía se quedó paralizada al ver aquel todoterreno blanco ir directo hacia ella. No se movió. El coche la embistió y su liviano cuerpo atravesó el cristal de la ventana del restaurante antes de que su mundo se apagara para siempre.

CAPÍTULO 1



5 años después...

—¡¡Eres un jodido irresponsable!! —le gritó Dustin a Gael entrando por la puerta de su habitación del hospital.

Gael puso los ojos en blanco mientras seguía guardando sus cosas en la bolsa para irse a su casa en Alemania. Parecía mentira que su patrocinador y representante aún no le conociera tras más de cuatro años compitiendo. Además, por mucho que se quejara y le echara esas tremendas broncas, su forma de correr hacía que ganara miles de euros al año, así que lo mejor era que, en esos momentos, cerrara la boca. No estaba de humor. El idiota de Wehrlein le había golpeado en una curva en los entrenamientos y se había estrellado de lado contra el muro. El lateral de su Audi RS6 había quedado completamente destrozado y su mano izquierda magullada. Por suerte solo era un esguince que en un par de semanas estaría como nuevo, aunque, debido a su imprudencia, ninguno de los dos corredores competiría en las primeras carreras de la temporada que se iniciaría en mayo. Solo quedaban dos meses y Gael no se podría incorporar hasta principios de junio. Perdería seguro dos carreras donde no sumaría ningún puñetero punto y su sueño de convertirse en el primer español y el piloto más joven en alcanzar la victoria se iría a la mierda. Llevaba años ansiando conseguirlo y siempre se quedaba a las puertas. Pero lo lograría. Estaba seguro de ello.

En el circuito se le conocía como el Loco Kamikaze por su forma de correr: arriesgada y peligrosa. Apuraba al máximo y todo el mundo creía que ese joven tenía un ángel de la guarda, pues era imposible librarse tantas veces como lo hacía. Conseguía más victorias que derrotas, pero seguía sin ser suficiente, puesto que esas derrotas eran debidas a sus retiradas por sus accidentes, de los que siempre salía ileso.

Mandaba narices que su primera y esperaba que única lesión hubiera sucedido en los entrenamientos para ir preparando el coche. Entrenaban varios pilotos y esos entrenamientos eran filmados por el canal de deportes del país. Gael lo odiaba. Le gustaba entrenar solo, no ofrecer más espectáculo y, sobre todo, no toparse con el idiota de Wehrlein. Un veterano y, para él, un puñetero viejo cascarrabias con bigote (bueno, viejo, todavía no había cumplido los cuarenta), que jamás había ganado y, cuando creía que era su momento, Gael apareció para dejarle estancado en su tercer puesto en las clasificaciones. No se soportaban.

Wehrlein había acabado peor que él. Se había fracturado la clavícula y estaría retirado más tiempo. Probablemente se perdiera la mitad de la temporada.

«Mejor, ¡que le jodan!», pensó Gael recordando lo sucedido. El circuito dejó de ser tal cosa durante unos minutos para convertirse en una especie de pista de autos de choque. Como consecuencia de ello, ambos corredores habían recibido una sanción por parte de los jueces. Dos carreras en las que ninguno competiría, de las nueve que había. Aunque en las otras siete, Gael pensaba darlo todo.

Salió de la habitación con su patrocinador detrás de él. Seguía gritándole, pero a él le daba igual. Siempre hacía lo mismo y no hablaba con Dustin hasta que terminaba de chillarle. Como se imaginaba, la puerta del hospital estaba llena de periodistas. Les sonrió y contestó algunas preguntas. Para qué mentir. Le encantaba ser el centro de atención y que le adoraran. Incluso en las redes sociales había visto varios clubes de aficionadas donde había personas de todo el mundo siguiéndole. Fotos suyas, noticias, fans locas fardando de que le conocían y cientos de cosas más. Tenía todo lo que siempre había soñado.

«Todo no», se dijo recordando a Lucía.

Tras contestar varias preguntas, se subió en el coche y el chófer le llevó a su casa. Dustin seguía con su regañina cuando llegaron. Sí. Sus broncas solían durar varios minutos, pero él se concentró en sacarse una foto mostrando su mano herida para subirla a Instagram. Un minuto después, sus fans le mandaban ánimos y comentaban lo hermoso que salía en aquella foto. En Latinoamérica era más conocido por las chicas. Aunque para qué mentir, ellas no conocían nada de la DTM. Era su físico el que las atraía.

—¿No vas a hablarme? —preguntó Dustin tras desahogarse. Había hecho una auténtica locura aquel día, y esa vez le había salido muy caro.

—Sabes cómo corro, Dustin, y gracias a mi forma de correr consigo las victorias. Gracias a que soy el Loco Kamikaze ganas el pastizal que ganas, y gracias a mí tienes la fama, así como la escudería. Y sí, sé que debo darte las gracias porque confiaste en mí cuando era un puto crío de dieciocho años, y por

ello aún no quiero firmar ninguno de los muchos contratos millonarios que me están ofreciendo, y lo sabes.

—Tienes talento, muchacho, pero acabarás matándote si no bajas las revoluciones.

—No caerá esa breva.

Dustin negó con la cabeza. Gael solo tenía veintitrés años para que pensara de esa forma tan... suicida. Sí. Esa era la palabra. Le conocía. No era que el chaval no apreciara su vida, pero no temía a la muerte. Desde que su novia falleció aquel fatídico día en el que ambos iban a comenzar nuevas experiencias, había decidido vivir con la filosofía de que cada uno estaba destinado a morir más joven o más viejo. A todo el mundo le llegaría la hora cuando le tuviera que llegar, ya fuera a los veinte años o a los cien. Si moría en el circuito, sería simplemente porque su hora había llegado.

—Hasta que te reincorpores, quedan meses —afirmó—. Y debes madurar en más de un sentido, Gael —el joven le miró un tanto enfadado.

¿Madurar? Tuvo que superar la muerte de su novia siendo un puñetero crío. Lo hizo en segundos.

Aún recordaba aquel día. Se había entretenido mucho más de la cuenta hablando por el móvil. Unos minutos vitales, ya que la mala costumbre de Lucía de preocuparse por todo hizo que saliera del restaurante y que se colocara en el lugar donde ese maldito coche iba a pasar tras perder el control. Cuando llegó y vio todo acordonado y con varias ambulancias y coches policiales se asustó, pero jamás pensó que algo tan grave le podía haber pasado a Lucía. Fue la única fallecida en aquel accidente. Gael gritó su nombre cuando la reconoció a lo lejos, con el rostro lleno de sangre antes de que el forense cerrara la bolsa. Pasó el cordón policial para dejarse caer a su lado y abrir la bolsa. Necesitaba verla por última vez. Sí, por última vez, pues no pudo visitar el tanatorio ni asistió al entierro, aunque semanas después fue al cementerio. Lo hizo el día anterior a mudarse a Alemania, prometiéndole cumplir su sueño por ella, ya que, bajo la fachada algo chulesca que Gael tenía, se escondía el chico que era en realidad, pero que no dejaba ver.

—¿En qué sentido debo hacerlo, Dustin? —le preguntó serio.

—Eres inteligente, no creo que tardes en averiguarlo —miró su reloj—. Debo irme ya, pero quiero que me mantengas informado de la evolución de tu muñeca.

—Lo haré —respondió. Antes que representante y representado, eran amigos—. Aunque, si madurar requiere no conseguir mi sueño, no lo haré.

—Los sueños cambian, Gael. Te lo digo por experiencia. —Metió las manos en los bolsillos y sacó un mechero para encenderse un cigarrillo. Su

mujer no soportaba que fumara y lo hacía cuando ella no podía verlo—. Nos vemos.

Cuando Dustin abandonó su hogar, Gael se desprendió de la camiseta, quedando desnudo de cintura para arriba, y se descalzó, pero los vaqueros se los dejó puestos. Se hizo otra foto frente al espejo y la subió a Instagram con un corto mensaje: «Próximos meses descansando antes de retomar las carreras. #DTM». Lo puso en español, alemán e inglés, los idiomas que dominaba, y se quedó mirando unos minutos los comentarios: la gran mayoría de las chicas alabando lo guapo que era.

Gael tenía un cuerpo de infarto, con los músculos desarrollados en su punto exacto para volver locas a las féminas. Cara angelical con dos ojos azules expresivos y pícaros. Su cabello peinado hacia arriba era de color castaño claro y su sonrisa podía protagonizar un anuncio de dentífricos.

Tras contestar algunos comentarios, se sentó frente al portátil y comenzó a leer la prensa española. Le dio al enlace en el que el titular resumía la noticia de una pareja de ancianos con un nieto a su cuidado que acababan de ser desahuciados. La foto era conmovedora. Aquellas personas mayores se abrazaban y lloraban mientras el niño miraba a su alrededor como si no supiera qué sucedía. Eso había ocurrido en un pueblo de Burgos de no más de setecientos habitantes llamado Quintanar de la Sierra. Los vecinos del pueblo habían puesto en marcha una campaña en la que pedían voluntarios para construirles una nueva casa en la que los tres pudieran vivir con total tranquilidad. El trabajo iba muy lento, puesto que la mano de obra no era abundante. La gran mayoría de los habitantes superaban la cincuentena y sus cuerpos ya no tenían la misma fuerza y energía de antes.

Gael sintió una opresión en el pecho al leerlo. Y también mucha lástima. No podía creerse que en pleno siglo xxi todavía sucedieran cosas como esa. Pero, por suerte, había buenas personas que, sin conocer de nada a los afectados, luchaban por sus derechos. Aunque esa vez sus luchas no habían valido de mucho, pues la casa había sido desalojada, y lo peor era que todas las pertenencias que había dentro de aquel hogar, ya vacío, no las podían recuperar, pues el banco se había quedado hasta con el cepillo de dientes. Eso le ponía furioso. La crueldad humana era infinita.

Cuando conoció a Lucía y le habló de su sueño y en todo lo que ya había trabajado, sintió un gran interés por todo eso, pero nunca se animaba a participar. Hasta que ella murió y se prometió a sí mismo que ayudaría a todas aquellas personas a las que ella ya no podría hacerlo. En estos cinco años, había hecho numerosas obras y la satisfacción que sentía al terminar y ver las caras de la gente llena de alegría, además de su felicidad al ver la luz al final del túnel, le

llenaba. Era una sensación maravillosa. No podía acudir a tantas obras como él quería, pero cuando no lo hacía procuraba mandar un cheque abultado de manera anónima para colaborar.

Sin dudarle, Gael comenzó a preparar un viaje hacia aquel pueblo y así ayudar en la construcción de aquella casa. No era la primera vez que echaba una mano en obras caritativas, ya fuera participando activamente o enviando algún donativo. Nadie, salvo Dustin, conocía lo que hacía. Ayudaba con la condición de que no saliera a la luz que era él uno de los voluntarios. No era más que nadie en esas obras por ser famoso y tampoco quería que la prensa estuviera incordiando y que la gente pensara que lo planeaba así para conseguir más fama. Hacía aquello para hacer realidad, a través de él, el sueño de Lucía, y era feliz viendo la sonrisa y las lágrimas de alegría de la gente a la que ayudaba.

Llamó a Dustin para contarle su plan: ir a ese pueblo y ayudar en la construcción de esa casa hasta que tuviera que reincorporarse a la temporada.

Enseguida entre los dos consiguieron un vuelo donde Gael pudiera llevarse su coche, lo iba a necesitar, pues aterrizaría en Madrid y tendría que conducir hasta el pueblo.

—Procura que esa gente mantenga la boca cerrada con respecto a ti. Te cubriré diciendo que estás recuperándote de la lesión en algún lugar paradisíaco —le recordó Dustin.

—Tranquilo, sabes que nunca he tenido problemas con ello.

—No puedes hacer esfuerzos, Gael —le informó—. Tu mano se está recuperando.

—Salgo en dos semanas, en esos días mi mano estará como nueva, pero intentaré no sobrepasarme —continuó leyendo más sobre aquella noticia—. La pareja y el niño están por el momento instalados en un hostel. Por lo visto en el pueblo se les quiere mucho, pero necesitan cuanto antes una nueva casa. Pone que la iniciaron a las afueras y que apenas se ha colocado la estructura. Además, en ese pueblo hay que construir obligatoriamente con unas piedras que hay en el monte y hay que subir a por ellas. Necesitan mucha ayuda —suspiró—. También comentan que el anciano no está demasiado bien de salud.

Dustin se quedó callado al escucharle. Siempre se sorprendía con aquel muchacho. La fama le encantaba. Adoraba ser el centro de atención y su forma de ser, creída y chulesca, pero también era un joven con buen corazón y no quería que la prensa le siguiera en sus obras caritativas. Él solo quería ser uno más en esos momentos. Simplemente quería ser Gael: un joven normal. No Gael Montés: corredor profesional de la DTM.

—Yo me ocuparé de cubrirte, pero recuerda que, como muy tarde, a principios de junio deberás volver.

—Tranquilo. Aquí me tendrás. Gracias, tío, te debo muchas.

—No me debes nada. Ve y haz feliz a esas personas, y tráeme un imán para la nevera, sabes que a Callan le encantan.

Gael sonrió al pensar en la mujer de su amigo. Desde que se enteró de lo mucho que solía viajar para participar en diferentes ONG y obras caritativas, Gael le llevaba un imán de aquellos lugares. Tenían la nevera llena, y eso que su hijo, Edwin, les había roto más de uno. Era un niño rubio de tres años al que Gael adoraba. Era como su hermano pequeño y, junto a sus padres, se había convertido en su familia alemana.

Tras dejar atados varios asuntos que tenía pendientes en Alemania, Gael embarcó en un avión con destino a su país de origen. Por delante tenía unos meses para intentar terminar, con ayuda de más voluntarios, un hogar para que tres personas, que habían luchado y trabajado duro toda su vida, vivieran tranquilas sin que nadie pudiera echarlas como si fueran escoria. Después, regresaría y haría realidad su sueño. Tenía todo perfectamente planeado. Nada podía salir mal.

CAPÍTULO 2



Daniela no podía más. Estaba harta de la idiota de su jefa. Sí. Idiota. Esa mujer no tenía otro nombre. Bueno, en realidad, sí: aprovechada, cuentista, vaga, mentirosa..., ¡gilipollas!!

Dios, iba a explotar de un momento a otro. Trabajaba en la pastelería-panadería del pueblo como repostera. Solo llevaba dos meses y ya estaba hasta el moño. La dueña del local, su jefa, la dejaba cada dos por tres sola con la excusa de que su madre estaba enferma y la necesitaba y la promesa de que mandaría a alguien a ayudarla: su hijo o sus sobrinos, pero... ¡sorpresa! Ellos eran igual de vagos que ella, pues siempre aparecían cuando ya estaba todo hecho. ¡No los soportaba! Pero, claro, debía aguantar. Necesitaba el trabajo, y en el pueblo escaseaban.

Los robos en el supermercado habían aumentado debido a que los habitantes apenas tenían para comer, y los encargados les habían dicho a las cajeras que no intentaran detener a los ladrones, pues de nada serviría y ellas podrían acabar heridas.

Y para colmo, tras meses luchando, habían acabado por desahuciar a Antonio y Pepa junto con su nieto de seis años, Israel.

Hace dos años, su hija Natalia había muerto en un accidente de tráfico junto con su marido y, desde entonces, ellos debían hacerse cargo de su nieto. Tiempo atrás, fueron avalistas de unos amigos a través de su vivienda, pero estos no respondieron a los pagos, así que, por desgracia y por ser buenas personas, Antonio y Pepa tuvieron que hacerse cargo de una deuda que no podían cubrir. Finalmente, tras años de lucha, avisos y enfrentamientos, el desahucio se había producido.

El pueblo entero se solidarizó con ellos y el padre de Daniela, dueño de uno de los hostales del lugar, les ofreció de forma gratuita una habitación para que

vivieran allí hasta que terminaran de construir la casa que habían empezado para ellos. Apenas estaba colocada la estructura.

Los más jóvenes del pueblo ayudaban y comenzaban a llegar voluntarios gracias a que los medios habían difundido la noticia. Poco a poco lo lograrían. Estaba convencida.

Llegó a casa y vio a su padre mirando ausente por la ventana. Sabía qué era lo que le sucedía. A pesar de haber pasado ya más de dos meses, se seguía sintiendo culpable.

Daniela cerró la puerta y ese sonido hizo que Fernando se girara para mirarla. Su hija tenía la cara llena de harina y chocolate por su pelo rubio. Ese que siempre llevaba recogido en una coleta alta. No se sentía nada cómoda con el pelo suelto, decía que se veía rara y no renunciaba a aquel básico recogido. Ese aspecto le hizo saber a su padre que la jefa la había vuelto a dejar sola y que se había tenido que ocupar de cocinar y servir.

—Lo siento —se disculpó bajando la mirada.

—No es culpa tuya, papá —se acercó a él tras dejar caer la bolsa de trabajo—. No hay prisa. Algún día lo retomaré —puso una mano en su hombro.

Fernando la miró a sus ojos castaños tan parecidos a los suyos y le sonrió antes de abrazarla y besarle la frente, sin importar que le manchara. Daniela había tenido que dejar de estudiar la carrera de Veterinaria a mitad de su tercer curso debido a que ese año no le habían concedido la beca y él no podía hacer frente a los gastos de aquel grado. El hostel que regentaba estaba a punto de irse a la ruina. La falta de clientes hacía que no pudiera cubrir todos los pagos y había tenido que prescindir del personal. Eso era lo que más le dolía, dejar en la calle a sus empleados, pero no sabía qué más hacer. Esperaba que cuando llegara el verano o la fiesta que se celebraba en primavera, a finales de mayo, hiciera que la gente se interesara por pasar unas minivacaciones en aquel pueblo.

—Sabes que te quiero, ¿verdad, cariño? —le dijo su padre.

—Sí, papá. Como yo a ti —le miró—. Deja de culparte, porque no tienes la culpa. Es lo que mamá siempre decía cuando me compraba los libros del instituto: «Estudiar es para los ricos. Pero algún día nos tocará la primitiva y lo seremos».

Ambos sonrieron al recordar a Magda. Hacía tres años que había fallecido debido a un ictus. A todos los pilló por sorpresa. Era una mujer sana y llena de vitalidad. Fue un duro golpe para Daniela y Fernando.

Un leve sonido hizo que ambos miraran hacia el lugar de donde procedía y Daniela comprobó cómo su coneja intentaba abrir la jaula. Odiaba estar en ella. Era un Belier Holandés que le regaló su madre antes de fallecer.

Se llamaba Calcetines debido a sus orejas caídas y negras. El resto del cuerpo era blanco, pero tenía unos pocos puntos negros formando una línea desde la mitad del cuerpo hasta la cola y otra mancha más pequeña al lado de la nariz, y dos más le rodeaban sus ojos color café.

Calcetines pertenecía a una raza bastante grande. Pesaba casi cuatro kilos, pero era adorable. Y muy suavcita. Daniela no lo iba a negar, la malcriaba dándole de vez en cuando algún que otro dulce. Y también la dejaba suelta. No le gustaba verla en la jaula; así que en estos tres años su coneja se había acostumbrado a estar más fuera que dentro y había aprendido a abrir sola su jaula. Se apoyaba en los barrotes y, con la boca, ejercía fuerza para abrir la puerta. ¡A Daniela le parecía adorable! Pero su padre odiaba verla corretear por la casa.

Cuando Calcetines vio a su dueña acercarse a ella, comenzó a moverse ansiosa por la jaula sabiendo que la iba a liberar, y así fue. Antes de abrir por completo la jaula, Calcetines ya había salido y había comenzado a correr alrededor de sus pies. Solía seguirla durante un rato hasta que se cansaba y finalmente se colocaba en una esquina del salón y se tumbaba. O, a veces, le daba por jugar con una pequeña pelota. ¡Era una monada!

Tras comer algo rápido que había en la nevera, Daniela fue a ducharse. Estaba llena de harina y chocolate y el día siguiente sería igual o peor que el que acababa de terminar.

Se metió bajo el grifo y se quedó ahí quieta durante varios segundos sintiendo el agua caliente recorriendo su piel. Necesitaba relajar todos los músculos de su cuerpo. Tenía varias contracturas que le dolían horrores y su ánimo estaba bajo. Todos los días salía del trabajo con ganas de llorar debido al estrés que le causaba atender ella sola la pastelería. No podía atender, servir cafés, cobrar y a la vez estar en la cocina haciendo la repostería. Se lavó el pelo frotando con los dedos el cuero cabelludo y dándose un masaje para calmar el pequeño dolor de cabeza que tenía. Escupió un poco de agua y apoyó su frente en las baldosas. No podía mostrarse así delante de su padre. Sabía que se sentiría peor consigo mismo.

Cuando acabó, se anudó una toalla al pecho y se recogió su cabello mojado en una coleta. Odiaba estar con el pelo suelto. Eso se debía a que en el instituto todo el mundo se burlaba de ella por el mero hecho de tener el pelo largo y con mucho volumen. La empezaron a llamar Simba, por el Rey León. Desde entonces, odiaba *El Rey León* y comenzó a hacerse ese sencillo recogido, además de aplicarse muchos productos para controlar su encrespamiento. A los dieciocho ya apenas se le encrespaba, las burlas desaparecieron e incluso el chico que le gustaba se fijó en ella y comenzaron a salir. Luego resultó que era

un capullo, pero ahora se sentía más segura de sí misma, aunque todavía a sus veintiún años no podía deshacerse de su recogido.

—Daniela —la llamó su padre al oírla salir del baño. Ella fue a su encuentro en el salón—. Mañana Silvia tiene que ausentarse a primera hora y no podrá atender la recepción. ¿Podrías ocuparte tú? Llega un huésped y todo el personal, incluido yo, estaremos ocupados.

—Entro a las once a la pastelería.

—Lo sé, el huésped llega a eso de las nueve o las diez. Y hasta las diez y media Silvia no podrá reincorporarse a su puesto.

—Está bien. Allí estaré, pero con una condición —alzó el dedo índice—. Que no metas en toda la noche a Calcetines en la jaula.

Fernando suspiró, pero finalmente aceptó. Daniela sonrió y se acercó a él para darle un beso en la mejilla antes de irse a su cuarto. Le gustaba ver series o alguna película en su portátil y charlar un rato con su mejor amiga, Jone, antes de dormirse.

Nadie se creería cómo se hicieron amigas. Fue gracias a su ex. La primera en salir con él fue Daniela. Empezó a salir con Nacho en bachiller y, seis meses después, le pilló con una guarra morreándose. Esa guarra era Jone. Ambas se odiaron durante meses hasta que Jone descubrió a Nacho enrollándose con otra. Pilló tal bajón que acabó en el parque que había debajo de la plaza llorando en un columpio con una botella de vodka. Daniela pasaba por allí y, al principio, no la reconoció por la oscuridad de la noche. Solo vio a una chica de pelo castaño con destellos cobrizos triste y llorando. Cuando se acercó y le preguntó si estaba bien, Jone alzó la cabeza y ambas se reconocieron al instante. Daniela quiso irse, pero no le dio tiempo, pues la chica que le había quitado a su novio se abalanzó sobre ella para abrazarla y desahogarse. Daniela aún se preguntaba por qué en vez de responder a su abrazo no la alejó.

Esa noche, ambas hablaron por primera vez en paz. Lo que más hicieron fue criticar al capullo de su ex y comentaron lo pequeña que la tenía y cómo el muchacho ponía énfasis en los polvos, pero ellas no sentían nada. Era un manta en el sexo. Jone le explicó que no sabía que Nacho tenía novia cuando empezaron a salir, que de haberlo sabido jamás se habría liado con él. Tras ese día, se convirtieron en las mejores amigas. Raro, sí. Pero cierto.

Cuando llegó a su cuarto, cogió el móvil de la mesilla y vio que, efectivamente, Jone le había escrito. Le contaba una anécdota que había tenido hoy en la guardería. Ella ya había terminado de estudiar, pues hizo un grado superior en Educación Infantil. Por lo visto, un bebé de siete meses había vaciado su vejiga encima del chico que estaba de prácticas y se había quedado paralizado, como si no supiera qué hacer o esperando que la orina de su ropa

desapareciera. Y que, luego, una niña de dos años le había tirado a ella del *piercing septum* que tenía y que casi le arranca la nariz.

Daniela, al leerlo, le mandó varios emoticonos de la risa y le preguntó si su nariz estaba en su sitio. Enseguida le mandó una foto para confirmarle que estaba perfectamente. Jone adoraba hacerse fotos, sobre todo de ellas dos, a pesar de que Daniela las odiaba. Siempre se veía mal. Puede que fuera por el hecho de que salía de trabajar completamente sudada y con todo tipo de ingredientes por su cara.

Daniela vio que su amiga la llamaba y no tardó ni un segundo en contestarle.

—¡Increíble! —se sorprendió Jone—. ¡Me has cogido el teléfono!

—Lo tenía en la mano —rio Daniela—. Sabes que no me lo llevo a trabajar y vivo prácticamente en la pastelería.

—Ya, bueno, te llamo para decirte que... ¡me he enamorado!

—Jone, tú te enamoras de un chico guapo cada tres días —le recordó mientras se tumbaba en la cama y apoyaba los pies en la pared.

Y así era. Su amiga se enamoraba de cada guaperas que veía. Daba igual dónde lo viera, si en el autobús, en la calle o en su trabajo.

—Rubio, ojos verdes, brazos fuertes..., lástima que no lo vaya a volver a ver, porque lo he visto repostando en la gasolinera.

«Lo que yo decía», pensó Daniela.

—Por cierto —continuó Jone hablando—, adivina quién ha vuelto.

—¿El pichacorta? —así llamaban a Nacho.

—¡Bingo! —rio—. Habrá venido para colaborar en la casa de Pepa y Antonio estas fiestas de Semana Santa. He oído decir a las cotillas del pueblo que muchos de nuestros compañeros del instituto que se fueron a estudiar fuera volverán cada fin de semana que no estén muy liados para ayudar. Aunque no tengan mucha idea, pero entre los voluntarios hay dos arquitectos. Yo creo que entre todos lo conseguirán.

—Me ha dicho la organizadora que mañana llegan varios voluntarios, entre ellos fontaneros y electricistas. La noticia ha tenido mucho eco.

—¡Eso es genial! —aplaudió Jone—. Tendremos que ir algún día a la obra a ver si hay cuerpos musculosos y sudados que observar. Quizá se encuentre allí el definitivo.

—Jone, conociéndote, te enamorarás de cinco o seis y después te lamentarás de que esos chicos se vayan.

—Da asco que me conozcas tan bien.

Ambas rieron y a Daniela se le escapó un bostezo. Estaba agotada y al día siguiente tendría que madrugar más para ir a atender durante la primera hora de

la mañana la recepción del hostel. Eso significaba que debía vestirse de forma más elegante y que después tendría que correr a casa para cambiarse de ropa e ir a trabajar. Menos mal que la pastelería no le pillaba lejos. Bueno, en realidad todo estaba bastante cerca, ya que vivía en un pueblo pequeño.

—Jone, hablamos mañana, ¿vale? Estoy agotada.

—Vale. Descansa, loca. Mañana me pasaré en mi descanso por tu curro para tomarme un café. Prepara uno de esos hojaldres alargados rellenos de chocolate.

—Te haré uno de los redondos, que son más grandes.

—Dios, cuánto te quiero. Ahora sí, te dejo. ¡Hasta mañana!

Daniela colgó, puso el móvil a cargar y cogió su Kindle para leer la historia que tenía a medias. No le apetecía ver nada en el portátil, pero no aguantó ni un capítulo, pues sus ojos se cerraban y ella era incapaz de mantenerlos abiertos.

Finalmente, deshizo la cama y se metió en ella para descansar. Se acercaba el fin de semana y, con él, sus días libres. No aguantaba el ritmo que llevaba en la pastelería, pero no le quedaba otra. Su sueldo no solo ayudaba con los gastos de la casa y demás, sino que, si se valía por sí misma sin depender del dinero de su padre, él podría salvar el hostel y volver a dar trabajo a los empleados que había tenido que despedir. Y no solo eso, Daniela también estaba viendo tutoriales en YouTube para crear una página web atractiva y así promocionar el hostel. Además, había hablado con Charo, la jefa que llevaba el parque de aventuras llamado De Pino a Pino. Quería poner ofertas con las estancias para que la gente se animara a reservar. La publicidad y las redes sociales eran lo que en esos momentos más movía los negocios y donde más visibilidad se tenía. Había leído varios libros de *marketing* para conocer mejor lo que debía hacer. Era un proceso algo lento, pues ella era bastante patosa con ese tipo de cosas. Pero lo conseguiría.

Aunque su padre quisiera ocultárselo para no preocuparla, ella no era tonta y sabía que, si la situación no mejoraba, y rápido, en unos meses el hostel Domingo debería cerrar sus puertas y, si lo hacía, sería muy difícil volver a abrirlo. Debían ponerse las pilas o, por el contrario, que sucediera un milagro. Cosa que ella dudaba. No creía en ellos, sino en el trabajo duro y en luchar por los sueños. Rendirse no estaba en su vocabulario y lo demostró cuando tuvo que hacer un parón en sus estudios. Ella no los había abandonado, simplemente estaba esperando a que llegara su momento. Porque llegaría. Lo sabía. No siempre iba a vivir en esta situación, pues ella más que nadie conocía las vueltas que daba la vida.

Daniela echó un largo suspiro ante esos pensamientos y oyó algo en su puerta. Un sonido que enseguida reconoció. Calcetines estaba escarbando para

intentar abrirla y que le dejara entrar. Ella se levantó y, tras abrir, la cogió en brazos para besuquearla. Colocó su hocico en su mejilla y sonrió al notar cómo le devolvía los besos. ¡Era tan mona!

La dejó en el suelo tras nuevos arrumacos y cerró la puerta para que se quedara a dormir con ella. Lo hacía muchas noches, y por la mañana la sentía subir a su cama. A pesar de no ser un perro, era muy buena y sabía dónde tenía que hacer sus necesidades. Cuando era más pequeña sí que las había hecho donde le había pillado, entre esos lugares, el sofá, pero ahora, con sus casi tres años, estaba completamente amaestrada.

Daniela se acurrucó en la cama y finalmente se quedó dormida con la sensación de que el día siguiente iba a ser muy largo.

CAPÍTULO 3



Gael redujo la velocidad a medida que el GPS le indicaba que estaba a punto de encontrar la entrada al pueblo. Había llegado la noche anterior a Madrid y, tras descansar en un hotel, esa misma mañana había salido a las seis para llegar antes de las diez. Dustin ya le había dicho que le había cubierto con la prensa comentando que estaba en el mar Caribe de relax para recuperarse mejor de su pequeña lesión en la muñeca, que prácticamente ya estaba curada.

Solo le quedaban dos kilómetros para llegar al hostel en el que había reservado habitación durante dos semanas, ya que esperaba poder alquilar una pequeña casa o piso en el que vivir durante los meses que estuviera allí. Le gustaría ver la casa terminada antes de tener que marcharse. Ver la cara de felicidad de esa familia al entrar por primera vez a su nuevo hogar, donde vivirían con total tranquilidad y la seguridad de que nadie los echaría de allí.

Gael estaba algo distraído contemplando el hermoso paisaje de ese lugar hasta que tuvo que dar un frenazo al ver cómo el coche que tenía delante se detenía en mitad del carril. No pudo evitar chillar y tocar la bocina, además de insultarle, pero cesó al ver lo que ese hombre hacía. Bajó la ventanilla del copiloto y Gael pudo ver cómo lanzaba algo por la ventana antes de acelerar. Al principio le pareció un peluche, pero después se dio cuenta de que era un perro. Lo vio ladrar y correr detrás del coche de su dueño.

Gael no lo dudó y aparcó en el arcén antes de bajarse para coger al animal y así evitar que alguien lo atropellara, pero no logró atraparlo, ya que el perro se asustó y corrió a esconderse entre los árboles del bosque. El joven lo miró preocupado. No iba a poder cogerlo. Solo esperaba que alguien lo encontrara y lo ayudara. Se dio la vuelta para regresar a su coche y vio el cartel que tenía frente a él, donde pudo leer el nombre del pueblo al que iba. Había llegado a su destino.

Lo primero que pensó Gael fue que la carretera de Quintanar de la Sierra y las calles necesitaban un buen repaso. Pintar las líneas del asfalto y reparar las aceras, que estaban llenas de socavones, además de colocar señales de tráfico. Subió por el pueblo hasta que el GPS le indicó que girara a la derecha para adentrarse hacia el hostel. Lo bueno de ser un pueblo es que no se iba a matar buscando sitio para aparcar y pudo hacerlo en la misma puerta.

Ahora llegaba lo más difícil. Él era un personaje público y en los pueblos no solían estar acostumbrados a ellos, por lo que probablemente todo el mundo reclamaría sus atenciones. Esperaba que sus fans respetaran su decisión de que nadie se enterara de que estaba allí. Jamás había tenido problema con esa especie de trato. No tenía por qué ser distinto esa vez.

Se puso las gafas de sol y bajó del coche para descargar las maletas antes de entrar en la pequeña recepción de aquel hostel. En la zona izquierda había unas escaleras por donde se imaginaba que se subía a las habitaciones (aquel hostel solo tenía tres plantas). Era un lugar algo oscuro, construido con madera, y la fachada era de piedra, tal y como aquel pueblo obligaba.

A la derecha, se encontraba un pequeño mostrador. Le recordó al de los restaurantes a los que solía acudir, donde se colocaba el *maître*, pero, tras él, se encontraba una joven rubia. Tenía el pelo recogido en una coleta alta y vestía con una americana algo informal. Se había maquillado lo justo y su rostro le recordó al de una muñeca. Gael se quitó las gafas de sol y se apoyó de forma seductora en el mostrador. La joven estaba tan concentrada en la agenda que tenía que no se había percatado de su llegada.

Daniela alzó los ojos y se encontró con una mirada... ¿seductora?, ¿pícara? Madre mía, qué día iba a tener. El huésped era un chico de más o menos su edad con una actitud chulesca y creída. Esperaba que se comportara, pues conocía a los de su calaña y no los soportaba. ¿De verdad había mujeres que se derretían con aquella mirada? Aunque tenía unos ojos muy bonitos, azules claros. Y su cabello castaño claro le hacía más atractivo, pero no era momento de pensar en eso. Le tocaba comportarse de forma profesional.

—Bienvenido al hostel Domingo. ¿Tiene reserva o desea realizar una?

—Tengo, y trátame de tú, solo tengo veintitrés años.

«Dos más que yo», pensó Daniela mientras iba al ordenador.

—¿A qué nombre?

Gael suspiró. En cuanto dijera su nombre probablemente esa chica se lanzaría sobre él suplicándole una foto o un autógrafo. La siguió mirando con una media sonrisa, deseando ver su reacción al saber quién era.

—Gael Montés —sonó firme.

Pero, sorprendentemente, aquella joven no se inmutó. Continuó haciendo su trabajo como si nada, como si él fuera alguien más. Uno más de los huéspedes del hostel. La siguió mirando de forma seductora para que se diera cuenta de quién era. Quizá fuera tímida. A veces él tenía que incitar a que sus fans se acercaran a él, pero esa chica... nada. Estaba seria. Sus labios pintados de rosa formaban una línea recta y de vez en cuando entreabría la boca cuando apuntaba algo.

Daniela vio que su nuevo huésped se quedaría allí durante dos semanas. Nadie se quedaba tanto tiempo, pero le parecía estupendo. El hostel necesitaba de todas las ayudas posibles. Le pidió el DNI para finalizar el *check in* y lo cogió sin mirarle para copiar los datos. Pero no dejaba de notar la mirada del chico sobre ella. Disimuladamente, se miró la ropa por si esa mañana se había puesto algo del revés o por si iba con las zapatillas de casa, pero no. Miró su reflejo en la vitrina que había a su lado mientras la página cargaba y tampoco vio nada raro en su rostro.

Suspiró y siguió trabajando, pero la mirada de aquel chico la estaba poniendo demasiado nerviosa. Si lo que quería era seducirla, se había confundido de persona.

—Disculpa si soy directa y maleducada, pero ¿se puede saber qué narices miras? —dijo con tono borde.

—Venga, ya has disimulado bastante. Sí, nena. Soy yo. Gael Montés. Puedes pedirme una foto o autógrafo.

Daniela no cabía en sí.

—¿Perdona? —alzó las cejas—. ¿Te has escapado del psiquiátrico?

Gael soltó una leve carcajada y apoyó los antebrazos en el mostrador. Estaba seguro de que esa chica sabía quién era, pero le daría vergüenza admitirlo y pedirle lo que todas deseaban. Sin embargo, la sonrisa de Gael desapareció al ver cómo ella fruncía el ceño y le miraba como si estuviera loco.

—¿De verdad no sabes quién soy?

—Pues no, lo siento.

—¿No me has visto ni siquiera en las redes sociales? ¿Facebook? ¿Instagram?

—No tengo cuentas en las redes sociales. Lo único que tengo es WhatsApp y alcanza su máximo apogeo con solo dos conversaciones: mi amiga y mi jefa.

—¿De verdad?

Ella asintió y él se revolvió en su sitio sin creerlo.

¿Es que en aquel pueblo los jóvenes eran unos viejos prematuros? ¡Por Dios, esa chica no aparentaba mucho más de veinte años!

—Soy corredor profesional de DTM. Tienes ante ti al próximo campeón de la temporada.

—¡Ahí va! ¿En serio? ¡¿De la DTM?! —exclamó Daniela abriendo los ojos como platos al escucharle y con una sonrisa que le iluminaba todo el rostro—. ¡¡No me lo puedo creer!! ¡¡Un corredor profesional de la DTM en mi pueblo!! ¡¡Hablando conmigo a unos centímetros de mí!! —se llevó la mano a la boca y comenzó a dar pequeños saltitos.

—Así es, nena. Sabes ya quién soy, ¿no? —volvió a sonreír seductor. Sabía que esa chica le había reconocido.

Daniela se detuvo colocando sus brazos en forma de jarra y volvió a ponerse seria antes de tenderle su DNI junto con las llaves de la habitación y un papel informativo sobre el hostel y el pueblo. Era increíble que el chico se hubiera creído aquel pequeño numerito. Eso, o que ella no sabía ironizar demasiado bien.

—No tengo ni puñetera idea de qué es eso —si su padre la oyera le echaría una buena regañina. Sabía que no debía comportarse así con los clientes, y mucho menos usar ese vocabulario, pero ese creído había sacado una parte de lo peor de ella—. Y no me llames nena. ¡No me conoces de nada!

Gael fue a contestar, pero la voz de una anciana le impidió poder decir una palabra. La mujer, bajita y algo rellenita, se acercó a él con una sonrisa y le pellizcó una mejilla mientras le decía la alegría que le daba verle. Y, cómo no, comentar lo guapo que estaba y que tenían que hacerse una foto para ponerla en su salón, que no tenía de él.

—¿Ves? Esta chica tan guapa sí sabe quién soy —sonrió Gael pasando un brazo por los hombros de la anciana.

—¡Claro que sí! ¿No le reconoces, Daniela? —ella frunció el ceño y negó con la cabeza mirando de nuevo a Gael. ¿De verdad a la señora Dávila le gustaba la DTC o como diablos se llamara eso?—. Es Lucas, el hijo de la Paquita. El que se fue a los ingleses a estudiar —dijo refiriéndose a los Estados Unidos.

Daniela, al escucharla, se tapó la boca para evitar soltar una carcajada, sobre todo al ver la cara de Gael. Estaba completamente asombrado con la respuesta de aquella señora. Su actitud creída y algo chulesca había desaparecido.

Gael carraspeó y cogió las llaves y el papel que la joven le había tendido para desaparecer de la recepción. Esa situación era algo humillante.

—Disfrute de su estancia, señor piloto de DTC.

—DTM —la corrigió algo molesto porque nadie le conociera.

—Eso —le guiñó un ojo aún divertida.

—Tendré que explicarte lo que son las mejores carreras del mundo..., Daniela —arrastró su nombre con un tono gutural muy *sexy*. Se lo había oído decir a aquella amable, aunque cachonda, señora.

«El hijo de la Paquita... ¡Manda narices!».

Gael agarró de nuevo sus maletas y vio como Daniela salía de la recepción y le pedía que la siguiera. Él pudo observarla mejor. No era muy alta. Rondaría el metro sesenta, y eso que iba con tacones, aunque no demasiado altos. Vestía unos vaqueros pitillo hasta los tobillos que se ajustaban a sus piernas. Tenía curvas donde había que tenerlas y era delgada. Además, tenía un culo respingón al que daban ganas de dar un pequeño azote.

Gael abandonó esos pensamientos al ver como ella se giraba para quedar frente a él mientras le explicaba las estancias del hostel y el horario del comedor. Pero él no estaba muy atento a sus explicaciones y siguió observándola. Llevaba una camiseta holgada con brillo, de color blanco, que dejaba entrever unos pechos perfectos, firmes y de un tamaño más bien normal, aunque se veían apetitosos. Y la americana que vestía, con las mangas arremangadas, le daba un toque más informal y definía mejor sus curvas.

La siguió hasta el ascensor; sin embargo, él prefería usar las escaleras. Lo usaría solo para cuando llevara peso. Al fin y al cabo, su habitación iba a estar en la primera planta.

Daniela le abrió la puerta de la estancia y Gael se sintió algo decepcionado. Vale que era un pueblo, pero aquel cuarto era más soso que el salón de la casa de su abuela. Las paredes eran blancas. La cama de matrimonio estaba cubierta por un edredón verde bastante feo y tenía un cabecero de madera oscura, al igual que el resto de los muebles de esa pequeña habitación. El baño lo formaban baldosas naranjas y disponía de lo justo y necesario, pero estaba bien. Aunque lo que más le gustó a Gael fue la terraza. Sus vistas eran impresionantes. Daban al bosque. Su color verde era precioso y se respiraba paz y tranquilidad.

—Para cualquier duda, todo el personal del hostel estará a tu disposición. Disfruta de tus vacaciones —dijo Daniela.

—No estoy de vacaciones —la corrigió—. He venido a colaborar en la construcción de la casa.

Daniela se quedó sorprendida. ¿Sería cierto? Aunque enseguida lo entendió. A pesar de que ella no le conociera, ese chico era famoso. Se cruzó de brazos y se apoyó en la pared. No pudo evitar que su lengua se moviera sola.

—Ahora sí que me creo que seas famoso.

Gael frunció el ceño.

—Tendré que ir preparando más habitaciones para la prensa, ¿no? ¿Cuándo llegarán para hacerte una foto delante de la casa con un martillo en la mano?

¿Mañana? Así todo el mundo verá lo majo que es Gael Montés y sus fans crecerán y, con ello, ofertas y ofertas para ser mucho más asquerosamente rico mientras gente de verdad, personas que llevan toda su vida luchando por tener una mínima parte de lo que tú tienes con solo enseñar los dientes para una foto, se queda en la calle —le reprochó.

Gael la fulminó con la mirada. ¿Quién se creía que era para juzgarle sin conocerle? No sabía lo equivocada que estaba, y pensaba darle en las narices por hablar sin saber. Se acercó a ella y se quedó a apenas un palmo. Le sacaba una cabeza, pero ella pareció no asustarse ante su gesto enfadado. Al contrario, le sostuvo la mirada como preparándose para atacar ante lo que le iba a decir en ese momento.

—No va a venir la prensa, más que nada porque no quiero que sepan lo que hago, precisamente por lo que me acabas de acusar. No quiero que la gente crea que me involucro en esta clase de obras para ganar fans, como tú has dicho. Lo hago porque es algo que me llena y, por extraño que te parezca, pensamos igual. Me duele que gente que ha trabajado duro toda su vida viva en condiciones nefastas, cuando otra, en un día, gana suficiente dinero para subsistir toda su maldita vida —le siseó—. Pero el gran motivo por el que estoy aquí es completamente otro distinto que no te voy a decir. Cree lo que quieras y espero no ver ningún puto fotógrafo por aquí, porque quiero ser un voluntario más y trabajar tranquilo mientras ayudo a tres personas que necesitan de todo en estos momentos. ¿Te ha quedado claro..., nena?

Daniela tragó saliva. Avergonzada, bajó la mirada. Se sentía incómoda y una estúpida. Puede que él le estuviera mintiendo, pero no las tenía todas consigo. Aunque había sonado muy convincente. Carraspeó y dio un paso hacia atrás antes de mirarle por última vez y abandonar la habitación. Tenía que irse a trabajar. Aquello había sido una buena excusa para alejarse de él. La había dejado sin palabras. Ni siquiera le había hecho un comentario por que la hubiera vuelto a llamar nena.

—¡Daniela, Daniela! —oyó una voz infantil a su espalda.

Ella se giró y sonrió a Israel, que corría hacia ella para abrazarla. Solo tenía seis años. Era un niño muy dulce, moreno y con ojos verdes. Cuando creciera, sería la perdición de las chicas. Aquel pequeño no sabía qué había sucedido y por qué ahora vivía con sus abuelos en el hostel. Simplemente le dijeron que estaban construyendo un nuevo hogar más grande para ellos y que, mientras se hacía, debían vivir allí, porque su antigua casa estaba vieja y ya no se podía habitar en ella.

—Dime, enano.

—¿Sabes que la cocinera hoy me va a preparar para comer esas empanadillas pequeñas? —hizo el gesto con los dedos para simbolizar el tamaño.

—¡¿De verdad?! —le sonrió—. Pues me tendrás que guardar alguna, ¿eh? Que a mí también me gustan mucho —le revolvió el pelo—. Pásate con los yayos esta tarde por la pastelería y te doy una bolsa de magdalenas.

—¡Vale! —dijo mientras se iba corriendo al cuarto que compartía con sus abuelos—. ¡Adiós, Daniela!

Ella se despidió de él y bajó por las escaleras. Vio que Silvia ya estaba en su puesto de trabajo y le dijo que se iba a casa a cambiarse antes de marcharse a trabajar. Lo único que hizo fue desprenderse de los zapatos y cambió la parte de arriba de su atuendo por una camiseta básica y holgada. Tenía por delante varias horas duras.

* * *

Gael salió de su habitación para bajar a comer y, sorprendentemente, nadie le reconocía. Quizá fuera lo mejor. Si nadie del pueblo sabía quién era, no tenía que preocuparse de que alguien contactara con la prensa. Las carreras DTM no eran demasiado conocidas en España, pero siempre había gente que le reconocía. Aunque donde más lo hacían era en Sudamérica y, en general, el público femenino.

Dejó esos pensamientos a un lado para olvidarse de ser Gael Montés, el corredor, y ser simplemente Gael, un voluntario más. Bajó por las escaleras, pero antes de entrar al comedor vio en una sala a un hombre trajeado disculpándose con una mujer cuarentona que lloraba mientras asentía a lo que ese hombre le decía. Vio como ella abandonaba la estancia y el hombre se quedaba parado y con gesto de dolor. Comprobó cómo se pasaba las manos por el pelo castaño algo canoso y suspiró.

Gael se percató de que la mujer regresaba y se apoyó en la pared para ver si oía algo.

—Lo siento muchísimo, Lidia. Sabes que yo no quiero...

—Lo sé, Fernando —sollozó la mujer—. Sé que no te queda otra. Solo espero que el hostel recupere el apogeo de antes. La gente se está yendo del pueblo porque aquí no hay ningún futuro —soltó un suspiro entrecortado por su llanto—. Mi marido, mis hijos y yo nos vamos mañana a la capital, a la casa de mis padres. Intentaremos buscar algo allí.

Gael se asomó un poco y vio como la mujer se secaba las lágrimas con un pañuelo.

—Despídeme de Daniela, por favor.

«¿De Daniela?», se preguntó. ¿Qué tenía que ver ese hombre con aquella chica? Sin embargo, enseguida sumó dos y dos. Ella trabajaba allí y ese hombre sería su jefe, el propietario del hostel. Aunque se quedó con mal sabor de boca al escuchar lo que la mujer había dicho. La gente se estaba yendo de ese pueblo porque no había futuro en él, lo que significaba que, sin gente, los negocios quebraban. Y nadie iba a visitar el pueblo. Solo tenía que ver lo vacío que se hallaba el hostel. Recordó que, cuando estaba entrando en el pueblo, vio que muchos establecimientos se encontraban cerrados con carteles de venta o de alquiler. Era una verdadera lástima.

Caminó hacia el comedor y lo vio vacío. Solo había tres personas en él, a las que reconoció. Eran la pareja de ancianos a los que habían desahuciado y el nieto de estos. Se fijó en ellos. Su rostro, envejecido por el paso de los años, mostraba tristeza y, aunque intentaran sonreír a su nieto, que parecía feliz, no lo conseguían. A Gael le dolió mucho verlos, por lo que se juró que haría todo lo posible para darles una nueva y mejor vida.

Se sentó en una de las mesas y enseguida le atendieron, pero él no podía apartar la vista de esa familia. Miró a aquel niño. Tenía un perro de peluche en brazos, lo que le hizo recordar al que esa mañana habían abandonado. No sabía si estaría bien y le inquietaba. Quizá debería ir al lugar a ver si estaba y llevarle algo de agua y comida.

Cuando acabó de comer, le pidió a la camarera que le pusiera en una bolsa los huesos de las chuletas y esta aceptó. Mientras esperaba, Gael vio como el niño se acercaba a él.

—¡Hola!, me llamo Israel.

—Hola —sonrió—. Yo me llamo Gael. ¿Qué tal, pequeñajo?

—Aburrido. Mis abuelos no pueden jugar conmigo y no tengo amigos en el colegio. Dicen que soy rarito porque no tengo casa. —Esas palabras encogieron el corazón de Gael—. Y no es verdad. Mi yaya me dijo que la otra se había quedado vieja y que había que esperar a tener una nueva.

—Seguro que tu casa nueva quedará muy chula —le sonrió—. ¿Sabes por qué? —El niño negó con la cabeza—. Porque yo voy a ayudar a construirla.

Israel corrió adonde sus abuelos y, mientras daba pequeños saltitos, Gael vio como le señalaba y los ancianos le miraron sorprendidos antes de sonreír a su nieto. Probablemente, el niño les estaría contando lo que él acababa de decirle. Vio que la pareja se levantaba y caminaba hacia él.

—Joven, nuestro nieto nos acaba de decir que eres uno de los voluntarios —habló la mujer y él asintió—. Mi marido y yo queremos darte las gracias por esto —vio como los ojos se le llenaban de lágrimas—. Cuando nos avisaron de la orden..., nos veíamos en la calle. Nuestras pensiones apenas llegan para comer y para lo poco que necesitamos, no pudimos hacer frente a la deuda y, además, tuvimos que costear los funerales de mi hija y mi yerno... Creí... creí que moriríamos en la calle y nos reuniríamos con ellos.

—Tienen suerte de estar en este pueblo y ser queridos. Espero que en unos meses puedan comenzar a vivir en su nuevo hogar.

La mujer se secó los ojos y el marido de esta le estrechó la mano, dándole las gracias a él y a Dios por poner en su camino personas tan maravillosas.

Israel enseguida se cansó de estar en el hostel, por lo que les pidió a sus abuelos si podía ir a la pastelería del pueblo para recoger sus magdalenas. Estos asintieron y el niño miró a Gael para preguntarle si quería ir con él. Este aceptó y se dejó guiar por aquel pequeño hasta una humilde tienda enfrente de la plaza del pueblo, donde se encontraba el ayuntamiento. Entraron y oyeron, al otro lado de una puerta, la voz de una mujer que a Gael le resultó familiar. Y enseguida entendió por qué: Daniela.

No supo quién estaba más sorprendido de los dos, pero ese estado de aturdimiento no les duró mucho a ninguno, puesto que Israel estaba reclamando sus magdalenas.

Daniela se quedó petrificada al verle. Aún recordaba las últimas palabras que le había dedicado y no había dejado de darles vueltas desde entonces. Sabía que debía disculparse, pero también se conocía, y no lo haría hasta ver con sus propios ojos que lo que le había dicho era cierto.

—¡Hola! —los saludó con una sonrisa—. Me has pillado justa, Israel. Estaba a puntito de cerrar, que me muero de hambre —dijo cogiendo una bolsa llena de magdalenas.

—¡Gracias! Mira, este señor va a ayudar a construir mi casa nueva. ¡A que es genial! Dice que será la más chula del pueblo.

—Oh, eso es fantástico, cariño —sonrió.

Gael no podía dejar de observarla. El pueblo se estaba yendo a la mierda y esa chica tenía dos trabajos. ¡Era increíble! Aunque no iba a comentar nada al respecto por si su teoría no era acertada. No iba a cometer el mismo error que ella.

Bajó de las nubes cuando Israel le dio una magdalena antes de salir para regresar con sus abuelos. El hostel estaba cerca de allí y no era la primera vez que iba solo por el pueblo.

—¿Trabajas aquí? —le preguntó Gael. Necesitaba saberlo.

—Sí —le contestó.

—¿Y en el hostel también?

—No. Solo he ido hoy porque la recepcionista estaba ocupada a primera hora.

Gael asintió y, sin decir nada más, salió de allí negándose que se había fijado en las pequeñas manchas de harina que Daniela tenía en su mejilla y cuánto le habría gustado limpiárselas. También se estaba negando las ganas que tenía de haber sonreído al verla y lo que le hubiera gustado proponerle empezar de cero tras su primer encuentro. Pero no lo haría. Aún recordaba sus acusaciones y aquello no le había gustado nada. Le daría una lección a esa chica y esperaba que se disculpara. Mientras, lo mejor era mantener el menor contacto posible con ella.

Además, ya había hecho un amigo. Seguro que Israel y él se lo pasaban muy bien recorriendo el pueblo y jugando a los exploradores o a lo que quiera que jueguen los niños hoy en día. Seguro que los demás chavales del pueblo se morirán de envidia cuando vean que un adulto juega con él. Gael sabía que esos niños buscarán sus atenciones, envidiosos de que sea amigo de Israel, pero no les hará caso. Al menos, al principio. Tendría que enseñar a esos pequeños que no hay que discriminar a nadie. Y esperaba que, cuando él tuviera que irse, Israel tuviera amigos de verdad que en un futuro le apoyaran en los momentos difíciles.

CAPÍTULO 4



Gael se acercó con cuidado de no espantar a aquel perro. Llevaba una semana yendo al lugar donde lo abandonaron y el animal siempre estaba allí. Tumbado en el arcén como si esperara que su dueño regresara. En esos siete días, Gael le había llevado agua y comida. Como no estaba lejos del pueblo, iba caminando. También había intentado llevárselo, pues en la carretera el perro corría peligro, pero siempre que intentaba cogerlo, huía asustado. Aunque había hecho avances, pues le dejaba acariciarle y le seguía hasta detrás del quitamiedos para que ambos estuvieran más seguros. Allí era donde le daba de comer, pero, a pesar de ello, el animal estaba perdiendo peso y, si no conseguía llevárselo, probablemente moriría. Cada día, la cocinera le daba parte de las sobras que solían poner a los gatos. Aquella mujer cincuentona le preguntaba cada mañana por su evolución con el animal.

Ese día parecía ser el definitivo. Había acudido a la hora. El perro sabía que aparecería. Siempre lo hacía tras acabar de trabajar en la construcción de la casa. El día anterior se había arriesgado a cogerle, en vano, pues había intentado morderle, pero poco a poco se estaba ganando su confianza. Le agarró del collar que llevaba. Estaba destrozado y no tenía ninguna placa con su nombre o el número de contacto del dueño. Esa vez el perro le chupó la mano y poco a poco Gael lo alzó del suelo. Lo consiguió. El perro se quedó quieto entre sus brazos, pero había escondido el rabo entre las piernas y había comenzado a sollozar.

Cruzó la carretera y se introdujo por un desvío que pertenecía al pueblo. Ya iba conociendo aquellas calles. Subió por una empinada cuesta y pensó en preguntar a alguien por el veterinario del pueblo. Suponía que alguno habría.

Caminó con el perro aún en sus brazos hasta que, sin saber por qué, sus pies se detuvieron enfrente de la pastelería donde Daniela trabajaba. No había hablado con ella desde que llegó. Tampoco tenía mucho tiempo y el poco que le quedaba lo aprovechaba para descansar o jugar con Israel. La casa iba

avanzando, pero aún necesitaban más ayuda, sobre todo de profesionales, aunque ellos hacían todo lo que estaba en su mano.

Entró y vio que no había nadie. Solo una chica castaña con destellos cobrizos que se le había quedado mirando con la boca abierta. ¿Le habría reconocido?

—¡Menudo pibón!

No, no le había reconocido. Nadie lo había hecho en ese pueblo y, aunque al principio le molestara un poco, ahora le gustaba. Se sentía totalmente como uno más.

—¡Voy! —escuchó la voz de Daniela al otro lado de la puerta.

Gael frunció el ceño algo incómodo ante la mirada de aquella chica. Era guapa, tampoco iba a decir lo contrario, pero no le atraía. Y menos si se mordía el labio inferior mientras le desnudaba con la mirada. Una auténtica descarada que estaba consiguiendo que se sintiera algo tenso. Tenía un café delante de ella y un dulce redondo relleno de chocolate. Desvió la mirada cuando oyó la puerta de la cocina abrirse y no pudo evitar quedarse pasmado mirando a la joven que había aparecido por ella.

Daniela llevaba el pelo recogido en su habitual coleta y, como la última vez que la vio, tenía manchas de harina por el rostro, pero esa vez sí que sonrió levemente al verla. No lo iba a negar. La chica era preciosa y tenía un encanto natural que la hacía única. Pero su atractivo y su encanto no quitaban que olvidara cómo le trató sin conocerle. Aún no se había disculpado con él, pero de vez en cuando la veía acercarse a la casa con Israel para ver qué tal iban las obras. Se notaba lo que el niño la adoraba, y ella a él.

Se obligó a bajar de las nubes al ver cómo ella le miraba esperando a que hablara. Gael carraspeó y sujetó mejor al perro en sus brazos.

—Sé que no te caigo bien, ni tú a mí, pero no conozco a nadie más en el pueblo y necesito que me digas dónde está la clínica o la casa del veterinario.

—No hay veterinario. Murió hace cinco años y nadie quiere venir a trabajar a un pueblo donde no ven un futuro —dijo con tristeza acercándose a él para tocar la cabecita de aquel perro—. Pobrecillo..., está muy asustado —le miró a los ojos.

De cerca eran mucho más azules e intensos. Un cosquilleo recorrió su cuerpo y volvió a concentrarse en el animal. En los escasos tres años que estudió la carrera de Veterinaria, había aprendido algunas cosas, pero jamás las había llevado a la práctica, aunque lo que iba a hacer a continuación no era peligroso. Lo cogió de los brazos de Gael y lo primero que vio fue que era una hembra de la raza beagle. La dejó en el suelo y vio que estaba algo baja de peso. Le tanteó

las vértebras y, con cuidado, le miró los dientes para intentar averiguar la edad. Era apenas un cachorro. Tendría alrededor del año.

—¿Sabes si tiene el chip? —le preguntó a Gael.

—No —contestó agachándose junto a ella para acariciar a la perra—. Cuando vine, un gilipollas lo lanzó por la ventana para abandonarlo. He ido cada día allí para darle de comer y de beber. Siempre se tumbaba en el lugar donde su dueño lo abandonó y hoy por fin he podido cogerlo.

—Cogerla —corrigió—. Es hembra.

Daniela esperaba que no se le notara lo afectada que estaba por esas palabras. Era lo más adorable que había escuchado en mucho tiempo. ¿De dónde había salido aquel chico? No lo conocía, pero ya había descubierto sus dos partes. Por un lado, chulesca y creída, que odiaba, pero, por otro, tenía un buen corazón y le parecía de lo más tierno.

—Voy a buscar a Sally. —Se levantó para ir hacia la puerta—. ¡Jone, sustitúyeme! —le pidió a su amiga.

—¿Quieres que queme la pastelería?

—Está ya todo hecho y apagado. En cinco minutos saca lo del horno, y ya sabes atender.

A Jone no le dio tiempo a responder. Se quedó con la boca abierta y cogió un delantal para cubrir a su amiga. No era la primera vez que lo hacía o le ayudaba a atender. La idiota de su jefa siempre la dejaba sola y había días en los que Daniela se agobiaba bastante, por lo que mientras su amiga cocinaba, ella servía.

—Así que tú eres el huésped del que me habló Daniela... No comentó lo bueno que estás —le sonrió—. Y...

Se detuvo al ver que la puerta se abría y por ella entraba alguien a quien Jone conocía muy bien. Demasiado. Nacho había regresado para ayudar con la reparación de la casa, pero lo único que hacía era tocarse las narices mientras los demás trabajaban duro. Él simplemente se quedaba mirando y de vez en cuando apretaba un tornillo.

—Hola, preciosa. ¿Y Daniela?

—Hola, pichacorta. No está.

—No me tengas rencor —le pidió molesto porque dos de sus ex le llamaran por ese horrible mote—. Era un crío, ¿vale? Y no sabía qué quería.

—No. En realidad, no sabías si querías una relación seria con Daniela o un rollo con otra, más concretamente conmigo.

Gael, que estaba en un segundo plano, no pudo evitar escuchar aquella conversación. Ya había visto a ese tío antes en la parcela donde estaban levantando la casa, y era un auténtico capullo. La mayor parte del tiempo estaba

descansando. Movía una piedra y ya decía que estaba muerto. Era un vago de narices, pero Gael enseguida se enteró de por qué estaba ahí. Tres meses sabáticos en los que no iría a la universidad y le pasaban los apuntes para estudiar de cara a los exámenes. A sus padres les había parecido fantástico que renunciara a las clases unos meses para ayudar, pero ese tío se movía por sus intereses. Y, básicamente, su objetivo eran unos meses de vacaciones extra.

—Cometí un error. Por eso quiero que Daniela me dé una nueva oportunidad. He madurado.

A Gael le dieron ganas de atizarle. ¿Madurado? Era un puto niño de veinte años con el cerebro de uno de trece. ¿Y qué era eso de que quería que Daniela le diera una oportunidad? Esperaba que ella no fuera tan idiota como para no ver la verdadera cara de ese tío.

—Mira, pichacorta —volvió a llamarle Jone mientras él permanecía como mero espectador—, Dani no quiere saber nada de ti. Creo que te lo ha dejado claro varias veces esta semana. Déjala en paz o me chivaré a su padre de que estás yendo detrás de su hija y te meterá por el culo una de las escopetas que tiene colgada en la pared. O las dos.

«¡Joder!», pensó Gael abriendo los ojos como platos. Tomaba nota: no molestar a Daniela o acabaría con un tiro en las pelotas.

Nacho soltó un suspiro molesto por aquello. No se había olvidado de Daniela. Sobre todo de su ímpetu en la cama. Además, iba a estar allí bastante tiempo y pasaba de estar a dos velas. Todas las chicas del pueblo le conocían y la única que podía querer algo con él era Daniela. En el fondo era una romántica. Unas palabras y detalles bonitos y la tendría en el bote. Aunque las flores que le llevó el otro día no habían surtido efecto.

Miró al chico que estaba a un lado observándolos. Era más alto que él. Le sacaba una cabeza, por no hablar de que estaba cuadrado. Ya le había visto antes, pero no caía dónde.

—¿Y tú qué cojones miras?! —le espetó Nacho enfadado, y ante ese tono alto de voz la perra se escondió tras las piernas de Gael—. ¿Quién cojones te crees que eres para escuchar conversaciones ajenas?

Gael fue a contestarle, pero la chica de pelo castaño llamada Jone se le adelantó:

—El novio de Daniela. Un tío maduro que los tiene bien puestos, a diferencia de ti.

Ante aquello, ambos miraron a Jone, pero ninguno pudo decir nada, ya que, en ese preciso instante, la susodicha apareció por la puerta.

—¡Venga, vamos! —apremió a Gael antes de poner los ojos en blanco al ver a su ex allí. ¡Dios, qué pesado era!

—Eso, Gael, ¡corre! —siguió Jone con el juego—. Vete con tu novia para demostrarle a este indeseable las pocas posibilidades que tiene con ella.

Daniela se quedó con la boca abierta al escuchar a su amiga, pero no pudo evitar aprovecharse de la situación al entender lo que Jone estaba haciendo. Hacer creer a Nacho que Gael era su novio para que la dejara en paz. ¡Buen plan! Muy visto, pero bueno.

—¡Oh! Sí, sí, ¡vamos, cariño! —cogió al perro en sus brazos antes de agarrarse al brazo de Gael—. Estoy deseando llegar a la casita rural para la maratón de sexo que me prometiste —alzó la voz más de lo normal para que Nacho la escuchara bien.

«¡Venga ya! No sé quién está más loca, si Daniela o su amiga», pensó Gael, pero no dijo nada, sino que se dejó llevar por ella hacia el exterior y subieron por unas escaleras que había al lado hasta detenerse frente a un vehículo bastante viejo.

—Siento el numerito, pero Nacho es un plasta y, ¡Dios!, no le soporto.

—Me debes una gorda —le dijo cogiendo a la perra de sus brazos.

—Ahora mismo Sally y yo te la devolveremos. —Abrió con la llave esa vieja especie de camioneta—. Sube —le animó rodeando el vehículo.

Gael le hizo caso y se subió en el asiento del copiloto, no muy seguro. Esa *pick-up* se caía a cachos.

—¿Y Sally? —preguntó Gael—. ¿No has dicho que ibas a buscarla?

Daniela abrió los brazos para señalar su coche mientras sonreía orgullosa.

—Esta es Sally. ¿A que es preciosa?

—¿Le has puesto nombre a esta... tartana?

—¡No es ninguna tartana! —la defendió—. Y tú, como gran experto y amante de los coches, deberías saber que esto es un clásico. Un Ford Pick Up del 85.

—Sé qué modelo es, pero entiendo más de coches que puedan alcanzar por lo menos los 100 km/h.

Daniela le fulminó con la mirada. Le encantaba su Sally. Se la regaló su abuelo. Era de segunda mano y estaba algo estropeada, pero entre los dos la arreglaron y quedó como nueva. La pintaron de rojo, el color que Daniela quería, y no podía estar más orgullosa del resultado. Sonaba algo raro, pero las *pick-ups* le parecían muy románticas. Casi siempre salían en los libros, películas o series americanas que veía y, desde los quince años, quería que su coche fuera ese para escaparse con un chico y ver tumbados en la parte de atrás el firmamento. Sonaba muy cursi, pero era lo que más deseaba.

—¿Vas a seguir criticando al medio de transporte que te va a llevar al pueblo de al lado para ir al veterinario?

Gael hizo un gesto que indicaba que cerraba la boca, pero suspiró al escuchar el motor. Era un coche viejo y era normal ese ruido, aunque eso no quería decir que se sintiera seguro. Se puso el cinturón y Daniela bajó por una empinada cuesta para incorporarse a la carretera y salir de Quintanar. El veterinario más cercano se encontraba en Salas de los Infantes, otro pueblo a veinte minutos. Allí tenía la consulta, pero para los tratamientos de los animales de campo otro veterinario se desplazaba al lugar. Normalmente varios pueblos compartían veterinario.

—Siento lo que te dije el día que viniste —habló Daniela tras varios minutos en silencio. Quería acabar con aquella incomodidad—. Lo de que solo estás aquí para ganar más fama.

—Disculpas aceptadas —contestó serio.

—Gracias. No quería que la semana que viene te fueras sin que me hubieras perdonado. Después de decirte eso, me sentí fatal.

—¿Por qué crees que me voy la semana que viene?

—¿No te vas? —le miró, y él negó con la cabeza—. En la reserva del hostel ponía que te hospedabas durante dos semanas.

—Quiero alquilar una casa hasta junio más o menos, que es cuando me iré. He visto ya varias, pero ninguna me convence. ¿Alguna sugerencia?

—Bueno, ya habrás visto que este pueblo está en las últimas. Al menos lo siento así —suspiró entristecida—. Y habrás comprobado que muchísimas casas se venden o alquilan. No sé las condiciones de cada una, pero hay una cerca de la calle el Cerro. La fachada no es muy sorprendente, pero por dentro es bonita.

—Tomo nota.

Volvieron a quedarse en silencio, pero Daniela aún se sentía mal por cómo se había comportado con Gael desde el primer minuto. También era verdad que su actitud creída no había ayudado en absoluto; sin embargo, necesitaba explicarle por qué reaccionó de una manera tan brusca y, sobre todo, sin pensar.

—Verás, si reaccioné como lo hice aquel día fue porque vino ya un famoso a «colaborar» —soltó una mano del volante para hacer las comillas con los dedos—. Un actor, para ser más exactos. Todo el pueblo se volvió loco al reconocerle y prácticamente no le dejaban ni caminar. A diferencia de lo que ha pasado contigo —le miró—. No te ofendas —sonrió de forma angelical—. La cosa es que él mismo dio la voz y en cuestión de horas mogollón de periodistas fueron a fotografiar aquello. Estuvo trabajando un día, aunque la mitad del tiempo lo invirtió posando, que si con un martillo, una tabla, una piedra, con la carretilla llena de cemento...; en fin, que los periodistas ya tenían la noticia y al día siguiente se fueron, y el actor con ellos. Solo quería darse publicidad.

—Vaya... —se sorprendió Gael—. Yo nunca he hecho eso. Llevo prácticamente desde que era una persona anónima colaborando en esto por Lu..., por una persona —no quería decir su nombre—. Al principio era por cumplir a través de mí el sueño de esa persona, pero después... se convirtió en una pasión. Es algo que me llena.

—Eso es muy bonito. Cumplir el sueño de alguien a través de ti —sonrió enternecida.

Gael miró aquella sonrisa. Sus mejillas estaban algo sonrojadas y se le formaba un pequeño hoyuelo en su dulce rostro. Vio la mancha de harina que aún tenía en su mejilla y alargó un brazo para limpiársela con el pulgar. Sin querer, le rozó los labios y ella le miró sorprendida, pero sin apartarse.

—Tenías harina —se explicó.

—Ah, gracias —se frotó la mejilla con la palma—. Siempre suelo ir manchada —sonrió—. Si vieras las pintas con las que salgo de trabajar...

Ambos rieron y Gael sujetó mejor a la perra. Llevaba todo el viaje inquieta, como si recordara lo último que le sucedió cuando viajó en un coche. Le acarició la cabeza para tranquilizarla y demostrarle con ese gesto que él no iba a abandonarla.

—Si no trabajas en el hostel..., ¿qué hacías aquel día en la recepción?

—El hostel lo regenta mi padre y me pidió que cubriera a la recepcionista durante hora y media.

—¿El hostel es de tu padre?

—Sí —contestó—. Pero no te pienses que somos como el Ritz —bromeó—. Ni por asomo. Al revés... Si me escucharan en el pueblo, me matarían, pero lo siento, es verdad. ¡Se va a la mierda! Si no cambian las cosas, en unos años se convertirá en otro pueblo abandonado —soltó un sonoro suspiro y vio como él la observaba con un gesto que indicaba que estaba algo... ¿loca? Sí, esa era la palabra—. Lo siento, es solo que... he tenido que renunciar a cosas para que el pueblo siga en pie, aunque sea con un pequeño granito, y llevo toda mi vida viviendo allí. Verlo abandonado... me partiría en dos. Ya ves, mi vida carece de suerte.

—Creo que puedo entenderte. Yo vivía en León antes de trasladarme a Alemania para convertirme en corredor profesional. Sé que no tiene nada que ver mi ciudad con tu pueblo, pero si se fuera a la mierda... también mis raíces lo harían.

Daniela asintió y le sonrió para agradecerle sin palabras esa pequeña charla. Le había sentado bien desahogarse y soltar lo que pensaba del lugar donde vivía. No era igual desde hacía varios años e iba a peor. No había trabajo, la gente se iba y los negocios cerraban.

A pesar de haberlo puesto negro en apenas unos segundos, Daniela estaba enamorada de su pueblo. Era precioso y tenía lugares muy especiales. Además, en invierno, un manto blanco lo cubría y le daba un toque más alegre. En las fiestas, la reserva de casas rurales o de fines de semana aumentaban y eso hacía que Quintanar de la Sierra siguiera en pie, aunque no era suficiente. El resto del año, muy pocos eran los visitantes que llegaban, y la mayoría entraban por un error del GPS. Preguntaban el camino para su destino y se iban sin más. Como si nunca hubieran estado allí.

Llegaron a Salas de los Infantes y Daniela aparcó delante de la clínica veterinaria. No había nadie, por lo que enseguida pasaron al beagle a la consulta. Gael vio que la veterinaria hacía lo mismo que le había visto hacer a Daniela en la pastelería y la miró extrañado. ¿Cómo sabía lo que tenía que hacer? Decidió no darle vueltas, a pesar de todo no le importaba nada de aquella chica. Le agradecía que le hubiera llevado hasta allí y sus disculpas, pero nada más.

—La perra parece estar sana, pero no tiene chip —les explicó—. Algo que me extraña, porque tiene catorce meses. ¿Dónde la habéis encontrado?

—La abandonaron en la carretera hace una semana —habló Gael.

—Eso explica que esté algo delgada, pero nada grave —acarició su cabecita—. Lo importante es que ahora gane peso, aunque antes tenéis que decidir qué haréis con ella, si darla en adopción, llevarla a la protectora, quedárosla... —los miró a ambos.

Daniela se abrazó a sí misma. Le daba mucha pena la perra. Se la veía tan sola y asustada... Esa perrita necesitaba amor y alguien que la cuidara de verdad. Le encantaría quedársela ella, pero no podía. Aparte de que tenía una coneja y podía ser peligroso, su padre no la iba a dejar entrar en casa.

—Yo no puedo tenerla —respondió Daniela con voz ahogada.

—Me la quedo yo —decidió Gael.

Ella le miró asombrada. ¿De verdad se la iba a quedar? No estaba sorprendida porque Gael tuviera buen corazón, eso ya lo había descubierto esta semana, pero tener a ese animal significaba costear los gastos del chip y las vacunas, entre otras cosas. Puede que ya estuviera vacunada, pero no lo sabían, por lo que era mejor empezar de cero.

—Muy bien. Le voy a instalar hoy el chip y la semana que viene te doy cita para las vacunas.

Gael asintió y veinte minutos después salían para regresar a Quintanar, pero esa vez hicieron el camino en total silencio. Mientras Gael rellenaba los datos del animal, Daniela había tenido que salir de la clínica para llamar a su amiga y pedirle disculpas por la tardanza. Al ver la hora que era, decidió colgar el cartel de «cerrado» en cuanto llegara. Aunque antes debería limpiar. Su jefa, Rosa, le

había mandado un wasap contándole una nueva milonga sobre su madre para que ella se ocupara de echar el cierre. Al parecer, a la mujer le dolía un brazo y prefería quedarse con ella por si era algo grave.

Daniela aparcó delante del hostel y Gael le dio las gracias, pero ella cayó en algo: en el hostel no se permitían animales, por lo que debería llevarla a la habitación con cuidado y, sobre todo, rezar para que la perra no ladrara. Daniela le recomendó esconderla bajo la chaqueta que llevaba. La recepcionista probablemente estaría distraída con alguna revista o el móvil, por lo que, si era rápido, no se percataría.

—¡Oye! —le llamó ella mientras él bajaba de la *pick-up*—. No me has dicho cómo la has llamado —señaló a la perra, que se negaba a estar en otro lugar que no fueran aquellos fuertes brazos.

—Tore.

—¿Tore? —preguntó extrañada—. Suena más a chico.

—Viene de Toretto, por el personaje de *Fast and Furious*. Tore suena más femenino que Toretto.

—Eso es verdad —soltó una leve carcajada—. Le pega. Por el tema tuyo de las carreras esas de la DGT o lo que sea.

—¿DGT? ¡No das una! —le dijo divertido—. DTM —la corrigió—, Deutsche Tourenwagen Masters.

Daniela frunció el ceño. ¿Seguro que lo que le acababa de decir no era un idioma inventado? Negó con la cabeza sin dejar de reír. Al final debería buscar por San Google esas carreras, porque, por no saber, no sabía ni sus iniciales.

—Intentaré aprender a decir... ¿DTM?

—¡Muy bien! —la felicitó divertido, aplaudiendo como podía con Tore en brazos.

Daniela alzó los brazos celebrando aquella pequeña victoria y esperando que no se le olvidara. Se despidió de él y dio la vuelta para aparcar a Sally en su casa antes de bajar a la pastelería donde Jone se estaba comiendo una palmera de coco.

—¡Ya era hora! —salió del mostrador—. Ay, Dani..., me he enamorado.

—Qué raro... —ironizó—. Y no me llames Dani, sabes que no me gusta —replicó apretándose la coleta.

—Ese tío, el famosete que no conoce ni Dios, está muy bueno. Es guapísimo, adorable y con un corazón de oro. No como el actorucho.

—Lo sé —dijo en un suspiro.

—Oh, oh...

—¿Qué?

—A ti te ha tocado la patatilla —la señaló.

—Pero ¿qué dices?! —Colgó el cartel de «cerrado» y se metió en la cocina para limpiarla—. Lo único que reconozco es que me confundí con él —dijo al sentir a Jone detrás de ella—. Le prejuzgué por una mala experiencia y le solté todo lo que me hubiera gustado decirle al actor.

—Bueno... —contestó Jone sin creérselo mucho—. Por si acaso y para que veas qué buena amiga soy..., ¡te lo dejo para ti! Además, la mentirijilla que le hemos soltado al pichacorta ha funcionado. Se ha ido cabreadísimo. ¡Que le jodan!

Daniela la miró divertida y negó con la cabeza mientras se mordía el labio inferior. Cogió una bayeta después de que se marchara Jone y comenzó a limpiar el desastre que había hecho esta durante todo el día. Se puso los cascos para escuchar música mientras limpiaba y se quedó pensando en las palabras de su amiga.

Era verdad que la parte buena de Gael le había encantado. Y que hubiera decidido quedarse con Tore, con todo lo que ello implicaba..., había sido un detalle. Y ni siquiera había dudado en hacerlo. Sabía que no tenía remedio, pero, al fin y al cabo, era una chica con debilidad por los chicos guapos y los animales. Así que, si además se mezclaban, a ella ya la tenían conquistada, pero no en el sentido en el que Jone había insinuado. Entre lo de Nacho, alias pichacorta, y algunos rollos que tuvo en la universidad, estaba claro que lo mejor por el momento era estar sola.

No había mentido a su amiga. Se había confundido con Gael y lo más conveniente era que, cuando cruzaran alguna que otra palabra, se llevara bien con él o al menos fuera amable. Además, en esa semana no habían coincidido hasta el día de hoy. Aunque sí le había visto trabajar en la obra. Cuando no estaba en la pastelería, iba allí con Israel. Al pequeño le gustaba ver cómo iba creciendo su nuevo hogar, aunque fuera a paso de tortuga. Necesitaban más voluntarios profesionales y confiaba en que poco a poco fueran llegando.

Siempre que iban, Israel llamaba a Gael para saludarle y este le sonreía y le devolvía el saludo; incluso algunos días, cuando habían terminado el trabajo, Gael le daba permiso para acercarse y, tras ponerle un casco, le explicaba cómo quedaría todo acabado. Él se encargaba de dejar a Israel en el hostel junto a sus abuelos. Era un matrimonio ya mayor y Antonio tenía la salud delicada. Lo mejor era que se quedara descansando.

Comenzó a silbar la canción que sonaba y metió medio cuerpo en el horno para limpiarlo en profundidad hasta que notó cómo alguien le tocaba la espalda y ella, asustada, dio un salto, lo que hizo que su cabeza impactara con la parte superior del horno. Sacó la cabeza de él y se quitó los auriculares mientras se giraba para ver quién era. Probablemente la graciosa de Jone que se estaría

descojonando de ella con esa risa tan característica que tenía. No necesitaba beber para partirse la caja. Incluso el chiste más malo hacía que llorara de la risa. Aunque no era una risa molesta, sino más bien contagiosa. Lo peor de ello era que le costaba controlarla. Pero no era ella, aunque su intruso también se estaba riendo.

—¿¿Qué diablos haces aquí?! —le dio un ligero empujón para que dejara de reír—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo siento —se disculpó Gael—. He visto las luces y te he llamado, pero no contestabas. Cuidado con llevar los cascos —se los señaló—. ¿Y si hubiera sido un psicópata el que hubiera entrado?

—Normalmente nadie entra al ver el cartel de «cerrado», y este pueblo está muerto. Aquí no hay ni psicópatas —bufó mientras iba a escurrir la bayeta—. ¿Necesitas algo?

Gael se colocó a su lado y dejó caer delante de ella un llavero del que colgaba un trébol de cuatro hojas. Daniela se quedó sorprendida al verlo sin saber qué hacer: si cogerlo o simplemente quedarse mirándolo esperando una respuesta a su curiosidad.

—Es para ti —le dijo Gael entregándoselo—. Me gustaría empezar de cero contigo. Creo que ambos nos confundimos un poco con el otro —sonrió—. Hoy he estado en la pequeña papelería para comprar algo de prensa. He visto esto en la parte de los suvenires y me he acordado de ti.

Ella le miró sorprendida.

—Esta tarde me has dicho que tu vida carece de suerte, porque has tenido que renunciar a cosas para poder ayudar a que el pueblo no se convierta en un lugar abandonado. Es una chorrada, lo sé. El llavero no va a ayudar, pero, no sé..., lo he visto y... he pensado en ti.

Daniela se sonrojó y miró aquel llavero, donde enseguida colocó las llaves de su coche. Un llavero no iba a solucionar nada, lo sabía, pero el detalle le encantaba, y ver que se había acordado de ella tras escuchar una mínima parte de su vida, le emocionaba.

—Gracias —le miró con una sonrisa—. Me encanta.

—Bueno, pues creo que es hora de empezar de cero, ¿no? —le tendió la mano—. Hola, me llamo Gael Montés. Tengo veintitrés años y soy corredor profesional de la DTM, aunque también me apasiona ayudar a los demás.

—Encantada —le estrechó la mano—. Yo soy Daniela Domingo, tengo veintiún años y trabajo de repostera, aunque empecé a estudiar la carrera de Veterinaria.

Ahora entendía Gael por qué sabía hacer lo que hizo cuando le llevó a Tore. Pero ¿por qué no seguía estudiando? Bueno, quizá en esos meses que estuviera

allí lo averiguaría. Por el momento, estaba contento con ese pequeño paso que habían dado.

CAPÍTULO 5



Gael salió de la pequeña casa que había alquilado por cuatro meses tras pasear a Tore. El casero se había negado a firmar un contrato por valor de tres meses, así que no le quedó más remedio que aceptar la estancia por valor de cuatro, a pesar de que el último mes ya no ocuparía esa casa, pues regresaría a Alemania.

Tras mirar varias casas y pisos, al final se había decidido por alquilar la que Daniela le mencionó. La fachada no era nada bonita, pero por dentro era preciosa. En el piso de abajo se encontraban el *hall*, la cocina, el salón y una habitación con baño, y en el piso de arriba había dos habitaciones y otro cuarto de baño más grande que en el piso de abajo. No tenía jardín, ya que la casa daba directamente a la calle, pero mejor. Así no debería mantenerlo, además de que nunca se había hecho cargo de un jardín.

Cogió una pequeña mochila donde llevaba el casco que le habían facilitado y la botella de agua y anduvo en dirección a la casa en construcción. Además, esa jornada iba a ser distinta a otras. Días atrás, Gael había llamado a un amigo que conoció en una de las obras caritativas. Era grafitero profesional y se encargaba de proporcionar luz y alegría con sus dibujos a los distintos proyectos en los que participaba. Lo último que Gael vio de su trabajo fue la fachada de una guardería que reconstruyeron tras un derrumbamiento. Todo el mundo quedó sorprendido y encantado con su trabajo.

Esa mañana iba a reunirse con él para darle una pequeña sorpresa a Israel. Le había prometido que su casa sería la más chula del pueblo, y así sería.

También había hablado con Dustin, su representante. La farsa de que aún estaba de vacaciones y no regresaría hasta que su sanción finalizara seguía en pie. A nadie le sorprendía que el Loco Kamikaze pasara de los entrenamientos para después dar lo mejor en la pista. Era verdad que él pensaba que no necesitaba entrenar, pero no lo hacía por demostrar que era el mejor, sino porque

prefería ser voluntario en algún sitio a dar vueltas durante horas a más de 300 km/h.

Llegó a la casa y suspiró al verla. No avanzaba. Bueno, sí lo hacía. Pero a paso de tortuga. La mayoría de los voluntarios no eran profesionales y solo cumplían órdenes de los arquitectos que allí había. La primera semana habían estado preparando la piedra de la fachada, y la siguiente, reforzando la estructura y cambiando algo de los planos. Así que esa casa de momento eran barras de metal y andamios.

Saludó a sus compañeros y dejó sus cosas en un lugar apartado para ponerse a trabajar. Aquel día iban a comenzar a construir las diferentes estancias. Iba a ser una casa de dos pisos, cuatro habitaciones, dos baños, cocina y salón. Además, en ese terreno, que, por suerte, pertenecía a la familia gracias a que la heredaron hace años, pondrían un jardín. No sería muy grande, pero suficiente para que Israel pudiera jugar.

—Gael, un tío pregunta por ti en la parte delantera —le dijo Blas, un joven que acudía al pueblo cada viernes para ayudar y se iba el domingo por la mañana a proseguir con sus estudios—. Dice que le has llamado.

—Sí. Gracias, Blas.

Gael dejó la carretilla que estaba guiando en el suelo y corrió hasta la parte delantera, donde saludó a Xavier. Era de Navarra, pero se movía por toda España y parte de Europa para colaborar y mostrar su arte. Chocaron sus manos e hizo que le acompañara hacia una mesa improvisada donde se encontraban los planos para que viera cómo iba a ser el cuarto de Israel, aunque antes de idear el dibujo perfecto, tendrían que hablar con el niño para saber sus gustos y que Xavier fuera pensando algo. Enseguida saldría del colegio e iría allí, como hacía cada viernes.

Y así fue, a las dos y diez, el pequeño ya había cogido un casco y corría hacia él con su rostro lleno de ilusión y alegría.

—¡Hola, Gael! —se abrazó a su cintura—. ¿Sabes que hoy me han cogido en un equipo para jugar al fútbol? ¡Y mañana me han invitado a ir al parque! —dijo ilusionado.

—¿De verdad? —Israel asintió—. ¡Guau! ¡Me alegro mucho, campeón!

Y de verdad lo hacía. Desde que ellos dos pasaban tiempo juntos, el resto de los niños del pueblo empezaban a interesarse por Israel. Había pasado de ser el niño sin casa al popular por jugar con un adulto. Era increíble cómo lo más sencillo podía impresionar a los pequeños. Y Gael se alegraba por él, puesto que en unos meses se iría y no le gustaría que se quedara solo. Esperaba que, cuando tuviera que partir, sus compañeros no volvieran a ignorarle. Confiaba en que en esos meses se afianzara una amistad.

—Sí, y además Rodrigo quiere que vaya a dormir un día a su casa.

—¡Qué bien! —sonrió—. Pues yo tengo una sorpresa para ti.

—¿De verdad? —a Israel se le iluminaron más los ojos.

—Sí. Ven, quiero que conozcas a alguien.

Gael le guio por aquel terreno irregular hasta donde se encontraba Xavier haciendo varios dibujos en hojas. Había cogido varias temáticas que podían gustar a un niño: animales, el espacio, coches, el mar..., pero si ninguno le gustaba, podría crear un borrador con la temática que él quisiera.

—Israel, te presento a un amigo, Xavier.

—¡Hola! —le saludó algo tímido.

—Hola, Israel —le sonrió el grafitero—. Gael me ha hablado mucho de ti y de que tu casa va a ser la más chula de todo el pueblo.

El niño asintió emocionado, aunque le impresionaba ese señor. Era tan alto como Gael, tenía muchos tatuajes y dos *piercings* en la cara,

—Pues yo he venido porque voy a pintar tu habitación, pero para hacerlo tienes que decirme qué te gusta. Mira —le entregó sus bocetos—, dime si te mola alguno.

Israel cogió los papeles y comenzó a mirarlos. Todos le parecían muy bonitos, pero ninguno le gustaba para su habitación. Torció el morro y giró la cabeza para pensar qué dibujo quería para su cuarto. Deseaba que fuera especial y que todos sus amigos quisieran estar en él. Y también, le gustaría dormir y sentirse seguro. La habitación del hostel era muy fea y la sombra de los muebles por la noche le daba miedo.

—¿No te gusta ninguno? —se agachó Gael para estar a su altura—. Mira el de los coches cómo mola.

—No me gustan los coches ni la velocidad —dijo triste—. Mis papás murieron por correr con el coche.

Gael y Xavier se quedaron en silencio y, para romper ese tenso momento, el grafitero recogió sus borradores y le alzó para sentarle en un taburete. Colocó un trozo de papel en blanco sobre la mesa y se acomodó en otro taburete.

—Bueno, y dime, ¿qué te gusta?

—El bosque. Me gusta ir en otoño a Revenga o cerca de Sanza a coger setas. Y en verano voy con mi abuela o con Daniela a pasear por el monte. ¡Y a veces vemos animales!

—Te llevas muy bien con Dani, ¿eh? —comentó Gael.

—Sí. Quiero que sea mi novia, pero ella me dice que tenemos que esperar a que sea más mayor. —Los dos chicos rieron ante aquello—. Ah, y, Gael, no la llares Dani, ella lo odia.

—Tomo nota.

Xavier hizo varios trazos en el trozo de papel y, cuando terminó el boceto, a Israel se le iluminó la cara. El diseño no era demasiado infantil, para que no se aburriera de él a medida que fuera creciendo. Además, utilizaría colores suaves. Quedarían mejor que otros más oscuros.

Israel les dio las gracias y corrió de regreso al hostel para irse a comer y contarles a sus abuelos cómo iba a ser su habitación.

—Vaya, ¡qué sorpresa! Cuánto tiempo sin verte, Simba..., digo, Daniela, perdón.

—¡¡Capullo!! —respondió ella a Ricardo, un excompañero del instituto que se encontraba allí—. ¿Acaso no has madurado en estos años?

—Sí, lo siento —se disculpó—. Me ha salido por inercia.

—Bien, pues más te vale controlarte, porque no voy a volver a soportar vuestras gracias.

Gael se giró al escuchar su voz y se quedó pasmado viendo esa escena. No pudo evitar sonreír al ver como ella le respondía. Aunque no entendía por qué ese tío le había llamado Simba. Aunque sí pudo deducir que era un mote con el que le llamaban en el instituto a modo de burla y que ella odiaba.

Tras dejarle las cosas claras, reanudó su camino y vio que se acercaba a él. Desde la distancia, no lo podía apreciar demasiado bien, pero juraría que su rostro tenía alguna mancha de harina. Lo confirmó cuando quedó a un palmo de él. Aunque lo que más le sorprendía era que le sonriera. Desde que hicieron aquel pacto una semana atrás, no se habían visto y ella tampoco se había pasado por la obra con Israel como hacía a veces.

Llevaba el pelo recogido en su típica coleta alta, pero algunos mechones rubios escapaban del aprisionamiento de la goma.

—¡Eh! —la saludó—, ¿qué haces aquí?

—¡Vaya! Menudo recibimiento —dijo divertida—. Si molesto, me voy —hizo amago de darse la vuelta.

—No, no —rio Gael—. Me refiero a que es peligroso que estés por aquí sin protección —señaló su casco.

—Estamos a varios metros de la casa —abrió los brazos y miró hacia arriba para señalar que sobre sus cabezas no había nada—. Además, enseguida me voy, que tengo que comer antes de volver a la pastelería. Venía a invitarte esta noche a un sitio del pueblo donde podemos cenar. No creo que hayas visto mucho. Apostaría a que vas de tu casa a la construcción, y viceversa.

—Pues sí —rio y se quedó pensando en esas palabras.

¿Le estaría proponiendo una cita? ¿O simplemente una quedada de amigos? Fuera como fuese, aceptaría. No lo reconocería en voz alta, pero le gustaba pasar tiempo con ella. Lo descubrió cuando abandonó la pastelería la noche de su

pacto y se dio cuenta de que la echaba de menos, además de que no hacía más que pensar en dónde estaría o vigilando a su alrededor por si la veía. Aunque no se había vuelto a pasar por la pastelería. No quería parecer ningún acosador ni nada similar.

Daniela sabía que ya había abandonado el hostel. Se lo comentó su padre mientras cenaban y ella fingió no conocer a Gael. No sabía muy bien por qué había hecho eso. Quizá porque desde que cortó con Nacho su padre se había vuelto muy reacio hacia el género masculino y, siempre que hablaba de algún compañero de la universidad, le preguntaba si le gustaba o si estaban juntos. Y por el tono de voz que ponía... se le notaban las ganas que tenía de coger la escopeta si le decía que con algunos había tenido algo. No era ninguna mojigata y había tenido algún que otro lío en los dos años y medio que cursó de carrera, pero ni en broma iba a confesárselo a su padre. A no ser que alguno de esos líos se convirtiera en algo serio, cosa que dudaba mucho.

—Pues ya que no has explorado mucho el pueblo y como el otro día firmamos la paz, he pensado que podíamos celebrarlo con una cena. Si te apetece, claro —se sonrojó, aunque intentó disimularlo.

—Estaría bien.

—¡Genial! —dijo un pequeño brinco—. Cierro la pastelería a las nueve y media, así que ve a las diez allí y preparamos la cena.

—¿Preparamos? —le preguntó sorprendido.

—¡Claro! Adonde te quiero llevar no hay restaurantes ni nada —rio—. ¡Venga, será divertido! —le animó al ver el gesto que ponía.

—Vale, vale, pero soy un manco en la cocina.

—Tranquilo, será un plato sencillo. Hasta la noche.

Gael asintió y vio como Daniela se guardaba las manos en los bolsillos del abrigo. A pesar de ser ya primavera, en el pueblo seguía haciendo bastante frío, y eso que el día era soleado, pero el sol engañaba. Se quedó embobado mirándola caminar y cómo su coleta se movía al ritmo de sus pasos.

—¡Daniela! —la llamó—. Tienes harina —se señaló la mejilla.

—¡Oh! —Se limpió con los dedos—. Esta vez es azúcar glas.

Ambos se sonrieron y volvieron a despedirse. Gael se quedó observando como se iba y rio al ver la mirada fulminante que le echaba a Ricardo. Él le respondió haciendo el gesto de paz y amor.

* * *

Puntual, Gael se presentó en la pastelería. Esperaba que Daniela no se encontrara con los cascos puestos como el otro día, aunque había sido divertido darle sin querer ese pequeño susto. Tras acabar el trabajo en la obra, se había dado una ducha rápida y había paseado a Tore. La perra aún tenía bastante miedo y cuando salían a la calle se negaba a caminar más lejos de la zona de su casa. Poco a poco iban avanzando. Ese fin de semana intentaría progresar más con ella. Aprovecharía que esos dos días descansaban de la obra.

Al llegar, vio que las cortinas ya estaban echadas, al igual que el cartel de «cerrado», pero las luces estaban encendidas. Abrió la puerta y se quedó mirando el mostrador. Las vitrinas donde se encontraban los dulces estaban vacías y limpias y las sillas subidas a las mesas.

Caminó hasta la puerta de la cocina, se asomó por la pequeña ventana que había y la vio. Daniela extendía con un rodillo una masa redondeada. Comprobó que no tenía los cascos puestos, por lo que entró.

Daniela dio un pequeño brinco al escuchar el sonido de la puerta y giró el rostro. Estaba tan concentrada que no se había percatado de nada. Ni siquiera de la hora que era. Comprobó el reloj que había en la pared y vio que pasaban dos minutos de las diez.

—Vaya, ¡qué puntual! —se sacudió las manos para quitarse algo de harina—. Llegas justo a tiempo para hacer unas riquísimas *pizzas* para cenar. Caseras, no de esas que venden a domicilio y que a saber qué les echan —rio.

—No tengo ni idea de cómo se hace una *pizza* —confesó colocándose a su lado.

Al escucharle, ella le miró y alzó las cejas. No podía creérselo. Hacer una *pizza* era lo más sencillo del mundo. Más que un huevo frito.

—Pues habrá que remediarlo —se movió por la cocina para sacar los ingredientes.

En la pastelería, aparte de dulces, también elaboraban unas pequeñas *pizzas* que se vendían como rosquillas, pero esa vez iban a hacerlas un pelín más grandes.

Dejó todo al lado de las dos masas perfectamente redondas y le obligó a lavarse las manos antes de que se pusiera un delantal. Al principio, Gael se negaba rotundamente, pero en cuanto vio cómo estaba el de Daniela, aceptó colocárselo. No quería tener que estar frotando después su ropa y menos acudir a la cena manchado.

Daniela le fue explicando los diferentes pasos y comenzaron a preparar su cena a la par. Primero extendieron por la masa el tomate y ella rio al ver cómo se le escapaba por los bordes y le ponía la mesa pringada.

—¡He dejado la cocina impoluta! —se quejó divertida colocando un trozo de papel de plata para colocar la *pizza* sobre él—. Y no es que me cueste limpiar lo que manchemos con las *pizzas*, pero me da mucha pereza —rio y limpió el tomate que había derramado—. Bueno, lo que viene ahora es más fácil.

Y, por suerte, así fue. Cada uno echó sus ingredientes. Gael puso un poco de todo en la suya para probar cómo sabía esa mezcla de ingredientes. Daniela optó por una receta más sencilla y se hizo una *pizza* margarita. Cuando estuvieron listas, las metieron en el horno y ella bromeó con él diciendo que la había cargado muchísimo y que pesaba tanto que le iba a romper la bandeja del horno.

—¿Cómo te las ingenias para que cada vez que te veo tengas la cara manchada? —le preguntó limpiándole la harina que tenía tras meter las *pizzas*.

A Daniela le encantaba que él le limpiara esas pequeñas manchas. Y, sobre todo, ver que lo hacía sin pensar, como si se conocieran de toda la vida. Se sentía muy a gusto con él, aunque al principio pensara que era un capullo engreído, que lo era, pero solo era una faceta que dejaba escondida la mayor parte del tiempo. Por suerte. Apenas le conocía, pero ella tenía la teoría de que el verdadero Gael era el que se mostraba ante todo el pueblo y que esa faceta que ella odiaba solo era un papel que interpretaba en su mundo lleno de coches, chicas guapas, velocidad y dinero.

—No lo hago adrede —se defendió—. Pero me paso el día trabajando con harina, chocolate, huevos, azúcar..., casi siempre estoy con las manos manchadas y, si me pica la cara, pues me la toco sin darme cuenta de cómo llevo las manos.

—Bueno, estás mona con harina en la cara.

—Gracias —le guiñó un ojo—. En vez de colorete, yo me pongo harina. Más original.

—Mucho. Y, oye, para qué engañarnos, tener harina en la cara te hace parecer más dulce.

Ella abrió la boca sorprendida y le dio un ligero golpe en el brazo.

—¿Cómo que «parecer»? ¡Soy muy dulce! —dijo divertida.

—¡¿Ves?! —exclamó—. Ahora que no tienes harina, no eres nada dulce —se señaló el brazo donde le había dado—. ¡Me has pegado!

—No, no, ha sido un dulce golpecito —le puso cara angelical.

Gael sonrió al ver aquel gesto y se fijó en sus ojos oscuros. Eran preciosos y en esos momentos tenían un brillo que jamás había visto. Además, Daniela había arrugado levemente la nariz y no sabía por qué de repente le entraron ganas de agachar la cabeza y regalarle un suave beso en ella. Por supuesto, tuvo autocontrol para no hacer aquella locura, pero por un momento sintió un impulso

que le obligaba a hacerlo. Nunca había sido impulsivo con nadie. Ni siquiera con Lucía.

Pensar en ella hizo que se separara de Daniela y fue hacia el horno para ver por el cristal cómo iba su cena.

Enseguida estuvieron listas y tras ponerlas en una bandeja y envolverlas con el papel de la pastelería, salieron de allí. Gael sujetó ambas *pizzas* mientras Daniela cerraba con las llaves tras poner la alarma; subieron por unas escaleras que daban al portal donde ella vivía y donde tenía su coche aparcado.

—¿Recuerdas a Sally?

Él asintió y suspiró. Seguía sin fiarse de aquella tartana.

—No pongas esa cara —le ordenó—. Ya viste que va como la seda.

Abrió la *pick-up* y ambos se subieron. Como a veces le sucedía, le costó arrancar, y esos segundos que Daniela estuvo girando la llave sobre el contacto consiguieron que Gael se pusiera más nervioso y se pasara las manos por el pelo mientras diseñaba mentalmente un plan que les permitiera salir y ponerse a salvo en caso de que el motor se incendiara o explotara.

Finalmente, la camioneta arrancó y, tras encender las luces, Daniela se incorporó a la carretera para conducir hasta su destino. Un lugar que le encantaba y lo consideraba su refugio. Antes, la gente iba muchísimo a esa zona del pueblo, pero ya no lo hacían. Daniela prefería no pensar en ello, pues le apenaba mucho ver cómo el pueblo se iba perdiendo.

Al desviarse por el camino que conducía al *camping*, puso las largas y, dos minutos después, aparcó en una zona rocosa.

—Hemos llegado —anunció saliendo de la *pick-up* y subiendo a la zona de atrás, donde guardaba varias mantas.

Gael la miró sorprendido. ¿De verdad iban a cenar allí? Contempló con detenimiento el lugar. Ni siquiera había una maldita farola. El cielo estaba despejado y la luna en cuarto creciente era la única luz que les alumbraba. A sus ojos les costó acostumbrarse a aquella oscuridad.

Se subió a la parte de atrás del vehículo junto a Daniela, que en ese momento abría una especie de maleta, aunque en realidad era una lámpara portátil.

—Solo la enciendo para que cenemos mejor. Después, la apagaré para que disfrutes de este lugar —le advirtió colocándose una manta por los hombros, y le dio otra a él.

Desenvolvieron las *pizzas* y comenzaron a devorarlas, pero a Gael se le caían la mitad de los ingredientes de la que estaba. Daniela intentaba no reírse, aunque no podía disimular lo divertido que le resultaba verle hacer malabares con la *pizza*, las manos y la boca.

—Ya te dije que no sabía cocinar ni hacer una *pizza*... —quiso defenderse.

—Si está bien hecha, lo que pasa es que te has pasado mezclando ingredientes.

—¡Pero está de muerte! —partió un trozo más pequeño—. Prueba.

Ella lo hizo y se colocó una mano debajo de su barbilla antes de dar un buen mordisco al trozo de *pizza*. La verdad es que estaba buenísima.

—Tendré que incluirla en la carta —bromeó—. Podría llamarla «*pizza DTM*».

Gael soltó una leve carcajada y se sorprendió al ver que había dicho bien el nombre a la primera. Se lo comentó y ella le dijo que en su descanso de mediodía había estado viendo vídeos en YouTube sobre esas carreras y también sobre él. Le confesó que le había costado encontrar vídeos donde saliera él compitiendo. Hasta que se dio cuenta de que en casi ninguno salía con su nombre, sino con el apodo que tenía: Loco Kamikaze. Y entendía por qué. Corriendo en la pista era un maldito suicida y había tenido bastantes accidentes en los que había salido ileso, pero el coche había quedado destrozado. Ese chico tenía mucha suerte y en las entrevistas subtituladas que había visto se le notaba el ansia que tenía de ganar.

—¿Por qué es importante para ti convertirte en el campeón de la DTM? —quiso saber.

Gael notó su tono de preocupación. Se había vuelto más seria tras hablar de los vídeos que había estado viendo y que en más de uno se había llevado la mano a la boca. Algunos de los accidentes que había sufrido corriendo le habían impactado.

—Es mi sueño —contestó sin rodeos—. Lo lleva siendo desde que comencé a formarme en el mundillo.

—¿Y qué pasará cuando cumplas ese sueño?

—Pues... —se quedó pensativo—. No lo sé.

Jamás había pensado en ello. Ganar la DTM sería un momento en su vida que, cuando lo lograra, porque sabía que lo haría, le colmaría de orgullo, felicidad y entusiasmo. Habría logrado el objetivo que llevaba persiguiendo durante años, pero ¿qué sucedería después? Esa felicidad no era eterna. Sabía que llegaría otro y que esa persona se haría con el título que él también tendría por un tiempo. Aunque resultaba difícil, no era un sueño único. Sino uno que iba pasando de mano en mano.

—Supongo que mantener el título hasta que me retire.

—Es un poco aburrido, ¿no crees? —comentó ella terminando el último trozo de su cena—. Y creo que en la vida hay cosas más importantes. Sueños por los que luchar cada día para que no desaparezcan.

Gael se quedó pensativo. El sueño de Lucía jamás acabaría, pues cada día podría luchar por devolver la ilusión a gente necesitada. Bueno..., en realidad ya no, pero él seguiría cumpliendo su sueño. Comenzaba a replantearse si ganar la DTM de verdad era un sueño.

—¿Y cuál es tu sueño?

—Bueno..., la verdad es que son varios —estiró las piernas y apoyó la espalda en el cristal que separaba el maletero con el interior de la *pick-up*—. Me gustaría retomar mi carrera de Veterinaria, pero eso es algo que sé que cumpliré. Una aspiración. Mi sueño..., mi sueño es volver a ver el pueblo en sus mejores momentos. —Encogió las piernas y se abrazó las rodillas antes de mirar el firmamento; el cielo estaba despejado y las estrellas se dejaban ver rodeadas de un marco de pinos—. Ver en las fiestas la plaza llenarse, las peñas dándolo todo, ver la subida del mayo y a la gente animar orgullosa ante esa tradición, las carrozas con sus damas y su reina desfilando..., ver a los visitantes disfrutar de cada rincón que esconde, a mi padre estresado porque tiene tantos clientes en el hostel que no sabe cómo llevar la organización... —rio nostálgica y se llevó una mano a la frente—. Simplemente, volver a ver el alma del pueblo. O parte de ella. Con eso me conformaría.

Gael asintió sorprendido. No pensaba en un sueño que solo la abarcara a ella, sino a cientos de personas. Daniela quería ver al pueblo de nuevo feliz y en pie, y no como era en esos momentos: con un halo de tristeza, calles desiertas, negocios cerrados y habitantes que parecían fantasmas.

—¿Puedo preguntarte algo? —Ella asintió—. ¿Por qué trabajas de repostera si empezaste y quieres estudiar Veterinaria?

—Bueno, verás, yo los anteriores años estudié gracias a una beca y este año no me la han concedido. Mi universidad me daba la opción de pagar por semestres y mi padre pudo afrontar el primer pago, pero no el segundo —relató, y Gael notó en su voz cómo le dolía hablar de aquello—. El hostel va directo a la ruina. No sé lo que durará antes del cierre, si un día, una semana, un mes..., no lo sé. Así que todo el dinero que recauda es para mantener en pie el hostel, y mi sueldo de la repostería lo divido. Tres cuartas partes van a ayudar a mi padre con el hostel, la casa, las facturas..., y el cuarto que queda lo estoy ahorrando para retomar algún día mis estudios.

—Vaya... Lo siento —no sabía muy bien qué decir.

Daniela negó con la cabeza y sonrió con tristeza. No lo iba a negar. No le gustaba la vida que llevaba, pero había gente que estaba peor que ella. Sintió que sus ojos se humedecían y apagó la lámpara para que él no lo notara. Jamás había llorado delante de nadie y no iba a hacerlo en ese momento. Se tapó mejor con la manta y siguió hablando:

—A mi madre y a mí siempre nos ha gustado la cocina, por lo que desde pequeña me enseñó a cocinar muchos dulces. Y, en verano, me iba a hacer cursos. Gracias a ella y a su afición por la cocina pude conseguir el trabajo. Aunque jamás lograré ser tan buena como lo era ella.

—Hablas en pasado.

—Sí. Murió hace unos años.

—Lo siento mucho, Daniela —le dio el pésame mientras cogía su mano y entrelazaba sus dedos para darle ánimo—. Yo también perdí a alguien hace tiempo. Sé lo duro que es.

—Lo dices por la persona por la que eres voluntario, ¿no? —Él la miró sorprendido y ella le aclaró—: Me dijiste que estabas cumpliendo el sueño de una persona a través de ti.

—Sí. Ella murió cuando teníamos dieciocho años.

«Ella», se repitió Daniela, y pensó que esa chica era la novia de Gael. Se deslizó para acercarse más a él y comenzó a acariciar con su pulgar sus nudillos para transmitirle ánimo al escuchar lo triste que sonaba su voz.

Le encantaba cómo sus manos encajaban a la perfección. No debía pensar así. Primero, porque él se iba a ir; segundo, porque, en el fondo, era una romántica y podría ver cosas donde en realidad no las había, y tercero, porque él parecía no haber superado aquello. A pesar de seguir adelante, si estaba cumpliendo el sueño de ella era porque aún la amaba.

No pudo evitar pensar que le parecía muy romántico lo que Gael hacía por esa chica, pero, a la vez, sintió una punzada. Su único novio serio resultó ser un gilipollas, y sus líos..., mejor no hablar de ellos. Jamás había conocido a un chico como él, y si en dos semanas ya le caía bien, sabía que su marcha le iba a resultar dolorosa. Pero lo mejor era no adelantar acontecimientos. Quizá en cuatro días se odiaran a muerte.

—No me gusta hablar de ella, ¿te importa si dejamos el tema y hablamos de cosas menos tristes? —le pidió.

Ella solo asintió y se deshizo de su agarre para meter las manos bajo el calor de la manta. Se quedaron en silencio observando aquellos puntos brillantes que había en el cielo. Se respiraba aire puro y era tal la tranquilidad que, si no fuera por el frío que hacía, Gael ya se hubiera quedado profundamente dormido.

—Es bonito esto —rompió el silencio.

—Sí, lo es —afirmó—. Es mi lugar favorito. Mi refugio. Donde vengo cuando necesito estar sola. Pero ¿te confieso algo? —le miró y pudo vislumbrar sus rasgos en la oscuridad—. No quiero vivir aquí en un futuro. Quiero salir de este pueblo, vivir experiencias..., hacer mi vida, y, de vez en cuando, regresar aquí. Pero no quiero estar eternamente sin salir de Quintanar. Básicamente, lo

que tú hiciste cuando te convertiste en un famosísimo corredor de DTM — bromeó.

—Hum..., me has investigado a fondo, ¿eh? —comentó divertido—. Los inicios en otro lugar, solo y sin muchos planes, son duros, pero una vez pasas la primera fase, la de querer regresar con los tuyos, cuando los miedos del principio se van evadiendo y la soledad se transforma en amistades..., es una de las mejores experiencias que puedes vivir.

Continuaron con una charla bastante interesante, tanto que no se dieron cuenta de que las horas pasaban hasta que a ambos comenzaron a cerrárseles los ojos del cansancio acumulado durante toda la semana. Gael vio que eran pasadas las dos de la madrugada y propuso irse; además, cada vez notaban más el frío.

Daniela le dejó en la puerta de su casa y se despidió de él antes de regresar a la suya, donde su padre la esperaba despierto. No le había dicho adónde iba en realidad, sino que simplemente iba a salir con Jone. No era que le avergonzara el haber pasado la noche con Gael, sino que conocía a su progenitor y era capaz de hacerle la vida imposible al pobre chico los meses que estuviera allí.

Había sido una noche perfecta. Y el contarle cosas a Gael que no había compartido con nadie había hecho que la opresión y el agobio que sentía disminuyeran. Además, era la primera persona a la que le confesaba que no quería hacer su vida en el pueblo. Ni siquiera Jone lo sabía. Ella iba a quedarse allí. Tenía trabajo, amigos y un hogar. No le gustaba nada complicarse. Prefería ir a lo seguro, pero a Daniela le iba bastante el riesgo. Con sus estudios había experimentado una parte de lo que quería vivir. Empezó en un lugar desconocido y aunque, como había hablado esa noche con Gael, el principio había sido duro, tras deshacerse de los miedos e inseguridades, tuvo claro que quería viajar por donde hiciera falta hasta encontrar su lugar. Aquel era otro sueño que le gustaría que se hiciera realidad.

CAPÍTULO 6



Daniela se encontraba frente al espejo de su casa preparándose para salir aquella noche con Jone. Le había contado a su amiga su escapada con Gael del otro día y, aunque a ella le pareció lo más, además de no dejar de interrogarla, le echó una pequeña bronca porque con ella apenas salía y que conocía a un tío guapo y enseguida se iban fuera a cenar. Daniela no le había dicho que le había llevado a su refugio, más que nada porque Jone no sabía que ese lugar lo era. Solo Gael. Y ni siquiera sabía por qué se lo había confesado. Le había salido solo mientras hablaban.

Unas cosquillas en su pie descalzo hicieron que se deshiciera de esos pensamientos. Calcetines le estaba chupando el pie. Lo apartó con cuidado de no golpearla y, tras dejar el delineador de ojos en la repisa del baño, se agachó para acariciar a su coneja.

—Pero ¿qué haces, brujilla? —rio—. Cómo sabes que papá no está, ¿eh?

Daniela no le había abierto la puerta de la jaula cuando su padre se había ido al hostel, por lo que supuso que ella sola había logrado tal maestría.

Su padre iba a pasar la noche allí. Cada día le dedicaba más tiempo al hostel buscando soluciones sin éxito y ella seguía con su página promocional, pero evolucionaba a paso de tortuga. Aún no había podido reunirse con los diferentes jefes con los que quería colaborar en el reflatamiento de sus negocios. Y la gran mayoría no quería quedar porque lo consideraban una pérdida de tiempo y un imposible. Preferían rendirse y cerrarlos para marcharse a empezar de cero en otro lugar con más futuro que en ese pueblo. No sería muy difícil.

Estuvo varios minutos dándole mimos a Calcetines, aunque no la cogió, ya que llevaba puesta una blusa floreada metida por dentro de una falda morada de cuero y no quería llegar al *pub* al que irían con pelos blancos.

La sacó del baño y se recogió el pelo en su habitual coleta alta, pero esa vez la cardó un poco para darle un aspecto mejor. Se maquilló los ojos con sombra

clara para destacar más su color castaño. Se pintó los labios con brillo de color *nude* y se colocó unos pendientes plateados. Salió para ir a la habitación y Calcetines la siguió, pero, al ver que no le hacía caso, corrió para tumbarse en su esquina preferida del salón.

Daniela se calzó unas sandalias de tacón negras con adornos en morado y, tras coger su abrigo y su bolso, salió de casa para reunirse con Jone, que ya estaba apoyada en su *pick-up*. Sally sería la encargada de llevarlas al pueblo de al lado, donde se celebraban las fiestas. Esa noche, Daniela dormiría en casa de su amiga. Odiaba hacerlo sola.

No tardaron en llegar y, tras aparcar, entraron en el local. Estaba bastante oscuro a pesar de las luces de colores y, además, abarrotado de gente. Aquel día, el *pub* había organizado un karaoke y ellas decidieron apuntarse. Se colocaron en una mesa que había libre tras dejar sus abrigos en el guardarropa, y miraron en un cuadernillo las diferentes canciones que había disponibles. Ninguna sabía por cuál decidirse.

—¡Pero mirad quiénes están aquí! —oyeron una voz masculina a sus espaldas—. Jone y Simba.

—Tío, no seas capullo —le reprochó Ricardo recordando cómo se había puesto Daniela con él al llamarla así—. Discúlpate.

A Daniela se le borró la sonrisa en el momento en el que escuchó ese estúpido nombre de la boca de Víctor, otro excompañero de instituto y amigo de Ricardo.

—Tienes razón, Ricky. Perdona, Dani —se disculpó—. Supongo que es la costumbre de tanto tiempo llamándote así. Éramos gilipollas.

—Tampoco me llames Dani. Te lo agradecería —le respondió—. No me gusta que me llamen así.

—Tomo nota —Víctor le guiñó un ojo.

—¿Por qué no os quedáis con nosotras? —propuso Jone, y Daniela la fulminó con la mirada—. Esto está hasta arriba y no nos importa tener compañía.

—Nos encantaría —aceptó Ricardo colocándose al lado de Daniela.

Se había fijado en lo guapa que iba esa noche, y esa vestimenta tan *sexy* que llevaba era la perdición de muchos hombres. Nacho fue un idiota por no valorarla. Antes eran amigos, pero se volvió bastante idiota cuando empezó en la universidad. Al igual que Ricardo y Víctor, acudía algunos días a ayudar en la casa, pero más que ayudar, retrasaba el trabajo con sus gilipolleces.

Daniela estaba bastante incómoda con ellos dos. Se estaban portando bien con ellas y no le habían vuelto a decir o a hacer nada que le molestara, pero eran muchos años en los que había sido objetivo de sus burlas por tener el pelo tan encrespado. Daba gracias a que esto hubiera cambiado y a los productos que se

echaba. Ahora lo tenía suave y con el volumen justo. Le gustaba mucho, pero se sentía más cómoda llevando siempre la coleta.

A pesar de su incomodidad, Jone estaba más que encantada con ellos, sobre todo con Víctor. Llevaban toda la noche hablando y Daniela se había fijado en cómo él a veces le acariciaba la pierna. Sabía que su amiga se lo estaba pasando bien porque no dejaba de reírse con esa risa contagiosa que tenía, pero esa vez a ella no le hacía gracia.

Ricardo, aunque en el pueblo casi todos le llamaban Ricky, había intentado varias veces establecer conversación con ella, pero Daniela le contestaba con monosílabos o frases cortas indicando lo poco que le gustaba estar con ellos y él sabía que era por sus burlas del pasado.

El tiempo pasaba, sus bebidas bajaban y el camarero no las llamaba para cantar. Hacía tiempo que habían entregado ya unas tarjetas con su nombre y la canción que habían seleccionado. Cansada, Daniela se levantó del taburete y se disculpó con los chicos, diciéndoles que iban al baño a retocarse, que enseguida volvían y que les pidieran otra copa.

Daniela cogió a Jone de la mano y se la llevó al baño, pero en el de mujeres había una fila bastante considerable, por lo que se metieron en el de los chicos. Total, solo iban a hablar mientras se retocaban un poco el maquillaje.

—Madre mía, ¿has visto cómo está Víctor?! —exclamó Jone mientras se pintaba los labios—. No lo recordaba tan alto..., ni fuerte..., ni divertido. Creo que me he enamorado.

—Como siempre, Jone —bufó Daniela molesta mientras se pintaba la raya del ojo—. ¡No me puedo creer que los hayas invitado a quedarse con nosotras sin consultarme! No me caen bien, Jone. Ellos son los que empezaron a llamarme Simba, y lo sabes. Y sí, sé que me han pedido perdón y han reconocido que fueron gilipollas, pero no olvido. Lo pasé muy mal.

Daniela se ajustó la coleta mientras recordaba esos horrorosos años. Fue una época horrible, y sus burlas le hicieron tanto daño que un día pensó en cortarse el pelo al cero. E iba hacerlo, pero sus padres la pillaron a tiempo y lo impidieron. Y menos mal. Se habría arrepentido de aquello toda la vida.

—¡Eh! Este es el baño de tíos —les espetó un joven rubio.

—No te vamos a mirar la chorra, ¿eh? —le contestó Jone—. Y tampoco sería la primera que viéramos.

El chico no dijo nada, simplemente les echó una mirada nada buena y se fue a lo suyo. Daniela miró a su amiga y negó con la cabeza mientras aguantaba la risa.

—Jone, deja de beber ya.

Acabaron de retocarse tras más miradas sorprendidas de varios chicos que entraban en el baño y salieron en el momento en que llamaban a Jone para cantar *Ain't your mama*, de Jennifer López.

Daniela vio cómo su amiga, muy animada en parte por el alcohol que llevaba encima, se subía a ese pequeño escenario para cantar mientras intentaba imitar la coreografía del vídeo. Aunque, más que cantar, lo que Jone hacía era reírse de sí misma.

Daniela no pudo evitar reír al verla. Por muy enfadada o triste que estuviera, esa risa contagiosa de su amiga era una gran terapia. Comenzó a dar palmas para animarla, pero paró al ver a Ricky acercarse a ella con dos cubatas en la mano. Le tendió uno a ella y se lo agradeció con un gesto de la cabeza.

—Daniela, sé que sigues muy enfadada por lo del instituto —le gritó por encima de la música—. Pero permíteme demostrarte que he dejado de ser ese gilipollas —le sonrió—. Te invito a una cena o lo que quieras. Aunque sea para pagarte parte de lo que te hice pasar.

Daniela sonrió al ver cómo le ponía cara de cachorrito y sus murallas se ablandaron un poco.

—Lo pensaré.

—¡Genial! Es un avance —dejó su copa sobre la mesa antes de hacer lo mismo con la de ella y tenderle una mano—. ¿Me aceptas este baile?

Ella asintió y se adentraron un poco en la pista para bailar la canción que estaba intentando cantar Jone. Ricky tenía muy pocas dotes como bailarín, pero Daniela se lo pasó bien bailando con él. Ella estaba bastante limitada a la hora de hacer movimientos por la falda que llevaba, pero a su pareja le encantó cómo se movía, aunque no la tocó para bailar más juntos. No sabía cómo podía reaccionar. No iba a negar que Daniela le atraía, aunque lo tendría complicado para salir con ella. Ya había probado su primer intento y no le había ido tan mal.

Cuando Jone bajó del escenario, la siguiente a la que llamaron fue a Daniela, que iba a cantar una canción de Sheryl Crow titulada *Real Gone*. Le encantaba esa canción y su melodía incitaba a moverse.

Daniela tenía una voz muy bonita y sabía cantar. Los tres años que estuvo en la universidad dio clases de canto y se le daba bastante bien. Su profesora decía que tenía un talento innato, pero el canto solo era para ella un *hobby*. No quería dedicarse a ello.

Sonrió mientras realizaba esa pequeña actuación y no supo por qué miró a Ricky en una estrofa de la canción que incitaba a dejarse llevar y disfrutar del momento.

Cuando acabó, todo el mundo aplaudió y Ricky la ayudó a bajar.

—¡Impresionante! —la alabó—. Tienes una voz preciosa.

—Gracias —le dijo mientras le daba un sorbo a su bebida. Estaba seca—. Y dime, ¿dónde estudias?

—En Valladolid —le contestó—. Estudio Arquitectura, así que vengo todos los fines de semana que puedo para ayudar en la casa y...

—Hombre, Daniela —los interrumpió una voz—. ¿Ya te has cansado de tu novio? Hola, Ricky, por cierto.

Daniela fulminó a Nacho con la mirada. Era increíble que estuviera allí, pero no era nada raro. Los jóvenes de los pueblos cercanos habían acudido a ese *pub* para pasar un día de fiesta. Estaba ya bastante borracho. Se tambaleaba e incluso le costaba hablar.

Al escuchar lo de su supuesto novio, al principio ella no cayó, pero enseguida recordó que Jone y ella le habían hecho creer que Gael era su pareja.

—No —contestó—. Está cansado por el trabajo en la casa, cosa que tú no puedes decir. Se ha quedado descansando, pero confía en mí y sabe que sería incapaz de engañarle con otro. Aunque, bueno, tú no conoces la palabra «fidelidad».

Ricky se acercó a ella para que Nacho no se pasara de la raya. Si le faltaba al respeto, no dudaría en dejarle en su sitio. Aunque sí que le había molestado el hecho de que Daniela tuviera novio, pero no le reprochaba nada. Ninguno de los dos había hecho nada malo. Solo bailar y charlar como amigos, a pesar de que él quisiera intentar algo más.

—Tío, ¿por qué no te largas y nos dejas en paz?

—Pienso chivarme a tu novio de que te follas a Ricky.

El recién mencionado fue a darle un puñetazo, pero Daniela se lo impidió agarrándole del brazo. Si empezaba una pelea, los echarían de allí.

—Tranquilo, Ricky. No pasa nada —le calmó antes de dirigirse a Nacho—. Díselo. Él confía en mí y no te creerá.

—Ya veremos.

Nacho se fue y se perdió entre la gente. Daniela no le quitó ojo hasta que salió de su campo de visión. Se giró hacia Ricky y le sonrió antes de darle las gracias por querer defenderla.

—No tienes por qué —se rascó la nuca—. No sabía que tenías novio. Siento si esta noche te has sentido incómoda o...

—¡Oh! No, no, no tengo. Lo que pasa es que Jone y yo le dijimos a Nacho que sí para que me dejara en paz.

—Pues no sabes cuánto me alegro —sonrió ampliamente, y Daniela frunció el ceño—. Que te dejara en paz, no lo de que no tengas novio —mintió.

Daniela asintió y el tiempo se le pasó volando hablando con él, y no fue hasta varias horas después cuando se dio cuenta de que Jone había desaparecido.

Se levantó del asiento de un salto preocupada y le comentó a Ricky que no sabía dónde estaba su amiga. Él miró a su alrededor y se percató de que Víctor tampoco estaba. Recorrieron la pista hasta que los encontraron en una esquina metiéndose la lengua hasta la campanilla. Ambos se miraron asombrados. No se cortaban en absoluto y no había que ser muy listo para saber cómo acabarían la noche.

Daniela sacó el móvil de su bolso para ver la hora que era y vio que tenía un mensaje de Jone que le había enviado hacía media hora. En él le decía que se fuera ella a casa cuando quisiera, ya que regresaría con Víctor al pueblo. Le enseñó el texto a Ricky y este suspiró.

—Joder..., he venido con Víctor en su coche. Ese capullo me va a dejar tirado. —sacó su móvil para ver si tenía algún mensaje—. ¡A mí ni me ha avisado!

—Yo me voy ya y he venido en coche —le dijo Daniela—. Si quieres, te llevo.

—Te lo agradecería.

Daniela y Ricky salieron del *pub* y subieron a Sally, aunque él no muy confiado, y ella lo notó.

«¡¿Pero por qué todos ponen esa cara cuando ven a Sally?! ¡Si va como la seda!», pensó. Y ella así lo creía, a pesar de que el vehículo necesitaba varios intentos para arrancar, pero conseguía hacerlo. Nunca la dejaba tirada.

Era una suerte que no se encontraran lejos de Quintanar, pues estaba agotada y no veía el momento de llegar a casa, quitarse los zapatos y meterse en su cama. Aunque ahora que caía...

—¡¡Mierda!! —maldijo Daniela.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ricky.

—Pues que, como dormía hoy en casa de Jone, no he cogido las llaves de casa y mi padre está durmiendo en el hostel.

—¡Joder, qué putada! —dijo—. Oye, si quieres puedes dormir hoy en mi casa. Mis padres ya no viven allí, pero hasta que vendan la casa me la dejan para quedarme cuando vengo. Hay habitaciones de sobra.

—¿No te importa? —le preguntó.

—¡Claro que no!

—Pues no sabes cómo te lo agradezco —sonrió Daniela—. Solo sería descansar un rato. Me iría temprano.

—Quédate lo que necesites.

—No, no. Ya sabes cómo son en este pueblo y enseguida empiezan con habladurías. Si me vieran salir de tu casa...

—En eso tienes razón —rio—. Bueno, pues como prefieras.

Daniela le mostró una pequeña sonrisa y aparcó la *pick-up* en su casa antes de ir a la de Ricky. A esas horas las calles estaban completamente vacías, así que no había peligro.

Una vez en la habitación en la que iba a descansar, Daniela se deshizo de la falda y la blusa y se vistió con el chándal que le había prestado Ricky. Puso la alarma a las nueve y se tumbó en la cama para echar una pequeña cabezada antes de regresar a su casa. A esa hora, su padre ya estaría. O eso esperaba.

No tardó nada en dormirse, y esas cuatro horas que durmió lo hizo del tirón, pero a las nueve se levantó y, tras ponerse su ropa de la noche anterior, le dejó una nota a Ricky agradeciéndole su hospitalidad y se fue.

* * *

—¡Vamos, chica! —apremió Gael a Tore.

Para que perdiera el miedo que tenía a que la abandonasen de nuevo, Gael cada día le soltaba la correa y se alejaba más de casa para que ella le siguiera. Y es lo que hacía. Corría hacia él y se ponía a saltar y a ladrar para que le acariciara.

—¡Muy bien! —la rascó detrás de las orejas—. Buena chica.

Gael sonrió y levantó la mirada en el momento preciso para ver a Daniela salir de una casa que no era la suya. Tenía el pelo recogido en una coleta, pero estaba revuelto. Aquella falda que lucía, y que dejaba poco a la imaginación, la llevaba mal colocada y tenía el maquillaje corrido.

La vio caminar calle abajo, pero antes de que doblara la esquina, vio como un chico la llamaba. Le reconoció. Era Ricardo, el que estaba ayudando en la obra y que había enfadado a Daniela llamándola como el personaje de *El Rey León*. Ese día le había puesto en su lugar y ahora salía de su casa con esas pintas... No se lo podía creer. Su buen humor mañanero se disipó. Quería negarlo, pero estaba molesto por verla con él e imaginar lo que habrían hecho. No se reconocía. Él no era así. Era verdad que, tras su noche en ese lugar en la que cenaron en su *pick-up*, pensaba más en ella e incluso la echaba de menos. Le gustaba pasar tiempo con Daniela. Esos días había pasado varias veces por la pastelería para comprar algún dulce o *pizza* para cenar. Siempre bromeaba con ella con que debería añadir a la carta la que él ideó.

Gael quiso pensar que lo que le molestaba era que estuviera con un tipo como él. ¿Y si volvía a hacerle daño? Daniela le caía bien y se había convertido en una amiga. Debía estar con alguien que la mereciera, y ese no era Ricardo.

«¿En qué hostias estoy pensando?», bufó cabreado, e hizo ademán de irse, pero quiso quedarse para ver qué hacían. Solo quería asegurarse de que ella estaba bien. Sí. Solo eso.

Vio lo que parecía ser un intercambio de números y cómo se despedían con dos besos. Estuvo tentado de seguirla y preguntarle si estaba saliendo con Ricky, pero se contuvo. No era ningún maldito cavernícola. Ató a Tore y tiró de ella para regresar a casa. Debía sacar a Daniela de su cabeza, pero esa chica tenía algo que hacía que su mente no dejara de pensar en ella. Es probable que simplemente fuera un capricho que su cuerpo ansiaba. Allí se sentía algo solo.

Aunque en ese momento estaba bastante enfadado por verla con Ricardo. No eran celos, pero no se fiaba de él. Necesitaba calmarse. Y eso es lo que haría. A pesar de que su forma para hacerlo no era tumbarse y respirar, sino que debía sacar su lado más temerario.

CAPÍTULO 7



Daniela condujo hasta su refugio. Hacía muy buen día y, aunque el tiempo fuera fresco, al sol se estaba de maravilla. Tras salir de casa de Ricky e intercambiarse los teléfonos, había regresado a su casa, donde su padre estaba desayunando y Calcetines de nuevo encerrada en la jaula. Él se sorprendió al verla, ya que creía que iba a dormir en casa de su amiga y le parecía algo temprano para regresar, pero Daniela le dijo que acababan de llegar al pueblo y que prefería descansar en casa.

Al mediodía se despertó de nuevo y, tras ducharse y prepararse algo de comida, cogió a Sally y se fue a su lugar preferido para pasar sus últimas horas libres antes de que llegara de nuevo el horrible lunes, leyendo y escuchando música. Para aquel día había escogido como lectura un *thriller*. Necesitaba un cambio de género. Estaba saturada de tanta novela romántica e incluso estaba empezando a odiar esos libros. ¡Los tíos que salían en ellos no existían!

Se acomodó en la parte de atrás de la *pick-up* y se tapó con una manta de las que tenía. La sudadera roja y los *leggings* negros que llevaba no abrigaban demasiado.

Le encantaba estar allí. No se oía ni una mosca. La verdad es que era su pequeño paraíso. Ella sola, sin que nadie la molestara y deshaciéndose de todo el estrés que acumulaba de lunes a viernes en la pastelería.

Estaba enfrascada en la novela cuando le pareció oír el sonido de una abeja. Se quitó sus gafas negras de pasta, que solo usaba para leer, colocó el marcapáginas y cerró el libro para incorporarse un poco y mirar hacia arriba por si había alguna abeja o avispa. ¡Les tenía pánico! Pero no vio ninguna y aquel ruido se iba haciendo más intenso. Se puso de pie en su coche y se colocó una mano a modo de visera. Un vehículo plateado se acercaba, y a una velocidad desorbitada. No pudo evitar asustarse, así que se agachó y miró escondida el camino por donde el coche debía pasar.

Enseguida lo vio. Iría a casi 200 km/h, su conductor sabía manejar a esa velocidad en aquel terreno lleno de curvas, pero era muy temerario. No tardó en descubrir quién estaba tras el volante: Gael.

Cuando le dejó la semana pasada en su casa se fijó en ese coche de lujo, y su forma de conducir era igual que en los vídeos que había en YouTube, solo que en esa carretera era muchísimo más peligroso. El asfalto no estaba en buenas condiciones, las curvas eran muy cerradas y no había quitamiedos. Un mal movimiento y podía acabar al borde de la montaña. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Se había quedado completamente estupefacta. Además, estaba muy enfadada con él. ¡Era un completo idiota! Sabía que no se iba a callar lo que pensaba, pero antes lo mejor que podía hacer era relajarse, aunque no lo consiguió, ya que minutos después volvió a pasar y se asustó al comprobar cómo casi se estrella en una curva con uno de los muchos pinos que había. Daniela emitió un pequeño gemido y se llevó las manos a la boca. Se bajó de un salto de la *pick-up* y se montó en ella para irse de allí.

Gael chorreaba adrenalina. Había explorado esa mañana un poco más el pueblo y, con la carretera, había ideado una especie de circuito. Esas carreteras, al igual que el pueblo, estaban bastante abandonadas. No habría ningún riesgo y él necesitaba correr y sacar al Loco Kamikaze. Lo ansiaba. Después de observar el terreno, regresó a casa para ponerse algunas protecciones que había llevado. Inspeccionó su Audi R8 y, tras ver que estaba perfectamente para ponerlo a 200 km/h, condujo hacia las afueras del pueblo, cerca del famoso refugio de Daniela. Una vez pasó el *stop*, no tardó en alcanzar con su coche los 180 km/h.

Dio varias vueltas y, en alguna, casi se sale de la carretera, pero sabía lo que hacía y llevaba años entrenando. No le pasaría nada, y si le pasaba sería porque el destino así lo quería.

Hizo un derrape para frenar en una zona bastante abierta y bajó del coche. El corazón le iba a mil y su rostro estaba cubierto por una fina capa de sudor. Tenía la respiración entrecortada, pero se sentía jodidamente bien. Respiró profundamente y, cuando sus constantes volvieron a la normalidad, tras quitarse las protecciones y guardarlas en el maletero, se colocó de nuevo frente al volante y condujo hasta su casa.

Se sorprendió al ver a Daniela allí. Estaba apoyada en su tartana y su gesto era serio. Bajó del coche y se acercó a ella.

—¡Eh! —la saludó—. ¿Qué haces aquí?

—Venía a preguntarte una cosa —le respondió seria, y señaló su coche con un movimiento de cabeza—. ¿Cómo se te ha ensuciado tanto?

—Ah..., he... he ido a dar una vuelta por el pueblo.

—Ya... —dijo seca, y Gael supo que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre, Daniela?

Ella pareció reaccionar, ya que se acercó a él con los brazos en jarras y una mirada asesina.

—¡¡Me pasa que he visto de primera mano por qué te llaman Loco Kamikaze!! —le dio un leve empujón—. ¡¿Quién te crees que eres?! ¡¿Cómo se te ocurre hacer lo que has hecho?! Por esas carreteras donde has puesto tu puto coche a prueba pasan personas mayores que suelen ir a caminar por esa zona. Y no solo eso, Gael. ¡También hay animales! ¡¿Te das cuenta de que uno se te podía haber cruzado y haberte chocado con él?! —bufó molesta, y él vio como su rostro adquiría una tonalidad roja—. ¡Esto es un pueblo, no un puto circuito! —se separó de él y caminó en círculos intentando calmarse—. Creía que eras diferente, que el Gael que estaba conociendo era el chico con el que me fui a cenar, no el Gael creído y egoísta del primer día, pero estaba equivocada —rio sin pizca de humor—. ¿Ya has lucido tu cochazo de un millón de euros? ¿Ya has demostrado lo bueno que eres al volante? ¿Qué quieres, Gael? ¿Que te pida un autógrafo? ¿Una puta foto? ¿Eso quieres? ¿Demostrar al pueblo que tú no eres un don nadie como nosotros? —Se quedó callada para ver si él respondía, pero solo la miraba con un gesto que no supo descifrar—. Pues enhorabuena, porque creo que lo has conseguido. ¿Por qué no nos haces un favor a todos y te largas de aquí? —le señaló la dirección de la salida—. Este no es tu sitio, Gael. Vuelve a tu mundo lleno de dinero, velocidad, fiestas y fans locas por pedirte un autógrafo y una foto. Creía que te conocía. Creía que no eras como los demás famosos. Un ser que mira al resto por encima del hombro. Me equivoqué.

Pasó por su lado para regresar a su coche, pero la voz de Gael hizo que se girara hacia él.

—No voy a defenderme ante esas acusaciones bastante equivocadas, pero ya que crees que mi Yo verdadero es el egoísta y creído, te diré que yo también me equivoqué contigo —le había cabreado con sus palabras y, aunque tenía razón en que lo que había hecho era peligroso, el motivo por el que había decidido correr no era para presumir de coche y de ser el mejor, sino por ella. Porque ella le había enfadado cuando la vio con Ricardo—. Creía que tenías más personalidad, pero ya veo que, ante unas palabras bonitas, caes en brazos de cualquiera.

—¿Perdona? —exclamó sorprendida—. Quiero saber qué he hecho para merecer que ahora me llames puta.

—Por Dios, Daniela, no te he llamado puta, pero me sorprende que, tras dejar a Ricardo en su sitio el otro día por haberse comportado como un capullo

contigo, esta mañana salgas de su casa con pintas de haber pasado una noche movidita.

Daniela alzó las cejas y abrió la puerta de su *pick-up*. No tenía que aguantar eso. No sabía quién era ese chico que tenía delante, pero no era el que conocía. Sino el que salía en la televisión y las revistas alemanas. Un auténtico idiota.

—Mira, si has querido sacar esa conclusión, allá tú. No tengo que darte ninguna explicación. —Cerró de un portazo y metió la llave en el contacto para arrancar e irse de allí, pero Sally no arrancaba.

Salió de ella más mosqueada de lo que ya estaba y, sin saber muy bien qué hacía, lanzó con fuerza las llaves sobre su vehículo y estas cayeron al suelo. Estaba tan cabreada que ni se molestó en recogerlas. Las dejó allí, dándole igual lo que pasara con ellas. Tras echar una última mirada a Gael, le dio la espalda para comenzar a caminar hasta su casa, donde se encerraría en su cuarto y no saldría hasta el día siguiente. No sabía qué le había dado a Gael. Primero se volvía loco con el coche y después prácticamente la llamaba puta. Le dolía que se comportara así con ella cuando llevaban varios días siendo buenos amigos. Joder, si hasta le había confesado cosas que nadie sabía. Había sido una idiota por ver en él algo que no existía.

Gael se quedó observando cómo Daniela descendía por la rampa a paso ligero. No lo había visto bien, pero juraría que sus ojos se habían humedecido mientras discutían. Cuando la perdió de vista, se acercó a la *pick-up* y cogió las llaves. Se fijó en el llavero del trébol que le había regalado él, lo acarició con la yema del pulgar y sintió una opresión en el pecho. Sabía que debía disculparse con ella y explicarle el porqué de la locura que había hecho. Aunque ello implicara hablarle de Lucía. Pero, tras sus últimas palabras, dudaba de que siquiera le diera la oportunidad de hacerlo. No la culpaba por ello. Puede que de lo que le había acusado no fuera verdad, pero se notaba que lo que más le había enfadado había sido que pusiera en peligro no solo su propia vida, sino la de más gente. Quizá lo mejor fuera no volver a molestarla, aunque, si era sincero consigo mismo, no quería apartarla de su vida. Al menos los meses que estuviera allí. Cuando se fuera, ya vería si quedaban como amigos o simplemente como viejos conocidos que no vuelven a saber el uno del otro.

Pero para ello quedaba bastante tiempo, por el momento tenía que hablar con ella, aunque esperaría unos días a que ambos se calmaran.

Gael expulsó un sonoro y largo suspiro. Se quedó mirando por la ventana de su casa el coche de Daniela y jugueteó con las llaves entre los dedos. Esperaría a que regresara a por él para interceptarla y así poder hablar con ella.

Pero los días pasaban y ella no volvía. De vez en cuando, Gael pasaba por la pastelería y la observaba correr de la cocina al mostrador, y viceversa.

Siempre estaba sola atendiendo y cocinando. ¿Acaso su jefa o algún otro empleado no la ayudaban? Era normal que acabara agotada.

En esos días, Gael intentó arrancar la *pick-up* sin éxito. Por su profesión, sabía bastantes cosas de mecánica, así que le abrió el capó para ver aquel motor. Los había visto mejores, pero no estaba tan mal como pensaba. Se notaba que habían cambiado varias piezas. En sus ratos libres, se dedicó a hacer algunos cambios, pero la principal razón por la que esa tartana arrancaba tan mal era la batería. Estaba en las últimas.

Tras cinco días sin ver a Daniela y ocupándose de su viejo coche, por fin le llegó la batería que había pedido. Esperaba que sirviera. Era un modelo tan antiguo que había tenido que mover varios contactos para conseguir una que pudiera servir. Ese día salió antes del trabajo de la casa para ocuparse de la famosa Sally. Quería llevársela a Daniela por la noche e intentar hablar con ella.

Sonrió triunfador al ver que arrancaba. ¡Y a la primera! Aquel nuevo sonido que emitía la *pick-up* era mucho mejor que el anterior. Fue a ducharse para quitarse la grasa y el apestoso olor que iba con ella.

—¿Así voy bien? —le preguntó a Tore divertido dando una vuelta sobre sí mismo—. ¿A que estoy irresistible? Lo necesito para que Daniela no me eche al segundo de una patada en el culo.

Tore emitió un pequeño ladrido como dando su aprobación a la vestimenta de su dueño. Gael se había vestido con unos vaqueros oscuros y una camiseta de manga corta blanca que mostraba sus fuertes brazos y le marcaba la forma de su musculado cuerpo. Lo combinaba con unas deportivas negras. Se colocó su cazadora de cuero negra y cogió las llaves de Sally para ir con ella a la pastelería. Había pensado en ponerle a su alrededor un lazo rojo, pero no lo hizo por dos razones: la primera, le parecía muy cursi, y la segunda, si no sabía envolver bien un regalo, ni de coña iba a saber poner un lazo enorme alrededor de un coche.

Solo eran las diez, pero las calles ya estaban vacías. Si por el día apenas había movimiento, por la noche mucho menos. Dejó la *pick-up* en doble fila sin importarle que la grúa se la llevara. En ese pueblo no había una empresa de grúas. No habría problema con ello.

La pastelería ya tenía el cartel de «cerrado», pero la puerta estaba abierta. Esperaba que Daniela no estuviera con los cascos puestos. Se asomó por la pequeña ventana que había en la puerta que separaba la entrada de la cocina y la vio. Su semblante parecía mostrar enfado o tristeza. No sabía muy bien cuál de las dos. O las dos. La coleta que llevaba estaba bastante deshecha, pero la gran mayoría de los mechones aún estaban sujetos por la goma.

Gael cogió aire y llamó con los nudillos antes de entrar. Daniela frunció el ceño y fue a gritarle que se largara de allí, pero él le impidió que dijera nada colocando un dedo sobre sus labios. A ella le sorprendió ese gesto y fijó su mirada en su dedo, que no tardó en quitar.

—Dame un segundo —le pidió mientras parecía buscar algo por la cocina.

—Mira, Gael. No sé qué quieres o qué pretendes, pero, por si no lo has notado, no quiero verte ni en pintura y... —se quedó callada al ver que abría la bolsa de la harina y le ponía parte de la cocina llena de ese ingrediente blanco—. ¡¿Pero se puede saber qué demonios haces?!

Gael no contestó, sino que cogió un poco de harina con las manos y se embadurnó la cara con ella antes de girarse para mirarla. Se sentía bastante gilipollas haciendo eso. Ni siquiera lo tenía planeado. Al revés, había sido algo impulsivo que se le había ocurrido al verla.

—Cuando tienes harina en la cara, te vuelves más dulce. —Ella alzó las cejas recordando esa conversación que tuvieron el día de su pequeña cita—. Así que igual, si yo estoy lleno de harina, te parezco dulce y no el gilipollas creído y egoísta que crees que soy, y me dejas explicarte, o más bien contarte, una parte importante y dolorosa de mi vida.

El gesto de Daniela se suavizó al escucharle, pero no habló. No sabía qué decir en ese momento. Por una parte, quería escucharle, pero por otra no quería volver a verle en su vida. Al notar que seguía callada, él prosiguió.

—Quiero disculparme por lo que hice y dije, pero no voy a pedirte perdón por preocuparme por ti.

—¿Preocuparte por mí? —preguntó sorprendida—. Gael, en ningún momento lo hiciste. Ni cuando corrías como un maldito kamikaze ni cuando insinuaste que era una cualquiera que se va con el primero que pasa.

—Si hubiera sido otro tío, no te hubiera dicho nada, pero no me fío de Ricardo. La gente como él no cambia.

—No le conoces, Gael —se cruzó de brazos—. Y no sabes nada.

—Pero no hay que ser muy listo para deducir, por tu comportamiento con él el día que os reencontrasteis, que en el instituto se comportó como un capullo contigo. Aunque desconozca la razón del porqué.

Daniela apartó la mirada. Aquello hizo que Gael viera que había dado de lleno. Y sabía de lo que hablaba. Si ese idiota hubiera madurado, no la habría llamado por ese mote cuando la vio. A él no le valía la excusa de que era la costumbre. Estaba claro que lo había dicho por joder.

—La gente cambia.

—No todo el mundo, Daniela.

—¿Qué quieres, Gael? —le preguntó queriendo cambiar de tema.

No quería comerse el coco pensando si lo que decía sobre Ricky era cierto. El domingo tras su noche de fiesta, él regresó a Valladolid y ya la avisó de que ese fin de semana estaba bastante ocupado en la universidad y que no podría ir a Quintanar, pero que estarían en contacto. En esos días, él no le había mandado ni un mísero mensaje. Claro que ella a él tampoco.

—Recuperar a mi amiga —dijo sincero—. Déjame explicarte por qué hice lo que hice. No te pido que entiendas la razón, solo que la escuches.

Daniela se quedó pensativa.

—El fin de semana que viene Jone ha quedado con Víctor y pensaba pasarme esos dos días en pijama y viendo una película tras otra. Prepara algo original y, si me convence el plan, me voy contigo.

Gael sonrió y se acercó a ella para darle un fugaz beso en la mejilla. Se alegraba tanto de que quisiera darle esa oportunidad, aunque tendría que darle al coco para proponerle un plan irresistible. Algo difícil en un pueblo en el que no había casi nada, pero algo se le ocurriría.

—¡Para!, ¡que me manchas! —le apartó divertida y se limpió la mejilla. Gael había dejado restos de harina en ella.

—Tengo una sorpresa para ti, pero para verla tienes que ir fuera.

Daniela le miró y, como quería saber qué era, prácticamente corrió. ¡Le encantaban las sorpresas! El pequeño mal humor que tenía tras lo sucedido con Gael desapareció en el momento en el que vio a su querida Sally en la puerta. Estaba reluciente, lo que indicaba que la había limpiado.

—¿Por qué no la pruebas? —le tendió las llaves y se fijó en el trébol que colgaba. El que él le regaló.

Sonriente, cogió las llaves y se subió frente al volante para arrancarla. ¡Se puso en marcha a la primera! Miró a Gael, que seguía con la cara llena de harina, y abrió la boca sin creerse que el motor de su *pick-up* sonara a las mil maravillas.

—Le he hecho unos cuantos arreglos que necesitaba. Ahora va como la seda.

Aquello era lo más bonito que habían hecho por ella. Sally era muy importante en su vida y, cuando no arrancó ese día, supo que ya no podía hacer nada. Durante la semana pensó en llamar a una grúa para que se la llevaran a algún mecánico para ver si podían hacer algo por ella, pero no tenía un duro para pagar el arreglo. Por ello no llamó. Por eso y porque no quería ver a Gael al recuperar sus llaves, pues daba por supuesto que las habría recogido él del suelo.

—Gracias —le dijo emocionada—. Sally es muy importante para mí.

—Lo sé —apoyó los brazos cruzados en la ventana—. No tienes que darlas. No ha sido tan complicado —mintió—. Se me da bien la mecánica.

—Y ahí salió tu lado creído en un momento bonito —bromeó—. Bueno, acabas de ganar un punto para el sábado.

—Pienso conseguir muchos más puntos.

CAPÍTULO 8



—¡Pásamela, Gael! —alzó Israel los brazos para que le lanzara la pelota que tenía.

Aquella mañana había ido a casa de Gael para pasar tiempo con él. Esa semana había tenido bastantes deberes que le ponían en el colegio y no se había podido pasar por la obra. Iba directamente al hostel para hacer las tareas y, si tenía tiempo libre, se iba a jugar con Celia, una niña de su clase. Ambos habían hecho buenas migas y Gael se alegraba por Israel.

Ese día, Celia y él habían ido a su casa para jugar los tres. A Gael aquello le pareció genial y decidió que jugarían con Tore. Así, le serviría a la perra de terapia para el miedo que tenía, y que poco a poco iba desapareciendo.

Salieron a la calle y los tres formaron un triángulo. Tore se colocó al lado de su dueño mientras le miraba fijamente. El beagle sabía lo que Gael tenía en las manos. Una apetitosa pelota de tenis verde pistacho que se moría por atrapar con su boca.

Gael la botó una vez en el suelo y la perra se colocó a dos patas durante unos segundos. Ladró varias veces y se puso a saltar para que su dueño le diera aquello que creía pertenecerle.

Le pasó la pelota a Israel, que la cazó al vuelo, y Tore corrió hacia él ladrando. El niño se asustó al verla y rápidamente se la lanzó hacia su amiga, quien también se asustó ante la impetuosidad de la perra y tiró la pelota hacia Gael, pero no lo hizo con fuerza, por lo que Tore la atrapó entre los dientes y se paró en medio de los tres.

En cuanto su dueño se acercó a ella, comenzó a correr para huir de él, pero enseguida se detenía para mirarle y retarle a que la atrapara.

«Maldita perra», pensó Gael.

—Venga, chicos —animó a los niños—, ayudadme a atraparla. Os prometo que no os va a morder. Es inofensiva.

—¿Seguro? —preguntó Celia no muy convencida—. Tiene unos dientes grandes.

—Otros días que he estado con Gael y Tore la he acariciado y me ha chupado la mano, pero no tenía su juguete preferido en la boca —dijo Israel con la boca pequeña.

Gael sonrió y se cruzó de brazos mientras miraba a su perra. Sabía perfectamente cómo hacer que Tore soltara la pelota. La solución estaba en su bolsillo, de donde sacó una golosina perruna.

—Atentos al plan, chicos —habló—. Cuando Tore venga hacia mí, soltará la pelota. —Los niños asintieron—. Aprovechad ese momento para cogerla, ¿vale?

—¡Vale! —dijeron a la vez.

—¿Preparados? —Ambos asintieron—. ¡Tore, toma! —dijo la palabra mágica.

Era pronunciar «Tore» y «toma» en la misma frase y la perra no tardaba en obedecerle e ir hacia él. Tal y como había predicho, el beagle soltó la pelota y corrió hacia él para comer esa deliciosa golosina. Israel y Celia corrieron a la vez a por la pelota y, cuando la cogieron, rieron.

—¡Mira, Tore! —la llamó Israel mientras ponía la pelota por encima de su cabeza.

Tras degustar la golosina, la perra corrió hacia él para recuperar el juguete. Los cuatro siguieron con el juego hasta que llegó la hora de comer. Israel y Celia debían irse y él preparar algo rápido y esperar ansioso la llegada de la tarde-noche.

—Gael, ¿si nos dejan, podemos venir esta noche y ver una peli mientras comemos *pizzas*? —preguntó Israel.

—Hoy no puedo, enano —le revolvió el pelo—. El otro día Daniela se enfadó mucho conmigo y hoy tengo que llevarla a un sitio chulo para que me perdone.

A Israel le desapareció esa alegría y la sonrisa que siempre solía tener. Bajó la mirada y juntó sus manos. Parecía enfadado.

—¿Eres el novio de Daniela? —quiso saber—. Sé que soy muy pequeño todavía, pero ella me dijo que, cuando fuera mayor, seríamos novios. Daniela me gusta y la quiero mucho.

Gael se quedó callado sin saber muy bien qué decirle. Solo era un niño y, cuando creciera, probablemente se enamoraría de una chica de su edad, pero hasta que llegara el momento no le quitaría esa ilusión que tenía.

—Tranquilo, campeón —le sonrió—. Solo somos amigos, pero, si os enfadarais tú y Celia, ¿a que te gustaría arreglarlo? —El niño asintió—. Pues eso

me pasa con Daniela. Es mi amiga, se enfadó conmigo y ahora quiero arreglarlo para que lo siga siendo.

—Vale, pero prométeme que nunca le darás un beso —puso el meñique en alto para que los entrelazaran.

Gael lo hizo.

—Te lo prometo.

Se despidió de los niños y entró en casa para prepararse algo rápido de comer mientras miraba de nuevo Google Maps. Quería asegurarse de que no se perdería de camino al lugar donde llevaría a Daniela y no quería que ella le hiciera de guía. No porque no se fiara, que lo hacía. Ella conocía mucho mejor que él toda la zona, pero si quería sorprenderla con ese plan, que al menos a él le parecía original, debía ser autónomo y no pedirle ayuda.

Tenían cuarenta minutos de viaje, pero quería llegar antes para coger sitio, por lo que, a las siete de la tarde, tras asegurarse de que Tore tenía lo necesario para sobrevivir en su ausencia, caminó hasta la casa de Daniela.

Esperaba que no estuviera en casa su padre. Nunca sabía cómo comportarse con los progenitores de sus amistades, sobre todo si se trataba de los de una chica. Eso y que siempre le miraban como si fuera una amenaza; por suerte, fue Daniela quien le abrió.

—¿Estás sola?

—Sí. Mi padre se pasa la vida en el hostel —suspiró—. ¿Nos vamos ya?

—El plan era ese, pero... ¡estás en pijama!

—Es que no sé qué vamos a hacer, así que estaba esperando alguna pista para ver si me pongo deportivas o el taconazo —sonrió—. Así que..., ¿dónde vamos?

—No pienso desvelarte mi superplán original, pero ponte ropa cómoda y de abrigo. Nada elegante.

Ella asintió y le dejó pasar para que esperara en el salón mientras se cambiaba. Gael recorrió la estancia. La estantería de madera oscura estaba llena de libros y de fotos. Cogió una donde salía una mujer rubia muy parecida a Daniela y una niña que supuso que era ella. Había muchísimas fotografías.

Sintió cómo algo le golpeaba el tobillo y miró al suelo para ver a un conejo. Era blanco con las orejas caídas y negras. Pero era bastante grande. Si su abuela estuviera allí, lo habría cogido para hacer una buena paella. Pero a pesar de que estaba algo obeso, era bastante bonito. Gael se agachó para acariciarlo y, como respuesta, el conejo le gruñó.

«¿En serio me acaba de gruñir un puto conejo?», frunció el ceño y fue a acariciarlo de nuevo, pero esta vez acompañó el gruñido de un pequeño ataque. Se lanzó contra su mano y le enseñó los dientes.

«¿Pero qué clase de conejo es este? ¿Lo tendrá Daniela amaestrado?», se preguntó.

—¡Lista! —apareció Daniela.

—¿Qué clase de conejo es este que me gruñe? —señaló a Calcetines.

—Es coneja, y gruñe a los desconocidos. Bueno, y a mi padre, pero porque la encierra en la jaula.

Daniela cogió a su coneja y la besuqueó. ¡Era tan mona! No le importaba que le dejara la ropa llena de pelos. Gael le había dicho que se pusiera cómoda, así que se había puesto unos *leggings*, una sudadera y las *converse* negras.

—Acaríciala ahora —se la acercó—. Ya verás como te la ganas enseguida. Eso sí, nunca le toques su comida —dijo divertida antes de poner en brazos de Gael a Calcetines.

La coneja se acomodó en esos fuertes brazos y, por un momento, Daniela sintió envidia de su mascota. La vio alzarse para olisquearle la cara a Gael y le lamió la barbilla. Le hizo cosquillas con los bigotes.

—¿Ves? Ya la tienes comiendo de la palma de tu mano —rio—. Voy a por el bolso y nos vamos.

Gael dejó a Calcetines en el suelo y salieron de la casa. Él se detuvo frente a la *pick-up* y colocó la palma de la mano boca arriba enfrente de Daniela.

—El plan incluye ir con tu coche.

—Nadie conduce a mi Sally.

—Venga, te prometo que la trataré con cariño. La necesitamos para donde te voy a llevar.

Daniela se quedó pensativa. Sally era como una hija para ella y no se la dejaba conducir absolutamente a nadie. Ni siquiera a su padre.

—Vamos, Daniela... —la miró con ojos pícaros. Sabía que esa mirada que tenía era irresistible—. Si conduces tú, se arruinará la sorpresa.

—Está bien, pero como le hagas un solo rasguño..., que sepas que me conozco el bosque como la palma de mi mano. Sé esconder un cadáver.

—La mimaré mejor que a mi coche —juró.

Daniela le tendió las llaves y se sentó en el asiento del copiloto. Gael, tras asegurarse de que en la parte de atrás todavía estaba la bolsa de donde sacó esa noche las mantas, se colocó frente al volante y arrancó. Daba gusto escuchar el nuevo sonido de esa tartana. No tenía nada que ver con el otro. Recordó mentalmente las indicaciones que había estado estudiando durante la tarde y salió del pueblo.

—¿Seguro que no nos vamos a perder?

—Confía en Google Maps.

Daniela soltó una leve carcajada y miró a la carretera. Por una parte, deseaba saber dónde iban, pero, por otra, quería que siguiera siendo una sorpresa más tiempo. Aunque no demasiado.

—¿Vas a estar vigilándome todo el camino? —le preguntó Gael al sentir cómo le miraba fijamente—. Estoy tratando bien a Sally y creo que estos días que ha estado en mi casa la he mimado.

—No lo niego, pero ¿me dejarías conducir tu cochazo plateado?

—¡Ni de coña! —contestó sin dudar—. Es mi pequeño.

—Y Sally mi pequeña.

—¿Vamos a estar discutiendo antes de llegar? No vas a disfrutar del plan.

—Vale, ya me callo, pero esta será la única vez que conduzcas a Sally.

Gael sonrió de lado y continuó el camino hasta que se desvió por una carretera rocosa. Esperaba que ese fuera el lugar. En la imagen que había visto por Internet el sitio estaba en una explanada dentro del bosque. Condujo despacio hasta que la vio.

Daniela abrió la boca sorprendida. Habían colocado al fondo una pantalla gigante y habían habilitado esa zona para los coches. Miró a Gael sorprendida, pero él no habló hasta que paró el motor tras aparcar en un lugar donde verían la película a las mil maravillas.

—¡Cine al aire libre! —anunció.

—¡¡Oh, me encanta!! —aplaudió Daniela emocionada saliendo del coche para montarse en la zona de atrás.

Sally era el único coche aparcado del revés, pero, bueno, ellos dos estarían cómodos. Sacó de la bolsa que tenía allí las mantas y dos almohadas que también llevaba, y las dejó en una esquina hasta que empezara la película. No sabía cuál era, pero le daba igual. ¡Iba a ver una película al aire libre, en su *pick-up* y con un chico a su lado! Uno de sus sueños de adolescente. Veía demasiadas películas y series americanas.

Gael la miraba contento porque hubiera acertado. Ver a Daniela tan hiperactiva le encantaba y esa felicidad que tenía en el rostro gracias a él le colmaba de orgullo. Él había hecho posible que, en ese momento, ella se sintiera así. La vio saltar del vehículo y le abrazó. Al principio él se quedó paralizado, pero enseguida rodeó con sus brazos su cintura para devolverle aquel gesto. Hundió la nariz en el hueco de su cuello y aspiró. Oía de maravilla, a vainilla.

—Me alegro de que te guste.

—¿Gustarme? —se separó de él—. ¡Es el mejor plan del mundo! Definitivamente has ganado todos los puntos —rio.

—Mola —siguió su risa—. Quédate aquí mientras voy a pillar algo de cenar en los puestos. No tardo.

Y, en realidad, sí tardó, pero no por gusto, sino porque todo el mundo estaba comprando la cena para tenerla preparada cuando empezara la película. Por suerte, llegó a tiempo. Gael dejó primero las bolsas y después subió para colocarse al lado de Daniela y empezar a desenvolver la comida.

—¿No crees que te has pasado? —le preguntó ella al ver que había comprado perritos calientes, patatas fritas, aritos de cebolla y hamburguesas.

—Como muchísimo —le dijo—. Y, si sobra, se lo llevaré a Tore. No te preocupes. Además, creo que la película es larga y, hasta que acabe, podemos ir picoteando de lo que haya sobrado.

Ella asintió. Aún seguía emocionada con aquel plan. ¡¡No podía creérselo!! Llevaba desde los quince años soñando con algo así, aunque, bueno, el chico que la acompañaba en esos sueños era su pareja y no un amigo, pero le daba igual. ¡Se sentía tan feliz! Pensaba que jamás viviría algo así.

En el tiempo que había esperado a Gael no había dejado de hacer fotos al lugar y algún que otro *selfie* para tener un recuerdo de aquella noche.

—¿Y qué película veremos? ¿Romántica? —quiso saber—. Estas cosas están planeadas para que las chicas se arrimen a la pareja —bromeó frotando su brazo contra el de él.

—Por Dios, todo el mundo sabe que, si queremos conseguir que la chica se abraze a nosotros, se ve una película de terror. Aunque no tenga miedo, es una excusa perfecta para que se arrime.

Daniela se carcajeó. Era lo más absurdo que había oído. Hoy en día, las chicas no necesitaban excusas para arrimarse, como él decía. Eran demasiado lanzadas. No todas, pero la gran mayoría. En su caso no era tímida en ese aspecto y, cuando un chico le gustaba, lanzaba las señales justas y necesarias para que supiera que, si él quería compartir algo más que una charla, ella no se iba a negar.

—Buena teoría, pero creo que esas cosas ya no funcionan —se comió una patata—. Así que..., ¿es de miedo la peli para que me arrime a ti? —bromeó.

—Ni idea. No la he visto, pero sé que se titula *Big Fish*.

—¡¡Oh, sí, la he visto!! —se puso de rodillas para recolocarse la manta sobre sus hombros. Gael aún no se había puesto la suya, pero no tardaría. Empezaba a refrescar—. Es muy bonita, pero a la vez triste.

—Otra estrategia para que las chicas se abracen a nosotros. Películas que os hagan llorar para que os consolemos —siguió con el juego.

—Quieto ahí, machote —puso distancia entre ellos—, que me dé pena una película no quiere decir que sea de esas chicas que se deshidratan llorando. Nunca he llorado con una película.

Gael se quedó sorprendido. ¿Nunca? ¿De verdad? Si hasta él había llorado viendo películas. Vale que fuera cuando era un niño, pero lo había hecho.

—¿Jamás? ¿Ni siquiera con la muerte de Mufasa de *El Rey León*?

—Odio esa película —mencionó sin mirarle—. De pequeña, no. La veía cada dos por tres y no supe que Mufasa estaba muerto hasta que crecí —explicó—. De niña creía que solo estaba dormido, porque como luego aparece en forma de espíritu y todo eso, pues pensaba que solo dormía. Después llegó el instituto y mi pelo era horroroso. Se encrespaba tanto que parecía que llevaba días sin cuidármelo y empezaron con el estúpido mote de Simba. Empecé a recogermelo en una coleta para que no se notara tanto, y a echarme mogollón de productos, pero la gente era gilipollas y seguía llamándome así. Incluso ahora, años después, siguen haciéndolo, aunque me digan que lo hacen por costumbre y enseguida se corrigen y se disculpan.

—Por eso siempre llevas la coleta —se la acarició—. ¿Nunca te la sueltas?

—Casi nunca, como mucho en casa, antes de dormir, pero, cuando salgo a la calle, me aseguro de llevarla —tocó la goma que recogía su pelo.

—Me gustaría verte con el pelo suelto —confesó Gael.

Daniela rio levemente. Si Jone no la había visto así, él mucho menos lo haría. Con suerte, solo la veía su padre. Ni siquiera ella lo observaba cuando se lo soltaba. Normalmente, desviaba la mirada del espejo y no se miraba hasta que tenía su melena ondulada recogida.

—Ni en sueños.

—Bueno, ya veremos —la retó con la mirada—. ¿Quién te puso el mote? Si quieres decírmelo, claro.

—Ri... Ricardo —tartamudeó, y vio como a Gael le cambiaba el gesto—. ¡Pero él ha cambiado! No se puede ser un capullo siempre.

Gael movió la mandíbula buscando las palabras más adecuadas para aquel momento, pero no quería decir algo que acabara por joder de nuevo las cosas. No se fiaba de Ricardo. Tenía un sexto sentido con las personas y este le decía que ese chico no era digno de confianza.

—Solo me preocupo por ti, Daniela —la miró—. No quiero que te hagan daño.

—Y te lo agradezco —le cogió del brazo—. Pero sé cuidarme. Sus burlas y risas me hicieron fuerte. Vale que me quedan secuelas, sobre todo inseguridad —se cogió la coleta—, pero no pienso permitir que nadie vuelva a reírse a mis espaldas por una gilipollez. He madurado y quiero creer que ellos también.

—Espero que tengas razón, nena. —Al ver como fruncía el ceño, Gael recordó su primer encuentro. No quería que la llamara así—. Lo siento —se disculpó—. Me ha salido solo.

—No te preocupes —se acomodó apoyando la cabeza en esa mullida almohada y él la imitó tendiéndose a su lado—. No me ha molestado, pero sí extrañado. Simplemente..., es raro —arrugó la nariz antes de mirarle y sonreírle.

—Daniela... —susurró—, después de la película tenemos que hablar, y lo que te voy a contar, la razón por la que hice lo que hice..., dudo mucho que te guste. Aceptaré si me pides que no me acerque a ti, si me tomas por un loco.

—No te voy a mentir, Gael —le retiró un corto mechón de la frente—. Quiero saberlo, pero no te voy a obligar a que me lo cuentes si no quieres.

—Por extraño que parezca..., quiero.

Se quedaron en silencio en el momento en que por los altavoces comenzaba a sonar la introducción de la película que estaban a punto de ver. Gael tenía dos horas para pensar cómo abordar un tema duro de su vida, a la par que delicado.

Durante la película, el frío les azotó. Eran los únicos que la estaban viendo de verdad al aire libre; el resto estaban metidos en sus coches. La manta no era suficiente, así que, de forma inconsciente, se acercaron el uno al otro buscando calor. Sin darse cuenta, Daniela había acabado apoyada en su hombro y Gael le había pasado un brazo por su espalda para estar más cómodos.

—Oh, Dios, ¡qué romántico! —exclamó Daniela al ver la escena de los narcisos—. Nadie haría algo así por mí. ¡Esos tíos no existen!

—Fijo que algún calzonazos hay por ahí.

Como respuesta a aquello, ella le dio un suave golpe en el pecho y se incorporó un poco para mirarle.

—¡No es ningún calzonazos! Es un hombre enamorado que los tiene bien puestos para hacer una locura así por la mujer que ama. Los que decís eso de «menudo calzonazos» sois unos cobardes porque sois incapaces de ser valientes y hacer ver a todo el mundo que os han robado el corazón. ¡He dicho!

—Tenemos opiniones diferentes.

—Algún día me darás la razón —le retó, y volvió a colocarse como estaba.

Continuaron viendo la película hasta que llegó el final. Daniela ya la había visto, pero el corazón volvió a encogersele ante ese precioso pero triste cierre. Aunque sonrió. Era tan bonito...

A Gael, aunque quisiera disimularlo, le había tocado la fibra sensible esa película. No lo iba a negar. Era una de las mejores que había visto en mucho tiempo. La pantalla se quedó de nuevo negra y la gente que había empezó a poner en marcha sus coches para irse.

—¿Vamos? —le preguntó Daniela estirándose.

—Quiero esperar a que la gente se vaya —le dijo—. Es mejor que solo sean tus oídos los que me escuchen.

—Me estás acojonando, ¿lo sabes?

Gael soltó una leve carcajada y aprovechó el tiempo de espera para sacar su móvil y hacerse un *selfie*. Llevaba días sin hacer mucho caso a las redes sociales, aunque no podía subir esa foto hasta la madrugada del día siguiente. Supuestamente él estaba al otro lado del charco.

—No me puedo creer que te hayas hecho un *selfie* poniendo morritos —rio Daniela.

—No eran morritos. Era cara *sexy*.

—¿Cara *sexy*? ¿Eso existe?

—Sígueme en Instagram y lo verás.

—No tengo cuentas en redes sociales. Creo que te lo dije en nuestro primer encuentro.

—Sí —se incorporó un poco—. Deberías hacerte una.

—¿Y vivir pegada al móvil como todo el mundo? No, gracias —se colocó bien la manta alrededor de sus hombros—. Además, me paso el día en la pastelería, atendiendo y cocinando, porque la gilipollas de mi jefa nunca aparece, ¿sabes? Supuestamente tiene que estar ahí conmigo, ella sirviendo y yo cocinando, pero siempre se excusa diciendo que su madre está enferma, cosa que todo el pueblo sabe que es mentira, porque se pasa el día en el bar jugando a la brisca. Siempre me dice que me manda a sus sobrinos para ayudarme y..., ¡adivina!, nunca aparecen. O, si lo hacen, es cuando está ya todo hecho y estoy cerrando. Parece que el negocio es más mío que suyo. Y el otro día me llamó vaga porque yo no quería trabajar los fines de semana ayudando a sus sobrinos —siguió desahogándose—. ¿Perdona? ¿Yo, vaga? —se señaló—. Si voy a «ayudarles», fijo que en cuanto me vean aparecer se piran. Porque necesito el trabajo, si no, ya me habría largado —expulsó un sonoro suspiro de frustración—. Si aguanto todo eso es por mi padre. No quiere decírmelo, pero sé que se está replanteando echar el cierre al hostel. —Se abrazó las rodillas y se quedaron en silencio hasta que Daniela se dio cuenta de que había pagado todo lo que soportaba día a día con alguien que no tenía la culpa—. Siento si te he gritado —susurró—. He empezado a hablar y supongo que el resto ha salido solo.

—No tienes que disculparte —le acarició la espalda—. Lo que no debes hacer es guardártelo para ti. ¿Sigue sin hospedarse gente en el hostel? —quiso saber.

—Algunos fines de semana suelen ir parejas, pero son pocos y no da para más. Tampoco hay gente que quiera reservar para una comida o cena con baile y barra libre incluida para celebrar alguna fiesta. Nada. —Volvieron a quedarse en silencio y Daniela miró al cielo para observar miles de estrellas—. Últimamente, pienso más de la cuenta en qué vamos a hacer cuando el hostel cierre. Y ya no

digo si el hostel cierra, digo para cuando cierre. Como si una parte de mí supiera que su final se acerca.

—¿Y qué haríais?

—Eso es lo peor. Que no lo sé —volvió a recostarse—. Me siento perdida y muerta de miedo. Mi padre difícilmente paga la hipoteca de la casa. No podemos mudarnos. Y él no quiere irse porque mi madre está ahí enterrada. No quiere separarse de ella.

—En parte, le entiendo. Aunque yo sí que me fui.

Gael se fijó en que ya no había nadie en la explanada. Se puso nervioso al saber que había llegado el momento de hablar de un tema que, años después, seguía haciéndole daño. Con el mero hecho de pronunciar su nombre, una nueva parte de él se iba con ella.

—Era un crío cuando conocí a Lucía. Si me hubieras visto en esa época, te aseguro que no me habrías reconocido. Incluso te caería hasta bien —bromeó, y ella rio suavemente—. No solo he cambiado de aspecto, a esa edad era un tirillas, pero de cara siempre he sido atractivo.

—Menudo fanfarrón eres.

—¡Es verdad! —rio—. Pero mi forma de ser no era la de ahora. Era el chico más tímido de la clase. Alguna que otra burla recibía, pero siempre me fue indiferente. Cuando tenía catorce años, vino una chica nueva a clase. Me quedé prendado de ella nada más verla entrar por la puerta —recordó—. Siempre estaba sonriendo y enseguida se hizo popular; además, ella quería que todo el mundo estuviera a gusto. A las chicas diferentes de la clase las ayudó con su inseguridad y se volvieron otras. Siempre estaba observándola y creía que ella no se había fijado en mí, pero me equivoqué —se detuvo. Recordar esos momentos era algo agridulce. Daniela le cogió la mano y le dio un ligero apretón para animarle—. Un día, se acercó a mi mesa y me dijo: «¿Cuándo vas a hablar conmigo y a dejar solo de mirarme? No me malinterpretes, me parece adorable que lo hagas». Me puse como un puto tomate. En serio, mi cara se puso tan roja que la profesora que tocaba me preguntó si tenía fiebre.

Daniela soltó una leve carcajada. No dejaba de imaginarse a ese Gael niño poniéndose colorado porque la chica que le gustaba le había hablado.

—¿Y qué pasó? —se interesó. Se había enganchado a esa pequeña historia.

—Pues que al día siguiente me presenté con un tulipán en la mano y le pedí en el recreo que fuéramos al cine.

—¡Oh, es adorable!

—También lo pensó Lucía. —Recordó la fecha en la que le dio ese tulipán. No podía creerse que cuatro años después de aquel momento su vida acabara—. Lo cogió, me dio un beso en la mejilla y ese fin de semana fuimos al cine. Lucía

fue para mí la primera en todo, y yo para ella. Sentía que lo que teníamos era especial y que duraría para toda la vida —su voz comenzaba a sonar ahogada. Incluso notaba una molestia en la garganta por retener las emociones que aquello le traía—. El día de nuestro cuarto aniversario, reservé en un restaurante para celebrarlo y también despedirnos. Fue el día antes de que yo me fuera a Alemania para cumplir mi sueño de ser piloto de DTM y ella se iba a Kenia, a una ONG, a cumplir su sueño de ayudar a la gente. Iba a estudiar Medicina y, cuando se sacara la carrera, viajaría por el mundo para ayudar.

—Por eso eres voluntario —susurró Daniela sospechando que su novia estaba muerta—. Cumplés el sueño de ambos. El tuyo como corredor profesional y el de ella, ayudando en distintas causas solidarias.

—Sí —Gael sintió cómo Daniela le acariciaba los nudillos—. Llegué tarde a la cita. Dustin, mi representante, me llamó para comentarme que me mandaba unos documentos por fax que debía firmar. Y, mientras estaba hablando con él, Lucía me llamó, pero no pude contestarle. La llamé a los dos minutos de su llamada. Solo a los dos minutos. Exactos. Nadie me respondió. Cuando llegué al restaurante estaba todo acordonado y había varias ambulancias y coches de policía. Empecé a buscarla y la encontré metida en una bolsa. —Daniela tragó saliva. Aquello era muy duro—. Quería verla, aunque fuera una última vez, por lo que salté el cordón policial y la vi. No la reconocí. Su rostro estaba blanco, lleno de moratones e hinchada. Tuvieron que separarme de ella a la fuerza y me inyectaron un calmante. Cuando me hizo efecto, me contaron que Lucía había salido a hacer una llamada y que un todoterreno se la llevó por delante. El conductor había perdido el control. El impacto fue tan fuerte que la reventó por dentro.

—Dios, Gael... —lamentó.

Daniela fue a acariciarle el rostro, pero él se apartó de ella para arrastrarse hasta quedar con las piernas colgando de la *pick-up*. Le daba la espalda, pero no quería que en esos momentos viera su gesto. Lleno de dolor, pero, sobre todo, de rabia. Tomó aire varias veces antes de continuar.

—Me sentía culpable por llegar tarde. O por no haberla avisado a tiempo. Dos minutos..., el tiempo que malgasté y que pudo evitar todo. Esa noche, cogí el coche de mi padre y corrí por las afueras de la ciudad. Quería reunirme con ella, pero no tenía los huevos de provocar un accidente. Quería que el destino lo decidiera, como había decidido la muerte de Lucía. Pero no ocurrió nada. Y en los accidentes que he tenido en la DTM siempre he salido ileso, o con algún esguince, pero eso no es nada para la gravedad de los que sufro. Todo el mundo piensa que tengo un puto ángel de la guarda —rio sin gracia—. Cuando corrí por el pueblo, no buscaba lo mismo que cuando perdí a Lucía. Pero correr es mi

forma de calmarme. Siempre que estoy enfadado o estresado tengo que soltar adrenalina y correr de forma temeraria, es lo único que consigue relajarme.

—Aunque no buscaras lo mismo..., podrías haber..., podía haber pasado algo muy malo.

—No te cortes, Daniela. Puedes decirlo —giró el rostro y la vio encogida en una esquina de la *pick-up*—. Podría haber muerto, sí. Pero desde que ella se fue no temo a la muerte. Si la palmo siendo joven es porque me ha tocado. Nada más. Es mi filosofía. Cuando alguien muere es porque le ha llegado la hora.

Daniela se quedó bloqueada e incluso un poco en estado de *shock*. Esas palabras que decía eran muy serias, e incluso daban miedo.

—¿Puedo preguntarte algo? —consiguió hablar.

Gael le parecía demasiado joven para pensar de esa forma. Era tenebroso. Le vio asentir y formuló la pregunta.

—En la película sale una bruja en la que, por su ojo, puedes ver cómo será tu muerte. ¿Tú lo verías?

—Puede.

—Y si saliera que mueres en el circuito, ¿no tendrías más cuidado?

—No. Porque ya ves que, en la película, aunque sepan cómo la palman, no lo evitan. Es su destino. Su hora ha llegado. Si en mi caso muriera en el circuito, correría como siempre. No evitaría algo que ya está escrito.

—No me gusta nada esa filosofía que tienes —se abrazó las rodillas—. Me da escalofríos y muy mal rollo.

—Daniela —se acercó a ella más calmado tras relatar lo difícil de aquella historia—, cuando perdí a Lucía era pensar eso y vivir lo máximo o hundirme en un pozo de melancolía y seguir en este mundo como un muerto.

—¿Y no piensas en la gente que te quiere? ¿Tu familia? —le preguntó—. Dudo que a ellos les gustara esto que me estás diciendo.

Su familia. Ese era otro tema del que no hablaba. Claro que ellos sabían lo ocurrido con Lucía. Lo vivieron muy de cerca y, por suerte, él no tuvo que relatarles todo lo que le estaba contando a Daniela. Era la primera persona a la que le narraba al completo la historia. Dustin y su familia solo sabían que su novia de toda la vida murió en un accidente. Nada más.

—Cuando me fui a Alemania, cinco meses después de la muerte de Lucía, perdí el contacto con mi familia. —Ella abrió los ojos—. A ver, no es que no nos hablemos ni nos veamos. Lo hacemos, pero pocas veces. Lo que quiero decir es que adoro a mi familia, los quiero, pero nuestra relación es escasa por el tema de que yo vivo en otro país y, con el tiempo, las llamadas, mensajes y visitas han ido disminuyendo. Nada más.

Daniela se quedó pensativa. Por experiencia sabía que lo que Gael estaba haciendo no estaba del todo bien. Lo respetaba, pero lo más probable era que un día, puede que dentro de poco o mucho tiempo, se arrepintiera de haber perdido tanto contacto con ellos.

—Cuando mi madre murió, yo estaba en la fase de que no quería saber mucho de mis padres. No quería que me vieran con ellos, ni siquiera les daba besos —se sinceró—. Y, de repente, sin esperarlo, un día mi madre se fue. Y, ¿sabes?, aún me arrepiento de no haberle dado esos besos, de no haberle dicho todos los «te quiero» que me he callado y de no haber compartido cosas con ella que en su momento rechacé hacer. Para mí ya es tarde, no puedo recuperar la relación con mi madre —aguantó las lágrimas. No pensaba llorar delante de él ni muerta—. Pero, en tu caso, estás a tiempo. Coge el coche y ve un día a visitarlos.

—No sé —dijo no muy convencido—. Adri sabe que estoy en España —confesó—. La llamé nada más llegar, pero le pedí que no se lo dijera a nuestros padres, porque no sabía si podríamos vernos.

—¿Quién es Adri?

—Adriana. Mi hermana pequeña —explicó—. Y, bueno, odia que la llamen Adri, pero ahora no me escucha —rio.

—La entiendo —movió Daniela la cabeza asintiendo—. Yo odio a muerte que me llamen Dani. En párvulos, había un niño que se llamaba Daniel y todo el mundo le llamaba Dani y a mí también. Se reían de mí diciendo que tenía nombre de chico —bufó—. En serio, odio toda mi etapa escolar. Salvo lo poco que estuve en la universidad. Pero no nos desviemos —se giró para mirarle—. Hazme caso, Gael. Recupera la relación con tu familia. Y aunque esto suene duro, te diré que un día ellos se irán para siempre, como Lucía, y si con ella te arrepientes de muchas cosas, intenta no hacerlo tanto con tus padres y tu hermana.

Gael no dijo nada. Sabía que tenía razón, pero tras tanto tiempo le costaba hacer como si no hubiera pasado nada. Como si no llevara años tan ausente de decenas de acontecimientos familiares importantes. Aunque, bueno, ahora que recordaba, no tardó en coger un avión para partirle la cara al exnovio de su hermana cuando la humilló. Ya le dijo a Adriana que quince años era una edad muy temprana para tener novio, vale que él no era buen ejemplo, pero había sido verdadero. Y ahora, a sus diecisiete..., seguía igual, pero al menos había aprendido a defenderse solita de los idiotas con los que se encontraba.

—Te prometo pensármelo, ¿vale? —Ella asintió—. ¿Nos vamos? Me estoy convirtiendo en un puto cubito de hielo.

—Ahora le ponemos la calefacción a Sally —saltó de ella y le tiró las llaves a Gael—. Conduces tú, pero no te hagas ilusiones —le dijo—. Te doy el honor

de manejar de nuevo esta maravilla de la mecánica porque me muero de sueño y yo no soy ninguna temeraria —intentó no sonar seria—. Aprecio mi vida.

—Tranquila, nena —esa vez la llamó así adrede, pero no pensaba confesarle que le gustaba llamarla así—. No permitiría que te pasara nada —le guiñó un ojo y Daniela dio gracias a la oscuridad para que no viera que se había sonrojado.

Montaron en sus asientos y salieron de allí para regresar al pueblo. En el corto camino, Daniela se quedó algo traspuesta, pero su somnolencia se disipó de golpe cuando vio a lo lejos unas luces anaranjadas parpadeando. A medida que Gael se acercaba, ella pudo ver que venían del hostel y parecía una ambulancia. Algo había ocurrido.

—Ve al hostel —le pidió.

Se desabrochó el cinturón y se adelantó en el asiento para ver mejor por la luna delantera. El corazón comenzaba a bombearle con fuerza y su cuerpo empezaba a temblar. Estaba muerta de la preocupación. Esperaba que no fuera nada.

Gael metió un poco el coche en la entrada donde se accedía al aparcamiento del hostel, si es que se podía llamar así a ese espacio, y apagó el motor. Daniela se bajó y corrió al lugar donde la gente rodeaba la ambulancia. Buscó entre esas personas a su padre, pero no le encontraba. Comenzó a agobiarse.

—¡Daniela! —escuchó su voz.

—¡Papá! —corrió hacia él y le abrazó aliviada de que estuviera bien—. Me había asustado. Creía que te había pasado algo.

—Yo estoy bien, pequeña —le acarició el pelo mientras observaba al joven que se bajaba del coche de su hija.

¿Quién demonios sería? Y, lo más importante, ¿qué hacía a esas horas con su hija y conduciendo su *pick-up*? Daniela no dejaba a nadie conducirla. Ni siquiera a él. Tendría que averiguar quién era ese chico, ya que sabía que no era del pueblo; sin embargo, sí que le sonaba su cara. Aunque lo que más le interesaba era conocer las intenciones que tenía con su pequeña. Ya le costó hacerse a la idea con Nacho de que su niña tenía novio y, desde que se enteró de lo que ese capullo le hizo, iba a tomar medidas en cuanto un tío se acercara a ella. Por suerte, tras Nacho, Daniela no había tenido más relaciones. Bueno, al menos eso era lo que él creía.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó cuando se separó de él.

—Antonio, el abuelo de Israel. —Daniela se asustó—. El cáncer de colon que padece ha ido a peor. Está estable, pero los médicos dicen que no le queda mucho. Un mes con suerte.

—¿Qué?! ¿Dónde están Pepa e Israel? —le preguntó girándose para ver si los veía.

—Israel durmiendo, y Pepa siendo atendida debido a una crisis. Tendremos que hablar con el niño. No podemos ocultarle lo que va a ocurrir inevitablemente.

Daniela suspiró y se frotó las sienes. Antonio llevaba dos años luchando contra la enfermedad, pero era incurable por su edad avanzada. Semanas. Eso era lo que le quedaba de vida. Ni siquiera iba a poder pisar el que iba a ser su nuevo hogar. Lo que necesitaba en esos momentos era llorar. Pero no pensaba hacerlo delante de la gente. Odiaba derrumbarse en público y es lo que estaba haciendo poco a poco. Tenía que irse de allí. Caminó hasta donde se encontraba Gael y le cogió las llaves para montarse en su coche. Se despidió de él con un seco «Nos vemos» y dio la vuelta con una peligrosa maniobra.

Gael se quedó observando cómo se marchaba antes de fijar la mirada en el hombre al que antes abrazaba Daniela. Tendría poco más de cincuenta años y no era la primera vez que lo veía. Cuando se hospedó en el hostel, se lo encontró varias veces por las estancias y era el hombre que el primer día que estuvo despidió a una empleada. Aún recordaba esa imagen en su mente.

Solo tuvo que sumar dos más dos para saber que era el padre de Daniela, y dedujo que no le hacía mucha gracia que estuviera con su hija. Típico padre protector, pero no tenía de qué preocuparse. Sus intenciones con ella eran ser simples colegas.

Se quedó observando cómo la ambulancia salía del hostel y la gente comenzó con sus murmullos, pero a él no le interesaban. A saber las mentiras que podría haber en esas habladurías, por lo que prefirió esperar al día siguiente para preguntar a alguien qué había sucedido. Esperaba que no fuera nada malo.

CAPÍTULO 9



Dos días después, todo el pueblo estaba consternado por lo ocurrido la madrugada anterior. Algunas ancianas, amigas de la pareja, lloraban ante lo que se avecinaba y otros habitantes no disimulaban su gesto de preocupación.

Gael llegó a la casa donde casi todo el mundo tenía caras largas. No había por qué ocultar la realidad. Antonio jamás vería su hogar terminado. Ni siquiera disfrutaría de él junto a su mujer y su nieto.

Se acercó a uno de sus compañeros para preguntarle si sabía algo nuevo y este le comentó que los médicos habían decidido dejarle ingresado en la planta de oncología con la esperanza de que mejorara. Al menos, lo suficiente para regresar a Quintanar y morir en el mismo lugar en el que había nacido. Era su deseo.

El jefe de la obra dijo unas palabras en las que resumía la situación y animaba a los voluntarios a seguir con la casa. Ahora, más que nunca, debían poner todo su empeño en levantar ese hogar. Por Antonio.

Cuando la jornada acabó, Gael alzó la mirada hacia el camino que comunicaba la casa con el pueblo. Dio por hecho que Israel no iba a ir a visitarlos como cada día junto con Celia. Desde que se hicieron amigos, ella le acompañaba en sus visitas. Gael sonreía cuando le observaba explicarle a su amiga todo lo que él le contó antes sobre la que sería su nueva casa. Además, le enseñó los planos de su habitación con los dibujos que Xavier le iba a hacer y a Celia le encantaron esos diseños que tendría en las paredes.

Pero aquel día ninguno de los dos apareció, así que, tras salir de la obra, decidió ir al hostal. Apeataba a sudor tras una intensa mañana y tenía las manos sucias, por lo que, cuando entró, lo primero que hizo fue ir al baño para lavarse un poco antes de subir a la primera planta. Sabía cuál era la habitación donde se hospedaba junto con sus abuelos.

La puerta estaba entreabierta y la entornó un poco más para ver a Daniela abrazando al niño que lloraba en el hueco de su cuello. Ella no estaba mucho mejor. Se la veía triste y se notaba que estaba aguantando las ganas que tenía de llorar. No iba nada maquillada, pero, como casi siempre, tenía una pequeña mancha de harina en la cara, cerca del nacimiento del pelo.

Llamó con los nudillos y entró. Israel alzó la vista para ver quién venía, pero no se separó de Daniela.

—Hola —los saludó—. ¿Puedo pasar?

Daniela miró a Israel, quien asintió. Gael se sentó a su lado y le revolvió el pelo.

—No voy a preguntarte cómo estás, porque ya veo que estás triste —le dijo—. Pero tienes suerte de contar con gente que te quiere mucho y te va a ayudar a que dejes de estarlo.

—Mi abuelo se va a morir. Siempre estaré triste —sollozó.

Gael se quedó en silencio sin saber qué decirle. No sabía cómo llevar esa situación. Miró a Daniela y ella mostraba la misma incertidumbre.

—¿Te cuento una cosa? —empezó Gael a relatarle—. Hace ya muchos años yo también perdí a una persona a la que quise muchísimo. Y estaba como tú. Muy triste, y pensaba que siempre lo estaría, pero ¿sabes? Luego pensé que esa persona no querría que estuviera triste; y tu abuelo querrá que, cuando él no esté, tú seas feliz. Porque te seguirá viendo, y nada le haría más ilusión que verte sonreír. Si te ve triste, él también lo estará.

—A... ayer —tartamudeó Israel— me enfadé con él. Le dije cosas feas porque no quería comerme el pescado. Y ahora pensará que no le quiero —lloró, pero se secó las lágrimas.

—Tu abuelo sabe que le quieres —habló Daniela—. Pero no es tarde para que se lo digas. En unos días volverá y podrás decírselo.

—Eso es —le dijo Gael—. Le podrás decir que le quieres. Eso es lo más importante, Israel. —Miró a Daniela—. Decir todos los «te quiero» que has callado.

Daniela le mostró una pequeña sonrisa al escuchar esas palabras que ella le dijo dos noches atrás.

Israel asintió y se secó los ojos. Los tres alzaron la mirada hacia la puerta cuando una mujer mayor entró. Gael supuso que era la abuela de Israel. Tenía el pelo teñido de color castaño y, aunque intentara mostrarse bien ante su nieto, él sabía que sus ojos, rodeados de unas profundas ojeras, eran señal de lo destrozada que estaba por dentro ante lo que estaba por llegar.

Pepa le dio las gracias a Daniela por quedarse con Israel antes de saludar a Gael.

—Perdona a esta anciana, joven —le sonrió—. Sé que te he visto antes, pero no recuerdo tu nombre.

—Gael —le respondió—. Soy uno de los voluntarios de la casa.

—¡Oh, es verdad! —le cogió las manos—. No sabes lo agradecida que os estoy por lo que estáis haciendo por mi familia. Gracias.

—No tiene que darlas.

Daniela y Gael acompañaron a Pepa e Israel al comedor del hostel antes de irse cada uno a su casa, pero antes de despedirse, Gael atrapó la muñeca de Daniela para detenerla. No le había dicho nada en esos escasos minutos que habían caminado para ir a sus casas. Además, no dejaba de mirarse los pies.

Sabía que estaba bastante afectada por lo de Antonio. No le había dicho nada, pero comenzaba a conocer cada uno de sus gestos.

Se acercó a ella y alzó la mano para limpiar con el pulgar esa pequeña mancha de harina que tenía.

—Tenías harina —le dijo, consiguiendo que formara una pequeña sonrisa.

—Pues me he lavado la cara antes de ir al hostel —intentó sonar como siempre, pero su voz estaba rota.

—¿Estás bien?

Daniela expulsó un suspiro entrecortado y volvió a mirar sus pies antes de clavar sus ojos oscuros en los claros de él.

—No —confesó—. Siempre he estado muy unida a esa familia. Antonio y Pepa son como unos abuelos para mí. Mis padres eran amigos de los de Israel y, desde pequeña, siempre he pasado tiempo con ellos. Siempre que veía a Antonio corría a él porque hacía magia —rio nostálgica—. Movía las manos y me sacaba del oído un caramelo, una moneda de chocolate o cualquier cosa —volvió a apartar la mirada—. Es duro.

—Lo siento, Daniela.

—Gracias —recordar le estaba comenzando a pasar factura y sabía que estaba a punto de llorar—. Tengo que irme. Nos vemos.

Daniela comenzó a subir las escaleras por las que se accedía a su portal y Gael se percató de que se despidió igual que hace dos noches: de forma fría y deseando irse de allí.

Daniela llegó a casa con unas pocas lágrimas recorriendo su rostro, pero enseguida se las secó, aunque su padre sí se percató de ellas. Fernando se acercó a su hija y la abrazó. Besó su coronilla y le acarició la coleta mientras ella se desahogaba.

—¿Por qué él, papá? No ha hecho nada malo para que la vida le traiga esto. Igual que a mamá. Ella no se merecía que la muerte se la llevara.

Tras esas palabras, recordó lo que Gael le dijo aquella noche. Si alguien moría era porque le había llegado la hora. Y que daba igual si eran más jóvenes o más viejos, si el destino decidía arrebatarse la vida era porque estaba escrito. No le gustaba esa filosofía que él tenía, pero se estaba dando cuenta de que se cumplía. Antonio tenía setenta y cinco años y, si no fuera por esa maldita enfermedad, estaba segura de que viviría muchísimo más.

—Así es la vida, pequeña —la apartó de él para mirarla y limpiarle la humedad de sus mejillas—. Pero estas semanas o días que le queden creo que lo mejor será que Antonio nos vea bien. Estoy seguro de que la última imagen que quiere tener de todos nosotros es vernos felices.

—Intento ser fuerte delante de Israel, Pepa, Gael, pero no...

—¿Gael? —la interrumpió su padre—. ¿Quién es Gael?

«Ups», pensó Daniela mordiendo el labio inferior. Solo tenía que ver el gesto de su padre para saber que no le hacía mucha gracia que hubiera mencionado un nombre de chico que él no conocía.

—Es uno de los voluntarios de la casa —le confesó—. Le conocí cuando se hospedó en el hostel, el día que sustituí a Silvia. Me pareció un capullo, pero hemos pasado tiempo juntos y es un buen chico; pero no saques la escopeta, papá. Solo somos amigos.

—Pequeña, sé que algún día harás tu propia vida y... —tomó aire— eso conlleva consigo tener novio, después marido y después hijos, que para hacerlos tendrás que...

—¡Vale, papá! Ya... —le detuvo.

—Lo que quiero decir es que, aunque me ponga como un ogro con el tema chicos, no te voy a impedir salir con ninguno.

—Gracias, papá. Pero no te tendrás que preocupar por eso. Al menos, por el momento.

Fernando asintió no muy convencido y padre e hija se sentaron para comer, aunque Daniela tuvo que darse prisa, ya que se había entretenido bastante, primero en el hostel y después hablando con su padre, así que, tras terminar de comer y limpiar un poco los cubiertos y la cocina, salió para regresar a la pastelería. Como siempre que hacía cuando llegaba, su jefa cogía sus cosas y se iban excusando de que tenía que irse a cuidar a su madre.

—Lo siento, Daniela —se disculpó con ella—. Pero no puedo dejarla sola. ¿Quieres que llame a mis sobrinos a ver si pueden venir?

—No, no les llames. Me sé ya de memoria su respuesta —le espetó cabreada metiéndose en la cocina.

No era muy buen día para soportar a aquella familia de vagos e idiotas. Rosa se quedó sorprendida por la respuesta de su empleada, pero no pensaba

contestarle, ya que, probablemente, iniciarían una discusión y ella acabaría por despedirse. Y no podía permitirse esa baja. Daniela era la única del pueblo capaz de hacer ese trabajo. Si su pastelería tenía tanto éxito era porque todo lo que cocinaban era casero. Nada de prefabricación. Y solo había dos personas que dominaban la repostería, ella y Daniela; pero Rosa era la dueña y, como tal, consideraba que solo tenía que pasar por su negocio de manera esporádica. Sabía que su empleada trabajaba muchísimo y era la que mantenía el negocio en pie, pero su egoísmo era más grande que la empatía.

Daniela escuchó la campanilla que indicaba que su jefa ya se había ido y comenzó a precalentar el horno para meter en él las masas de los dulces que esa mañana había dejado preparados. Hasta más entrada la tarde, los clientes no empezaban a llegar para tomar un café con algún dulce, pero debía dejar listos los de esa tarde y los de las primeras horas de la mañana, las dos horas que su jefa atendía, aunque, más que atender, se dedicaba a desayunar mientras estaba de cháchara con sus amigas. ¿Había mencionado ya el asco que le tenía?

—¿Hay alguien? —escuchó una voz masculina tras la puerta.

—Sí. ¡Voy! —se limpió las manos.

Salió a atender y sonrió a su cliente al verle.

—Hola, Ricky —le saludó—. ¿Qué haces aquí?

—Bueno, venía a invitarte a cenar esta noche. O algún día de la semana —se acercó a ella—. Paso la semana completa aquí. Acabo de llegar.

—Pues, no sé si te habrás enterado de lo de Antonio.

—Sí, me lo han contado. Es una lástima.

—Sí y..., lo siento, Ricky, pero no estoy muy animada para salir.

—Solo será una cena, Daniela. Te vendría bien desconectar.

—Otra vez será —rechazó su invitación. No solo por lo de Antonio, sino porque, si era sincera consigo misma, no quería cenar con él—. Lo siento.

—Está bien —se rindió—. Pero, si cambias de idea, llámame.

—Lo haré —le mostró una sonrisa forzada—. Bueno, ya nos veremos por el pueblo.

—Estaré en la obra casi todo el día, pero, cuando no sea así, me imagino que estaré con estos tomando algo.

Daniela asintió y se despidieron. Ella suspiró al verle marchar. Quizá fuera algo rencorosa, pero, la verdad, no le gustaba irse a cenar con gente que en el pasado le había hecho daño. Aunque se notaba que había cambiado. O al menos eso parecía. Quizá debería darle más vueltas a esa pequeña cita. No tenía por qué pasar nada. Una simple cena, quizá después una copa y una despedida sin besos de por medio. Solo como amigos.

—La vida es una mierda —anunció Jone entrando en la pastelería—. Ponme uno de esos bollos redondos rellenos de chocolate. Y un café.

—Puedo tomarme un descanso —le dijo Daniela—. Me lo tomo contigo.

Daniela preparó dos cafés y cogió dos dulces para degustarlos. Jone también estaba muy afectada por lo de Antonio y aquel día en la guardería había tenido que fingir que todo era de color de rosa cuando estaba más negro que el carbón.

—No se lo merece —comentó Jone con las comisuras de chocolate—. Esa familia ha pasado por mucho para que ahora les venga esto. ¿Qué será lo siguiente?

—Calla. No gafes nada, que es lo que faltaba.

—Bueno, hablemos de otra cosa. ¿Dónde te metiste el sábado, cacho zorra? Fui a tu casa a buscarte.

—Creía que ibas a pasar el fin de semana con Víctor.

—Sí, pero le dejé tirado —suspiró—. Es muy majo, está muy bueno, pero es que tiene la cara muy rara... Y te juro, Daniela, que lo he intentado, pero no. Es estar follando con él, abrir los ojos, ver su cara y todo el calentón se me baja de golpe.

Daniela se atragantó con el café al escucharla y se limpió la boca mientras se reía. Pobre Víctor, aunque luego pensaba en lo que le hizo y..., nada de pobre. Que se joda.

—Y, lo peor de todo —prosiguió Jone— es que me está poniendo difícil que pase de mí. ¡Le he dicho por WhatsApp hasta que no me apetece! Así, tal cual —le enseñó el móvil a su amiga.

Daniela lo cogió y leyó toda la conversación. Abrió los ojos como platos cuando leyó que su amiga, textualmente, le había puesto: «Oye, Víctor, eres muy majo, lo hemos pasado bien, pero es que... no me apetece».

—Eres cruel, Jone. Y una bestia.

—Y, aun así, el capullo me contesta: «Ya veremos si te apetezco o no».

—Menuda puntería tienes con los tíos. Siempre se te complican las cosas.

—Pues sí. Bueno, que nos hemos desviado... ¿Dónde estuviste hace dos noches, cacho zorra?

Daniela sonrió de oreja a oreja al recordar esa noche. En aquel cine al aire libre, recostada en su *pick-up* y con Gael a su lado. Le había encantado cumplir una de sus fantasías de adolescente. Había sido perfecto, a pesar de lo que él le relató.

—¿Te has sonrojado? —abrió la boca asombrada—. ¡Tú has follado!

—¡¿Qué?! ¡Claro que no! Gael me invitó al cine al aire libre. Nada más.

—¿Sigues viéndote con él?

—No me veo con él. Solo hemos quedado dos veces.

—¿Dos veces? —abrió los ojos—. ¿Pero no era un capullo, egoísta y engreído?

—Está demostrando ser lo contrario. Lleva casi un mes aquí como uno más y...

El sonido de la puerta la interrumpió y Daniela vio como Celia asomaba la cabeza algo dudosa en si entrar o no. Finalmente, la niña lo hizo y se acercó a ella. Parecía preocupada por algo.

—¿Qué pasa, Celia? —le acarició Daniela el pelo negro.

—Israel se ha ido.

Daniela y Jone se miraron y no dudaron en levantarse para colocarse a la misma altura que la pequeña. Celia e Israel se habían convertido en muy buenos amigos y pasaban mucho tiempo juntos. Celia le acompañaba a la casa y, como recompensa, Israel compartía sus magdalenas con ella.

—¿Cómo que se ha ido? —preguntó Daniela preocupada.

—Le he prometido que no se lo diría a nadie, pero creo que debes saberlo. Se ha ido él solo al cementerio.

Daniela miró a Jone y ambas se entendieron. Su amiga la sustituiría mientras ella iba a buscarle. No se molestó en coger la cazadora. Salió de la pastelería y corrió para llegar hasta Sally. Esperaba que no le hubiera pasado nada.

El cementerio estaba a las afueras del pueblo. No se podía ir caminando, pues era muy peligroso. Por esa carretera los coches iban a 100 km/h. Con solo pensarlo, a Daniela ya se le instalaba una opresión en el pecho. ¿Cómo se le había ocurrido hacer aquello? Sabía perfectamente que no debía salir del pueblo él solo. Y mucho menos andando.

Cuando se incorporó a la carretera nacional, soltó un suspiro de alivio al verla despejada. Eso significaba que estaba bien, pues desde donde se encontraba veía la entrada al cementerio, pero, por si acaso, condujo más despacio, observando bien los arceles.

Giró a la derecha para entrar en esa especie de aparcamiento que tenía el cementerio. Bajó de su coche y maldijo al ver que volvía a llover. Llevaba todo el día sin parar. Además, el viento soplaba frío. Ella iba vestida con unos vaqueros y una camiseta de manga corta, por lo que cogió una de las mantas que guardaba. Se la echó por los hombros y cogió otra para Israel. Tenía que estar allí y, si no estaba..., llamaría a la Guardia Civil.

Se adentró en aquel camposanto y un escalofrío le recorrió el cuerpo. No le gustaba nada ese lugar y solo lo pisaba cuando necesitaba ir a ver a su madre y hablar con ella.

Recorrió aquel terreno llamándolo, pero Israel no contestaba, aunque, por suerte, lo vio en una esquina del cementerio. Estaba de rodillas, completamente calado y abrazándose a sí mismo. Su pelo negro estaba totalmente mojado y se notaba que estaba temblando.

—¡Israel! —le llamó Daniela de nuevo antes de correr hacia él para ponerle la manta y abrazarle. Estaba helado—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo se te ha ocurrido venir tú solo? Sabes que es muy peligroso.

—Lo sé. Solo..., solo... —sollozó—. Quería pedirles a papá y a mamá que no se lleven al abuelo.

—Oh, cariño —le abrazó.

No sabía qué decirle. Sabía que a Antonio no le quedaba demasiado tiempo y no quería mentirle diciéndole que su abuelo no se iba a ir. Esa clase de situaciones no sabía manejarlas. Era a Jone a la que se le daban bien los niños.

—No quiero que se muera, Daniela —lloró en sus brazos.

—Cariño, no llores. A tus abuelos no les gusta verte mal. Quieren verte feliz. Y yo también quiero.

—Lo sé, pero no puedo ser feliz.

—Ahora es difícil, lo sé. Pero tienes que intentarlo.

Daniela se levantó y logró que él también lo hiciera. Los pantalones azules que llevaba estaban completamente calados y, si no regresaban pronto, ambos enfermarían.

—Volvamos al pueblo, ¿vale? Y, cuando te cambies de ropa, dile a la abuela que vas a la pastelería a tomar un Cola Cao caliente.

—Mi abuela está en el hospital. Hoy duermo en casa de Celia. Ella sabe que he venido aquí, pero le he pedido que no lo dijera.

Ella asintió. Prefería no decirle que su amiga finalmente había confesado dónde estaba. No quería que se pelearan y, además, debía ser Celia la que le dijera que le había comentado que se había ido él solo al cementerio. Salieron de allí y subieron a la camioneta, donde Daniela puso a tope la calefacción. Ambos temblaban y estaban como un auténtico cubito de hielo. Dejó a Israel en el hostel y le pidió a uno de los empleados que todavía había que le acompañara para cambiarse mientras ella iba a su casa a hacer lo mismo antes de regresar a la pastelería.

Al llegar, vio a Celia todavía ahí. Jone le había preparado un Cola Cao y se notaba que la niña había estado llorando por Israel.

Daniela intentó consolarla diciéndole que enseguida su amigo iba a ir allí a tomarse algo calentito. Y así fue. No tardó en llegar y, cuando Celia le vio, le abrazó mientras le pedía perdón por chivarse a Daniela.

—No pasa nada —dijo Israel—. Yo habría hecho lo mismo.

Daniela sonrió al escucharlos y verlos. Ojalá aquella amistad que habían creado durara toda la vida. A las seis de la tarde, cuando la lluvia ya había remitido, todos abandonaron la pastelería y ella se quedó sola.

Las horas que le faltaban hasta que por fin pudiera cerrar se le pasaron lentísimas. Con el mal tiempo, la poca gente del pueblo que solía ir allí a comprar parecía haber decidido quedarse en sus casas. Aunque a última hora tuvo una visita sorpresa.

—Hola, pequeña —la saludó su padre.

—¿Ya habéis llegado?

Sabía que ese día tanto Pepa como su padre habían pasado la tarde en el hospital de Burgos, al lado de Antonio.

—Sí —se acercó a ella para darle un beso en la frente.

—¿Qué tal está?

—La situación es complicada. La enfermedad está muy avanzada y calculan que le quedan dos semanas, tal vez menos. —Daniela bajó la mirada apenada—. Pepa está destrozada y Antonio quiere salir del hospital para pasar sus últimos días aquí. En el hospital le darán varios calmantes para los días que le queden.

Daniela suspiró y asintió con la cabeza. No podía hacer mucho más. Se abrazó a sí misma. Su padre, que la conocía mejor que nadie, se acercó a ella y la abrazó, sabiendo que ahora mismo su hija necesitaba cariño.

—Lo importante ahora es estar cerca de Israel.

—Sí —le dio la razón, recordando la locura que había hecho ese día—. Hoy pasará la noche en casa de Celia. Esa niña está siendo un gran apoyo para él.

—Me alegro de que ese chiquillo haya encontrado por fin a alguien.

Daniela asintió.

—Cuida de Pepa —se separó de él—. Te conozco y sé que hoy no dormirás en casa.

Fernando sonrió y pellizcó con suavidad la barbilla de su hija. Le conocía demasiado bien. Últimamente no dormía mucho en casa, entre el intento de recuperar el auge del hostel y el tema de Antonio. No le gustaba estar tan alejado de Daniela. Con sus trabajos, apenas se veían, pero si no luchaba por el hostel que levantó su familia hace setenta años, las consecuencias serían fatales.

—Lo haré, pequeña. Pero, si necesitas algo, quiero que me llames. Sea la hora que sea.

—Me lo repites siempre, papá —le recordó—. Estaré bien.

—Lo sé, cariño, pero no quiero que pienses que me importa más el hostel que tú. Para mí, eres lo primero.

—No pienso eso, papá —le abrazó—. Te quiero.

—Yo también a ti, pequeña —le acarició el cabello recogido—. Bueno, te dejo terminar. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Fernando salió por la puerta un poco mejor que como había entrado. Estar cerca de su hija siempre le hacía coger fuerzas. Pepa había pasado todo el viaje de vuelta llorando por su marido y a él le había destrozado escucharla. Tras dejarla en su cuarto, donde la anciana iba a descansar, él quiso ir a la pastelería. Por la hora, sabía que su hija estaría allí. Ojalá la situación mejorara y pudiera retomar su carrera de Veterinaria. Le mataba por dentro no poder darle a Daniela aquello que más deseaba.

Poco antes de las diez, ella por fin salía y cerraba hasta el día siguiente.

—¡Bu!

Daniela gritó cuando aquella grave voz la sobresaltó.

—¡Pero serás idiota! —golpeó el brazo de Gael.

—Estabas tan absorta en tus pensamientos que me lo has puesto a huevo.

—Muy gracioso —dijo pasando por su lado para irse a su casa. No estaba de humor.

—Eh, espera.

Gael le cogió la mano, y un cosquilleo recorrió su cuerpo. No sabía qué le ocurría, pero poco a poco ese chico se estaba colando muy dentro de ella. Y aquello no era nada bueno. ¡Pero nada! Estaba segura de que eso que sentía, ese cosquilleo y esas ganas de verle y repetir alguna escapada con él, era debido a que hace dos días cumplió uno de sus sueños de adolescente. Además, siempre que estaba con él, se evadía de la mierda de realidad en la que estaba sumergida. Era como su vía de escape. Su pasaporte para ser feliz por unas horas.

Siguió mirando sus manos juntas y sintió el calor que desprendía. Desearía que jamás se la soltara.

Gael se acercó más a ella sin dejar su mano. Ni de coña iba a admitir que le gustaba el gesto. Joder, estaba bien jodido. Esa chica le estaba haciendo perder la cabeza. Solo una vez antes había buscado a una chica con la mirada. A Lucía. Pero con Daniela iba a más. No solo la buscaba con la mirada mientras estaba en la obra, sino que, como aquella noche, iba a por ella para que hicieran algo juntos. Le encantaba demasiado pasar tiempo con ella. Más del que le gustaría admitir. Y eso era un error.

Porque no solo ansiaba verla, sino también atrapar esos rosados labios entre los suyos y hacerle gemir su nombre sobre su boca con un solo beso. Se estaba volviendo completamente loco, lo sabía. Pero, por suerte, su cordura y su autocontrol estaban haciendo un buen trabajo para no cagarla con ella.

—Israel me ha contado lo que ha hecho esta tarde y me ha dicho que cree que estás enfadada con él.

—No estoy enfadada con Israel. Solo me he preocupado.

—Lo sé. Él y Celia pasan la noche en mi casa. Han montado en el salón una especie de acampada y ahora les he dejado a cargo de Tore mientras venía a por ti. Mañana no tienen colegio por no sé qué fiesta y vamos a ver una peli tras otra. Bueno, hasta que caigan roques —le dio un apretón en la mano—. Vente —le pidió dejando su rostro a escasos centímetros del de ella.

Daniela se perdió en su mirada azul cristalina. Gael tenía unos ojos preciosos y una mirada pícaro que era la perdición de cualquiera. Puede que, al principio, de ella no, pero a medida que pasaban los días..., se pasaría la vida entera mirando esos ojos.

—No estoy bien, Gael —le dijo apartando la mirada, pero sin hacer que soltara su mano—. Están siendo momentos difíciles con lo de Antonio y, tras este largo día, lo único que quiero es ponerme el pijama, coger mi manta y leer un rato antes de caer muerta en la cama.

—Puedes traerte a mi casa el pijama y la manta y sustituimos la lectura por unas películas que me imagino que serán de dibujos —sonrió intentando convencerla. Su mente no dejaba de imaginar a esa chica en pijama, con el pelo suelto y quizá acurrucada a su lado mientras veían una película.

—Gael...

—Daniela... —puso cara de cachorrito y ella retiró la mirada—. Venga, nena —zarandeó su mano levemente—. Te vendrá bien desconectar un rato de todo. Y, si te da pereza volver después a casa, puedo cederte una de las habitaciones. Y si prefieres dormir en tu casa, te acompañaré. Palabrita —levantó la mano que tenía libre—. Además, he hecho *pizzas* caseras. Una gran cocinera me enseñó a hacerlas, aunque la masa es congelada.

Ella rio levemente y se quedó pensativa con una pequeña sonrisa bailando en su boca. Quizá le vendría bien desconectar un poco de todo, y estaba claro que, con él, lo hacía.

—Está bien —decidió—. Me has convencido con las *pizzas*.

Gael soltó una leve carcajada y la acompañó a su casa para que recogiera su pijama y algo de aseo por si finalmente pasaba la noche con él. Bueno, no con él exactamente, sino en uno de los cuartos de invitados.

Mientras Daniela se cambiaba de ropa y se daba una ducha rápida, Gael se entretuvo jugando con su coneja. Era el roedor más extraño que había visto. Se comportaba igual que un perro. Estaba jugando con una pelota naranja de tamaño medio de plástico. Cuando él la cogía, la coneja se ponía a dos patas para

que se la diera, y cuando él la echaba a rodar, Calcetines corría a por ella para seguir dándole vueltas con la cabeza.

Aunque lo que le dejó estupefacto fue que la coneja montaba la pelota. ¿Pero no era hembra? Y no pudo evitar reír cuando iba a quitársela y le gruñía. Lo dicho, aquel animal era el roedor más raro que había visto.

—¡Gael! —le llamó Daniela—. ¿Puedes venir?

—¡Voy!

Se puso en pie tras acariciar por última vez a Calcetines y anduvo por la casa mirando por varias puertas hasta encontrar a Daniela en la que parecía ser su habitación. Era bastante pequeña pero acogedora. Las paredes estaban pintadas en un suave color verde pistacho y los muebles eran de madera. Al lado de la ventana con poyete se encontraba el escritorio y, al lado de él, una enorme estantería llena de libros. Mediría aproximadamente dos metros y medio. Llegaba hasta el techo.

—Mi padre el otro día estuvo limpiando y me dejó el libro ahí —señaló lo más alto de la estantería—. Y no llego ni saltando, así que mira a ver si me lo puedes alcanzar. Mides mucho más que yo. Me da pereza ir a por una banqueta a la cocina.

—Por mucho que sea así —observó lo poco que veía del libro—, yo tampoco llego —alargó el brazo y así era, ni saltando lo lograba—. ¿Cómo lo puso ahí tu padre?

—Mide casi dos metros. Está claro que heredé la altura de mi madre —suspiró—. Al final tengo que ir a por el taburete.

Fue a pasar por su lado, pero no dio ni dos pasos, pues Gael la abrazó por la cadera y la elevó. Daniela gritó ante ese inesperado gesto y se agarró a la estantería para no perder el equilibrio.

—Pero ¡¿qué haces?!

—Alzarte para que cojas el libro y no vayas a por el taburete. Venga, píllalo.

—¿Estás insinuando que peso?

—No estás gorda, si es a lo que te refieres con esa pregunta trampa, pero no eres ninguna pluma.

—Pues menudo musculitos más flojeras.

—¿Podemos discutir esto luego? ¡Coge el libro!

Ella lo hizo y, cuando lo tuvo en las manos, él la soltó para bajarla, pero antes de que tocara el suelo la atrapó por la cintura para dejarla suavemente en aquella superficie. Sus fuertes brazos la estrecharon y sus cuerpos se ciñeron. Gael se negaba a soltarla. Le encantaba tenerla así y Daniela tampoco hizo amago para que la liberara de ese placentero aprisionamiento. Lo único que hizo

fue girar el rostro para observarle. Sus respiraciones estaban entrecortadas y ambos sentían su corazón latiendo con fuerza contra sus costillas. Gael miró su boca entreabierta y tuvo el impulso de entrelazar sus labios con los de ella, pero no debía. Estaba claro que, si complicaba las cosas, lo jodería, y no quería que ella saliera de su vida. Aunque estaba claro que la situación ya se estaba complicando. Pero haría lo necesario para seguir en contacto con ella y con Israel cuando regresara. Intentaría que la distancia que los iba a separar no rompiera esas relaciones que había formado en aquel pueblo.

Daniela no quería que la soltara. El tiempo se había detenido y solo estaba concentrada en cómo esos fuertes brazos la estrechaban. ¿Sería una locura si se lanzaba? Estaba claro que sí. No sabía ni cómo se había planteado aquello, pero esos carnosos labios se habían convertido en un deseo que cumplir. Aunque fuera una locura. ¿Cómo sería su sabor? ¿Serían suaves? ¿Intensos? Muchas dudas que podría resolver si fuera valiente, pero no quería quedar en ridículo si él la rechazaba. Se moría por besarle, pero, con sus anteriores experiencias..., no quería que fuera un error y poder perderle por ello. No quería hacerlo y, cuando él se fuera..., ojalá no perdieran esa extraña relación que tenían.

—Gracias —le susurró—. Al final ha sido buena idea que me cogieras, aunque se hayan resentido esos musculitos.

Él soltó una leve carcajada y, a su pesar, la acabó liberando. Ella se enderezó y se bajó la camiseta, que se le había levantado a la altura del ombligo. Gael se fijó en aquella piel y observó el adorno que colgaba de su ombligo. Era un trébol.

—¿Por qué un trébol? —no pudo evitar preguntar, y le señaló con la cabeza su vientre ya cubierto por la tela, para que supiera a qué se refería.

—Eh..., me lo compré poco después de que me regalaras el llavero. Me gustó el detalle, el significado de esa pequeña hierba, lo que me dijiste cuando me lo regalaste; y un día, buscando un nuevo *piercing* por Internet, lo vi y lo primero que hice al verlo fue sonreír y... también pensé en ti —se sonrojó—. No dudé en comprármelo.

Gael sonrió de medio lado y se pellizcó el puente de la nariz. Le gustaba que cada vez que viera un trébol pensara en él, pues él siempre se acordaba de ella cuando veía uno. Era como si aquel símbolo se hubiera convertido en algo íntimo para ellos. Algo solo suyo.

—Me gusta mucho —le dijo embobado.

Al darse cuenta de ese tono, carraspeó para recuperar la compostura y se fijó en la estantería. Había muchos libros de Empresariales junto a otros de Veterinaria. Aquello le extrañó. ¿Estudiaba un doble grado?

—¿También estudias Empresariales? —le preguntó.

—No. Pero los compré para ayudar a mi padre con el hostel. Estrategias para promocionar y todas esas cosas, pero no me entero ni de la mitad —rio—. Aunque, bueno, algo estoy aprendiendo y haciendo.

—Vaya..., impresionante —alabó, y se aclaró la garganta—. Bueno, ¿estás ya lista?

—Sí. Vamos —cogió su bolsa—. Espero que tu cama sea cómoda —abrió los ojos al ver cómo había sonado eso—. Quiero decir..., no la cama donde tú duermes, sino donde me instales.

—Te he entendido —rio—. Me alegro de que hayas decidido pasar la noche con nosotros.

Ella sonrió y se encogió de hombros. Ella también se alegraba de esa decisión. Además, odiaba dormir sola, y pasar la noche con ellos le sentaría bien. Solo había estado unos minutos con Gael y su mente ya se había evadido de la horrible realidad. Él le hacía estar bien. Y sabía que ahora con Israel y Celia mejoraría. Además, a Israel le vendría bien que pasaran una noche de total normalidad, sin pensar en lo que estaba a punto de ocurrir con su abuelo.

Llegaron en cinco minutos y ambos vieron a los niños jugando con Tore mientras reían a carcajada limpia. Cuando Israel vio a Daniela, corrió a abrazarla.

—¿Estás enfadada conmigo? —le preguntó.

—Claro que no, Israel. Pero no vuelvas a hacer lo de hoy, ¿vale?

—Prometido.

Ella sonrió y miró a Gael cuando el niño regresó al lado de Celia.

—Bueno, chef. ¿Dónde están esas *pizzas*?

Mientras los niños jugaban con la perra, ellos fueron a precalentar el horno. Las *pizzas* ya estaban hechas y Daniela sonrió al ver que no las había llenado tanto como la primera vez. Y tenían muy buena pinta.

—Bueno, chicos, ¿habéis decidido ya la película? —les preguntó Gael mientras colocaba las *pizzas* encima de la mesita auxiliar.

—Celia quería ver una de princesas Disney y yo quería ver *Cars*, pero a ella no le gusta —miró Israel a su amiga, quien le sacó la lengua—. Así que queremos ver las tres películas de *El Rey León*.

Al escucharlos, Daniela abrió los ojos como platos. ¡Odiaba esa película! Y, para colmo, ¡querían ver las tres que había!

—¿Y por qué no preferís *El libro de la selva* o *Tarzán*? —dijo Daniela intentando que cambiaran de opinión.

—*El Rey León* mola más —se quejó Israel—. Además, me gustan mucho Timón y Pumba. Me hacen reír.

Daniela suspiró y asintió, sabiendo que lo que necesitaba Israel en ese momento era sonreír. Menos mal que había cogido el libro. Ella leería la historia con la que estaba mientras el resto veía las películas.

Se colocaron todos y, cuando Gael fue a darle al *play* tras comprar las tres películas, ella abrió el libro por la página por la que iba, pero el anfitrión se lo arrebató.

—Nada de leer. Tienes que reconciliarte con Simba.

Daniela alzó las cejas.

—Sabes que odio la película.

—Pero hoy la vas a ver con nosotros. Olvídate de los capullos que te decían eso. Es la mejor película de Disney —argumentó—. Además, quiero verte emocionarte con la muerte de Mufasa, ahora que sabes que la palma y no duerme.

—No lo haré.

—¿Apostamos?

Ella se quedó pensativa, pero aceptó. Sabía que no iba a perder.

—Está bien. ¿Qué quieres apostar?

—Si te emocionas, quiero que te sueltes el pelo, y si no lo haces..., elige.

—Si no lo hago... —pensó— tendrás que dejar que un ciervo te lama la cara.

—¿Un ciervo? ¿Y de dónde voy a sacar un ciervo?

—De eso ya me encargo yo. Pero lo que en verdad mola de mi parte de la apuesta es que... les apesta el aliento.

—Está bien —le tendió la mano y ella se la estrechó antes de comenzar a ver la película.

Daniela no puso buena cara cuando apareció por primera vez en escena Simba. Ese personaje fue el causante de sus burlas, aunque en realidad no en sus escenas de cachorro, sino de adulto, cuando le crece el pelo.

Tanto Celia como Israel estaban completamente embobados mirando la pantalla, tumbados en el suelo mientras compartían una manta. Estaba tan absorta mirándolos que no se percató de que Gael se había acercado a ella para susurrarle al oído.

—Estos dos se parecen a Simba y Nala —su aliento chocó contra su piel y ella tuvo que ahogar un pequeño gemido que estuvo a punto de escapársele con el cosquilleo que le provocó.

Se apartó un poco de él para mirarle.

—¿Crees que acabarán igual? —le susurró sonriendo.

—Quién sabe, aunque me vale con que no pierdan su amistad.

—En eso estoy de acuerdo.

—Ah, por cierto, si quieres mi opinión, no te pareces en nada a Simba. Yo te identifico más como una de las leonas. Cariñosa y familiar, pero a la vez con un punto salvaje y sexy. Fuerte y capaz de luchar por lo que te importa sin preocuparte qué pueda ocurrirte.

Daniela se quedó completamente muda. ¿Lo habría dicho de verdad o simplemente quería regalarle el oído para que se reconciliara con esa película? Fuera lo que fuese, no dijo nada. Simplemente tragó saliva y volvió a concentrarse en la pantalla, pero era difícil, teniendo su cuerpo pegado al de él. Se moría por recostarse en su hombro y que él abrazara su espalda. Cambió de postura para separarse de él y evitar la tentación.

Llegó la trágica escena y, tal como había predicho, Daniela no se emocionó, aunque sí sintió una pequeña punzada en el corazón.

Gael no dejó de mirarla, pero su gesto se mantenía impasible. Había perdido la apuesta.

—Vale, no te has emocionado, pero no puedes negar que te ha tocado la patatilla —posó un dedo sobre su corazón.

—Un poco, pero nada más. No me he emocionado, así que has perdido.

—He perdido —reconoció riendo—. Pero te estás reconciliando con esta película.

—Puede —le sonrió—. Y ahora, calla, que quiero verla.

Tras acabar la primera película, pusieron la segunda, en la que se contaba la historia de Kiara, la hija de Simba, junto al típico chico malo. Ella jamás había visto esa película y, la verdad, le estaba gustando mucho.

A media película, Israel y Celia se quedaron completamente dormidos y Gael fue a quitar la televisión, pero Daniela se lo impidió. Cuando acabó, él sonrió al ver el gesto que ella tenía. Se veía a la legua que le había encantado.

—Admítelo —le susurró para no despertar a los niños—. Te has reconciliado con Simba.

—Está bien, lo he hecho —sonrió—. Supongo que le he dado demasiada importancia a lo que me decían cuando no la tenía y que debo intentar olvidarlo.

—Bien dicho. ¿Por qué no empiezas soltándote la coleta? —se la señaló.

—Tiempo al tiempo —le guiñó un ojo—. Además, has perdido la apuesta —rio—. Anda, llevemos a Simba y Nala a la cama —señaló a los niños.

Gael y Daniela los despertaron y, tras hacer que se lavaran los dientes, los llevaron a una habitación donde había dos camas individuales. Cerraron la puerta cuando salieron y se quedaron frente a ella mirándose.

—Buenas noches, Daniela.

—Buenas noches, Gael.

Se despidieron, pero ninguno se movió. Se quedaron mirándose fijamente y Daniela se mordió el labio inferior. Gael se fijó en cómo sus dientes acariciaban sus labios y deseó que fueran los suyos los que recorrieran esa zona de su cuerpo.

—¡Joder! —maldijo antes de aprisionar a Daniela contra la pared y atrapar su boca.

Cogió su rostro entre sus fuertes manos y unió sus labios en un voraz beso. Había mandado su autocontrol y su cordura a la mierda para hacer lo que deseaba.

Al principio, ella se sorprendió y abrió los ojos asombrada, pero enseguida los cerró y comenzó a devolverle el beso. Ese contacto no era nada suave ni tierno. Al contrario. Era salvaje y apasionado. Ni siquiera le pidió permiso para entrar en su boca. Gael se la abrió con la lengua y se adentró en ella. Y no se detuvo ahí. Mientras seguía besándola con auténtica devoción, introdujo sus manos bajo su camiseta y comenzó a acariciar la piel de sus costados.

Daniela enredó sus manos en su suave cabellera y lo atrajo más hacia ella para profundizar más aquel beso. Su sabor era dulce y a la vez excitante y no pudo evitar gemir contra sus labios. Se estaba excitando por momentos y necesitaba mucho más de él. Gael pareció pensar lo mismo, pues sacó las manos de su ropa para agarrarla de los glúteos y elevarla para empotrarla contra la pared y ceñir más sus cuerpos. Tenerla entre sus brazos y a su merced era lo más erótico que había vivido en mucho tiempo. Le encantaba sentir cómo se derretía entre sus brazos y el deseo que había en cada una de sus caricias. Se abrazó a su cuello y aplastó sus pechos contra su duro torso. ¡Cómo le gustaba sentirla!

Daniela se separó de su boca para jadear y aquel sonido le volvió loco. Comenzó a besar su cuello y ella notó su deseo a través de su ropa. Grande, duro y listo para ella.

—Gael... —gimió su nombre cuando sus sexos se friccionaron.

—Me vuelves loco, Daniela —confesó besándola de nuevo con fuerza y deseo.

Daniela sintió su corazón golpear con fuerza sus costillas. No quería que se detuviera. Lo quería absolutamente todo de él. Era una completa locura, pero ya que se había iniciado, iba a completarla. Sin embargo, cuando su cabeza tomó esa decisión, la cordura de Gael regresó.

La dejó en el suelo y se separó de ella como si tuviera la peste. Ella le miró confundida y sintiéndose rechazada. Aquella mirada a Gael le dolió, pero eso no debía haber sucedido. Se fijó en esos dulces labios que acababa de saborear. Los tenía hinchados y rojos por sus besos, pero sus ojos, llenos de dolor, hicieron que apartara la vista de ella.

—Lo siento, Daniela. Esto... no tenía que haber pasado. Solo somos amigos. Es lo único que quiero de ti. Te aprecio demasiado como para complicarlo todo y joderlo.

Daniela se cruzó de brazos y cerró los ojos para intentar secar la humedad que se había formado. No pensaba llorar por él.

—No te confundas, Gael. Ya lo has jodido —le dijo con la voz rota, y pasó por su lado para coger sus cosas e irse de allí.

Gael estuvo varios minutos mirando la puerta de su casa. Tore se acercó a él y frotó su cara con las piernas de su dueño como si le estuviera consolando. Daniela tenía razón. Acababa de joderlo todo.

CAPÍTULO 10



—Pequeña, despierta. Son ya las diez y cuarto —balanceó Fernando el cuerpo de su hija.

Daniela se despertó y abrió los ojos aún algo somnolienta. No sabía muy bien dónde estaba, pero enseguida su mente se despejó. No había sido un mal sueño. Había sido real.

Tras irse de casa de Gael, no quería regresar a la suya. No quería estar sola, por lo que, y aprovechando que llevaba en una pequeña bolsa sus cosas, caminó hasta el hostel. Su padre se sorprendió al verla y ella, con una fingida sonrisa, le dijo que le apetecía quedarse esa noche con él. Que le echaba de menos. Fernando se quedó satisfecho con esa respuesta y Daniela se metió en la cama individual que había al lado de la de su padre.

Con las luces apagadas, cambió su gesto. Se sentía muy dolida y sus dedos no dejaban de acariciar sus labios. Aún sentía la boca de Gael sobre la de ella. Su sabor. Su suavidad. Le enfadaba reconocer que esos intensos segundos le habían gustado. Se había sentido mejor que nunca y él lo había tenido que estropear todo.

Era increíble cómo un solo beso podía dar un giro de 180 grados a una relación. Ese beso, lo mejor que le había pasado en mucho tiempo, había hecho que perdiera por completo la relación con él. Y ella no quería. Pero ya no había marcha atrás. Todo se había jodido y tenía completamente claro que no quería saber nada más de él. No quería verle más, ni cruzarse con él, ni buscarle con la mirada, ni sonreír como una idiota cuando él la tocaba o la hacía reír. No quería sentir lo que estaba comenzando a sentir por él. Por no querer, no quería ni recordar su nombre. Ese beso le había despertado cosas desconocidas en su interior que estaba dispuesta a destruir.

Aunque de lo que se sentía orgullosa era de que había cumplido lo que se había prometido: no iba a llorar por él. No derramó ni una mísera lágrima, a

pesar de que eso no quería decir que no tuviera ganas, pues estaba destrozada. El día anterior, había sido una auténtica mierda. Primero lo de Antonio, después la huida de Israel y, cuando parecía mejorar algo, la boca de ese capullo lo jode todo. Se había sentido rechazada y, de nuevo, la chica con la que nadie quiere arriesgarse. Tampoco es que quisiera nada serio con él, pero eso que le hacía sentir era tan intenso que creía que iba a vivir una historia como las que muchas chicas vivían. Pero no. Ella no vivía ni las migajas. Estaba tan confundida...; sin embargo, aquella confusión desaparecería con el paso de los días, pues, como ya había dicho, toda relación con él estaba extinguida.

—Ya me levanto —le dijo a su padre mientras se estiraba.

—Hoy llega Antonio y quiero darle una buena bienvenida y dejar todo listo para que no le falte de nada. —Ella asintió—. ¿Estás bien, cariño? Me sorprendió bastante que vinieras de madrugada.

—Sí, papá. No te preocupes —se sentó en la cama y se limpió con los dedos algunas legañas—. Todo está bien —mintió.

Su padre asintió y le dio un beso en la frente antes de salir de la habitación. Sin molestarse en desayunar, ya que su estómago estaba completamente cerrado, Daniela se vistió con la ropa del día anterior y fue a su casa para cambiarse, aunque, antes de ir a la pastelería, echó de comer y beber a Calcetes.

—Tú nunca me fallarás —la acarició mientras devoraba su pienso.

Puntual, comenzó su turno en la pastelería y vio a las charlatanas amigas de su jefa en una de las mesas mientras Rosa seguía la conversación y les servía unos cafés.

—Daniela, Pamela va a celebrar esta tarde el cumpleaños de su padre y nos ha hecho un encargo —le tendió un papel y ella abrió mucho los ojos.

—¡No puedo ocuparme de todo! —se quejó—. Entre atender y preparar los pastelitos del día, los de Pamela no estarán listos a la hora.

—Tranquila. Hoy solo te ocuparás de la cocina y yo atenderé —le explicó Rosa—. ¿Crees que así estarán listos? Si no, llamo a mis sobrinos para que te ayuden.

—No, si me ocupo solo de cocinar, podré sola.

—¡Perfecto!

Daniela se metió en la cocina y agradeció en silencio que ese día no tuviera que atender. No tenía ni fuerzas ni ganas para mostrarse amable cuando lo único que quería era olvidarse de todo. Estando solo en la cocina, no tendría que fingir que se encontraba bien.

Se colocó los cascos para escuchar música mientras preparaba todos los dulces que debía hacer, pero, a los pocos minutos, se los quitó. No estaba de

humor ni para escuchar canciones, a no ser que estas fueran con un halo de tristeza, y de esas no tenía en su móvil.

Se puso harina en las manos para amasar mejor y que no se le pegara la masa en las palmas. Sintió un leve picor cerca de la nariz y se rascó, manchándose la zona de la mejilla con aquel polvo blanco. Se quedó parada unos segundos y miró su reflejo en la vitrina de cristal que había frente a ella. Cerró los ojos y recordó cómo Gael le limpiaba esas manchas. Volvió a abrirlos y suspiró antes de agitar la cabeza para abandonar ese pensamiento. Debía comenzar a olvidarle. En unos meses, se iría y no le volvería a ver jamás.

—Daniela —entró Rosa en la cocina—. Un chico pregunta por ti. Se llama Gael.

Un cosquilleo nervioso y un sudor frío recorrieron su cuerpo al saber que había ido a verla. Probablemente quisiera hablar con ella y solucionar las cosas entre ellos, pero no había nada que solucionar.

—Dile que... no conozco a ningún Gael —sentenció seria.

Su jefa asintió y salió de la cocina para dejar a Daniela seguir trabajando. Sabía que tenía mucho que hacer con el encargo de Pamela y no quería entretenerla.

Se colocó tras el mostrador y miró al atractivo joven que la observaba con ojos de corderito degollado.

—Lo siento, dice que no te conoce.

Esas palabras a Gael le sentaron como una auténtica puñalada. Se había escapado en su descanso de la obra para verla e intentar solucionar las cosas, pedirle perdón e intentar aclarar con otras palabras mejores que las de anoche el por qué no quería que las cosas se complicaran entre ellos. Pero estaba claro que ella no quería saber nada de él.

—Sí me conoce, pero está enfadada conmigo. Dígale que es importante, por favor.

—Chico, Daniela hoy tiene mucho trabajo y no pienso molestarla, porque quiero que todo esté listo a la hora. Llámala o mándale un mensaje y, cuando acabe de trabajar, hablas con ella.

—No tengo su número.

—Te lo daré, pero, si te pregunta de dónde lo has sacado, no me delates — le pidió mientras lo apuntaba en un papel.

—Gracias.

La mujer se encogió de hombros y ni siquiera se despidió de él. Se sentó con las mujeres que allí había y se unió a la conversación. Gael abandonó la pastelería y acarició aquel trozo de papel como si fuera lo más preciado para él. Guardó el número en su agenda, pero, cuando estaba a punto de mandar un

mensaje, decidió no hacerlo. Prefería hablar con ella en persona. Si es que le dejaba.

Miró la hora y regresó a la casa sin ningún tipo de ánimo, pero el jefe de obra, al ver que Gael no estaba concentrado y no hacía nada bien ese día, le mandó descansar para ver si por la tarde volvía a estar como siempre.

Pero nada le mejoraba el ánimo. Se pasó las horas muertas, hasta las cuatro, que reanudaban el trabajo, jugando con Tore, pero, cuando la perra se cansaba, pasaba varios minutos mirando la foto que Daniela tenía en el WhatsApp. En ella salía con su mejor amiga. Ninguna de las dos miraba a la cámara, pero sonreían ampliamente. Como siempre, ella llevaba el pelo recogido en una coleta.

Joder, no dejaba de pensar en el beso que le había dado horas atrás. Simplemente, había sido perfecto. Sentir cómo se dejaba llevar, cómo le devolvía el beso y la pasión que había puesto en él. Cómo sus brazos se aferraron a su pelo y cómo le incitaba a profundizar más. Pero aquello no era lo correcto, pues él solo estaba de paso en su vida. Su sueño estaba en Alemania y no quería renunciar a él. Anhelaba coronarse campeón. Lo había complicado todo. Lo sabía. Lo había jodido, pero lo que le dijo era verdad. Quería conservarla como amiga, pues, si su relación iba más allá, la distancia que los separaría haría que la perdiera para siempre. Aunque ya era tarde; había perdido a Daniela. Debía asumir que por su culpa y, en parte, por su egoísmo, una persona que se había convertido para él en alguien muy importante no iba a regresar. No volverían a ser los que eran.

Tenía muchas ganas de desahogarse. De coger su coche y ponerlo a 200 km/h en esas rocosas carreteras. Lo necesitaba. Necesitaba soltar adrenalina para que desapareciera parte de la opresión en el pecho que sentía, pero no lo haría. No volvería a usar aquello para liberar parte de la tensión que tenía. Debía buscar otra forma.

Tras comer y pasear a Tore, regresó de nuevo a la obra. Seguía sin estar al cien por cien, pero debía seguir adelante. Si algo aprendió tras perder a Lucía era que el tiempo lo cura todo. O al menos parte de lo que tanto duele.

Tras dejar sus cosas en una zona apartada, se colocó el casco y fue hacia la hormigonera, pero, antes de llegar allí, se fijó en el grupo de Ricky. Parecían mirar algo mientras reían y bromeaban.

—Eh, Gael —se acercó Nacho a él con una sonrisa en el rostro que no podía traer nada bueno—. ¿Qué se siente al saber que eres un puto cornudo? Al menos cuando Daniela estaba conmigo ella fue la cornuda.

Al principio, él se quedó algo confundido, hasta que cayó en que ese idiota era el ex de Daniela y al que le hicieron creer que él era su pareja.

—¿De qué estás hablando? —se cruzó de brazos y se acercó a él, pero Nacho, en vez de hablar, le tendió el móvil sin dejar de reír con maldad.

Gael miró la pantalla y vio una foto de Daniela medio desnuda. Solo llevaba puesta la ropa interior. Se notaba que esa foto se la habían hecho sin que ella lo supiera. ¿Qué significaba aquello? Estaba tan enfadado que no se fijó en su cuerpo semidesnudo. Solo pensaba en averiguar quién era el hijo de puta que había hecho esa foto.

—Mira a la Simba, menuda mosquita muerta —oyó a su espalda—. Va de dura, pero el Ricky se la folla la primera noche. Está claro que, con palabras bonitas y siendo amable, las tías se abren de piernas fácilmente.

—Fue bastante fácil —rio Ricky—. Así que ya estáis aflojando la pasta. He ganado la apuesta.

Al escuchar aquello, Gael se volvió loco. Sabía que aquel hijo de puta no había cambiado, por mucho que Daniela insistiera, y lo acababa de demostrar. Y no pensaba dejar las cosas así. Tiró de mala gana el móvil de Nacho al suelo y, furioso, se acercó al grupito. Se abrió paso entre ellos hasta que miró a Ricky. Al ver sus ojos inyectados en sangre por la rabia, sus risas cesaron y el muy cobarde comenzó a huir, pero Gael le atrapó a tiempo y le cogió por el cuello de la camiseta para empotrar su cuerpo contra una de las vigas.

—Eres un auténtico hijo de puta —bufó con su rostro muy cerca del de él. Quería matarle.

—¿Qué pasa? ¿Te duele no ser el único que se folla a esa zorra?

Gael no pudo contenerse al ver cómo faltaba al respeto a Daniela, así que le pegó un puñetazo haciendo que cayera al suelo.

—¡Joder! —se quejó Ricky llevándose una mano a la nariz. Se la miró y la vio llena de sangre—. ¡Me has roto la puta nariz! —se levantó para abalanzarse sobre él, pero sus amigos le retuvieron, pues Gael era mucho más fuerte y tenía las de perder.

—No quiero que vuelvas a acercarte a Daniela —le señaló con el dedo—. Como te vea respirar el mismo aire que ella, te mato. ¡Maldito cabrón!

Gael estuvo tentado de seguir descargando la ira que sentía contra él, pero sabía que aquello no estaba bien. El jefe de obra llegó y los echó a los dos de allí hasta el día siguiente, pues su comportamiento había sido inadmisibile.

Sin decir nada, Gael cogió sus cosas y fue directo a la pastelería. No sabía si Daniela se había enterado ya, pero debía hablar con ella, y le daba igual si su jefa no le dejaba. Pensaba colarse en la cocina si era necesario; sin embargo, ella no estaba ahí. Allí solo se encontraba su jefa y dos chicos jóvenes con caras largas. Se acercó a la mujer y le preguntó por ella.

—Se ha encontrado mal de repente y se ha ido a su casa —le explicó su jefa.

Eso hizo que Gael confirmara que Daniela estaba al tanto de lo que había pasado.

—Gracias —le dijo antes de correr hasta su puerta.

Miró aquel trozo de madera y dudó si llamar o no. Apoyó el oído y escuchó lo que parecían ser unos sollozos. Jamás la había visto ni escuchado llorar. Le mataba.

Llamó suavemente con los nudillos y, sorprendentemente, abrió. Ambos se quedaron mirándose en silencio. Él se fijó en su rostro. Sus mejillas estaban húmedas, probablemente por las lágrimas que había derramado, pero en ese momento no estaba llorando. Sus ojos oscuros estaban rojos e hinchados y en ellos albergaba el dolor y la rabia, y sus labios temblaban conteniendo el llanto.

—Sé que soy la última persona que quieres ver —habló Gael—, pero creo que te conozco algo para saber que ahora no quieres estar sola y que necesitas a alguien que te apoye.

—Tienes razón —sorbió por la nariz—. No quiero verte, pero tampoco quiero estar sola —confesó—. ¿Cómo te has enterado?

—Nacho. Cree que somos pareja y me ha enseñado la foto para hacerme creer que soy un cornudo.

—Debí haberte hecho caso —bajó la mirada—. Ricky es un auténtico capullo y no ha cambiado. —Sacó su móvil y le enseñó un mensaje de él.

Así que conmigo no quedas, pero con el gilipollas de Gael sí te vas. Menos mal que estabas tan desanimada. Eres una puta mentirosa, pero, para que lo sepas, yo también sé mentir. En el instituto hicimos una apuesta. Cincuenta pavos cada uno para ver quién se follaba a Simba. Por eso Nacho salió contigo, pero se rajó antes de que se acostara contigo para poder tenerte más tiempo en su cama. Así que el ganador soy yo. No estaba seguro de lograrlo, por lo que esa noche que dormiste en mi casa te hice esta foto. Con ella todo el mundo me creería si no conseguía mi objetivo, y así ha sido. Buen día, Simba.

Gael vio adjunta la foto que ese gilipollas había enviado a medio pueblo y sintió cómo la sangre le hervía. Quería regresar a buscarle y matarle por lo que había hecho.

Daniela se fijó en la mano con la que sujetaba su móvil. Tenía los nudillos algo amoratados e hinchados.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

Gael se la miró.

—Nada. Solo que le he dado a ese idiota parte de lo que se merecía.

—No deberías haberlo hecho —se cruzó de brazos—. Pero gracias —expulsó un suspiro entrecortado. En el fondo, era una masoca y, a pesar de lo sucedido entre los dos, le gustaba saber que él se preocupaba por ella y no dudaba en defenderla—. No he visto el mensaje hasta que he salido de la pastelería. Varios idiotas han venido y me he sentido de nuevo como la chica de dieciséis años de la que todo el mundo se ríe. Soy débil, lo sé. Pero no he podido soportarlo. —Ambos se quedaron en silencio sin saber muy bien qué decir o hacer. La tensión se palpaba en el ambiente. Finalmente, fue ella la que dio el siguiente paso—. Pasa —se hizo a un lado—. Voy a por algo de hielo para esa mano.

Gael asintió y se sentó en el sofá. Daniela no tardó en reunirse con él y, tras colocarse a su lado, cogió su mano dañada para poner el hielo sobre ella. Pero rápidamente se la soltó. Su contacto le afectaba demasiado.

—Tú viste desde el principio que no había cambiado. ¿Por qué? —le preguntó sin mirarle.

—Porque yo también estuve rodeado de capullos. Siempre era algo puntual, pero fui foco de burlas en el colegio y los dos primeros años de instituto. A los dieciocho, cuando empecé a ser conocido como corredor profesional de DTM y mis fans crecían, uno de esos chavales vendió a una revista fotos mías de cuando sufría el acoso. Simplemente salía yo de niño, no había nada raro, y ese chaval pensaba que me iba a hacer daño haciendo públicas esas fotos, pero al contrario. Solo consiguió que mi fama aumentara.

—Vaya. Pero creo que lo que esos idiotas me han hecho es cien veces peor.

—Sí, no te voy a mentir. Quien nace capullo, muere capullo. —Consiguió que ella sonriera levemente, pero no le miraba. No era capaz de hacerlo—. No pienso permitir que te hagan más daño.

—Ya qué más da —se recostó en el sofá y tocó por encima de su camiseta el trébol que llevaba en el ombligo—. Al final los tréboles no me traen nada de suerte. Sabía que era una tontería pensar que con ellos a mi lado mi vida mejoraría. Soy una ilusa por creer eso.

—No creo que lo seas. Quizá solo necesiten algo más de tiempo.

—Seguro... —ironizó, y giró el rostro.

Gael dejó encima de la mesilla auxiliar el hielo y se acercó a ella para coger su rostro entre las manos. Quería que le mirara. Secó con sus pulgares la humedad que aún se posaba bajo sus ojos y Daniela los cerró.

—Daniela... —susurró su nombre—. Mírame, por favor.

Ella lo hizo. Poco a poco separó sus párpados para mirarle, pero ninguno habló. Gael bajó la mirada a sus labios y después le acarició el inferior lentamente con el pulgar. No podía olvidar su sabor y deseaba sentir de nuevo lo

que había sentido con un beso suyo, pero sabía que era un error y no iba a tropezar dos veces con la misma piedra.

—Me muero por besarte —le confesó, y ella tembló—. Pero no lo voy a hacer, porque no te mereces que otro capullo te haga daño. Y yo soy el mayor de los capullos. —Una punzada atravesó el corazón de Daniela—. Ayer fui un egoísta. Deseaba besarte, quería hacerlo, pero sabía que era un error, pues, si lo hacía, te iba a perder, y aun así lo hice. Siento que te he perdido, y eso me está matando por dentro. —«Pues sí, lo has hecho», pensó ella—. Te mereces a alguien mejor que todos los capullos que han aparecido en tu vida, incluido yo. Sé que ahora necesitas tiempo y, sobre todo, estar alejada de mí, pero solo quiero que sepas que, si hay una sola posibilidad de que te recupere, de que pueda recuperar a mi amiga, estaré ahí esperándote. Porque cuando regrese a Alemania quiero pensar que un pequeño trozo de mi ser te tiene a ti.

Daniela sintió cómo la mandíbula le temblaba. Eso era lo más agri dulce que le habían dicho. Él tenía razón. Ahora mismo necesitaba tiempo y estar alejada de él para aclararse y, quizá, intentar volver a ser la misma que era con él. En el fondo, quería recuperar la relación que tenían antes de que ese mal beso cambiara todo. Podría intentarlo, pero por el momento no le quería cerca.

Se levantó del sofá y se asomó por la ventana desde la que se veía la plaza del Ayuntamiento.

—Vete, Gael. Por favor.

No se giró para observar cómo abandonaba su casa y, tras escuchar el ruido de la puerta al cerrarse, apretó los ojos y dejó caer las lágrimas que había conseguido retener delante de él. Todo se le había juntado y, en esos momentos, de lo único que tenía ganas era de que la tierra la tragara.

Aunque, cuando consiguió calmarse, se dio cuenta de lo que más deseaba: recuperar a su amigo. Recuperar su relación con Gael.

CAPÍTULO 11



—¡Qué bien se está aquí! —exclamó Jone colocándose las gafas de sol y recostándose en la *pick-up* de su amiga.

Daniela llevaba nueve días sin ver a Gael ni hablar con él. Nueve. 216 horas. 12 960 minutos. 777 600 segundos. 777 601, 777 602, 777 603... Su cabeza no dejaba de pensar en él y no sabía por qué quería saber el tiempo exacto que hacía que no se veían. En días parecía poco, pero en segundos, un mundo. Y era así como se sentía. Como si hubieran pasado años desde que cruzaron las últimas palabras.

Su padre la había encontrado bastante decaída aquel horrible día y no la dejó irse a la cama hasta que le confesó lo que le sucedía. Le contó lo que el estúpido de Ricky le había hecho. Fernando conocía el acoso al que sometieron a su hija en el instituto y, al enterarse de la existencia de esa foto, se volvió loco. Lo único que deseaba era ir a casa de ese indeseable y partirle la cara. Y lo iba a hacer, pero Daniela le detuvo y le explicó que Gael ya le había dado parte de su merecido. Al hablar de él, su lengua se movió sola y acabó contándole también lo que había sucedido con él, pero no mencionó en ningún momento lo del beso.

—Ese Gael ya me cae algo mejor —le había dicho su padre cuando su hija le comentó el puñetazo que le había dado a Ricky.

Al día siguiente, la foto había desaparecido por completo, y las burlas y risas cesaron. No sabía quién había sido el responsable de que aquello sucediera, pero Daniela le daba las gracias en silencio. Había sido lo más humillante que le habían hecho en su vida. Creyó que, tras acabar el instituto, todo acabaría, y así fue, pero cometió el error de confiar en quien no debía. Si le hubiera hecho caso a Gael... Ya estaba de nuevo su nombre en su cabeza.

Horas después de despedirse de él (o más bien de echarle de su casa), recibió un mensaje en su móvil de un número desconocido. Pensó en no abrirlo, al suponer que era de alguno de los idiotas amigos de Ricky, pero la intriga pudo

con ella y dio las gracias a ser tan curiosa, pues descubrió que el remitente era Gael por la foto que aparecía.

Lo primero que pensó era en cómo había conseguido su número, pero no se enfadó. Lo segundo, en el miedo que le daba leer ese pequeño párrafo por si le decía que había decidido irse antes de tiempo. Y, lo tercero, lo idiota que era por sentir ese cosquilleo. Ese beso había puesto su tranquila vida patas arriba.

—¿Qué lees? —le preguntó Jone al verla tan concentrada en su móvil.

—El mensaje de Gael.

—¿Otra vez? —alzó las cejas.

—Sí —suspiró. Se lo sabía de memoria de las veces que lo había leído. Y tampoco es que fuera un mensaje del otro mundo.

Solo quería que tuvieras mi número por si necesitas algo. Me lo dio tu jefa, pero no le digas nada. Me pidió que no la delatara y me acojonó cómo me miraba mientras lo decía. Cuídate.

—No hay nada más doloroso que ver los dos *ticks* azules y que no haya respuesta —añadió Jone al leer el mensaje por encima del hombro de su amiga antes de regresar a su posición.

—¿Y qué le iba a decir? ¿Le pongo un «ok», un «vale»?

Jone sabía todo lo ocurrido. Aquel día, Daniela y ella habían cogido a Sally y habían ido a Revenga, un parque natural al lado de Quintanar de la Sierra, para poder hablar tranquilas con el olor a bosque. Era un lugar donde estar a solas y sin interrupciones. Además, ese día había amanecido soleado y se estaba de maravilla.

Daniela respiró profundamente el aire puro que había y cerró los ojos. No dejaba de pensar en esos nueve días que habían pasado y lo largos que se le habían hecho. La tentación de mandarle un mensaje o presentarse en su casa había sido grande, pero no debía hacerlo. Al menos, hasta que estuviera de nuevo preparada para recuperar lo que eran. Se regañaba varias veces al día por complicarlo tanto. ¿Acaso no era lo que quería? ¿Recuperar su amistad como si no hubiera pasado nada? ¿Retomararlo desde aquella noche? ¿Por qué diablos ponía tantos impedimentos para ello? Ni ella misma lo sabía, y no podía responder a algo para lo que no tenía las respuestas. Todo sería más fácil si el corazón tuviera un interruptor con un botón de *off*. Pero no. Ese pequeño músculo iba por libre.

Y no era la primera vez que le pasaba algo parecido. Cuando empezó la carrera, el primer día conoció a un chico que era igual de despistado que ella: Oliver. Ambos se presentaron en el aula a las ocho de la mañana cuando su primera clase no empezaba hasta las once. Los dos eran de fuera de León y

decidieron cubrir esas tres horas tomando algo y, más tarde, explorando la ciudad.

Se hicieron muy buenos amigos. Eran los mejores y todo el mundo de la carrera creía que acabarían juntos, pero nada más lejos de la realidad, pues Daniela no sentía por él más que amistad, y Oliver por ella también.

Y un día, se estropeó todo. Estaban estudiando juntos y, para desconectar, iniciaron una guerra de cosquillas. Terminaron besándose sin darse cuenta y, al separarse, ambos estaban avergonzados. Aun así, decidieron intentar algo, pues se compenetraban a la perfección, pero los polos iguales se repelen y eso les sucedió. Daniela todavía se preguntaba por qué decidieron empezar una relación cuando los dos sabían que no tenían futuro, pues no había deseo. Fue algo muy raro, pero desde ese primer beso, algo se rompió en ellos y acabaron separándose para siempre. Daniela lo pasó mal. No al perderle como pareja, sino como amigo. Y no quería que eso mismo le sucediera con Gael. Debía aprender de los errores del pasado.

—¿Por qué todo en la vida es tan difícil? —quiso saber Daniela, y miró a Jone.

—No es que la vida sea difícil, es que nosotros la complicamos —contestó—. Piénsalo. Los niños viven felices. Si se pelean, no tardan en olvidar y hacer las paces. Y, cuando crecemos, nos volvemos rencorosos y la palabra «perdón» desaparece de nuestro vocabulario.

—Bueno, también existen cosas que no se pueden perdonar.

—Si estás hablando de Gael, no es tan grave lo que ha hecho.

—No estaba pensando en él, más bien en Ricky.

—En ese caso, sí.

Ambas rieron y miraron las copas de los pinos a través de sus gafas de sol. No había ni un solo ruido en aquel lugar, salvo el de los pájaros y el movimiento del río. Vivir en un lugar así era un completo lujo. Sin el estrés y la contaminación acústica de las ciudades.

—Daniela, llevo guardándome esta pregunta desde que me contaste ese beso. Y te voy a decir algo: por tu forma de relatarlo creo que ha sido el mejor beso de tu vida.

«Capulla», pensó Daniela al ver que su amiga había acertado. En ocasiones, daba asco que la conociera tan bien.

—Me gustó, no voy a negarlo —suspiró—. Pero, contestando a tu preguntita, no, no fue el mejor beso de mi vida —mintió.

—No era esa la pregunta, era una creencia —sonrió pícaro—. La pregunta es: ¿estás enfadada porque te sentiste rechazada tras ese beso?, ¿acaso hubieras querido algo más con él?, ¿algo serio?

«Cabrona», volvió a insultarla en su cabeza, pero con cariño.

—A ver... —tomó aire y cambió de postura en la parte de atrás de su *pick-up*. Se le estaban durmiendo las piernas—. Lo que más me dolió fue sentirme rechazada, volver a sentir que soy esa chica con la que nadie quiere arriesgarse. Esa chica a la que utilizan. Supongo que, en ese momento, lo relacioné con Oliver. Es decir, éramos buenos amigos y un beso lo arruinó —suspiró—. Y con Gael... no quiero, cuando se vaya, hacer como si estas semanas no hubieran existido. El típico «si te he visto, no me acuerdo». Así que, contestando a tu pregunta, no, no quiero nada más con él. Quiero que solo sea mi amigo y seguir en contacto cuando se vaya —declaró sin creerse demasiado ella misma aquellas palabras.

—Entonces, ¿qué problema hay? ¿Por qué lo alargas? —quiso saber—. Si ambos coincidís en que solo queréis ser buenos amigos, ¿por qué no hablas ya con él?

—Sinceramente, no lo sé —y no mentía—. Quizá esté esperando a tener la seguridad que ahora no tengo. Igual él ya ha visto que no tengo nada interesante —rio sin humor—. Que no merece la pena tener de amiga a alguien como yo. Sabes que a veces soy muy directa, tengo un carácter fuerte y, en ocasiones, hablo sin pensar. Y también tengo mi lado débil: soy incapaz de soltarme la coleta por temor a seguir siendo la Simba del pueblo. Mi futuro está más incierto que el origen del Big Bang. Soy un puto desastre. Eso es lo que me define. Piénsalo; él lo tiene todo y yo no tengo absolutamente nada que ofrecer, más que problemas y disgustos. ¿Para qué tenerme a su lado?

—Si no mereciera la pena tenerte de amiga, yo no estaría aquí. Y sabes que antes me caías mal. —Ambas rieron—. Pero las mejores amistades empiezan por esa frase. Y creo que, al principio, Gael también te caía como el culo.

—No es que me cayera mal, pero me pareció un completo capullo.

—¡Lo ves! Empezasteis con el pie izquierdo. —Se estiró y se levantó de la camioneta para saltar de ella—. Creo que estás atrasando algo que vas a acabar haciendo. Y te veo distinta desde que dejasteis de veros. Te falta esa locura que tienes. Te has convertido en una amiga sosa y aburrida —bromeó—. Anda, regresemos al pueblo. Me muero de hambre y tienes que trabajar.

Daniela asintió y ella también saltó para colocarse frente al volante. Arrancó y sonrió al escuchar el nuevo sonido de su preciado vehículo, gracias a Gael.

Condujo a Sally hasta llegar al pueblo y, tras dejar a Jone en su casa, se dirigió a la suya. Tenía que trabajar. Al menos había podido escaparse una horita con su amiga. Necesitaba hablar con ella del cacao que tenía en su cabeza. Y le

había hecho bien. Había aclarado la mayoría de sus dudas, pero no todas. Quizá le vendrían bien unos días más antes de tomar una decisión.

Saludó a Calcetines con muchos besos y un achuchón antes de dejarla en el suelo para ir a cambiarse de ropa. Se vistió con unas mallas y una camiseta ancha gris. No pensaba ponerse mona para ir ahora a llenarse de harina, por mucho que tuviera también que atender. Dudaba mucho que a los clientes les importara cómo vestía. Además, llevaba el delantal que le cubría parte de su horroroso atuendo.

Muy a su pesar, volvió a abandonar su hogar para estar cinco horas más encerrada en su infierno particular. Le encantaba la repostería, pero hacerla cuando a ella le apeteciera y no por obligación. Aquello iba matando poco a poco su pasión por ella.

Abrió con su copia de la llave la pastelería y entró. Dejó sus cosas en un pequeño armario que había al lado del expositor de las chuches y fue a la cocina para ponerse en marcha. Poco después de meter la primera bandeja en el horno, la campanilla de la puerta sonó.

«¿Quién diablos será tan pronto?», se preguntó. Nadie solía acudir allí pasada la media hora tras haber abierto y solo habían pasado diez minutos.

—¡Enseguida salgo! —gritó mientras regulaba la temperatura del horno.

Corrió hacia la puerta, pero antes de abrirla, volvió a escuchar la campanilla. El cliente se había ido, pues al salir no vio a nadie. Rodeó el mostrador para dirigirse a la calle, pero, antes de hacerlo, algo a su izquierda le llamó la atención. Encima de una de las mesas había un trébol gigante.

No pudo evitar que una pequeña sonrisa se dibujara en sus labios. Se acercó a él para cogerlo y vio que estaba hecho con alambre y espumillón verde, y, de una de las hojas, colgaba una nota:

Cuando era pequeño, me encantaba la película de *Peter Pan: La Gran Aventura*. La veía miles de veces y creo que mi madre le llegó a pillar manía. Siempre recuerdo la misma parte. Cuando Campanilla muere y entre todos, gritando «yo creo, sí creo», hacen que vuelva a la vida.

Con eso aprendí que, si crees en algo, tarde o temprano se cumplirá. Y si tú crees que los tréboles te traerán suerte, no dejes de hacerlo, pues estoy convencido de que un día se cumplirá todo lo que desees. Te lo mereces, Daniela.

Gael.

Daniela suspiró al leerlo y ciñó, con cuidado de no romperlo, aquel trébol a su pecho. Miró la puerta y pensó en salir a buscarlo, pero estaba convencida de que ya se había ido y no le alcanzaría.

Guardó aquel precioso detalle junto a sus cosas y volvió a caminar hacia la cocina, pero antes de entrar, la campanilla volvió a sonar. Se dio la vuelta

ilusionada pensando que sería él; sin embargo, su sonrisa se le borró al reconocer al chico que estaba delante de ella: Ricky. Pensó en hacer como la protagonista de una de las novelas que leyó y coger el rodillo para darle en la cabeza con él. Sin embargo, se compadeció al ver un apósito en su nariz que le tapaba media cara. Sabía que el culpable de eso era Gael. Pero se merecía que le rompiera la nariz, por muy macabro que sonara.

—¿Qué quieres? —le preguntó seria cruzándose de brazos.

—Pedirte perdón. Yo... lo siento mucho, Dani.

—Daniela —le corrigió.

Él solo asintió.

—Cuando te vi irte con Gael el día que te pedí salir, me molestó. Me gustas de verdad, y contemplar aquello hizo que no pensara y mandara la foto. Te la hice el día que te quedaste en mi casa, pero no la envié porque la apuesta para mí ya no existía y quería intentar algo contigo. Aunque fui un gilipollas por no borrarla. Y un auténtico hijo de puta al perder los papeles y enviarla, pero te prometo que ya nadie la tiene. Me encargué personalmente de que desapareciera, y te dejarán en paz.

—A ver si lo he entendido —habló ella—. Me viste con Gael, te molestó que me fuera con él, con mi amigo —recalcó—, y, como te enfadaste, decidiste humillarme mandando una foto mía semidesnuda a medio pueblo —rio sin gracia—. Muy maduro por tu parte.

—Me comporté como un niño, lo sé. Me puse celoso.

—Mira, Ricky, voy a pronunciar cuatro palabras y espero que, después de hacerlo, salgas por esa puerta y no vuelvas a dirigirme la palabra —se detuvo unos segundos para coger aire—. ¡Vete a la mierda!

Y, pronunciadas esas cuatro palabras, Daniela se dio la vuelta y volvió a su puesto de trabajo. Puede que un día, dentro de muchos muchos años, le perdonara, pero aquello había sido demasiado. No había que dar oportunidades a quienes no las merecían. Y con sus actos Ricky había demostrado que él era una de las personas que estaban en ese grupo.

* * *

El móvil de Gael sonó mientras cargaba con una pesada viga de madera. Pensando que podría ser Daniela tras la visita exprés que había hecho a la pastelería para dejarle el trébol, la soltó y rápidamente lo sacó del bolsillo esperanzado, pero bufó al ver que no era ella. Era Dustin.

—Hola, Dustin —contestó en alemán, aunque su patrocinador dominaba el español, pero no le iría mal recordar el otro idioma.

—¿Qué tal, chico? ¿Cómo van las cosas por España? —quiso saber—. Por aquí está todo bien. Ni la prensa ni tus seguidores sospechan nada.

—La casa avanza, que es algo —la observó y suspiró orgulloso al ver que empezaba a coger forma y se vislumbraba cómo iba a ser—. Por lo demás..., este pueblo me está cambiando.

—¿En qué sentido, chico?

—Pues, aparte de que ahora he adoptado a una perra —sonrió al pensar en Tore— y de que me he hecho amigo de un niño de seis años, me noto distinto —suspiró—. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste cuando salí del hospital por el accidente? ¿Que tenía que madurar en más de un sentido? Al principio no te entendí, creía que ya era maduro por lo que pasé con Lucía, pero... he conocido a alguien que me ha quitado la venda. Estoy recuperando la relación con mi familia, les llamo cada día y saben dónde estoy. Y también valoro más la vida. No todo es conseguir éxito, que la gente te reconozca y quieran ser tus amigos por quién eres, no por cómo eres. También me he dado cuenta de que hay que dar más importancia a lo personal que a lo profesional. Las carreras me apasionan, pero no me van a solucionar nada si en algún momento de mi vida algo va mal y no se puede remediar con dinero. En cambio, las personas que te quieren darán todo y más por ayudar a levantarte —miró a Israel, que en ese momento jugaba con Celia cerca de la casa, pero alejados, para no correr peligro.

Dustin sonrió al otro lado del teléfono. Gael había acudido a decenas de obras de caridad y ninguna de ellas le había calado tan hondo como aquella. Ninguna le hizo cambiar tanto y ver la vida como lo que era: un regalo. Sabía la diferencia que había entre ese pueblo y el resto de los lugares a los que había acudido. En ese lugar, era uno más. Nadie le conocía. Nadie le había reconocido y, para sus habitantes, solo era un chaval de veintitrés años que había viajado hasta allí para ayudar a tres personas que lo necesitaban tanto.

—Me alegra mucho escucharte, Gael —se enorgulleció—. No sabes cuánto. Y, por tus palabras, tengo la sensación de que te costará muchísimo decirle adiós a ese pueblo.

—No te haces una idea —le dijo en un susurro—. Más que al pueblo, a las personas.

—Vaya —dijo sorprendido—. Jamás te habías relacionado con otros voluntarios.

—Todo aquí es distinto. Y, bueno, con los voluntarios me llevo muy bien, salvo con dos —pensó en los gilipollas de Ricky y Nacho—. Pero la persona que

de verdad me ha cambiado... es... simplemente es... quiero decir que... — tartamudeó y se pasó la mano por la cabeza nervioso—. Ni sé cómo describirla.

—Así que es una chica por la que te ha dado tan fuerte —rio—. ¿Cómo se llama?

—Daniela. No imagines cosas raras —le advirtió—. Te prometo contarte más cosas de ella, pero ahora debo volver al trabajo.

—Está bien, aunque por tu tono de voz me imagino a una chica risueña, inteligente, quizá con un carácter algo fuerte, divertida y me arriesgo a decir que hasta atractiva.

—Eres un puto vidente —afirmó divertido—. Es más que eso, pero te has acercado bastante.

Dustin soltó una leve carcajada. Se alegraba de que una mujer hubiera tocado ese corazón de hielo que tenía. Él conocía lo de Lucía y sabía que Gael no se había vuelto a enamorar. Y eso que había salido con muchas chicas, pero ninguna le había calado tanto como Lucía o, en ese momento, como Daniela. Ojalá no se olvidara de esa chica cuando regresara.

—Una última cosa, Gael. Tus redes sociales empiezan a tener telarañas. Deberás hacerte fotos para subirlas y fingir que te lo estás pasando genial en el Caribe. Sé que allí solo eres Gael y me gusta que lo seas, pero no olvides que también eres Gael Montés: piloto profesional de la DTM.

Él suspiró y asintió bajando la cabeza. No sabía por qué no le hacía demasiada gracia recordar quién era. En el mes que llevaba en Quintanar, la vida que disfrutaba allí, tan tranquila, sin el agobio de las entrevistas, la prensa, los entrenamientos..., le había hecho valorar más la importancia de la vida fuera del ámbito profesional. La pregunta era: ¿qué ocurriría cuando regresara? ¿Sería el Gael Montés que todo el mundo conocía? Él esperaba que sí, pero en su interior sentía que, cuando volviera a poner un pie en Alemania, su vida no sería la misma.

CAPÍTULO 12



—¡Daniela, Daniela! —gritó su padre entrando en casa.

Ella hacía poco que había salido de la pastelería y se asustó al oírle. No pudo evitar pensar que algo malo había ocurrido, y relacionado con Antonio.

«¿Y sí...? ¡No!», pensó en su cabeza mientras cerraba el grifo y le decía a su padre que se encontraba en la ducha. No podía salir como estaba. Mojaría toda la casa, así que se anudó una toalla alrededor de su pecho y se secó, con una toalla más pequeña, la humedad de su pelo libre de la goma que siempre solía llevar. Se calzó las zapatillas de andar por casa sin importar que sus pies estuvieran completamente calados. Se aseguró de que no se le viera nada y abrió el pestillo para salir del cuarto de baño y reunirse con su padre, que en ese momento acariciaba a Calcetines, contento.

Eso le extrañó. Su padre jamás acariciaba a su coneja, a no ser que estuviera de muy buen humor, como parecía ser esa vez. Eso la alivió. Antonio seguía vivo. Se acercó a él y, antes de poder decir algo, él la abrazó con fuerza.

Ella no entendía absolutamente nada, pero le devolvió el abrazo mientras sentía cómo el agua de las puntas de su cabello empapaba aún más la piel de su espalda desnuda. Algo que a su padre pareció no importarle, a pesar de que su traje se estaba mojando por su culpa.

Tras ese efusivo abrazo, su padre la separó de él y cogió su rostro para llenarle la cara de besos. Daniela seguía sin entender nada y sonreía por inercia al ver a su padre tan contento.

—Papá, papá —consiguió hablar—. ¿Puedes decirme ya qué está pasando?

—Algo... increíble... Es...

Fernando no podía hablar. Ni siquiera sabía cómo había mantenido la compostura al teléfono cuando aquella mujer había llamado al hostel para hacer una reserva. Alguien le había recomendado su humilde negocio para visitar el pueblo y celebrar un aniversario.

No perdió el tiempo cuando colgó y llamó a algunos de sus antiguos empleados que seguían en Quintanar y les ofreció un contrato temporal. Era lo máximo que podía hacer, pero al menos era algo, y el dinero que iban a ingresar serviría de ayuda al sostenimiento del hostel. Además, en breve llegaría el verano y las fiestas, y en esa temporada la gente se animaba más a visitarlos, aunque era verdad que, a medida que pasaban los años, la clientela disminuía. Pero algo era algo.

—Este fin de semana va a venir al hostel una familia entera —comenzó a relatarle a su hija, feliz—. Celebran sus bodas de plata y han invitado a toda la familia, y es bastante grande. Han reservado para el sábado una cena con baile y barra libre hasta las tres, además de todas las habitaciones del hostel, excepto donde se hospedan Antonio, Pepa e Israel. Llegarán el sábado por la mañana y se irán el miércoles.

—Eso... eso... ¡eso es fantástico! —sonrió.

—Lo es, pequeña. Por primera vez en mucho tiempo ¡estoy estresado! Tengo que organizar un montón de cosas, avisar al personal, darles indicaciones, dejarlo todo perfecto... Dios, esto es increíble.

Daniela no podía hablar. No dejaba de sonreír. Hacía muchísimo tiempo que no veía así a su padre. Tan entusiasmado y, a la vez, estresado y nervioso por tener el hostel preparado.

Cuando era pequeña, recordaba esas celebraciones. Bodas, bodas de plata, de oro, cumpleaños..., cualquier tipo de fiesta era perfecta para realizarla allí. La gente se divertía y reía, y ella se asomaba por la puerta para verlos.

Su padre siempre la regañaba porque no podía estar allí, y su madre la cogía y se la llevaba, pero, a pesar de esas pequeñas regañinas, ella volvía a asomarse en esas celebraciones. A medida que el tiempo pasaba, la gente dejó de reservar el salón del hostel para la comida y un posterior baile con barra libre en el salón de baile. Ahora podían volver a vivir eso y, aunque fuera algo estresante de organizar, a ambos les hacía felices ver por un día el Hostel Domingo en pleno auge. Era un pequeño sueño que iba a hacerse realidad.

—Sé que los fines de semana es tu descanso, pero ¿me echarías una mano el sábado por la noche sirviendo a los comensales?

—Claro, papá.

—Bueno, ve a vestirte —le dijo—. No quiero que te resfríes.

Ella asintió y regresó al cuarto de baño para ponerse el pijama. Quedaban solo tres días para que llegara el sábado y pensaba estar al lado de su padre en el momento de recibir a aquella familia.

Tras cenar, padre e hija se sentaron en el sofá para mirar unos papeles. En total iban más de cincuenta personas y, excepto las parejas, el resto dormirían en

habitaciones individuales, aumentando, de esta forma, el gasto de la estancia. Daniela se caía del sueño, así que su padre le ordenó que fuera a descansar tras darle un tierno beso en la frente. Se metió en la cama y se colocó sus gafas negras para leer un rato antes de dormirse, pero no estaba concentrada en la lectura. Aún se preguntaba qué había ocurrido para que aquello sucediera. Suspiró y miró el trébol gigante que le regaló Gael y que colgaba de su pared. Quizá él tuviera razón y, si creía en algo, solo tenía que esperar a que se cumpliera. ¿Podría ser que su suerte comenzara a cambiar? Esperaba que sí. Cerró el libro y, tras dejar sus gafas en la mesilla, apagó la luz deseando que llegara el sábado.

Gracias al trabajo en la pastelería, este no tardó en llegar. No sabía quién estaba más nervioso de los dos: ella o su padre. Ambos estaban esperando en recepción la llegada de los huéspedes.

Para la ocasión, Daniela se había vestido con unos vaqueros claros y ceñidos, una camiseta de tirantes *beige* sencilla a juego con los tacones, y una americana negra. Llevaba su cabello rubio recogido en una coleta alta y algo cardada, se había maquillado lo justo y conjuntaba aquello con un collar negro y unos pendientes del mismo color.

Se empezó a escuchar el sonido de los coches y el murmullo de la gente al bajar de ellos y descargar las maletas. Fernando suspiró y salió a la entrada junto con su hija para recibir a los huéspedes.

Los primeros en entrar fueron una pareja de mediana edad. Supusieron que sería el matrimonio que celebraba sus bodas de plata. Iban acompañados de una chica joven que no tendría más de diecisiete años.

Daniela frunció el ceño al ver a aquella chica. Tenía algo que le resultaba familiar. Al igual que el hombre que estaba hablando en esos momentos con su padre. Esos ojos..., no podía ser.

Un cosquilleo recorrió su estómago, pero se obligó a ignorarlo. Solamente sería una casualidad.

—Perdón por el retraso —se disculpó la mujer castaña—. Mi hijo nos ha regalado estos días a toda la familia y hemos pasado un momento por su casa para ir a verle antes de nada. Hacía mucho tiempo que no le veíamos.

—No se preocupe —respondió Fernando con una sonrisa.

—Disculpe —interrumpió Daniela—. ¿Su hijo vive en el pueblo?

—Oh, no —le sonrió—. Está colaborando en la construcción de una casa y ha alquilado una pequeña vivienda donde pasar el tiempo que se quede aquí antes de regresar a Alemania —le explicó—. Retomamos el contacto hace poco y ha querido darnos esta sorpresa. Me dio los datos y yo solo tuve que llamar

para hacer la reserva. Es un buen chico y me da que este pueblo le está haciendo mucho bien.

Daniela solo asintió con la cabeza tras escuchar a esa mujer. Se había quedado completamente bloqueada. ¿De verdad ellos eran los padres de Gael? Solo había una forma de averiguarlo.

Tras hacer el *check in*, toda la familia se instaló en sus habitaciones. Los días que estuvieran allí se iban a dedicar a explorar la zona todos juntos y habían cogido de la recepción varios folletos con ideas.

El hostel comenzó a trabajar con rapidez para que estuviera todo listo. No solo para la noche, sino para atender el comedor también, pues estaban hospedados en régimen de pensión completa.

Además, su padre le había encargado a Daniela que, para la noche, preparara una tarta de tres pisos para que los novios la cortaran y, posteriormente, fuera repartida por los comensales. La cocinó el viernes con ayuda de su jefa, que, a regañadientes, se quedó con ella aquel día para que todo estuviera listo. Además, Jone había hecho dos muñecos para colocar sobre la tarta. Se le daban muy bien las manualidades.

Cuando Daniela vio que ella ya no tenía nada que hacer hasta la noche, salió del hostel y caminó a paso ligero hasta la casa de Gael. Necesitaba saberlo. Llegó a la puerta con la respiración entrecortada y alguna que otra torcedura de tobillo. No era buena idea correr con tacones.

Llamó a la puerta y escuchó la grave y profunda voz de Gael al otro lado. No tardó en abrir y el corazón de Daniela se disparó al verle tras tanto tiempo. Bueno, en realidad solo habían pasado trece días, pero para ella había sido un mundo. Ninguno habló durante unos segundos, era como si en ese momento lo que más desearan era contemplarse..., pero finalmente Daniela rompió aquel incómodo momento.

—Has sido tú, ¿verdad? —le preguntó—. Tú has llamado a tu familia y has reservado el hostel entero.

—Puede —respondió.

Daniela sonrió. Lo sabía.

—Gracias. Sé que para ti no es nada, pero para mi padre..., para mí, ver vida de nuevo allí... es algo maravilloso.

Él no dijo nada. Solo asintió y se quedó absorto mirándola. Sentía que habían pasado años desde la última vez que la tuvo tan cerca. No iba vestida con su habitual ropa, sino que se había arreglado algo más, pero sin llegar a estar elegante en exceso. Y su cabello de oro, como siempre, lo llevaba recogido. Estaba preciosa, pero él la prefería con alguna que otra mancha de harina en su angelical rostro.

—Te echo de menos —le confesó en un susurro.

Daniela cogió aire al escucharle y, por un momento, apartó la mirada de él, pero enseguida volvieron a entrelazar sus ojos.

—Yo... —comenzó a hablar—. Aunque lo intente, no puedo ni quiero alejarme de ti. Quiero volver a ser lo que éramos. Recuperar a mi amigo —le temblaba el cuerpo entero—. Yo también te echo de menos.

Él le mostró una media sonrisa, aunque por dentro estaba saltando de alegría. Aquellas palabras habían sido como música para sus oídos.

—Ven aquí —le pidió Gael al percatarse de lo nerviosa que estaba.

Se acercó a ella y cogió su muñeca para atraerla hacia él y abrazarla. Daniela se sentía una enana a su lado, y eso que llevaba tacones, pero solamente le llegaba a la altura del cuello. Pasó los brazos alrededor de su fuerte torso y apoyó la mejilla en su pecho para que sus cuerpos se ciñeran más.

Daniela soltó un suspiro de alivio y cerró los ojos disfrutando del calor de sus brazos y aspirando su masculino aroma. Gael hizo otro tanto y apoyó su barbilla sobre su coronilla al tiempo que acariciaba levemente su espalda. Dios, la había echado tanto de menos. Creía que jamás la recuperaría y, ahora que lo había hecho, no pensaba fastidiarla.

Ninguno de los dos quería separarse, pero no tuvieron más remedio que hacerlo cuando notaron algo golpearles las piernas. Daniela dio un paso hacia atrás y vio a Tore saltando sobre ellos con la lengua fuera para que le dieran mimos. Ella se los propició y la perra comenzó a lamerle la mano.

—Vaya..., ¡qué cambiada está! Antes no se excitaba tanto —le comentó a Gael.

—Sí, poco a poco comienza a ser el cachorro que es. Empieza a olvidar lo que le hicieron unos hijos de puta.

—Eso es bueno —sonrió y se agachó para poder acariciarla mejor—. Pero ¡qué bonita eres! —rio al sentir que le hacía cosquillas cuando le lamía la cara.

Se levantó y empezó a jugar con las manos nerviosa. Ahora no sabía muy bien qué hacer o decirle a Gael. Y él parecía igual de confundido que ella.

—Bueno, pues creo que me voy a descansar un poco. Esta tarde trabajo en el hostel, estaré sirviendo a tu familia. Irás, ¿no?

—Sí. Estos días, he ido recuperando mi relación con ellos. Sobre todo con mis padres y mi hermana —suspiró—. Te voy a ser sincero, Daniela. Cuando me fui de tu casa, estaba hundido. Me sentía mal, no tenía ganas de nada y... creo que, por primera vez desde que me convertí en alguien famoso, me sentí solo. El calor de los fans no sirve de nada en momentos malos, y... llamé a mi madre. Al principio no le dije nada, solo le pregunté lo típico: cómo se encontraba y eso, pero ella... me debió de notar cómo me encontraba y quiso saber qué me

ocurría. Le conté todo. Que estaba aquí, lo que estaba haciendo..., le hablé de Tore, de Israel..., pero, sobre todo, de ti. —Daniela tragó saliva—. Tranquila, no le di detalles, pero le conté que no querías ni verme y que desde entonces... no estaba bien. Me empezó a llamar todos los días y, si no lo hacía, era yo el que la llamaba, y se me ocurrió que podrían venir todos aquí. A mi madre la idea le encantó —rio levemente—. Me gustó saber que pronto los vería y después me di cuenta de que hacía mucho que no veía a mis abuelos, tíos, primos..., así que pensé: ¿por qué no volver a reunirnos todos? Organizaron días y, como hoy es el aniversario de mis padres, pues es una buena forma de celebrarlo también.

—Bueno, no hay mal que por bien no venga —sonrió fingiendo que esas palabras no le habían afectado. Lo había pasado mal por ella y, no solo eso, sino que su madre además la conocía. ¡Dios, qué vergüenza!—. Aprovecha estos días junto a ellos, Gael. Creo que has tenido una idea fantástica, y no solo por lo que significa para mi padre y para mí que el hostel esté lleno, sino por ti. Necesitas recordar quién eras antes de que Lucía se fuera. A partir de ese día, tu vida dio un giro de 180° y tú con ella. Es hora de que veas que no estás solo.

Él asintió y, a su pesar, ambos se despidieron, pero al menos tenían la certeza de que esa noche se verían, aunque no podrían hacer más que eso, puesto que Daniela estaría trabajando.

Daniela llegó al hostel una hora antes de que los comensales acudieran a él, pues primero estaban haciendo en la iglesia del pueblo una pequeña ceremonia. Israel ayudaba a Daniela a colocar los manteles, platos, vasos y demás enseres. También colaboró con la decoración de las mesas, donde colocaron varios pequeños centros formados por flores. Él y sus abuelos ya habían cenado, por lo que no tenían que trasladarlos a otra estancia. Tras dejar todo listo, Israel subió a su cuarto. Su abuela ya le había dicho que ese día no podía estar remoloneando por el hostel.

A las diez de la noche, los invitados comenzaron a llegar. Los camareros que había, entre ellos Daniela, se colocaron a ambos lados de la entrada al comedor para darles la bienvenida.

Daniela reconoció a Gael. Iba hablando con la chica que había visto esa mañana y estaba guapísimo. A diferencia del resto de los hombres, él no llevaba traje, pero se había vestido con unos pantalones de lino grises y una camisa azul que resaltaba el color de sus ojos.

Al pasar por su lado, él la miró y le guiñó un ojo, a lo que ella correspondió con una sonrisa. Cuando los invitados estuvieron ya sentados, los novios hicieron su entrada triunfal y, tras decir unas palabras, Fernando ordenó a los camareros que comenzaran a servir.

Los camareros se dividieron las cinco mesas que había para que cada uno atendiera una. Daniela dijo que se ocupaba de la número uno, que correspondía a la de los novios y donde, casualmente, Gael estaba sentado.

Primero sirvieron las bebidas y los entremeses y, cuando Daniela se ponía a su lado, Gael no podía dejar de observarla. Ella parecía no percatarse de esas miradas, pero, cuando se acercaba con nuevos platos, intercambiaban alguna que otra sonrisa.

—Cielo —le llamó su madre, y Gael se acercó a ella—, la chica rubia, la de la coleta, ¿no será Daniela?

—Sí, mamá. Es ella.

—Tendré que darle las gracias. No sabes cómo te echaba de menos, cariño —le acarició su madre la mejilla.

—Mamá, no —le advirtió.

En su familia, las noticias corrían como la pólvora, por lo que todo el mundo conocía a Daniela, así que, antes de ir al hostal, Gael les había advertido de que no le dijeran nada. No quería que, ahora que parecía que las cosas entre ambos estaban mejor, todo se volviera a ir al traste.

La conocía y era capaz de hacerle un tercer grado a Daniela en toda regla, y no solo eso, sino que, si se le soltaba la lengua, acabaría contándole hasta la primera vez que fue al baño solo.

—Es guapa —añadió Adriana—. Y tiene una cara angelical.

—Que no te engañe, hermanita. Lo primero que me llamó cuando me vio fue capullo.

Todos en la mesa rieron, pero callaron al ver que la chica se acercaba de nuevo para recoger los platos.

Daniela no dejaba de sentir todas esas miradas puestas en ella. ¿Acaso Gael le habría dicho a su familia quién era? Esperaba que no, pues se moriría de vergüenza. Notaba cómo los colores se le subían hasta las mejillas y se retiró rápidamente para que no lo vieran. Definitivamente, sabían quién era, pues esas miradas iban acompañadas de unas extrañas sonrisitas.

Dejó los platos sucios sobre la barra que separaba el pasillo por el que se accedía al comedor de la cocina, y cogió papel y boli. Apuntó algo en él y lo dobló varias veces para que cupiera en la palma de su mano y no se viera.

Comenzó a sacar el primer plato y, bajo el que le iba a entregar a Gael, colocó la nota. Anduvo hasta la mesa y sirvió su plato mostrando parte del trozo de papel. Él se percató de ello y la miró. Daniela le mostró un gesto divertido y continuó con su trabajo.

Sin aguantar más la intriga, Gael, con cuidado de que ni sus padres ni su hermana se enteraran de aquello, cogió la nota y la desdobló para leerla.

Tu familia acaba de analizarme con la mirada. ¿Debo preocuparme? Hum..., me da miedo qué les hayas dicho de mí, porque puede ir desde nuestros buenos momentos a nuestro primer y horroroso encuentro.

P. D.: deberías arreglarte más a menudo. Estás muy guapo. ;)

Gael no pudo evitar sonreír y levantó la vista de la nota para buscarla. Estaba al fondo del comedor abriendo una botella de vino, pero, como si hubiera sentido su mirada, giró levemente el rostro y le sonrió antes de guiñarle un ojo.

—¿Qué es eso? —le preguntó su hermana mirando por encima del hombro.

—Nada —arrugó de nuevo el papel y lo guardó en el bolsillo.

—Uy... ¿Notitas de amor con tu novia, hermanito?

—No digas tonterías, Adriana. Y, para que quede claro, Daniela y yo solo somos amigos.

—Eso es lo que quieres creer, pero a mí no me engañas. Soy una experta en miraditas y lleváis toda la noche sin poder apartar los ojos el uno del otro. Te gusta más de lo que quieres reconocer.

—Pues revisa el radar ese que tienes, Adri, porque no es así —mintió, pero ni de coña le iba a dar la razón a su hermana adolescente.

—Adriana —le corrigió—. Sabes que odio el diminutivo.

—Daniela también detesta que la llamen Dani —sonrió—. Te caería bien.

Adriana se levantó para ir al servicio, pero antes de abandonar la estancia, abrazó a su hermano por detrás y le dio un fuerte beso en la mejilla como cuando eran niños.

—Ya me cae bien. Hacía mucho tiempo que no te veía así. Exactamente desde el 23 de junio de hace cinco años. —Gael borró su sonrisa al recordar esa fecha. La muerte de Lucía—. Te veo feliz, Gael. Pero feliz de verdad. La sonrisa con la que sales en la prensa y en la televisión no es una sonrisa de felicidad, sino más bien de un capullo engreído. —Él rio al escucharla—. Y me apuesto lo que quieras a que la que tienes ahora es gracias a Daniela. Esa chica la tienes metida aquí —posó su dedo índice sobre el corazón de su hermano—. Y no la vas a sacar tan fácilmente. Y ¿te confieso una cosa? —Él asintió—. Ni cuando discutías con Lucía querías hablarlo con mamá. Ni a ella la buscabas tanto como lo haces con Daniela. Algo te está pasando aquí dentro —le golpeó con el dedo suavemente su pecho—. Llámalo atracción, amor, amistad..., llámalo como quieras, pero haz que no desaparezca, porque ahora que te estamos empezando a recuperar, no queremos ver cómo te alejas de nosotros otra vez.

Adriana volvió a besar la mejilla de su hermano y fue al aseo, pero antes de entrar detuvo a Daniela y le dio las gracias. Ella se quedó bloqueada, y no le dio

tiempo a preguntar nada a aquella chica, ya que la vio desaparecer escaleras abajo hacia los servicios.

La cena continuó a buen ritmo y, a las doce de la noche, sacaron la tarta que Daniela había confitado y, con cuidado, la colocaron frente a los novios. Toda la familia se aglomeró a su alrededor y sacaron sus móviles y cámaras. Tras degustar el dulce acompañado de café y licores, los invitados abandonaron el comedor y pasaron al salón de baile.

Tras recoger todo y dejar el comedor impoluto, Daniela cogió las últimas bolsas de basura y salió a la calle para tirarlas. Agradeció el frescor de la noche. Estaba sudando tras llevar desde las nueve sin parar.

Se dio la vuelta para regresar al hostel, pero se detuvo a unos metros de la puerta al ver a Gael salir. Parecía agobiado. Se abrochó la cazadora que llevaba y le vio mirar el firmamento mientras se apoyaba en la pared.

—¿No te diviertes en la fiesta? —le preguntó Daniela acercándose a él.

—Eh, no te había visto —la miró y se percató mejor de cómo iba vestida. Llevaba unos pitillos negros, una camisa blanca, un chaleco negro y una pajarita del mismo color. Era el uniforme que los camareros habían vestido en la cena, pero a diferencia de las otras camareras, que llevaban unas manolinas, Daniela se había decantado por la comodidad que proporcionaban las deportivas—. Sí, está bien, pero no aguanto más los constantes besos y abrazos de mi madre.

Daniela rio y vio que tenía la mejilla llena de carmín. Alzó la mano hacia su mejilla y le limpió parte de aquella pintura con el pulgar.

—Solo está disfrutando un poco de ti —rio.

—Me tienes que hacer un favor muy grande, Daniela. —Ella esperó a que le dijera el qué—. Mañana se van de excursión a no sé dónde, y adoro a mi familia, pero también necesito un respiro. Invéntate algo y secuéstrame mañana por la mañana.

—¿Y qué quieres que planee? —le preguntó.

—Me da igual, como si nos pasamos las cuatro horas que estarán fuera conduciendo, pero por Dios vayámonos tú y yo a algún lado.

—Está bien —asintió—. Algo se me ocurrirá.

—Eres mi salvación —dramatizó.

Ambos rieron y se quedaron en silencio escuchando la música de fondo. Empezó a sonar la canción titulada *The Reason*, de Hoobastank. Daniela sonrió. Le encantaba esa canción. Siempre que la escuchaba se le encogía el corazón. Era tan bonita..., pero a la vez tenía un halo de tristeza.

—Oh, me encanta esta canción —le dijo.

Cerró los ojos disfrutando de esa melodía y sus labios se movieron solos para cantarla. Gael la observó mientras ella cantaba y se sorprendió al

escucharla. Tenía una voz increíblemente bonita. Y no solo eso, sino que además era potente y sabía lo que hacía. Le ponía pasión y sentimiento, y no pudo evitar sonreír al ver cómo apretaba los párpados. Parecía que todo había desaparecido para ella. Vio que abría los ojos mientras pronunciaba la última estrofa del estribillo y sonreía.

—Cantas muy bien —le comentó.

—Me encanta cantar. Cuando estudiaba, me apunté a unas clases, pero, bueno..., luego vinieron los problemas y tuve que dejarlo —le dijo apenada—. A pesar de esto, sigo haciéndolo de vez en cuando. Es algo que me gusta como *hobby*, aunque no quiero dedicarme a ello. Mi verdadera vocación son los animales —sonrió—. Y, bueno, espero poder retomarlo algún día.

Gael, al ver cómo se entristecía y miraba sus pies, se incorporó de la pared y le tendió una mano.

—Baila conmigo.

—¿Qué? —le preguntó sorprendida.

Pero él no le contestó con palabras. Cogió su mano y la atrajo hacia él. Colocó la otra mano en su cintura y, por inercia, ella la puso sobre su hombro.

—Yo no sé cantar, pero bailar se me da bastante bien —presumió Gael.

—Estamos en mitad de la calle —se sonrojó y miró a su alrededor por si alguien los veía.

—No hay nadie, y no tendrás otra oportunidad de bailar con un gran bailarín.

Ella soltó una leve carcajada y, finalmente, decidió dejarse llevar.

—Está bien, demuéstremelo —le retó—. Espero no acabar con un pie hinchado —bromeó.

Gael alzó las cejas y comenzó a bailar al ritmo de esa canción. Le cogió las dos manos y la separó de él antes de volverla a atraer con una vuelta, haciendo que su espalda se pegara a su fuerte pecho.

—¡Guau! —rio Daniela—. Impresionante.

—Y esto no es todo.

Volvió a darle la vuelta para quedar uno frente al otro y comenzó a moverse por todo el *parking* del hostel. Tal y como había dicho, Gael bailaba muy bien. Sabía guiarla y en ningún momento dejaron de mirarse a los ojos. Combinaba diferentes pasos con alguna que otra vuelta o inclinándola levemente mientras la sujetaba por la espalda. Se movían en función del ritmo de la canción, combinando rápidos movimientos con otros lentos.

*I'm not a perfect person
There's many things I wish I didn't do*

*But I continue learning
I never meant to do those things to you
And so I have to say before I go
That I just want you to know
I've found a reason for me
To change who I used to be
A reason to start over new
And the reason is you.¹*

Daniela no dejó de sonreír en ningún momento, aunque sí emitió un pequeño grito al sentir cómo sus pies se separaban del suelo. Gael la había cogido por la cintura y la había elevado para dar vueltas con ella así.

—¡Gael, bájame! —le pidió mientras reía.

Él lo hizo. La dejó con delicadeza, pero no dejaron de bailar, aunque en los últimos acordes de la canción Daniela pasó sus brazos por su cuello mientras él abrazaba su cintura y se balancearon lentamente sin dejar de mirarse. Esa intensidad que había en los ojos de Gael hizo que ella se sintiera abrumada y su corazón se acelerara. Aquello le estaba afectando demasiado, así que, para apartar sus ojos de los de él, apoyó la cabeza en su hombro sin dejar de moverse.

*I'm sorry that I hurt you
It's something I must live with everyday
And all the pain I put you through
I wish that I could take it all away
And be the one who catches all your tears.²*

Cerró los ojos disfrutando de esa cercanía y deseando que se parara el tiempo, pues no quería que aquello acabara. Quería estar así con él un poco más, pero no le quedó más remedio que apartarse cuando la canción terminó.

Ambos acabaron con las respiraciones entrecortadas y, a su pesar, Gael la soltó. Daniela dio un paso hacia atrás para recuperar con esa pequeña separación parte de la cordura que había desaparecido en esos minutos. Por mucho que quisieran ser los mismos, ella sentía que nada volvería a ser igual tras aquel beso. Pero al menos debían intentarlo.

—Tenías razón —sonrió—. Bailas muy bien.

—Tú tampoco lo haces mal —contestó—. Eres una buena pareja de baile.

—Gracias —hizo una especie de reverencia divertida—. Será mejor que vuelva dentro. Tengo que terminar de recoger y me muero por meterme en la cama —le dijo—. ¿A qué hora sale mañana tu familia de excursión?

—A las diez y media.

—Bien, pues quedamos cinco minutos antes para nuestro plan. Algo se me ocurrirá y, si no, improvisaremos algo.

—De acuerdo —asintió—. Buenas noches, Daniela.

—Buenas noches, Gael.

Ambos suspiraron al sentir aquel *déjà vu* de la noche en la que, aunque no lo quisieran reconocer, algo cambió para ellos.

CAPÍTULO 13



Daniela acudió puntual al hostel junto con su fiel Sally. Le había costado bastante levantarse de la cama, ya que la noche anterior acabó agotada y no llegó a su casa hasta la una y media de la madrugada. Además, le costó dormirse. Por suerte, no había nada que una buena y rápida ducha no arreglara, y en ese momento se sentía como si llevara horas despierta.

La puerta del hostel estaba llena de gente, por lo que aparcó su *pick-up* sobre el bordillo. No iba a tardar y, aunque lo hiciera, en aquel pueblo no conocían qué eran las multas de tráfico.

Entre toda la muchedumbre vislumbró a Gael, que miraba a todos lados desesperado. ¿La estaría buscando? Daniela miró el reloj de su muñeca y vio que eran y veinticuatro. Había llegado puntual.

Bajó de Sally y se encaminó hacia él. Rio al ver cómo suspiraba aliviado al reconocerla. Su rescatadora ya acudía para salvarle.

—Buenos días —saludó Daniela en general, y todos la miraron—. Siento interrumpir, pero he venido a por el señor piloto de... de... ¿DTC?

—DTM —contestaron todos a la vez.

—Vale, vale —rio divertida alzando los brazos en son de paz—. Os prometo que algún día me aprenderé las siglas. Pues eso, vengo a secuestrarle porque tiene una apuesta que cumplir y, casualmente, solo puede hacerlo hoy. Los demás días será imposible. ¿Os importa que me lo lleve?

—Id a divertirlos —contestó la madre de Gael—. Pero antes... —miró a su hijo—, ¿por qué no nos la presentas?

Gael miró a su madre con los ojos como platos y toda la familia puso su mirada sobre él. Desde luego, todos eran tal para cual. Finalmente se rindió y se colocó al lado de Daniela para hacer los honores.

—Familia, os presento a Daniela. Daniela, familia.

—No, no, no —se quejó su madre—. ¡Hazlo bien!

—¿Pretendes que diga los nombres de todos?

—¡Sí! —respondieron a la vez.

—Está bien —suspiró—. Daniela, te presento a mi familia tanto por parte de madre como de padre. Mis tíos: Mari, Petri, Luisa, Felipe, Alejandro, María José, Miguel, Sofía, Sole, Macu, Basilio, Susana, Javi, Benja, Diana, Isi, Nuria, Félix, Carmina y mi otro tío Miguel. Mis padres y mi hermana: Sonia, Enrique y Adriana. Mis primos: Roberto, Patricia, David, Teresa, Raquel, Alberto, Diego, Felipe, Laura, Eleazar, Ana, Joni, Sara, Daniel, Irene, Cintia, Cristina y otro David. Mi abuela Luisa y mis abuelos Félix y Nati. Y, por último, mis primos segundos: Gabina, Santiago, Candela, Pilar, Luna, Aura, Tania y Victoria.

Gael respiró al acabar de presentarle a todos. Se había quedado sin aire y Daniela estaba algo asustada. ¡Era una familia enorme! Y en unos meses iba a aumentar, pues una de las primas de Gael estaba embarazada. Era imposible recordar quién era quién, y eso que mientras decía sus nombres levantaban la mano para que supiera a quién estaba nombrando.

—Encantada, pero creo que no recuerdo ningún nombre —bromeó, y todos rieron.

—No te preocupes, bonita —contestó la madre de Gael—. Es normal.

Daniela y Gael se despidieron y subieron a la camioneta para irse de allí.

—Me gusta esa chica —dijo el padre de Gael.

—A mí también, además me encanta el coche que tiene —añadió Adriana.

—Ojalá ella sea la solución para que por fin pase la página de Lucía. Aunque, bueno —sonrió su madre—, creo que, o ya lo ha hecho, o va por muy buen camino.

Daniela y Gael continuaron su pequeña escapada sin ser conscientes de que se habían convertido en la comidilla del día de la familia Montés Rubio.

Él aún no sabía muy bien qué iban a hacer, pues el día había amanecido nublado y tenía toda la pinta de que se iba a poner a llover de un momento a otro, por lo que improvisarían.

Daniela se metió por un camino rocoso y se detuvo en una amplia explanada. Bajaron de Sally y ella se colocó frente a su *pick-up* para observar la verja que había al fondo, donde empezaba el bosque.

La noche anterior no había podido dejar de pensar en qué iban a hacer y, sin quererlo, su mente reprodujo imágenes de ellos que debían estar olvidadas; primero, la de su particular baile, y después, el beso. Pero ese pensamiento no le duró demasiado, pues obligó a su cabeza a pensar en otra cosa y así lo hizo. Recordó la apuesta que hicieron cuando ese mismo día vieron *El Rey León*, así que no sería mal plan ir a que la cumpliera.

—¿Qué hacemos aquí? —le preguntó Gael.

—Ya lo verás.

Daniela sacó de la parte de atrás una bolsa llena de pan duro y le hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera. Se pararon frente a la verja y Daniela comenzó a hacer ruido sobre ella mientras silbaba.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo recordar que dijimos que, si no me emocionaba viendo *El Rey León*, tendrías que dejarte lamer la cara por un ciervo.

—Sí, pero ¿de dónde vas a sacar un cier...?

No pudo terminar la pregunta, pues ante sus ojos empezó a aparecer una familia de ciervos. Grandes, pequeños, con y sin cuernos. De todo tipo. Poco a poco se iban acercando a ellos y Gael no pudo evitar dar un paso hacia atrás.

—¡¿Estás loca, Daniela?! —exclamó—. Nos pueden atacar.

Ella no pudo evitar reírse. Esos ciervos estaban más que acostumbrados a tratar con las personas y eran unos auténticos glotones. En cuanto escuchaban la verja, no tardaban en bajar, pues aquello significaba que les habían traído comida. Se lo explicó a Gael, quien se volvió a acercarse no muy convencido.

—Hay dos vallas para que no pasen. Solo les cabe la cabeza —se lo demostró dando un trozo de pan a uno de los ciervos—. Y son inofensivos. Y alguno hasta acaparador —rio—. Te cambias de lado para dar de comer a otro y él te sigue para continuar comiendo —le tendió un trozo de pan duro—. Toma, ya verás como no pasa nada.

Gael lo hizo. Aunque al ver que, cuando el animal se acercaba, apartaba la mano, Daniela se acercó a él para cogérsela y hacer que no la moviera. Ignoró el cosquilleo que recorrió su liviano cuerpo con ese leve contacto.

—¿Ves? No pasa nada.

El ciervo cogió el pan entre sus grandes dientes y lo degustó como si fuera un gran manjar. Estuvieron unos minutos más dándoles de comer hasta que quedó el último trozo. Era el momento de cumplir la apuesta.

Daniela colocó el último trozo de pan en la boca de Gael y le obligó a que metiera la cabeza por una de las vallas para acercarse al animal. Lo hizo, pero cerró los ojos cuando el ciervo se lo arrebató de la boca acompañando aquello de un lametón.

Gael se separó y comenzó a escupir al sentir en su boca el aliento del ciervo; era asqueroso. Daniela no dejaba de reír al ver su cara de asco y cómo seguía escupiendo hacia los hierbajos que había.

Se compadeció de él y le dio una botella de agua para que se enjuagara, y después un chicle de menta.

—Anda, vamos, el resto del plan te gustará más.

—Joder, qué puto asco —maldijo Gael—. No vuelvo a hacer una apuesta contigo.

Daniela volvió a reír y comenzó a caminar por el sendero que había a la derecha para ir a ver uno de sus paisajes favoritos. Además, en esa época del año era cuando más bonito estaba. Gael la siguió y en diez minutos llegaron a un pequeño lago en el cual destacaban tres enormes piedras. Sus aguas eran de color verdoso, pero el conjunto del lugar con las hojas, los árboles, el agua y las piedras era muy hermoso.

Gael respiró el aire puro y se contagió de aquella tranquilidad. Caminó por el borde del lago lentamente y se fijó en sus aguas. Se percató de que ese lago era engañoso. No parecía muy profundo, pero Daniela le dijo que tenía unos dos metros de profundidad y sus aguas eran cristalinas, aunque no lo pareciera por culpa del fondo verde.

Daniela cerró los ojos y escuchó el sonido del agua al moverse. Era un sonido que le encantaba.

Mientras, Gael cogió su móvil y sacó una foto de aquello para sus redes. Decidió recortarla para que se viera lo justo del paisaje y evitar que nadie supiera dónde estaba en realidad. Tenía que ir con cuidado.

Puso el filtro que más se adecuaba a aquella foto y la subió, pero antes de volver a guardar el móvil notó un leve empujón en su espalda. Dio un pequeño grito y se giró para ver a la culpable de que casi acabara de morros en el agua.

—Te vas a enterar.

Al ver sus intenciones, Daniela comenzó a correr con cuidado de no tropezarse con ninguna rama o piedra, pero él era más rápido y la atrapó por la cintura. La elevó y, mientras ella pataleaba, caminó hacia el lago y la balanceó hacia él varias veces al tiempo que Daniela gritaba y suplicaba. La soltó levemente en uno de esos impulsos, pero volvió a sujetarla para dejarla en el suelo.

—¿De verdad creías que te iba a tirar? —le preguntó divertido.

—No estaba demasiado convencida —lo fulminó con la mirada.

Se alejó de él y se subió en una de las grandes piedras que había, concretamente la del centro, donde se observaba mejor el paisaje. Gael la imitó colocándose a su lado.

—Este es el lago de las Tres Princesas. La leyenda habla de un jefecillo moro, guardián de la frontera que desmoronaba Fernán González. El árabe tenía tres hijas que venían aquí a bañarse, y un día se encontraron con un capitán cristiano y se quedaron prendadas de él. Una esperanza irremediable traía cada mañana a las doncellas a este pozo. El cristiano no apareció más, pero ellas

siguen esperándolo convertidas en roca —observó a su alrededor—. Ahora mismo estamos sentados sobre una de esas princesas —rio.

—Un amor imposible —aportó Gael.

—Sí. Me encanta esa leyenda desde que me la contó mi madre un día que vinimos a bañarnos aquí. Me dijo que yo también podría ser una de esas princesas y me asusté, porque pensaba que, al igual que ellas, me iba a convertir en roca —rio—. No volví a bañarme, pero sí he venido aquí muchas veces.

Gael sonrió con esa pequeña historia y volvió a clavar su mirada en las aguas. A él también le apasionaban las leyendas.

—Gracias por traerme aquí —le susurró—. Me encanta.

—Bueno, no puedes regresar a Alemania sin haber conocido el pueblo a fondo.

Ambos se quedaron en silencio y lo único que hicieron fue contemplar aquel lugar y disfrutar de la cercanía del otro. A pesar de haber retomado su amistad donde la dejaron, se podía palpar la tensión, el deseo y la atracción que existía entre los dos. Tanto Gael como Daniela, ante el otro, se comportaban como buenos amigos, pero por dentro sus cuerpos reaccionaban ante la presencia del otro. Se buscaban con la mirada, se sonreían y sus corazones se aceleraban cuando se tocaban o sentían un leve roce entre sus cuerpos.

Una parte de Gael había pensado en adelantar su vuelta con cualquier excusa para alejarse de ella, pues estar tan cerca de Daniela cada día le afectaba más. Muchas veces, sin que ella se diera cuenta, se quedaba absorto mirando sus rosados labios y su mente recordaba el apasionado beso que compartieron.

Pero otra quería alargar más su estancia para pasar todo el tiempo posible con ella. A su lado, se sentía él mismo. Podía ser él mismo, y no se refería a Gael Montés, el corredor de DTM, sino solo Gael.

Pero, por otro lado, se sentía culpable. Cuando estaba con Lucía y le llamaron para ofrecerle la oferta que cambió su vida, discutieron. Él deseaba irse. ¡Por fin iba a cumplir su sueño! Y ella le acusó de anteponer las carreras a ella. Y con Daniela... quería que los días pasaran mucho más lentos. Sabía que eso que sentía no estaba bien, pero él no podía controlar aquello. Solo guardárselo para él y disfrutar del mes y medio que le quedaba allí. Era increíble lo rápido que pasaba el tiempo.

Un trueno resonó sobre sus cabezas y alzaron la mirada hacia él. Enseguida comenzó a llover y Daniela se levantó mientras se ponía la capucha de la sudadera rosa que llevaba.

—¡Corre! —le apremió—. ¡Sígueme!

Él lo hizo y Daniela le cogió la mano para que no se perdiera en su carrera. Sortearon varios pinos y, minutos después, llegaron a una cabaña de madera con

un porche en el exterior. Se quedaron en él, puesto que, aunque esa casa estuviera abandonada, no podían entrar debido a que la puerta estaba cerrada. En el porche estarían a resguardo de la lluvia, pero no del frío que hacía.

Daniela se retiró la capucha y ahuecó su coleta. La tenía algo suelta, ya que la goma estaba ya demasiado cedida. Por mucho que la apretara, no la dejaría bien sujeta.

Gael miró cómo jugaba con su cabello recogido y una idea le pasó por la cabeza. Solo esperaba que Daniela le dejara hacerla. Se acercó a ella y llevó una mano a su coleta para atrapar entre sus dedos la goma del pelo. Al ver sus intenciones, Daniela se asustó y dio un paso atrás.

—No... —susurró.

—¿No confías en mí?

—Sí, pero... creo que no estoy preparada.

—Aquí solo estamos tú y yo, Daniela. Y no soy como esos idiotas.

Ella bajó la mirada y se quedó pensativa. Puede que para otros fuera una chorrada, pero, para ella, soltarse la coleta sería un gran paso para cerrar el capítulo del instituto. Para recuperar esa seguridad que unos idiotas le arrebataron. Ni siquiera en casa se la quitaba. Dormía con ella y, al día siguiente, se peinaba y volvía a recogerse. O cuando se duchaba, no tardaba en secarse el pelo para poder recogerse. Cuando lo llevaba suelto evitaba mirarse a los espejos. Sabía que ya no lo tenía como antes, pero... simplemente era algo que le costaba. Llevaba tres años intentando salir a la calle sin la coleta, pero cuando reunía el valor su miedo se acentuaba y lo dejaba para otro día. Quizá aquel fuera el momento para dar un paso. Confiaba en Gael y sabía que sería bueno para ella que alguien la observara con el pelo suelto.

—Hazlo —le pidió—. Confío en ti.

Él sonrió y volvió a acercarse a ella. Colocó de nuevo los dedos en su goma y la miró a los ojos. Daniela asintió y emitió un suspiro entrecortado al sentir cómo poco a poco su cabello iba liberándose de su aprisionamiento. Aquello no era nada sexual, pero ella lo concebía como si fuera lo más íntimo que había hecho nunca. Gael terminó de quitar la goma y se sintió desnuda. Vio como la dejaba caer al suelo e introdujo sus manos bajo la nuca para ahuecar el pelo y colocárselo sobre los hombros. No pudo evitar cerrar los ojos.

Gael observó maravillado las ondas rubias que caían por su cuerpo, a la altura de su pecho. Su pelo tenía volumen, pero el justo para que fuera hermoso y tentador. Deseaba hundir su mano en aquel frondoso cabello para acariciarlo y notar mejor su suavidad. Lo peinó un poco con los dedos antes de coger su rostro entre las manos.

—Abre los ojos, Daniela.

Le costó, pero finalmente lo hizo, y la imagen que se mostró ante él hizo que le recorriera un cosquilleo. Sabía que Daniela era atractiva, pero ahora..., ahora la veía jodidamente preciosa. Parecía una diosa. El color claro de su cabello rodeando el rostro resaltaba más los ojos oscuros y los rosados labios. No podía dejar de mirarla. Debería ser un delito privar al mundo de aquella hermosura única que solo ella tenía.

—Ojalá te vieras como yo te estoy viendo ahora —le acarició la mejilla—. Eres preciosa, Daniela, y no deberías esconderte tras tu coleta —sacó el móvil y activó la cámara frontal para que se mirara. Como reflejo, ella cerró los ojos—. Daniela..., mírate.

Poco a poco obedeció a su petición y abrió lentamente los párpados. Se veía rara, pero... le gustaba lo que se mostraba ante ella. La coleta hacía que su gesto pareciera más aniñado y ahora veía ante ella a la chica de veintiún años que en realidad era. Se sentía fuerte y con ganas de comerse el mundo. Sonrió sintiéndose libre y feliz y Gael aprovechó aquello para hacerle una foto.

—¡Bórrala! —le obligó.

—Ni hablar —le dijo—. Quiero tener una foto tuya cuando me vaya.

Ella se mordió el labio inferior al escucharle. Eso le enterneció. Gael guardó de nuevo el móvil y atrapó entre sus dedos un mechón de su cabello. Lo observó como si fuera un gran tesoro.

—En mi humilde opinión, deberías tirar a la basura todas las gomas de pelo.

Daniela sonrió y se apoyó en la barandilla al ver que estaban demasiado cerca. Gael soltó aquel mechón y volvió a clavar su mirada azul en la oscura de ella.

—Para trabajar tengo que recogerme el pelo —le susurró, y acercó de forma inconsciente su rostro al de él.

—Bueno, pero cuando no estés en la pastelería... puedes soltártelo —él acertó más la distancia—. Y a todos aquellos —un poco más— que te llamaban Simba les darás en las narices cuando vean lo preciosa que eres —aún más cerca.

Sus rostros estaban a un palmo, sus ojos cerrados y sus bocas entreabiertas invitando a la del otro a unirse. Él posó las manos en sus caderas y ella sobre sus brazos, mientras inclinaba ligeramente la cabeza para crear un mejor ángulo en el momento en el que los labios se juntaran.

—Gael... —pronunció su nombre intentando impedir esa locura.

Pero no lo hizo, aunque la música de su móvil sí consiguió que se separaran con el pulso completamente acelerado. No sabían si la interrupción era una

suerte o una putada, pues una nueva locura..., no sabían cómo habría terminado aquello.

Daniela leyó la pantalla y vio que era su padre.

—Pequeña... —la llamó con un hilo de voz—. Antonio...

Aquella palabra fue la única que necesitó para llevarse la mano a la boca y sentir cómo su rostro palidecía y su cuerpo se quedaba sin fuerzas.

CAPÍTULO 14



Un halo de tristeza y oscuridad invadió Quintanar de la Sierra. Ante la fatal noticia que Daniela recibió, la familia de Gael decidió adelantar su regreso. Todo el pueblo estaba consternado y decidieron reunirse para darle el último adiós a Antonio.

El día del funeral había amanecido nublado, pero no se avecinaban lluvias, aunque muchos habitantes habían cogido los paraguas por si acaso. Aún quedaban unos minutos para la ceremonia, por lo que algunos familiares y amigos esperaban frente al tanatorio. Pepa no quería salir de allí. Se negaba a cerrar esas dos puertas de las que su marido jamás saldría. Estaba completamente derrumbada y, si no fuera por Fernando, más de una vez habría caído al suelo. Su cuerpo no era capaz de sostener el peso.

Por otro lado, Israel no había querido entrar a ver a su abuelo por última vez. Estaba destrozado y no había parado de llorar. Incluso estaba afónico. Todo el mundo intentaba animarle, pero él no quería tener a nadie cerca y los apartaba. A las únicas personas que les dejaba acercarse eran a Celia, Daniela y Gael.

Esa mañana, Israel se había negado a desayunar, pero mientras esperaban a que llegara la hora, Gael había conseguido que le acompañara junto con Celia para que se tomara un Cola Cao en un bar cercano. Se lo bebió a duras penas, pero al menos así no estaría con el estómago vacío.

Regresaron al tanatorio en el momento en el que los de la funeraria introducían el ataúd en el coche fúnebre. Todo el mundo se colocó detrás del vehículo, que comenzó a avanzar lentamente.

Gael se quedó más apartado, pero siguiendo aquel lento paso. Se fijó en que todos los asistentes iban emparejados. El padre de Daniela al lado de la viuda e Israel con Celia. También reconoció a compañeros de la obra que abrazaban y consolaban a las que supuso que eran sus novias. Todo el pueblo conocía a Antonio y aquella noticia les sentó como un cubo de agua fría. También

vislumbró al otro lado a Nacho y Ricky, quien todavía tenía un apósito en la nariz. Aún tenía deseos de partirlas la cara a esos dos, pero no lo haría.

Después, posó sus ojos en Daniela. Llevaba un vestido negro ceñido hasta las rodillas de manga francesa, unas medias de color carne y unos botines negros. Además de una americana, pero esta posaba en sus brazos, y aquel día no hacía calor. Al contrario, el aire que soplaba era frío. Tenía los brazos cruzados y Gael no supo si por no ir acompañada o porque tenía frío, pero se negaba a ponerse la americana. No le quiso dar vueltas, aunque no dudó en acercarse a ella para rodear sus hombros con su brazo.

Daniela no le vio acercarse a ella, estaba distraída observando aquel triste panorama. Al sentir cómo alguien la abrazaba, en un principio se asustó, pero al reconocer a Gael su cuerpo se relajó en segundos y se ciñó más a él, pasando su brazo por su cintura.

—Lo siento mucho, Daniela —volvió a darle el pésame.

El día anterior, cuando su padre la llamó para darle la mala noticia, él estuvo a su lado. Gael se asustó al verla perder el color y cómo se apoyó en la pared de madera de la cabaña hasta que se dejó caer al suelo. No lloró en ningún momento. Había más formas de mostrar dolor y tristeza que con lágrimas. Él se quedó bloqueado al verla y, cuando supo qué había ocurrido, simplemente la abrazó.

Regresaron al hostel y Gael se encargó de conducir a Sally. Daniela no estaba bien para hacerlo. La imagen que se encontraron era devastadora. La funeraria ya se hallaba en la puerta junto a una ambulancia que estaba atendiendo a Pepa e Israel. La mujer se había desvanecido y el pequeño presentaba un ataque de ansiedad.

—Aún no me lo creo —le susurró Daniela—. Todos sabíamos que ocurriría tarde o temprano, pero cuando lo hace... es como si fuera un mal sueño. Es como si en cualquier momento me fuera a despertar y me encontrara en mi cama con una angustia en el pecho, pero aliviada al ver que nada de esto ha ocurrido —suspiró—. Pero no. Es real.

—Te entiendo —le contestó—. Cuando Lucía murió no me lo creía. A pesar de que la vi. También pensaba que era un mal sueño del que iba a despertar.

—¿Lo sigues pensando? —le preguntó—. ¿Continúas creyendo que aún no has despertado de ese mal sueño y que, cuando lo hagas, regresarás junto a ella?

—Ya no —confesó—. Me costó, pero he aprendido a vivir con ello y a no condicionar mi vida por ese suceso. —Ella le miró y asintió—. Al principio no quería salir de mi casa, después di el paso de irme a Alemania a cumplir mi sueño. Allí no quería salir con nadie, sentía que la estaba traicionando, pero más tarde me di cuenta de que jamás volvería a estar con Lucía y que ella no querría

que pasara mi vida solo. Nunca fue egoísta y sé que desde donde esté quiere verme bien. Feliz —le contó—. Me costó, no lo voy a negar, pero lo intenté. Salí con varias chicas y no estaba mal, pero no me hacían sentir nada.

—¿No te has vuelto a enamorar desde Lucía?

Gael se quedó pensando en aquella pregunta y la miró. Si era sincero consigo mismo, no sabía muy bien qué contestarle.

—Enamorarme puede que no, pero sí he vuelto a sentir lo que sentía con Lucía. No sé si a eso se le puede llamar estar enamorado o solo atracción y deseo combinado con estar a gusto con la otra persona —la miró—. A veces es mejor no saber la respuesta a algunas preguntas, y creo que esta es una de ellas.

Aquello la dejó algo descolocada, pero no dijo nada, simplemente asintió y volvió a clavar la vista al frente. Llegaron a la puerta de la iglesia y todo el mundo entró, a excepción del cura, don José, que se colocó frente a los hombres que iban a transportar el ataúd hasta el altar.

Gael se fijó en que la iglesia estaba completamente llena, pero ellos pudieron sentarse en los primeros bancos que estaban reservados para las personas más cercanas a Antonio. Él quiso quedarse apartado en una esquina, pero Daniela le pidió que se colocara a su lado. No lo dudó y lo hizo, a pesar de que a Gael todo lo relacionado con las iglesias no le iba demasiado.

Mientras el cura se inclinaba ante el altar, no se escuchó nada más que sollozos de algunos de los asistentes. Se fijó en Daniela. Mantenía su gesto impasible. En sus ojos no había rastro de lágrimas. Sabía que no era una insensible, pues sus labios serios y apretados mostraban lo afectada que se encontraba.

El cura comenzó la ceremonia y, en una parte, relató alguna anécdota de Antonio. Todo el mundo recordaría su gesto característico con la mano o cómo Daniela de niña le miraba en los bolsillos en busca de cacahuets que le daban en el bar donde iba a tomar algo y se los ponían de picoteo, pero él siempre los guardaba para ella.

Aquellas pequeñas historias consiguieron que la gente sonriera levemente entre lágrimas. Al ver cómo ese recuerdo le había afectado bastante, Gael cogió la mano de Daniela y entrelazó sus dedos con los de ella para darle un ligero apretón.

Llegó uno de los momentos tradicionales de los funerales en el pueblo, en el que los hombres debían dejar al lado del ataúd, en una cesta de mimbre, una peseta que les entregarían.

—Debes levantarte e ir —susurró Daniela a Gael—. Es una tradición que deben cumplir todos los hombres.

—¿Qué tengo que hacer?

—Solo ponte en la fila, te darán una peseta, besas la cruz y sueltas la moneda en la cesta que hay al lado del ataúd.

Él asintió y soltó su mano para hacer aquello. No es que le hiciera demasiada gracia, pero no quería hacer el feo en ese acto. Cuando cumplió, regresó al lado de Daniela y se fijó en que su padre, que se encontraba frente a ellos repartiendo las monedas, no le quitaba la vista de encima. Aquella mirada consiguió que no volviera a coger la mano de su hija.

La ceremonia terminó y volvieron a transportar el ataúd hasta el coche fúnebre. Daniela lo observó atravesar el pasillo aún desde su asiento y supo que no podría ver cómo Antonio acababa a dos metros bajo tierra.

Sin esperar a que la gente saliera, corrió por el pasillo del lateral izquierdo para salir por la puerta de atrás. No podía ver cómo le enterraban en un oscuro agujero del que jamás saldría.

Gael no quiso correr tras ella, pues sabía que lo que quería era estar sola. Se subió a su coche y siguió al resto para ir al cementerio, donde todo terminó para Antonio. Tras colocar la lápida y varias flores, todo el mundo comenzó a abandonar el camposanto, incluido él, pero una mano sobre su hombro le detuvo. Al girarse, vio ante él al padre de Daniela y no pudo evitar sentirse intimidado ante sus dos metros de altura.

—Eres Gael, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Daniela me ha hablado de ti, no demasiado, pero algo, y conozco a mi hija. Si no me quiere hablar demasiado de un chico es porque es importante para ella.

—Le aseguro que entre los dos solo hay amistad, señor.

—Bien, haya lo que haya entre mi hija y tú —apretó la mandíbula al imaginarse a su pequeña con él y no precisamente como amigos—, la he visto salir de la iglesia y no sé dónde está. He llamado a casa y a su móvil y no me coge. Estoy preocupado.

—Creo que sé dónde puede estar.

Daniela se había quedado traspuesta tumbada en su *pick-up*. Había sacado una de las almohadas que llevaba para las escapadas a su refugio y se había recostado en ella. Se había puesto la americana, ya que tenía la piel de gallina en la zona desnuda de los brazos.

Se despertó cuando escuchó el ruido de un motor por la carretera, pero no le dio importancia y volvió a cerrar los ojos, hasta que oyó unos pasos a su lado.

—¿Daniela? —escuchó la voz de Gael.

—Estoy aquí —contestó, y él se asomó a la parte de atrás de Sally.

Gael la vio recostada y de un salto subió para colocarse a su lado. Le apartó un mechón que se le escapaba de la coleta y rozó su mejilla.

—¡Estás helada!

—Me he quedado algo dormida.

—Joder, Daniela. Puedes enfermar.

—Sinceramente, ahora mismo me da igual.

Gael sacó de una de las bolsas una manta que sabía que llevaba y los arropó a ambos, ya que él la abrazó para que se apoyara en su pecho y así darle calor. A Daniela pareció no importarle aquello, es más, al sentir cómo sus cuerpos se ceñían, se abrazó más a él y expulsó un suave jadeo al ver cómo encajaban a la perfección.

—¿Por qué no regresamos al pueblo? —le preguntó.

—Ahora mismo no puedo. No quiero ver caras largas, ni a Israel y a Pepa llorar, ni a mi padre hundido, ni... —dejó de hablar, no le salían las palabras—. Yo no he llorado por él. Me duele que se haya ido, pero... ¡odio llorar! Y más en público —le miró—. ¿Soy una insensible?

—No, no lo eres. Hay muchas formas de expresar dolor.

Ella asintió y cerró los ojos. Aquella noche apenas había descansado y estaba agotada. Gael la balanceó suavemente al ver que se quedaba dormida.

—Estás cansada, Daniela. No puedes dormirte aquí.

—Solo serán unos minutos. Puedes irte si quieres —le dijo separándose de él y arropándose más con la fina manta—. Estaré bien.

Al ver que no la iba a convencer, Gael cogió otra almohada y la colocó a su lado antes de acercarse de nuevo a ella para abrazarla y darle calor. Aún estaba helada. Daniela se sorprendió, pero se dejó hacer. Le gustaba que hubiera decidido quedarse.

—No pienso dejarte sola.

Ella sonrió levemente y cerró los ojos cuando apoyó de nuevo su cabeza y una de sus manos sobre su duro torso. Podía sentir bajo su palma cómo su corazón latía a un ritmo un poco más acelerado de lo normal. Curvó levemente los labios queriendo pensar que era por ella. Permanecieron en silencio y Daniela no tardó nada en quedarse dormida. Gael la observó fijamente. A pesar de que el día anterior se soltara el pelo, aquella mañana había decidido volver a recogerse. Deducía que, en parte, eso se debía al día que estaban viviendo. Estaba débil.

Estuvo tentado de volver a soltárselo y hundir su mano en el frondoso cabello para masajearse, pero no lo hizo. Aunque sí la acarició con el dedo índice desde la frente hasta la barbilla, pasando por la nariz y los labios entreabiertos tan apetecibles. Acercó la boca a su rostro y depositó un pequeño

beso en su frente. Al ver que no se despertaba, depositó otro más suave en la punta de su nariz. Estuvo tentado de darle un último en los labios, pero no lo haría. La arropó mejor y se quedó observando cómo dormía. Parecía un ángel con el pelo claro y las espesas y largas pestañas acariciando sus mejillas. En el fondo, tenía miedo de que, cuando se fuera, ella se olvidara de él, pues Gael estaba seguro de que Daniela jamás saldría de su cabeza. Le sería imposible de olvidar. Solo esperaba que la distancia no hiciera que perdieran la amistad, ya que, si no intentaba algo más con ella, era por ese motivo: quería conservarla en su vida.

Gael cerró los ojos para descansar un poco tras esa intensa mañana. Sin darse cuenta, se quedó dormido.

El sonido de los pájaros hizo que Daniela se despertara. Al principio, estaba algo confundida de dónde estaba, pero enseguida lo supo. Se encontraba en su pequeño refugio y abrazada al chico que conseguía que le temblara el cuerpo entero. Alzó la cabeza para mirarle y vio que estaba dormido. Suspiró. Gael estaba guapo hasta durmiendo. Tenía el rostro vuelto hacia ella y un brazo rodeaba su espalda mientras que su otra mano la tenía posada sobre la de Daniela, que descansaba en su pecho. A pesar del frío que hacía, la tenía caliente y su cuerpo desprendía calor.

Liberó la mano de su aprisionamiento y le retiró un mechón corto de pelo que le caía por la frente. Se quedó completamente hipnotizada mirando su gesto relajado y sonrió. Estaba tan adorable que daban ganas de besuquear toda su cara y, aunque así lo deseara, no lo haría. Suspiró. Jamás había sentido con nadie lo que sentía cuando él estaba cerca. Y era un error. O encerraba esos sentimientos o en mes y medio, cuando él se fuera, se quedaría completamente destrozada. Por mucho que siguieran en contacto, no era lo mismo comunicarse por teléfono que como lo hacían allí. No iba a volver a ser lo mismo ir a su refugio o pasear por el lago de las Tres Princesas, visitar los ciervos o simplemente subirse en su *pick-up*. Cada rincón de Quintanar le iba a recordar a él.

Expulsó un suspiro entrecortado y posó su fría mano sobre la mejilla de él para acariciar con el pulgar sus labios. Rio levemente al escuchar unos ronquidos que salían por la boca entreabierta. Aquel sonido hizo que Gael se despertara de golpe, tenso, pero enseguida se relajó al ver el rostro de Daniela.

—Roncas —le susurró sin dejar de acariciar su mejilla.

—Yo no ronco —quiso defenderse—. Lo habrás soñado.

—Te aseguro que no —rio.

Gael se estiró y se frotó los ojos antes de reincorporarse en la camioneta para quedar sentado. Le dolía algo la espalda de estar allí tumbado. A Daniela no

le gustó demasiado que dejara de abrazarla, pero se resignó y le imitó para quedar sentada. Por mucho que adorara a Sally, no era el mejor sitio para dormir.

—¿Estás mejor? —le preguntó Gael.

—Sí, pero aún me cuesta creerlo.

—Es normal —suspiró—. Estoy preocupado por Israel. ¿Qué pasará si su abuela también se va? ¿Tiene más familiares?

—No, solo le queda su abuela —le confesó, y dobló las rodillas—. El padre de Israel no tenía familia. Antonio y Pepa lo acogieron como a un hijo cuando su hija empezó a salir con él. Ellos tuvieron problemas para tener hijos. Que Dana naciera fue una suerte, y sí que Pepa tenía hermanos, pero murieron hace años. Por suerte, todo ese tema está solucionado. Mi padre era amigo íntimo de Dana y Jesús y firmaron ante notario un papel que decía que, si ellos faltaban, la custodia sería para sus abuelos y, en caso de que estos fallecieran, mi padre sería el tutor legal hasta que Israel cumpliera los dieciocho.

Gael asintió aliviado al saber que Israel no se iría con los Servicios Sociales. En Quintanar tenía un hogar, familia y amigos. Una estabilidad. Y si le alejaban de allí, de Daniela, de Celia, de Fernando..., del pueblo, se sentiría muy solo y triste. Por suerte, aquello no sucedería.

—¿Nos vamos ya? —le preguntó—. Es casi la hora de comer.

—Sí. Aprovecharé que hoy por lo de Antonio no trabajo para descansar.

Cada uno se subió a su coche y Daniela observó el de Gael. Con el dinero que costaba podrían arreglar el pueblo entero. Estaba segura de que muchas chicas adorarían montar en aquella joya plateada, pero ella le cogió algo de manía cuando corrió con él, poniendo en peligro su propia vida. Esperaba que no lo hubiera vuelto a hacer.

Cuando entraron de nuevo en el pueblo, cada uno se desvió por un camino para ir a su casa, pero cuando Daniela paró la *pick-up* frente a la suya, fue incapaz de bajar. No quería estar sola. Vale que tuviera a su coneja y la adoraba, pero no sería suficiente compañía. Pensó en llamar a Jone, aunque sabía que ella no la iba a animar. Estaba tan afectada por lo de Antonio que había sido incapaz de asistir al funeral.

Sacó del bolso el móvil y marcó el número de Gael. Era la primera vez que lo usaba y no pudo evitar sentir un pequeño nerviosismo.

—¿Daniela?

—Sí —susurró.

—¿Estás bien?

—No mucho. No hay nadie en mi casa y... te puede parecer una tontería, pero es que... no quiero estar sola. Hoy no y... y me preguntaba si... —no le salían las palabras—. Si podría estar contigo.

—Claro que puedes, nena —contestó—. Trae un pijama. Te prepararé una habitación para esta noche.

—Gracias, Gael —sonrió—. Solo será hoy, te lo prometo. Es que..., solo estoy cansada. Hoy necesito a mi padre, y se va a quedar en el hostel con Pepa e Israel. Soy una egoísta, lo sé. Sé que ellos ahora necesitan mucho apoyo, pero... da igual, déjalo.

Y colgó. Gael se quedó unos segundos mirando el móvil tentado de llamarla, pero decidió esperar a que ella llegara. Sin embargo, por sus palabras pudo deducir que, en ocasiones, se sentía abandonada por su padre, aunque ella no lo quisiera admitir. Pero, mientras él estuviera allí, jamás la dejaría sola.

CAPÍTULO 15



Daniela no fue directamente a casa de Gael, sino que decidió esperar unas horas antes de volver a reunirse con él. Comió con la compañía de Calcetines, a quien le había puesto dos zanahorias troceadas. A la coneja le encantaban y a Daniela le hacía mucha gracia que el pelo blanco bajo su boca se tiñera de naranja. ¿Había dicho ya lo mona que era?

Más tarde fue al hostel para visitar a Israel y a Pepa. La mujer sí habló con ella, incluso la hizo sonreír, pero en cambio a Israel... no le había sacado ninguna palabra. Estaba tumbado en la cama y no había dejado de llorar en silencio. Nada ni nadie lograban consolarle, así que decidió dejarle solo. Sabía que necesitaba tiempo, pero era bueno que el niño supiera que no estaba solo.

Pasó de nuevo por su casa para recoger una pequeña bolsa donde llevaba el pijama y ropa para el día siguiente. Aquella noche se quedaba a dormir en casa de Gael, cosa que le agradecía infinitamente. No quería estar sola tras lo sucedido. Aún se sentía rara tras lo ocurrido. Todo era muy extraño y solo el tiempo conseguiría que esa sensación desapareciera.

Poco después de las seis, llamó a la puerta de Gael y le propuso salir del pueblo, ya que se estaba ahogando en él con lo de Antonio. Decidieron llevarse a Tore y los tres se montaron en Sally para ir a Revenga. Daniela aparcó en una amplia explanada y bajaron para caminar por ese paisaje.

Daniela estaba cabizbaja. Aún recordaba lo que le había dicho esa mañana a Gael sobre su padre. Jamás se había sentido abandonada por él debido al tiempo que le dedicaba al hostel, pero aquel día... ¿Estaba mal que se sintiera así? ¿Era una egoísta? Nunca le había recriminado a su padre que pasara más tiempo en el hostel que en casa, al contrario, le comprendía. ¿Por qué esa vez era diferente?

—¿Qué te ocurre? —quiso saber Gael.

Apenas había hablado en esos minutos. La única que parecía estar disfrutando del paseo era Tore. No dejaba de ladrar mientras perseguía a

diferentes insectos y saltaba de un lado a otro del pequeño riachuelo que había en aquel parque natural.

—Nada —contestó—. Solo estaba pensando —suspiró—. Estoy algo enfadada con mi padre. Él no lo sabe, es como uno de esos enfados sin motivo.

—Hombre, algún motivo habrá.

—Sabes que el hostel no va demasiado bien y pasa mucho tiempo allí para mantenerlo. —Él asintió—. No me importaba, porque siempre que le necesito está a mi lado; pero, hoy..., ha preferido quedarse en el trabajo que en casa conmigo, y supongo que eso me ha molestado, porque no estoy bien —confesó—. Y él lo sabe y, aun así, ha preferido dejarme sola. Eso es por lo que estoy enfadada. Me ha dejado sola un día como hoy —calló unos segundos—. Dios, decirlo en voz alta hace que me sienta como una niña infantil y egoísta.

—No pienso que lo seas. Quiero decir, en los momentos difíciles, puede haber dos tipos de personas: las que quieren estar solas o las que desean a alguien a su lado. Y tú solo querías que, por un día, tu padre se quedara contigo y se olvidara un poco del hostel.

—Sí, pero, bueno, no importa —metió las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Mañana se me pasará.

Daniela se sentía mejor tras desahogarse con él y se preguntó si debería comentárselo a su padre. Obviamente, de forma relajada, ya que si se ponían a gritar... no sabía cómo acabarían. Estaba claro que había sacado el carácter de su padre.

—¿Puedo preguntarte algo? —le dijo Daniela sin dejar de observar a Tore saltar y ladrar. Estaba feliz.

—Claro.

—¿Has vuelto a correr con tu coche para desahogarte? —Él frunció el ceño y la miró—. Estos días sin vernos..., pues he pensado mucho en eso y... me he preocupado. Es peligroso.

—No te voy a mentir, Daniela. —Ella lo miró asustada—. Tranquila, no lo he vuelto a hacer, pero sí he tenido ganas. Aunque he encontrado otra forma de desahogarme.

—¿Sí? —dijo emocionada—. ¿Y cuál es?

—Explorar el bosque con Tore —señaló a su perra—. Hemos salido varias veces a caminar por él. Por cierto, una vez nos encontramos con unas vacas y la perra fue a por ellas. En cuanto escuchó el sonido del cencerro, corrió hacia mí muerta de miedo. Es una gallina —rió mirando a su mascota.

Daniela se carcajeó y quiso preguntarle por qué estaba enfadado para tener que ir varias veces a caminar por el bosque para relajarse, pero algo en su

interior le dijo que estaba furioso consigo mismo por lo que sucedió, así que decidió no sacar de nuevo aquel tema.

Ambos iban distraídos mientras conversaban, pero el sonido de algo cayendo al agua acompañado de unos ladridos lastimeros hizo que miraran a su derecha. ¿Dónde estaba Tore? Corrieron al borde del riachuelo que había y miraron a todos lados hasta que vieron a la perra salir de él cubierta de barro. Se sacudió para eliminar parte de la humedad y se acercó adonde se encontraba su dueño con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Sabes lo que te toca, ¿verdad? —le miró serio y, como si le hubiera entendido, la perra dejó de mover el rabo y sollozó—. Creía que el riachuelo no era profundo —lo miró Gael.

Tore no había dejado de saltarlo, pero no conseguía atravesar toda su anchura, por lo que sus patas siempre acababan tocando el agua; sin embargo, una zona era más profunda y había caído de lleno en ella.

—Creo que es hora de irnos —declaró Daniela divertida mirando a la perra—. Es mejor bañarla ahora que cuando el barro se seque y no haya forma de quitárselo del pelo.

Gael asintió y ató la correa de la perra para regresar a la *pick-up* y volver al pueblo. Para evitar que manchara los asientos, Gael colocó a Tore encima de él y, nada más llegar a casa, la encerró en el baño para que no le dejara el salón perdido. Le pidió a Daniela que se quedara con la perra mientras él se iba a cambiar de ropa, ya que Tore se la había ensuciado.

Mientras Gael se ponía otra ropa, ella abrió el grifo para ir regulando la temperatura. La perra pareció saber lo que le esperaba, pues empezó a ladrar y arañar la puerta para intentar abrirla. Daniela la separó de ella y le quitó el collar. El pobre animal estaba temblando.

—No te preocupes, bonita —la acarició y le dio un pequeño beso en su hocico—. Te prometo que no te va a pasar nada. —La perra volvió a gemir—. Ay..., pobrecita —continuó acariciándola y se puso de rodillas para estar a su altura en el momento en que Gael entraba.

La perra intentó huir, pero no lo logró, ya que su dueño cerró la puerta antes de que lo consiguiera. La conocía y sabía que Tore odiaba los baños. Ni siquiera entraba en esa estancia cuando remoloneaba por la casa.

—No sé si quiero saber qué le hiciste a la pobre perra para que le tenga tanto miedo a la bañera —dijo Daniela al ver cómo Tore se resistía a entrar.

—Nada —se defendió—. Es así de miedosa con el tema baño desde que la rescaté.

—No quiero imaginar cómo la trataban sus antiguos dueños —le acarició la cabecita peluda—. Ha tenido suerte de encontrarte.

Entre los dos comenzaron a bañar a la perra, que intentaba escaparse cada dos por tres. En uno de sus intentos, saltó encima de Daniela y le mojó toda la ropa y, por si fuera poco, minutos después se sacudió, calándolos a ambos. A Gael no le había dado tiempo a cerrar la cortina para que no salpicara. Ella gritó al sentir cómo la empapaba, pero, lejos de enfadarse, acabó riéndose a carcajadas.

—Será mejor que te des una ducha y te cambies —le propuso Gael mientras secaba con una toalla a Tore.

—Sí, será lo mejor.

—Ve al baño de arriba, es el que uso yo para ducharme. Este lo tengo reservado para Tore —informó—. En el armario de madera hay toallas y en la balda de dentro de la ducha está el champú y el gel.

—Perfecto.

Daniela abandonó ese baño para subir al de arriba. Estaba completamente calada. Tras coger su bolsa, fue a la ducha, donde echó el pestillo. Se soltó el pelo y se observó en el espejo. Desde que había dado ese pequeño paso con Gael ya no desviaba la mirada para contemplarse con el cabello libre de su aprisionamiento, pero aún no estaba lo suficientemente preparada como para que el pueblo la viera así.

Se desnudó y, tras comprobar que el agua estaba caliente, dejó que esta cubriera su cuerpo. Estuvo unos segundos con la espalda bajo el chorro para aliviar parte de las contracturas que tenía y se enjabonó con el gel antes de lavarse el pelo. Lo masajeó durante unos minutos y, tras aclarárselo, cerró el grifo y salió.

Se vistió con el pijama, que consistía en un pantalón rosa tipo mallas con corazones negros y una camiseta de manga larga fina negra.

Buscó un secador por los armarios, pero no encontró ninguno, así que salió del baño con la toalla cubriendo las puntas para que no gotearan. Gael estaba en la cocina poniendo a Tore la comida.

—¿Gael, tienes secador? —le preguntó, y él se giró para observarla.

Hasta con esa pinta estaba jodidamente *sexy*. Mientras escuchaba el sonido del agua correr, él había limpiado el baño y se había dado una rápida ducha. Mientras se duchaba, su mente había vagado sola y no pudo evitar imaginarse el cuerpo desnudo de Daniela a través de la mampara. Visualizó cada una de sus curvas y el claro cabello mojado pegado a la piel y rozando sus apetitosos pechos. Imaginó que él era quien le retiraba esos mechones para que nada tapara su cuerpo desnudo. Como se esperaba, su cuerpo reaccionó a esos pensamientos.

—No, lo siento.

—No te preocupes. Me lo recogeré, aunque le cueste más secarse.

—¡Espera! —se acercó Gael a ella y le quitó la goma de pelo que descansaba en su muñeca—. Déjate suelto.

—No.

—Estás en mi casa, nadie te va a ver y yo ya te he visto con el pelo suelto.

Daniela se quedó algo pensativa, pero finalmente asintió y se peinó un poco el pelo con los dedos.

La ducha la había dejado relajada, tanto que, tras cenar una tortilla de patata que habían cocinado entre los dos, se estaba empezando a quedar traspuesta en el sofá mientras veían una película que echaban en la televisión. Ella había perdido ya completamente el hilo y no se estaba enterando de qué iba la trama. Estaba medio recostada en el sofá con Tore a sus pies, mientras Gael acariciaba a la perra de forma inconsciente.

Daniela se quedó absorta contemplando cómo lentamente él acariciaba el lomo de su mascota. Los párpados comenzaban a pesarle y, por más intentos que hacía por no dormirse, finalmente cayó en un sueño profundo.

Gael estaba distraído acariciando a la perra y mirando la pantalla, aunque no estaba atento a la trama de la película, ya que su mente estaba pensando en otra cosa que llevaba desde el sábado en su cabeza. No sabía cómo manejar la situación desde que Daniela y él se besaron. No podía negar que no había sido solo un beso, ya que, por más que intentara olvidarlo, le era imposible, y aquello debía significar algo.

Se giró hacia ella para decirle algo dispuesto a averiguar si para ella también fue algo más, pero se la encontró acurrucada y dormida. Gael apagó la televisión e hizo que Tore se apartara para levantarse e ir a su cuarto a abrir la cama. Dejaría a Daniela durmiendo allí mientras él lo hacía en una de las habitaciones del piso de arriba.

Regresó al salón y pasó un brazo por la espalda de ella y otro bajo las rodillas para alzarla. Daniela no se despertó, pero sus brazos rodearon el cuello de él y emitió un pequeño gemido mientras se acurrucaba más hacia él. Gael la miró embobado. El pelo le tapaba parte del rostro y un mechón se le pegaba a los labios. Ignoró cómo su corazón comenzó a latir más deprisa y más intensamente que nunca. ¿Qué le había hecho esa chica?

Se obligó a apartar esos pensamientos a un lado y anduvo con ella en brazos hasta el dormitorio, donde la tumbó con cuidado en la cama y la arropó. La vio acurrucarse y colocarse en posición fetal. Una estúpida y a la vez maravillosa idea le pasó por la cabeza, y se tumbó a su lado para abrazarla, prometiéndose a sí mismo que solo serían unos pocos minutos los que estaría ahí. Pasó una mano por su vientre y pegó su torso a su espalda. Daniela no se despertó y él dio un paso más. Atrapó su pequeña mano y entrelazó sus dedos con los de ella para

ceñir más sus cuerpos. No tenía suficiente y se juró que aquello era lo último que haría, ya que prácticamente se estaba aprovechando de ella. Acercó su boca a su piel y depositó un suave beso en su nuca. Después, otro en el cuello y, por último, uno detrás de la oreja. No podía resistirse más a ella y lo único de lo que tenía ganas era de continuar su locura donde la dejaron. Se quedaría un rato más así con ella y después se marcharía a otro cuarto, pero los minutos se transformaron en horas, pues se quedó profundamente dormido sin soltarla.

* * *

Daniela se despertó notando un cuerpo pegado a su espalda. No recordaba haberse ido a la cama la noche anterior. Bajó la mirada a su pecho y vio una mano morena sobre la suya. Sus dedos estaban entrelazados. No podía creerse que hubiera dormido con Gael. Una boba sonrisa se instaló en su rostro e hizo que el brazo que la rodeaba la abrazara más. Comenzó a acariciar con la mano levemente sus nudillos y cerró los ojos disfrutando de esa sensación única. Jamás volverían a estar así y quería que durara lo máximo posible antes de volver a la realidad y, con ella, a fingir que todo era como siempre. Pero esas caricias hicieron que Gael se despertara. Ella lo notó y no pudo evitar tensarse. Un sudor frío invadió su cuerpo al sentirse nerviosa por si le había pillado. Esperaba que no. Cerró los ojos para hacerse la dormida y esperó ansiosa a ver qué hacía. Podía escuchar el latido intenso de su corazón y cómo este chocaba contra sus costillas.

—¡Joder, maldita sea! —le escuchó maldecir a su espalda, y notó que se levantaba y salía del cuarto cerrando la puerta.

Daniela tuvo un *déjà vu* del día que se besaron y cómo, tras hacerlo, él se separó de golpe, como si ella tuviera la peste. Cerró los ojos y, tras asegurarse de que estaba sola, se levantó. Estaba claro que su relación se rompió ese mismo día y que jamás volverían a ser los que eran. No cuando sus estúpidos sentimientos habían decidido volar por libre.

Miró aquella puerta de madera y se preguntó cómo iba a poder ahora mirarle a la cara. Por más que quisiera fingir, en ese momento se sentía demasiado abrumada y dolida como para salir de ahí con una sonrisa. Estaba claro que lo mejor era alejarse de él ahora que esperar a que todo se complicara más. Apoyó la mano en el pomo decidida a hablar con él y sincerarse, pero no podía hacerlo. Aquello iba a ser humillante. Miró la hora y vio que eran las diez. En una hora entraba a trabajar. Buscó la bolsa, pero cayó en la cuenta de que estaba en el piso de arriba. Maldijo y se tiró literalmente del pelo, aunque no se

hizo daño. Se lo recogió en una coleta mal hecha y abrió la ventana para irse a su casa y cambiarse. Era una auténtica locura escaparse por la ventana, pero tras las palabras que había escuchado de su boca... prefería eso a verle la cara.

Corrió hasta su casa en pijama y escondiéndose por los rincones para que nadie la viera. Si cogía a Sally, Gael se daría cuenta de que se había ido.

Pero él estaba bastante distraído como para saber qué estaba sucediendo a su alrededor.

—A ver, Tore —le dijo a la perra mientras no dejaba de dar vueltas por el salón—. Sé qué quiero, pero no sé decirlo, así que ensayemos. Tú haces de Daniela y yo, pues de mí. —La perra torció la cabeza—. Daniela, yo... quiero decirte que..., ¡joder! ¿Cómo le dices a una chica que estás hasta los cojones de que no puedas besarla siempre que la ves? ¿Harto de ocultar que lo que más deseas al encontrarte con ella es correr hacia donde está y demostrar lo mucho que te importa? ¿Cuáles son las palabras más adecuadas para decirle que quieres intentar algo con ella y ver adónde nos lleva esto? —resopló y siguió dando vueltas—. Estoy cansado de ser solo su colega, y puede que con eso me conformase, sería una forma de tenerla, pero no me vale. Y aunque probablemente lo joda todo diciéndole esto, quiero arriesgarme. Y si la pierdo y me manda a la mierda..., al menos la conservaré en mis recuerdos —susurró, y Tore ladró como si le animara. Él sonrió—. Venga, vamos allá.

Gael respiró y caminó hasta el cuarto para reproducir esas mismas palabras. Esperaba no bloquearse. Entró y comenzó a hablar, pero se detuvo al comprobar que la habitación estaba vacía y la ventana abierta. ¿Qué cojones había pasado? No se podía creer que hubiera salido por la ventana. No entendía absolutamente nada. Miró el reloj y vio que eran las once menos diez. Ya llegaba bastante tarde a la obra, pero antes debía hacer una visita. Se vistió con la ropa de trabajo y corrió a la pastelería. Daba las gracias a que no hubiera ningún cliente, y más a que no estuviera su jefa, pues no esperó a que Daniela saliera. Entró en la cocina y la vio con el rostro lleno de harina y peleándose con una masa que parecía no quedar como ella quería. Ella se percató de su presencia cuando la puerta de la cocina se cerró.

—¿Se puede saber por qué cojones has salido por la ventana?! —le espetó un tanto cabreado.

—Gael, vete —le ordenó seria.

—¡Y una mierda! —se acercó a ella, pero Daniela comenzó a dar vueltas sobre la mesa que había en el centro para evitar que se acercara—. ¡¿Puedes parar para que hablemos?!

—¡No! —gritó—. ¡No quiero hablar contigo, no quiero verte, no quiero tener nada que ver contigo! ¡No puedo más con esta situación! —Ninguno

dejaba de caminar en círculos alrededor de la mesa—. He intentado que fuéramos como antes, pero no he podido. Y tú tampoco lo pones nada fácil cuando por la noche me abrazas y por el día maldices por despertarte a mi lado, además de apartarte como si te diera asco. Si es que ya me lo advertiste... —le mantuvo la mirada—. No necesito más capullos en mi vida y tenías razón: eres el peor de los capullos —se detuvo y comenzó a decirle todo lo que pensaba de él en esos momentos—. Eres un capullo, un egoísta, un creído, un imbécil —siguió nombrando sin importar que él se acercara—, un idiota, un ca...

Gael detuvo su sarta de insultos cogiendo su rostro con harina entre las manos y posando sus labios sobre los de ella. Al principio Daniela se quedó sorprendida e intentó apartarle, pero a medida que su boca se movía sobre la suya, le dejó hacer y comenzó a devolverle el beso. Cerró los ojos y abrió la boca para darle acceso a su interior y sus lenguas se unieron en un baile erótico. El beso se volvió cada vez más pasional, con un punto salvaje. Gael la alzó y la apoyó en la mesa para dejarla a su altura. Se hizo hueco entre sus piernas y posó las manos en su espalda para ceñirla más a él.

Daniela gimió y acarició sus fuertes brazos desnudos con lentitud hasta enredar los dedos en su pelo, dejándose llevar por aquella pasión.

El tiempo se detuvo para ellos y, aunque Daniela sabía que eso no debería estar sucediendo, no podía pararlo. Lo deseaba, lo anhelaba y pensaba disfrutar una última vez de sus labios antes de que todo terminara para ellos, pues estaba claro que, tras ese beso, él volvería a arrepentirse por dar rienda suelta a su pasión.

Gael acarició con una mano su mejilla mientras que la otra desaparecía bajo su camiseta para tocar la piel de la zona baja de su espalda. Un cosquilleo recorrió el cuerpo de Daniela. Debían parar o la despedida sería todavía más dolorosa.

—Gael... —susurró su nombre al separarse levemente de sus labios—. Esto no...

—Calla —le pidió, y volvió a besarla para dejar claro que eso era lo que deseaba, pero ella volvió a detenerle.

—No... —posó una mano en su pecho y se separó—. Esto es...

—Esto no es un error —declaró juntando sus frentes—. Te he besado porque es lo que más deseaba y, si tú quieres, voy a besarte cada día y cada vez que te vea a partir de ahora.

—No..., no entiendo nada —se separó de él para bajarse de la mesa y le dio la espalda—. Esta mañana te arrepientes de despertarte junto a mí y ahora vienes, me besas y me dices esto... Me vuelves loca, Gael.

«En más de un sentido», pensó.

—No sabía que estabas despierta —confesó—. Y no he dicho eso porque me haya arrepentido de amanecer a tu lado, sino porque te deseo demasiado y mi autocontrol se ha ido a la mierda, como has visto.

Daniela aún seguía algo confundida y él aprovechó su desconcierto para acercarse de nuevo a ella.

—Tenía un discurso preparado. Bueno, más o menos, pero el fin era el mismo: quiero decirte lo mucho que deseo estar a tu lado —cogió de nuevo su rostro para que le mirara y acarició sus mejillas—. No tengo ni puta idea de qué pasará, pero quiero averiguarlo. Y no pienso hacer ningún trato.

—¿Cómo que trato?

—Si nos das una oportunidad, no quiero que me digas que esto durará hasta que me vaya, no quiero que le pongamos fecha de caducidad.

—Gael, yo...

—Dime que no quieres esto y te prometo que te dejaré en paz. Me iré del pueblo si es necesario —la retó colocándola de nuevo sobre aquella mesa llena de harina y comenzando a repartir besos por su cuello. Daniela cerró los ojos y se mordió el labio inferior disfrutando de esos besos—. Dímelo —la miró.

—No quiero esto —le dijo, y el corazón de Gael se detuvo. Daniela sonrió—. No quiero seguir comportándonos simplemente como amigos cuando lo que de verdad deseo es lo mismo que tú. Arriesgarme, ver qué pasa y sin ponerle fecha de caducidad.

Gael sonrió y volvió a atrapar su boca con los labios. Estaría toda su vida besándola y jamás se cansaría.

—Daniela..., mi Daniela... —susurró contra su boca.

Ella le atrajo de nuevo y le devoró la boca mientras rodeaba con las piernas su cadera para que se acercara más. Gael le acarició las piernas por encima de los *leggings* que llevaba.

—Tengo que irme a trabajar —habló Gael sobre su boca y le dio otro suave beso—. Pero no quiero que te arrepientas ni huyas —otro más—. Tú solo... déjame demostrarte que, aunque sea un capullo engréido —ambos sonrieron—, contigo solo quiero ser el chico que te saque sonrisas, que te haga suspirar y, sobre todo, déjame intentar hacerte feliz. Ser el que logre que la suerte cambie.

—Está bien.

Gael asintió y la ayudó a bajarse de la mesa. Daniela miró sus mallas y las vio llenas de harina, pero no le molestó que se le ensuciaran. Al contrario, aquello se debía al beso con el que habían iniciado algo nuevo en sus vidas. Estaba asustada, no sabía qué iba a suceder a partir de ese momento, pero a la vez ansiosa por descubrirlo junto a Gael.

—Me encanta verte llena de harina —le sonrió limpiándole con los dedos los restos de la cara.

—Lo sé. Anda, vete ya que tienes que trabajar y yo también.

—Nos vemos después, nena —se despidió de ella con un beso, como llevaba deseando hacer desde hacía mucho tiempo.

Gael salió de la cocina y Daniela se apoyó en la encimera aún abrumada por lo que acababa de suceder, pero a la vez feliz y pletórica. Estaba en una nube y, si no fuera por el olor a quemado, jamás habría bajado de ella.

CAPÍTULO 16



—Gael, ven, quiero que me des tu opinión.

Él se acercó donde su amigo se encontraba para observar los bocetos que había realizado. Xavier tenía un gran talento y llevaba semanas trabajando en cómo quedaría la habitación de Israel. Había varios papeles de las diferentes paredes. Todo sería en tonos verdes y marrones, con el toque azul del río. El conjunto quedaba impresionante y no era para nada infantil, aunque estaba seguro de que, cuando creciera, preferiría trasladarse a una de las otras habitaciones que tendría la casa. Además, en las escrituras pondrían que aquel hogar pertenecería a Israel, pero, hasta que cumpliera los dieciocho, su abuela como tutora se haría cargo de todo.

La construcción iba avanzando y nuevos voluntarios de todas partes de España llegaban para echar una mano. Gael siempre se ponía nervioso por si alguien le reconocía, pero de momento era un completo desconocido. Antes sí que le molestaba un poco aquello, pero ahora estaba encantado con que nadie supiera quién era en realidad.

—¡Están genial! —le alabó Gael—. Eres un putito *crack*. Enséñaselos a Israel y Celia cuando vengán a mediodía, pero creo que les va a encantar.

—Sí. Empezaré a hacerlo cuando la casa esté casi terminada y sea seguro pintar en ese cuarto. Calculo que en un par de semanas lo tendré listo.

—¿Solo?

—Traeré a mi equipo, Gael. Soy bueno, pero no un putito Dios —bromeó—. Oye, ¿ha pasado algo?

—¿A qué te refieres? —frunció el ceño.

—No has parado desde las ocho de la mañana. Hoy tienes más energía que de costumbre, por no hablar de tu cara de gilipollas.

Gael soltó una suave carcajada y se encogió de hombros. Le contó por encima lo sucedido con Daniela desde el día que se conocieron. Xavier iba de

vez en cuando a la obra y no había hablado con él nada de ella. Era el momento de ponerle al día.

El grafitero se alegró mucho por él. Hacía tiempo que le conocía y jamás le había visto así. Sabía lo que le sucedió a su primera novia y ya era hora de que otra chica se colara en su corazón; aunque había un gran problema en esa relación: la profesión de Gael. No era la más adecuada para mantener una relación a distancia, pues, aunque no quisiera, Gael debía cumplir su contrato y regresar, pero aquello no se lo comentó. Era mejor que no pensara en ello y disfrutara de todo el tiempo posible con la tal Daniela.

Mientras ellos charlaban animadamente sobre ello, Ricky no dejaba de observar a Gael. Los primeros días tras lo que sucedió con Daniela, aquel tío no dejó de echarle miradas asesinas. Se notaba que le importaba, pero sabía que no había nada entre ellos por lo que le contó ella el día que estuvieron juntos en el *pub*.

Desde que Daniela le mandó a la mierda no había vuelto a acercarse a ella, se lo debía por haberse comportado como un completo capullo. ¡Por Dios, ya no estaba en el instituto! Y aquel ataque de celos había sido bastante estúpido. No estaba enamorado de ella, pero sí que le atraía y veía en ella una estabilidad que quería conseguir en el futuro. Ahora le valía con lograr su perdón, aunque sabía que no iba a ser nada fácil. Le había hecho mucho daño.

—Menudo capullo engreído —dijo Nacho a su lado mirando a Gael—. Estamos a quince grados, no hace tanto calor como para que enseñe sus putos brazos musculados.

—¿De verdad te molestan sus brazos?

—No, lo que de verdad me jode es que Daniela se pierda cada noche entre esos brazos.

—¿Qué dices, mamón?

—Ah, ¿no lo sabías? —le miró, y Ricky negó con la cabeza—. Ese tío se la está follando o, en otras palabras, son pareja.

—No, en realidad no lo son —le confesó—. Daniela te dijo que lo eran para que la dejaras en paz. Son solo amigos, y cuando le fui a pedir perdón por la puta foto, me lo recordó.

—¡¿Qué?! ¿Que solo son...? ¡¡Joder!! —dio una patada a una de las vigas de madera—. Y yo me lo creí como un gilipollas.

—¿Y qué más te da? No tienes posibilidades con ella, la cagaste acostándote con Jone.

Nacho frunció el ceño molesto con eso que le había dicho, aunque, por más que le enfadaran esas palabras, Ricky tenía razón. Además, ese día estaba siendo una auténtica mierda para él, y sus padres ya habían decidido sobre su futuro. Si

iba a quedarse en ese puto pueblo durante toda su vida, o al menos gran parte de ella, quería tener allí algo bueno, en concreto alguien con quien estar cuando le apeteciera, y sabía que Daniela se quedaría allí. Dudaba mucho que el hostel se recuperara y, si no lo hacía, ella se quedaría. Era su apuesta segura, solo tenía que conseguir volver a engatusarla. Sonaba como un capullo egoísta, pero no iba a negar que lo era, y más ahora que sus prioridades en la vida se habían ido a la mierda.

Si recuperaba a Daniela, ya se daría por satisfecho, puesto que Jone no le terminaba de atraer. Solo se acostó con ella una vez y, para lograrlo, tuvo que fingir ser el novio perfecto antes de que se abriera de piernas. No era culpa suya que buscara una tía compatible con él en el sexo. Por eso salió con muchas aquel año y estaba claro que con la que más cachondo se ponía era con Daniela. Unos buscan a su media naranja en el amor y él en el sexo. ¿Qué tenía de malo probar varias hasta dar con la definitiva?

Miró la hora y vio que era la una y media y aún quedaba media hora más antes de que llegara el descanso en la obra. Esa era otra, al enterarse sus padres de lo que hacía, o más bien de lo poco que hacía en la casa, le obligaban a asistir todos los días, las ocho horas que estaban, y para colmo el jefe de obra no dejaba de vigilarle para dar parte por si no colaboraba. Tenía el cuerpo lleno de agujetas de tanto cargar peso, pero eso no valía de excusa, ya que todo el mundo estaba igual.

Al ver cómo el jefe le miraba con gesto de advertencia, Ricky y él se movieron para seguir trabajando.

A la hora de comer, Gael quiso pasarse por la pastelería, aunque la encontró cerrada. Israel y Celia le habían entretenido cuando habían ido a la casa como cada día. El niño estaba mejor tras la muerte de su abuelo y su amiga estaba siendo un gran apoyo. Prácticamente no se había separado de él.

Se quedó apenado al ver que no iba a poder estar con Daniela hasta el día siguiente, ya que ese día iban a hacer trabajo intensivo y acabaría agotado. Comprobó su reloj de muñeca y suspiró al darse cuenta de que le quedaba menos de una hora para volver. Había picado ya algo en un corto descanso que había hecho, así que decidió ir a la cafetería de al lado de la pastelería para tomarse un café mientras leía la prensa.

Cogió un periódico nacional y se sentó en la barra a hojearlo, aunque se detuvo más en la sección de deportes. Estaba tan concentrado que no pudo evitar sobresaltarse al notar cómo una mano le tocaba el hombro. Giró la cabeza y vio a Daniela sonreírle mientras se sentaba en el taburete de al lado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Tomarme mi dosis de cafeína antes de regresar a la obra, hoy hacemos intensivo para acabar más pronto.

—Hola, Daniela —la saludó el camarero, un hombre de unos sesenta años y dueño del local—. ¿Lo de siempre?

—Sí, Paco. Gracias.

Gael cerró el periódico y lo dejó a un lado, ahora quería concentrarse exclusivamente en ella.

—Así que hoy tenéis día duro en la obra —le dijo mientras agitaba el sobre del azúcar—. Yo hoy he discutido con mi jefa. Ayer no me dio tiempo a preparar un encargo y he bajado a las siete para hacerlo y que estuviera listo a las once; y encima me ha echado la bronca —suspiró—. Ojalá pueda dejar ese trabajo pronto y largarme de aquí para seguir con mi carrera.

Gael, al verla tan agobiada y, en parte, cansada de la situación que vivía cada día, se acercó a ella y posó una mano bajo su barbilla para que le mirara. Poco a poco acercó su rostro al de ella sin importar que más tarde las cotillas del pueblo fueran con el correveidile, apoyó la frente sobre la suya y juntó sus labios en un corto pero dulce y delicioso beso que consiguió que Daniela sonriera. Su boca tenía un delicioso sabor a café y a ella le encantaba sentir cómo sus labios encajaban a la perfección.

—¿Mejor?

—Mucho mejor —se mordió el labio inferior mientras se perdía en el color de sus ojos.

—Necesito tu ayuda —le dijo—. Dustin, mi representante, lleva días diciéndome que suba fotos a las redes donde se vea al otro Gael, al que odias: capullo, engreído y egoísta. —Daniela no pudo evitar reír y acercó más su taburete al de él para entrelazar sus manos—. Y, como supuestamente estoy en el Caribe, he pensado que podrías llevarme mañana a las piscinas del pueblo para fingir que me paso el día tomando el sol.

—Gael, no es lo mismo el Caribe que las piscinas de aquí —rio.

—Algo se podrá improvisar, tranquila.

—Está bien —miró el reloj que colgaba de la pared y suspiró antes de posar su frente en el hombro de él—. Tengo tan mal día que no me apetece nada volver a la pastelería —le miró—. Quizá necesite algo más de esto —susurró cerca de sus labios antes de atraparlos.

No podían besarse como de verdad deseaban, pero ese dulce contacto sería suficiente. Al menos por el momento. Gael pasó un brazo por su cintura y la aupó para colocarla en su regazo y seguir besándola como le había prometido que haría el día anterior. Posó una mano en su mejilla para profundizar un poco

más el beso y alargarlo lo máximo posible, pero ambos sabían que debían separarse.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —quiso saber ella mientras le acariciaba la nuca.

—Claro, nena.

—Mmm..., ahora sí me gusta que me llames así —bromeó—. ¿Por qué solo me querías tener de amiga?

Gael suspiró y acarició la piel de su cadera. Tenía clara la respuesta, pero no sabía qué le parecería a ella, pues quizá le sonara egoísta.

—Porque de amigos veía más sencillo conservarte. Quiero seguir teniéndote cerca cuando me vaya, aunque nos separen kilómetros. Pero es imposible ser solo amigos cuando para mí esa amistad contigo iba más allá. No tenía suficiente y te juro que haré lo necesario para que lo nuestro dure y la distancia no sea problema. Voy a luchar para tenerte.

Ella sonrió levemente y le dio un rápido beso antes de bajarse de su regazo. Tenía que irse a trabajar y, no solo eso, sino que estaba intentando mantener el equilibrio para no caerse del taburete.

—Las relaciones a distancia que no funcionan es debido a que la gente les da demasiada importancia a esos kilómetros y, en vez de buscar soluciones, solo buscan problemas e impedimentos —comentó Daniela—. Y yo no soy de esas, además tampoco quiero perderte, así que creo que tenemos los ingredientes adecuados para que esto funcione.

Gael sonrió y vio que ella soltaba un suspiro de alivio, como si sus palabras le hubieran tranquilizado. ¿Acaso esperaba otro tipo de contestación? Aunque ahora que lo pensaba, la había notado temblar mientras formulaba la pregunta. Era como si temiera la respuesta que le diera.

—¿Por qué me has preguntado eso? Si me lo quieres contar, claro.

Daniela bajó la mirada, pero decidió tragarse la vergüenza que le producía hablar de ello y ser sincera con él.

—Siempre he sido la chica con la que nadie quiere arriesgarse. Me he sentido poca cosa con el tema de los chicos. Nacho me dejó bastante tocada, ya que decidió probar a acostarse con más tías porque yo no le resultaba suficiente. Después, conocí a otro chico y nos hicimos muy buenos amigos. Acabamos enrollándonos, y por ello se jodió todo. Me asustaba que contigo sucediera lo mismo. Solo quería estar segura de que no soy un pasatiempo.

Gael la comprendió y le gustó que confiara en él. Era normal que quisiera quitarse esa duda, pues se había topado con bastantes capullos en su vida. ¿Quién conocía a Daniela y no se moría por hacerla sonreír cada día? Bueno, en

cierto modo era mejor que solo lo viera él, así no tenía que partirle la cara a nadie.

—Sabes que soy un gran capullo, pero jamás serías un pasatiempo para mí. Créeme cuando te digo que me he arriesgado a complicarlo todo con el fin de no joderlo.

—Me gusta saberlo.

Se despidieron para ir cada uno a su trabajo. Para Daniela, el día mejoró tras encontrarse con Gael en la cafetería donde siempre iba antes de volver a su puesto. Desde el día anterior, no había podido dejar de darle vueltas a lo sucedido. Una parte de ella estaba feliz y entusiasmada, pero a su parte negativa la asustaba que sucediera lo mismo que con Oliver. Aunque sabía que lo suyo con Gael era diferente. Hacia Oliver solo sentía amistad y cariño, en cambio con Gael... aquello iba mucho más lejos.

Y también era sincera consigo misma. Sabía que la distancia era una mierda, pero, como le había dicho, no había que darle importancia de más. También sabía que, cuando se fuera, ella lo pasaría mal y era consciente de que aquello sería un «hasta pronto» y no un «adiós». Aunque pasaba de pensar en eso y quería disfrutar el tiempo que él estuviera allí.

A las seis de la tarde, Jone la fue a visitar. Se había enterado por las cotillas del pueblo de que Daniela se había liado con uno de los voluntarios, y su querida amiga se lo había callado. Le echó una pequeña regañina por no enterarse por ella y Daniela puso los ojos en blanco. Las mujeres que habían estado en la cafetería ya se habían ido de la lengua, pero le daba igual.

Daniela le contó todo con algún que otro detalle que hizo que Jone emitiera algún gritito de vez en cuando por lo que su amiga le contaba. Le parecía superemocionante.

—Si ya sabía yo que ese chico te atraía desde el primer día. Te robó el corazón cuando apareció por la puerta con su perrito.

—No te confundas, ahí empezó a caerme bien, pero nada más.

—Oh, Dios, ¡qué fuerte! ¡Te has liado con un famoso! —gritó.

—Chss —siseó Daniela llevándose un dedo a la boca y fulminando a su amiga con la mirada—. Las paredes tienen ojos y oídos, nadie del pueblo sabe quién es salvo tú y yo. Y, la verdad, quiero que siga siendo solo un chico desconocido.

—Tienes razón, lo siento —se disculpó—. ¡Pero es muy fuerte! Además, Gael tiene pinta de ser una fiera en la cama. Con esos brazos tan fuertes que tiene fijo que te coge como si fueras una pluma y te empotra contra la pared.

Al escucharla, Daniela soltó una pequeña carcajada y le tiró divertida a la cara el trapo que llevaba colgando en el hombro.

—Aún no lo sé, pero espero averiguarlo pronto.

—Oh..., Daniela Domingo Carrillo, estás cachonda perdida —le tiró el trapo que antes ella le había lanzado.

Como cada día, a las diez por fin pudo cerrar la pastelería. Se aseguró de que conectaba la alarma y dejaba la puerta bien cerrada antes de caminar de vuelta a su casa. Estaba agotada tras pasar más de doce horas trabajando ese día. Encima, la idiota de su jefa ni se lo agradecía. Suspiró y comenzó a subir por las escaleras que la conducían a su portal, pero antes de entrar notó cómo alguien la agarraba de la muñeca y le daba la vuelta.

En un principio pensó que podría ser Gael y sonrió, pero su sonrisa se borró de golpe y dio un paso hacia atrás desprendiéndose del agarre de Nacho. La miraba como si estuviera enfadado, aunque a la vez parecía estar a punto de echarse a llorar.

—¿Qué haces aquí?

—Me mentiste.

—¿Qué? —preguntó asombrada.

—Gael y tú —espetó furioso—. No sois pareja.

Daniela se percató de cómo se tambaleaba e incluso le costaba hablar por culpa del alcohol que llevaba en el cuerpo.

—Estás borracho.

—Sí, lo estoy, porque necesitaba tener el valor para venir hacia ti y arrastrarme para que me des una oportunidad —se acercó a ella, pero para mantener las distancias Daniela alzó el brazo y colocó la mano sobre su pecho—. Mi vida se ha ido a la mierda. Me han expulsado de la universidad y mi padre ha decidido que me encargaré del trabajo en el campo. No quiero pasar mi vida rodeado de putos animales, de sus mierdas y de las hortalizas de los huevos.

—Nacho, vete a casa.

—No... —cayó de rodillas y se abrazó a sus piernas—. Eres lo único bueno que me queda.

Daniela rio sin pizca de humor y se soltó de su agarre de mala gana. Le resultaba repulsivo que la tocara.

—No, porque no me tienes. La cagaste. Hace años puede que estuviera enamorada de ti, pero ¿sabes? Me alegro de que me engañaras y así poder ver la clase de hijo de puta que eres. Quedarme contigo o darte una oportunidad, sabiendo que eres incapaz de cambiar, sería un gran error. Puedes hacer lo que te dé la gana, puedes regalarme ramos de rosas todos los días, decirme mil palabras bonitas o pintar en el cielo que me quieres, pero jamás volveré contigo porque sé lo egoísta que eres, y si ahora has venido aquí para suplicarme esto es porque vas a pasarte toda tu puta vida encerrado en este pueblo, cosa que no quieres, y

deseas asegurarte de que tienes una vagina donde meter tu micropene. —Miró al cielo y negó con la cabeza—. No me vengas con el cuento de que te has emborrachado para tener valor, lo has hecho para dejar tu orgullo de lado por unos minutos con la esperanza de que me lance a tus brazos. Vete, Nacho, y deja de hacer el ridículo, porque no vas a conseguir nada.

Daniela soltó un largo suspiro. Llevaba años queriendo soltarle todo aquello y la vida había puesto a Nacho en su sitio. En el lugar que se merecía por haber hecho tanto daño.

—Nena...

—No me llames así, ese apelativo ya está adjudicado a otra persona.

—¿A quién? —se levantó del suelo con la mirada desafiante.

—A Gael —le devolvió la mirada y se cruzó de brazos—. Es cierto que te mentí, pero ahora esa mentira se ha convertido en verdad. ¡Lárgate! —le espetó dándole un empujón—. Vete a dormir la mona y búscate a otra, aunque difícil lo tienes teniendo en cuenta que todas las chicas de este pueblo conocemos tu fama. No solo la de follador de la pradera, sino también la de pichacorta —le guiñó un ojo y se dio la vuelta para entrar en su casa—. Adiós.

Entró en su hogar con una sonrisa. Quería gritar tras dejar de una vez por todas cerrado el capítulo de Nacho, aunque, por si aún ese capullo tenía dudas, decidió hacer una locura.

* * *

Sabía que Gael entraba a las nueve a la obra, así que antes de encerrarse de nuevo en la cocina de la pastelería se pasó por allí. Sin decir nada, cogió uno de los cascos que había y se lo colocó para buscar entre toda la plantilla de voluntarios al único chico al que sí se lanzaba a sus brazos. Lo vislumbró a lo lejos bebiendo de una botella de agua y, decidida, se acercó hasta él a paso ligero. Se aseguró de que Nacho la veía y, sin dejar ni siquiera que Gael la saludara al verla, se puso de puntillas y enredó sus brazos a su cuello para besarle delante de todo el mundo, para que el desgraciado de su ex viera que de verdad estaban juntos.

En un principio, Gael se sorprendió, pero enseguida respondió a aquel beso abrazando su cintura y aupándola para dejarla más a su altura.

—Podías venir a visitarme cada día.

—Probablemente lo haga siempre que pueda, pero hoy quería dejar esto claro.

—Vamos a ser la comidilla. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Te importa?

—En absoluto.

CAPÍTULO 17



Tal como le había prometido, ese día Daniela llevó a Gael a las piscinas para que se hiciera fotos y fingir que estaba en el Caribe. Ella no veía cómo lo iba a lograr cuando el recinto de las piscinas estaba en pleno bosque...

Gael quedó con ella en la plaza y se sorprendió cuando apareció con Sally. ¿Acaso las piscinas no se encontraban en el pueblo? Por lo visto, así era. O al menos en parte, ya que estaban a las afueras y, aunque se podía ir a pie, lo más cómodo era en el coche.

Se llevó a Tore para que disfrutara un poco a su bola, aunque esperaba que no le diera por meterse en el agua. Durante el corto camino, Gael lo pasó hablando por teléfono con Dustin. No había cruzado ni una palabra con Daniela todavía, aunque sí había podido robarle un corto beso para saludarla, que a ella le supo a muy poco.

La prensa empezaba a sospechar. Antes de llegar a ese pueblo, él era demasiado activo en las redes sociales. Solía subir dos o tres fotos al día, y en los dos meses que llevaba solo había subido cinco. Así que ese día se haría varias y las iría subiendo durante el mes y medio que tenía por delante antes de regresar a Alemania.

—Sí, Dustin. Lo tengo todo controlado. Hoy subiré dos y me haré varias para los próximos días.

—Bien, chico, y recuerda que allí el horario es diferente. Si cuelgas una foto a las diez de la mañana, por ejemplo, se desmantelará todo.

—Lo sé, no te preocupes. Hablamos.

Daniela no había entendido absolutamente nada de lo que Gael había hablado, aunque no iba a negar que la había encendido un poquito haberle escuchado hablar en alemán. Ese idioma le parecía horroroso, pero en Gael..., ¡madre mía cómo la ponía aquel hombre! No era normal.

—¿Dónde aprendiste a hablar alemán? —le preguntó mientras detenía su *pick-up*.

—En Alemania, cuando empecé de forma profesional en el mundo de la DTM.

—¿Te resultó complicado aprender?

—Bueno, al principio no entendía una mierda, pero supongo que es como todos los idiomas: en un país extranjero lo tienes que aprender por huevos. Luego no resulta tan complicado.

—No sé, yo siempre he sido muy negada para los idiomas en la escuela.

—Eso es porque no saben enseñarlo. Los idiomas hay que aprenderlos todos igual: hablando y escuchando, y cuanto antes mejor.

Daniela asintió y ambos bajaron de la camioneta. Habían elegido un buen día para ir, ya que, a pesar de hacer fresquito, con el sol parecía que era un día cualquiera de verano.

El agua de las piscinas parecía limpia, pero en el fondo se vislumbraban manchas marrones. Daniela se asomó un poco y arrugó la nariz; era asqueroso. Por lo menos, el Ayuntamiento siempre cumplía en aquel aspecto e invertían parte del dinero de las arcas para poner a punto las piscinas cada año. Era lo conveniente, ya que, en temporada de vacaciones, el turismo aumentaba, aunque no demasiado.

—Bueno, ¿y qué vas a...? —calló.

Daniela se quedó paralizada al ver cómo Gael se quitaba la camiseta para quedar desnudo de cintura para arriba. Tenía un cuerpo de infarto. Su piel era morena, en comparación con ella, que era blanca como la leche. Tenía unos perfectos pectorales y unos definidos abdominales que ella se moría por acariciar y recorrer con la lengua. Se estaba poniendo bastante... cachonda. Sí, esa era la palabra. Y se lamentaba por no haberse dado antes la vuelta para ver cómo se ponía el bañador. ¿O lo llevaría por debajo de los vaqueros? Da igual, el espectáculo habría sido muy bueno de todas formas.

Daniela se obligó a cerrar la boca y a aparentar normalidad para que no notara cómo le había afectado contemplarle con menos ropa.

—¡Qué frío me estás dando! —mintió. Era verdad que no hacía tiempo para pasearse en bañador, pero ahora mismo ella estaba más caliente que un horno.

—Tengo que fingir que estoy a treinta grados disfrutando de la piscina y..., ¡Tore! —miró a su perra—, ¡ven aquí!

La perra se alejó del borde de la piscina a la que se había acercado para olisquear y corrió hacia su dueño.

—Nena, vigílala mientras me hago las fotos.

Daniela asintió y comenzó a jugar con la perra. De vez en cuando miraba de reojo cómo Gael se hacía *selfies* desde distintos ángulos y en distintos lugares. Uno de ellos, en la caseta de madera donde en verano vendían bebidas y helados. Ella no pudo evitar poner una mueca de desagrado cuando metió los pies en el agua sucia.

—Creo que ya es suficiente —anunció volviendo a vestirse.

Daniela se acercó a él y, por encima de su hombro, vio las fotos que se había hecho. Parecía mentira que se las hubiera sacado en unas piscinas de un pueblo a 1000 metros de altura. Perfectamente podía pasar por el Caribe. Los ángulos eran perfectos. No se veía el bosque y los filtros ayudaban mucho.

—Voy a subir ahora una, allí serán las once de la mañana. Colará.

—Me gusta esta —señaló la que salía con los pies metidos en el agua. Le estaban entrando ganas hasta de meterse ella.

—Pues no se hable más.

Como debía poner el mensaje en tres idiomas, Gael se sentó en el suelo y apartó un poco a Tore, que se había lanzado hacia él para que le diera mimos. Daniela se colocó a su espalda para mirar qué ponía y se sorprendió de que, además de alemán, escribía en inglés. ¿Dejaría alguna vez de sorprenderla aquel chico?

Vio cómo pulsaba la zona de la pantalla donde ponía «compartir» y, en un minuto, ya tenía más de doscientos «me gusta» y otros tantos comentarios. La mayoría, chicas sudamericanas que le decían lo hermoso que era, otras que le amaban, y también fans que le enviaban corazones y besos.

—Madre mía, ¡cuántas pretendientas! —bromeó.

—¿Celosa? —Gael se giró e hizo que se colocara sobre su regazo, dejando las piernas a ambos lados de sus caderas.

—No —respondió sincera—. ¿Por qué he de estarlo? Son fans, es normal que se comporten así.

—¿No eres celosa?

—Si no me dan motivos, no —enredó los brazos alrededor de su cuello—. Por ejemplo, si te veo hablando con una chica y no hay nada raro, ¿por qué tendría que ponerme celosa? ¿Qué hay de malo en hablar con otra persona del sexo opuesto? Pero, si estás hablando y tocas a la chica donde no debes o ella a ti, no solo me cabrearía, sino que te mandaría a la mierda por capullo.

Gael soltó una pequeña carcajada y abrazó su cintura para atraerla más a él, consiguiendo que sus cuerpos encajaran a la perfección.

—¿Tú te crees que voy a tontear con otra con lo que me ha costado dar el paso para que seas mi novia?

Ella sonrió al escuchar aquella palabra y suspiró al sentirle de esa forma tan íntima y cercana, lo que hizo que un látigo de excitación recorriera el cuerpo de Daniela y se mordiera el labio inferior. Estar atrapada entre esos fuertes brazos se acababa de convertir en una de sus aficiones favoritas.

—Pues yo sí soy celoso —confesó—. No lo puedo evitar, es verte sonreír a otro chico y que los celos me invadan, aunque sepa controlarme y no montar un numerito.

—Aquí no hablo con chicos. Recuerda, son todos unos capullos.

Gael sonrió y metió sus grandes manos bajo la camiseta que llevaba. Las tenía calientes y ella se estremeció con esas caricias. No se lo estaba poniendo nada fácil, así que desenredó los brazos de su cuello y sus manos también comenzaron a moverse solas por su cuerpo. Se impulsó suavemente para colocarse más cerca de él, dejando sus labios a escasos centímetros de los suyos. Comenzó a acariciar sus brazos descendiendo por ellos y posteriormente por su abdomen hasta jugar con el borde de una zona bastante peligrosa.

—Cuando te veía con Ricky —susurró—, me ponía enfermo —rozó con la yema de los dedos sus costados y Daniela tembló al sentir aquel placentero cosquilleo.

—Pero él perdió su oportunidad —tanteó sus labios levemente mientras hablaba.

—¿Te atraía? —quiso saber.

—Bueno, no está mal, pero no tenía demasiado interés en él.

—¿No demasiado? —se separó levemente—. ¿Algo sí?

—Es un chico muy guapo y no estoy ciega, pero los actos son los que definen la belleza de una persona —volvió a acortar la distancia que Gael había interpuesto—. No te pongas celoso —sonrió—. Él no me provoca lo que tú con una caricia.

Daniela curvó la espalda al sentir los dedos de Gael acariciar levemente su pecho por encima del sujetador. No pudo evitar que un pequeño gemido se escapara de su boca. Aquel juego lleno de provocaciones la estaba llevando al límite. No era idiota y podía sentir su ropa interior completamente mojada. Moviéndose de forma instintiva las caderas, queriendo buscar la liberación.

Gael gruñó. Aquella fricción que Daniela ejercía sobre él había conseguido ponerle duro en apenas unos segundos. Y en todo ese rato ni siquiera se habían besado. Sintió cómo los suaves labios de ella se posaban en su cuello para comenzar a repartir pequeños y lentos besos en esa sensible zona. Gael cerró los ojos y apretó la mandíbula para conservar el poco autocontrol que le quedaba.

Daniela le dio un pequeño mordisco en la barbilla antes de atrapar su boca en un ardiente y excitante beso. Enredó su lengua con la de él y le sujetó el

rostro entre sus manos para profundizar más aquel contacto. Lo necesitaba. Lo deseaba. Su sabor le volvía loca y no pudo evitar gemir al sentir cómo su endurecido miembro rozaba la zona más sensible de su sexo por encima de la ropa.

Le encantaba cómo la besaba, no era nada delicado y cada beso tenía un punto salvaje y posesivo que hacía que se convirtiera en mantequilla entre sus brazos. Le gustaba que la tratara con esa confianza, sin miedo a si iban demasiado rápido o con temor a asustarla por aquella pasión. Sus anteriores amantes siempre eran delicados y, aunque disfrutaba de sus besos, nada tenían que ver con los de Gael. Eran perfectos.

Gael terminó llevando el control de ese intenso beso, pero se obligó a separarse al sentir cómo Daniela jugaba con el botón de sus vaqueros.

—Daniela... —intentó detenerla, pero ella continuó besándole la mejilla hasta atrapar entre sus labios el lóbulo de su oreja—. Joder, nena. Tenemos que parar.

—¿Por qué? —le preguntó en un susurro cerca de su oído.

—Estamos de día y al aire libre.

Ella rio y se separó lo justo para mirar a su alrededor. En aquella zona no había nadie y, desde la carretera, no se veía el lugar donde se encontraban.

—Estamos solos y no va a venir nadie aquí.

—Ya, pero...

Daniela alzó las cejas y maldijo por dentro al ver que él sacaba las manos de debajo de su camiseta. Con lo que le estaba gustando que la tocara..., y la inquietud de su sexo seguía ahí. Es más, con aquel excitante beso había aumentado y necesitaba con mucha urgencia alcanzar el final. Quiso retarle. Él estaba igual de excitado que ella. Lo notaba bajo su cuerpo, pues en cada roce su miembro se había puesto más duro y grande. Él también la deseaba. ¿Por qué alargar aquel momento?

Se levantó de su regazo y se recompuso un poco la ropa mientras caminaba de espaldas a él moviendo exageradamente las caderas de forma sensual.

—¡Menudo aburrido! Te pones a 300 km/h en un circuito lleno de curvas, pero te asusta que alguien nos pille divirtiéndonos un poco —se giró para mirarle—. ¿De verdad quieres quedarte con la intriga de cómo estoy ahora mismo? —le provocó—. Estoy segura de que te encantaría descubrir lo que has conseguido —pronunció con voz ronca, y se sentó en la barra de la caseta antes de separar las piernas.

—Estás jugando con fuego, Daniela —le advirtió—. Y no quiero que todo sea precipitado.

Ella soltó una pequeña carcajada y se inclinó un poco para mostrar su canalillo. No tenía demasiado pecho, pero aquella visión sería muy tentadora para él.

—No soy ninguna princesita ni damisela que busca la primera vez perfecta, y mucho menos una protagonista de un libro que sueña con que llegue el momento perfecto para que la desvirguen —bajó de un salto—. Solo soy una mujer a la que le gusta cumplir lo que desea, y ahora mismo te deseo a ti.

Aquello a Gael le excitó. Verla tan decidida y sin ningún tipo de pudor al pedirle lo que deseaba hizo que se levantara del suelo para reunirse con ella y atrapar con fuerza sus labios de nuevo. La aupó para sentarla de nuevo en la barra y separó sus piernas para colocarse entre ellas.

—Voy a descubrir lo que he provocado en ti, pero nada más, porque, cuando te haga mía, quiero hacerlo bien. Quiero recorrer, admirar y disfrutar lentamente de todo tu cuerpo, y hacerte gritar como nadie lo ha hecho —susurró sobre su boca mientras introducía una mano por las mallas que llevaba—. Pero si ahora quieres jugar, juguemos. Ya que no tienes ningún tipo de pudor a que nos pillen, quiero que me hagas saber lo que te gusta que te toque —acarició su ropa interior y gruñó al comprobar lo mojada que estaba—. Estás empapada, nena. Creo que vamos a disfrutar mucho los dos.

Daniela solo pudo asentir y cerró los ojos notando punzadas de placer cuando él la tocaba. Y ni siquiera había acariciado la zona exacta que ansiaba. De momento, Gael solo estaba tanteando el terreno, pero ella no quería que hiciera aquello, por lo que movió las caderas sobre su palma. Gael separó la mano y ella emitió un leve gemido lastimero.

—Paciencia. Te daré lo que quieres, pero antes quiero ponerte al límite.

Gael volvió a acercar su mano a su húmedo sexo y separó la tela para poder acariciar sus labios. No los veía, pero estaba seguro de que se mostrarían brillantes y jodidamente apetecibles. Se los separó y buscó con la yema de sus dedos el hinchado botón que palpitaba buscando aquellas placenteras caricias. Daniela gritó cuando lo atrapó entre sus dedos, le dio un ligero pellizco que consiguió que pegara un pequeño brinco.

—¡Oh, Dios! —gimió mirando hacia arriba.

—Me vuelves completamente loco, Daniela —confesó al tiempo que comenzaba a masajear su clítoris en círculos.

Daniela tensó las piernas al notar esas caricias, primero lentas recorriendo cada centímetro de su sexo y, después, Gael aumentó aquel ritmo. Ella hundió su rostro en el hueco de su cuello. Quería moverse sobre él para que aquel delicioso placer fuera más intenso, pero él pareció leerle la mente y la tocó justo en la zona que quería y cómo quería.

—Mírame, nena —le pidió, y ella lo hizo—. Sé que estás a punto. Puedo notarlo —ella asintió—. Pues déjame oírte cómo te gusta, déjame escucharte mientras te corres.

Gael introdujo un dedo en su interior, lo que hizo que Daniela se sobresaltara. No se esperaba esa intromisión tan profunda con ese toque salvaje que le caracterizaba. Al principio, Gael no lo movió. Se quedó observando su cara de placer y como el pelo suelto le caía por el rostro, cubriendo parte de él. Jamás la había visto tan jodidamente bonita como en aquel momento. Expuesta a él y gimiendo por lo que le hacía. Completamente rendida entre sus brazos.

—Gael, no pares —le suplicó, moviendo las caderas para que su dedo entrara y saliera de ella—. Quiero más —clavó sus ojos oscuros en los azules de él.

Gael podía notar el calor y la humedad que desprendía su sexo. Su dedo estaba completamente empapado por el jugo que rodeaba su suave y exquisita piel.

—Tus deseos son órdenes.

Gael introdujo un dedo más y los movió, penetrándola con certeza y a un ritmo primero lento, que poco a poco fue aumentando. Las paredes de su sexo le acogían y comprimían sus dedos de forma deliciosa. Solo podía pensar en cómo aquella cavidad le acogería cuando fuera él quien estuviera dentro de ella. De Daniela.

—¡Me corro, Gael! —gritó Daniela, abrazándose a sus hombros.

Le clavó las uñas en su espalda por encima de la camiseta que llevaba y se dejó ir gritando su nombre. Su cuerpo convulsionó con los espasmos del orgasmo y Gael no dejó de mover los dedos en su interior hasta que esos magníficos segundos cesaron y su cuerpo se relajó entre sus brazos.

El corazón de Daniela latía con fuerza y tenía la respiración entrecortada. Se retiró el pelo del rostro y sonrió completamente exhausta. Aquello había sido increíble, aunque le habría gustado que hubiera sido él quien hubiese entrado en su cuerpo, además, con aquel anticipo, lo deseaba mucho más.

Gael estaba más duro que una piedra y, a pesar de que deseaba tumbarla y hacerla suya, quería disfrutar totalmente de su cuerpo. Estaba convencido de que no tardaría demasiado en cumplir aquello y pensaba hacer que Daniela olvidara a todos los tíos con los que antes había estado. Solo tocarla le había encantado. Hacerla gemir, jadear y gritar con solo su mano había conseguido que ambos disfrutaran, pero ahora que había probado parte de ella, lo quería absolutamente todo. La deseaba más que antes.

Se limpió un poco y la ayudó a bajar de la barra. Le retiró algunos mechones que se le pegaban a la cara debido al sudor y la besó con ardor, pero se

obligó a detenerse o volvería a regalarle otro gran orgasmo.

—Te invito a picar algo.

—¡Vale! Elijo lugar.

—Ibas a hacerlo de todas formas, conozco poco del pueblo aún.

Daniela le sonrió y entrelazaron sus dedos para subir a la *pick-up*. Gael llamó a Tore, que se había tumbado en el césped, y la dejaron en casa, puesto que donde iban no se admitían animales. Tore emitió gemidos lastimeros al ver que la dejaban sola y a Daniela se le encogió el corazón, pero no tenían más remedio. La compensarían trayéndole las sobras. Irían a comer a un restaurante conocido como El Camping. A ella le encantaba y se comía muy bien.

Gael insistió en que fueran con su coche, ya que estaba harto de que fuera Daniela siempre quien condujera. Otras chicas con las que había salido ansiaban montarse en su carísimo vehículo, pero Daniela no tenía el más mínimo interés. A él aquello no le molestaba, pero de vez en cuando le gustaría conducir a él y no ir siempre de copiloto. Le preguntó que si le dejaba conducir la camioneta, a lo que ella le respondió con un gran «no». Solo ella conducía a Sally, y si Gael la condujo en ocasiones puntuales fue porque ella no se encontraba bien.

Intentó convencerla con besos y poniendo su carita de cachorrito, pero ella no se dejó convencer y, finalmente, Daniela se encargó de conducir.

La dueña de aquel local, que la conocía, la saludó y los llevó a una mesa que tenían libre. Había muy pocas personas allí. Era una pena ver ese ambiente cuando antes se tenía que reservar con al menos cuarenta y ocho horas de antelación.

Pidieron un par de cañas con unas croquetas y bravas para picar. Ambos estaban algo hambrientos.

—Háblame más de la DTM —le pidió Daniela.

—¿Y qué quieres saber?

—No sé. ¿Cuánto dura? —le preguntó degustando una patata.

—Normalmente, de mayo a octubre. En esos meses hay nueve carreras y entre una y otra como mínimo hay dos semanas para descansar y entrenar, pero por ejemplo en verano tienes mes y medio desde la carrera de julio a la de agosto para que te vayas de vacaciones o hagas lo que quieras.

—Vaya..., ¿y solo corréis en Alemania?

—En gran parte, pero también en Holanda, Rusia, Hungría y Austria.

Daniela estaba asombrada por todo lo que le contaba. Le resultaba muy raro y a la vez impresionante. Se notaba lo que le apasionaba a Gael hablar de su profesión y se le hinchaba el pecho de orgullo cuando alguien se interesaba por su mundo.

Había viajado por media Europa cuando ella no había salido jamás de España. Lo más lejos donde había estado era en Valencia. Tuvo oportunidad de volar a Roma en el viaje de fin de curso del instituto, pero se negó a marcharse con los gilipollas de su clase. Algún día le surgiría la oportunidad de abandonar, por unos días, su país natal. Aunque por el momento lo que iba ahorrando era para retomar sus estudios.

—Has viajado muchísimo. Normal que sepas tantos idiomas —sonrió—. ¿Y qué hubiera pasado si no te hubieras convertido en un famoso corredor de DTM? ¿Qué habrías estudiado?

Gael sonrió. Nadie de su entorno, salvo su familia y Dustin, conocían esa respuesta. No quería que, por haber estudiado una carrera, la gente le admirara más.

—Me saqué a distancia la carrera de Ingeniería Mecánica.

—¿De verdad? —abrió los ojos como platos—. ¡Madre mía...!, ¿algo más con lo que sorprenderme? —preguntó divertida.

—Creo que no —rio—. Daniela, no soy tan sorprendente como parece. Hay personas mucho más grandes que yo. Hoy en día, casi todo el mundo tiene una carrera e interés en aprender idiomas. No he hecho nada distinto.

—Vale, ¿quién eres y qué has hecho con el Gael engreído que no hacía más que hacer crecer su ego?

Divertido, él le tiró una miga de pan y Daniela se la devolvió antes de seguir con el interrogatorio.

—¿Y cómo son los coches que conducís? ¿Tipo *rally*?

—Los que participan en las competiciones de DTM son automóviles de turismo con carrocería silueta, es decir, su apariencia simula la de automóviles de calle, aunque su mecánica es totalmente distinta para alcanzar velocidades de casi 300 km/h.

Para que aquello le quedara más claro, Gael le enseñó una foto del que conducía. Su preciado Audi RS6, aunque tenía que admitir que, con su forma de conducir, no lo trataba demasiado bien. Confiaba en sus mecánicos.

Daniela cogió su móvil para ver más fotos de la DTM y se detuvo cuando le apareció la imagen de uno de los accidentes de Gael. La abrió y vio el enlace que correspondía a aquella imagen. Era un vídeo de YouTube.

—¿Puedo? —le preguntó ella.

Gael asintió y, antes de darle al *play*, Daniela leyó la descripción. Aquello se grabó en marzo y vio que no era una carrera, sino un entrenamiento. Dos coches corrían pegados rueda con rueda. Comprobó que el de Gael tomaba la delantera y, para evitarlo, el coche rojo le golpeó la parte de atrás, provocando que ambos perdieran el control y se estrellaran contra el muro.

—¡Será hijo de puta! —gritó Daniela consiguiendo que la poca gente que ahí había le mirara.

—¡Gracias! —Gael le dio un beso en la mejilla—. Una que piensa igual que yo.

—Bueno, que tú también has tenido lo tuyo. En vez de alejarte, le devolvías los golpes.

Gael se encogió de hombros y siguieron viendo el vídeo. Daniela suspiró al ver a Gael salir por su propio pie de su coche negro completamente magullado. Comprobó que se tocaba la muñeca y se notaba que le dolía. Después, la cámara enfocó al otro piloto, a quien le estaban ayudando a salir. Un hombro le descolgaba y ella no pudo evitar poner una mueca de asco.

—Wehrlein acabó mucho peor que yo —le explicó—. Pero ambos estamos sancionados. No competiremos en dos carreras.

—¿Y eso no te perjudicará? —le miró—. Me refiero a si tendrás posibilidades de ganar sin competir en esas dos carreras.

—Es muy difícil, pero no imposible —dio un sorbo a su caña—. Solo tengo que ganar todas aquellas en las que compita y cruzar los dedos para que quienes consigan la mayor puntuación en las dos primeras acaben en el resto de las carreras del sexto puesto para abajo.

—Siento lo del accidente.

—No lo hagas. Es el que hizo que viniera aquí.

Daniela sonrió al escucharle. Volvió a mirar la pantalla del teléfono y agradeció al tal Wehrlein que provocara aquel pequeño accidente, pero, por su bien, que no volviera a hacerlo o ella misma viajaría a Alemania para arrancarle ese horroroso bigote que tenía. Pelo a pelo.

—Te toca —dijo Gael.

—¿Me toca qué?

—Yo también quiero saber cosas sobre ti.

—Creo que ya sabes todo de mí. No soy tan interesante —bromeó—. Pero pregunta lo que quieras.

Gael se quedó pensativo y decidió hacerle la pregunta que llevaba queriendo saber desde que la conoció, bueno, más que a ella, a Sally.

—¿Por qué una *pick-up*? Ahora sí me encajas con Sally, porque te veo muy unida a ella, pero la primera vez que vi esa tartana no te pegaba nada. Cuando pienso en el modelo de coche de una chica, suelen ser modelos más pequeños, de colores alegres y esas cosas.

Daniela rio y dio un sorbo a su cerveza.

—Me encantan las americanadas —le confesó—. Me chiflan desde que era una adolescente con las hormonas revolucionadas. Siempre he querido una *pick-*

up para tumbarme en la parte de atrás con el chico popular del instituto y donde enrollarnos. Me habría encantado nacer en América, ir a esos institutos, asistir a uno de los bailes de fin de curso y que mi acompañante me viniera a buscar con un ramillete a juego con mi vestido para ponérmelo en la muñeca y, tras esa noche, perder mi virginidad con él. Después haríamos más cosas juntos, iríamos a la universidad y perteneceríamos a una hermandad, nos emborracharíamos y, al graduarnos, nos iríamos a una casa particular, después nos casaríamos y tendríamos hijos y perro —terminó aquel relato divertida y rio al ver la cara de Gael—. ¿Qué? Era mi sueño de adolescente, y ya ves que no se cumplió en absoluto. El instituto fue un horror, la universidad, mejor, pero dejar la carrera no era lo que deseaba, y no perdí la virginidad en una habitación con la cama llena de pétalos de rosas y con un hombre tierno, sino con un capullo que no tuvo nada de cuidado, y en unos baños.

—Vale, ya —la detuvo—. No necesito tantos detalles. Con el relato de las americanadas hubiera bastado.

Daniela respondió a más preguntas que él le hacía. Le habló más de su madre y le contó cómo Jone y ella se hicieron amigas. Cuando vieron cómo el sol se ponía, decidieron abandonar aquel lugar.

Daniela paró la camioneta en la puerta de la casa de Gael y ambos bajaron. Él se acercó a ella e hizo que su espalda chocara con Sally para poder devorar de nuevo su boca. Daniela sonrió sobre sus labios mientras le devolvía cada uno de los besos y un cosquilleo recorrió su cuerpo cuando Gael hundió sus manos en su frondoso cabello. En El Camping se había olvidado por completo de que llevaba el pelo suelto. Ese día había decidido no recogerse, porque solo él la vería así, pero sin darse cuenta más personas habían contemplado su cabello fuera de su aprisionamiento habitual. Sin quererlo, había dado otro gran paso.

—¿Quieres entrar? —le preguntó Gael rozando su nariz con la de ella.

—Pues...

La melodía de su móvil la interrumpió. Se separó un poco de él para cogerlo y suspiró al ver en la pantalla que era su padre. Fue una conversación muy corta en la que su progenitor le pedía que fuera a casa cuando pudiera.

—Llego en cinco minutos.

Colgó y miró a Gael.

—Tengo que irme —rodeó a Sally para colocarse frente al volante.

Él la siguió y apoyó los brazos en el hueco de la ventana.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Claro.

—En dos semanas, una de mis primas hace la comunión y quería saber si te gustaría acompañarme.

—No sé, yo...

—Bueno, en realidad creo que no te queda otra. Cuando le dije a mi madre que estábamos juntos, ella se lo dijo a mi tía y te ha apuntado en la lista.

—¿Qué?!

—Te juro que no tenía ni idea. Me lo dijo hace tres días y no sabía cómo decírtelo —vio como Daniela se tapaba la cara con las manos—. Venga, nena. No tienes nada que temer. Ya conociste a mi familia un poco por encima. ¡Pero te adoran!

—Está bien, está bien —le miró y le señaló con el dedo índice—. Pero me debes una muy gorda.

—Me parece perfecto —rio y metió la cabeza por la ventana para darle un último beso.

Daniela se despidió de él y se incorporó a la carretera para regresar a su casa. Entró y vio que su padre estaba en el salón, caminando sin parar y moviendo las manos como si estuviera ensayando una especie de discurso. Calcetines no dejaba de observarlo desde la jaula. Parecía que a la coneja le interesaba lo que quisiera que le sucediera, pero en realidad estaba esperando a ver si tenía suerte y le abrían la puerta.

—¿Papá? —le llamó.

—Ah, ya estás aquí —se acercó a ella y le dio un beso en la frente—. ¿Todo bien, pequeña? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. ¿Qué ocurre?

Fernando suspiró y volvió a caminar nervioso por el salón. Daniela pensó que iba a desgastar el parqué si seguía dando tantas vueltas.

—Me he enterado por las viejas cotillas de que tienes novio.

—¿Qué? —dijo Daniela—. Papá, si me das la espalda y hablas tan rápido no te entiendo.

Fernando suspiró y se giró para mirar a su hija. Había sido muy difícil soltarlo y ahora tendría que repetirlo.

—Ha venido Montse al hostel y me ha dicho que el otro día te vio muy acaramelada con un chico. Que tienes novio, vamos.

—¿Y por eso estás así?

—Así que es verdad —afirmó.

—Bueno, a ver, no hace mucho que estamos juntos, pero nos conocemos desde hace un poco más de tiempo.

—Es Gael, ¿verdad?

—Sí.

—Uff..., a ver, pequeña, ¿recuerdas la conversación que tuvimos? ¿La de que no me gusta que tengas novio, pero que entiendo que tienes que vivir tu

vida? —Ella asintió—. Bien, sigo pensando lo mismo, pero..., si te hace daño, tengo la escopeta cargada.

—Vale, papá. Se lo diré —rio y se acercó a él para abrazarle—. Tranquilo, tú siempre serás el hombre de mi vida. Tenga novio o no.

Fernando sonrió y le besó la coronilla. Daniela era lo único que le quedaba y no le gustaría para nada perderla. Como padre que era, no le hacía demasiada gracia que su hija tuviera novio. No era tonto y, para colmo, en el calendario que Daniela tenía en su habitación vio que el martes tenía una cita con el ginecólogo para una revisión. Y si se revisaba aquello era solo porque ya no era..., en fin, ya se le entendía.

Como decía, no le hacía ninguna gracia, pero si no le dejaba vivir, equivocarse, enamorarse, reír, llorar y sufrir por amor, no crecería como persona. Además, prefería aguantar como un campeón al figurarse ciertas imágenes de Daniela con ese chico que estallar, pagarlo todo con su hija y que ella se viera obligada a elegir entre los dos. Como dice la famosa frase: paz y amor.

CAPÍTULO 18



—¡Mira, Daniela! ¿A que está quedando muy guay?

Ella sonrió a Israel y contempló maravillada el que se iba a convertir en poco tiempo en su nuevo hogar. La noche anterior, un fuerte viento había destruido los últimos avances que se realizaron en la casa. Y no solo eso, sino que algunos andamios y soportes también habían caído. Todo aquello provocó el retraso de la obra, pero iba a buen ritmo tras la llegada de más voluntarios, y Daniela no tenía ninguna duda de que en pocas semanas por fin la inaugurarían.

—Está quedando chulísima —miró a Israel y le dio un ligero apretón en la mano antes de ofrecerle una sonrisa.

Como cada día, Israel fue a una mesa de madera donde había cascos disponibles y cogió dos: uno para él y otro para Daniela. Esa vez no podrían recorrer toda la casa, ya que la zona que estaba derribada la habían precintado.

Todos los trabajadores estaban bastante ocupados reparando lo que el mal tiempo había derruido y no habían parado desde el amanecer. El jefe de obra les había ordenado a todos ir antes de la hora para recuperar lo perdido.

—¡Ven, Daniela! —la apremió Israel tirando de ella—. Vamos allí para verla por dentro.

Al ver que le señalaba que se colocaran debajo de un andamio, ella le detuvo. Podría ser peligroso.

—No, Israel, no podemos ir allí —le explicó—. Los chicos te dejan estar aquí para ver la casa, pero solo por fuera. Cuando la acaben, ya la verás por dentro.

—Sí puedo. Ayer, Arturo —se refirió al jefe de obra— me dijo que podía ir allí a mirar por las ventanas el interior si voy con un mayor. Y tú eres mayor.

Daniela no estaba demasiado convencida de aquello. Llevaban los cascos, pero siempre la había puesto nerviosa pasar por debajo de un andamio. No tenía

por qué pasar nada, es más, los voluntarios pasaban por debajo de él o por encima. Era una estructura segura.

—Está bien, pero solo un momento. Tenemos que irnos a comer.

Israel saltó emocionado y volvió a tirar de ella para acercarse a una de las ventanas. Ya estaban los cristales colocados, aunque el interior se hallaba completamente vacío. Solo había vigas, polvo y cemento secándose.

Al fondo de la casa, Daniela vislumbró lo que se había destruido. Se había caído parte de la estructura del interior debido a que las ventanas de los laterales todavía no estaban terminadas. El viento había entrado por ellas y se había llevado por delante lo que había podido. Por suerte, no era algo tan grave que no se pudiera solucionar.

—Venga, Israel —tiró levemente de su mano—. ¡Vámonos!

—Un poco más —le pidió admirando el interior.

Israel estaba deseando que todo estuviera terminado para verla por completo, en especial, su habitación. Había visto los dibujos que Xavier le iba a hacer en las paredes y le habían encantado. Estaba seguro de que jamás querría salir de allí y esperaba convencer a Celia para que le acompañara.

—¡¡Cuidado!! —oyeron gritar a su derecha, pero no les dio tiempo a comprobar quién había sido.

Daniela no sabía muy bien qué acababa de ocurrir. Solo sintió un gran empujón y cómo ella e Israel caían en el rocoso suelo antes de escuchar un gran estruendo a escasos centímetros de ellos. Una nube de polvo se levantó y Daniela comenzó a toser mientras alguien la ayudaba a levantarse. Le dolían los codos por los rasguños que tenía debido a esa caída. Todavía estaba muy confundida y sin saber qué había pasado, pero estaba asustada y su corazón latía desbocado.

—Daniela, ¿estás bien? —le preguntó Gael preocupado mientras otro compañero ayudaba a Israel, que lloraba muerto de miedo.

Gael le retiró a Daniela algunos mechones y la vio perdida. Como si no estuviera allí con él. Cogió su rostro con las manos e hizo que le mirara.

—¿Estás bien, nena? —volvió a preguntarle, y ella pareció reaccionar.

—Sí, estoy bien —se remangó para observar los brazos—. Solo son unos rasguños.

Comenzaba a ser consciente de lo que acababa de suceder: el andamio se había venido abajo. Le dolía todo el cuerpo y estaba segura de que tendría más heridas. Miró hacia donde hasta hace pocos segundos se encontraba y se separó de Gael al ver a alguien atrapado bajo el amasijo de hierros.

—Oh, no. ¡¡Ricky!!

Daniela se lanzó hacia él al ver su gesto de dolor y cómo intentaba sacar su pierna, que había quedado atrapada. No era seguro que estuviera allí. Parte de la estructura no había caído, pero no estaba en buenas condiciones de sostenerse.

Ricky llevaba toda la mañana observando algo raro en el andamio, pero no había tenido ningún momento libre para echarle un ojo. Y cuando fue a mirar, ya era tarde. Daniela e Israel estaban bajo él y la estructura estaba débil por culpa del intenso viento que azotó al pueblo. No lo pensó y corrió para apartarlos sin importar lo que a él pudiera sucederle.

—¡No, Daniela! —la sujetó Gael por la cintura para que no se acercara. El resto de la estructura tenía muy mala pinta.

—¡Suéltame, Gael! —le pidió revolviéndose—. ¡Hay que ayudarlo!

—Lo sé, y es lo que vamos a hacer, pero antes quiero que cojas a Israel y os vayáis para que os curéis.

Ella asintió y le obedeció. En cuanto se alejaron, Daniela giró el rostro para ver cómo Gael y más compañeros ayudaban a liberar la pierna de Ricky. Gael daba órdenes para lastimarlo lo menos posible y teniendo cuidado de que el resto del andamio no se les cayera encima. Consiguieron liberarlo en el momento en que una ambulancia paraba a escasos metros de ellos para llevar a Ricky al hospital. No dejaba de mostrar gestos de dolor y, además de la pierna, tenía una brecha en la cabeza.

Israel seguía llorando, asustado por lo que había ocurrido, y no dejaba de abrazarse a Daniela. Le acompañó hasta el hospital, donde el pequeño volvió a llorar delante de su abuela al contarle lo que había sucedido.

Fernando, alertado por el llanto de Israel, fue al lugar de donde provenía aquello y se asustó al ver también a Daniela manchada y con un arañazo en su muñeca.

Preocupado, se acercó a ellos e inspeccionó a su hija, a pesar de que esta le juraba y perjuraba que estaba bien gracias a Ricky, ya que, si no hubiera aparecido y los hubiese apartado, no sabría qué les habría ocurrido.

Tras darse una ducha y cambiarse de ropa, Daniela regresó a la pastelería. No había comido nada, ya que, con aquel susto, el estómago se le había cerrado. Picaría algo en el trabajo si le entraba hambre.

Le mandó un mensaje a Jone para ver si sabía algo de Ricky. A pesar de que le odiaba, no era ninguna insensible y quería saber cómo estaba. Se había arriesgado para salvarlos a Israel y a ella, cuando otra persona probablemente no hubiera hecho nada.

Su amiga le contestó diciendo que estaba volviendo de Burgos. Tenía una pierna rota, pero, por el resto, se encontraba bien. Sus padres eran los encargados de regresar con él a Quintanar. Ellos vivían en Vizcaya y, tras enterarse de lo

ocurrido, decidieron ir con su hijo y trasladarse las semanas que necesitara a la casa que tenían en el pueblo hasta que se recuperara. En Vizcaya él no conocía a nadie y allí, al menos, estaría cerca de sus amigos y conocidos.

Su madre estaba en paro, por lo que podría quedarse con él, pero su padre debía regresar al día siguiente, ya que trabajaba, aunque ese día le habían dado permiso por el accidente de su hijo.

Daniela no estaba concentrada aquel día. No dejaba de pensar qué habría ocurrido si él no hubiera intervenido. Ella no había notado nada raro que le indicara que el andamio fuera a derrumbarse de un momento a otro.

Ese suceso hizo que valorara más la vida. Era demasiado corta y estaba decidida a disfrutar de ella todo lo que pudiera.

Como cada día, a las nueve y media colgó el cartel de cerrado y comenzó a limpiar la cocina. Sabía por las señoras del pueblo que habían entrado que Ricky y sus padres ya estaban en casa y que él estaba dolorido, pero bien. Eso la alivió. Solo había quedado en un gran susto.

—¿Daniela? —escuchó la voz de Gael.

—¡En la cocina! —gritó, y a los pocos segundos él entró.

Daniela le observó. Tenía el pelo algo húmedo, lo que indicaba que se acababa de duchar, y no llevaba la ropa con la que iba a la obra. Se acercó a ella y, sin decir nada, posó una mano en su mejilla y se agachó para besarla.

No había dejado de pensar toda la tarde en que ese día podía haberla perdido. Como a Lucía. Llevaba desde que ella había abandonado la obra deseando verla y hacer aquello. Besarla para asegurarse de que estaba bien. Intentó ser tierno, pero con ella era imposible. Era sentir su sabor y volverse completamente loco.

A Daniela no le importó, ya que le devolvió el beso y alzó sus manos para enredar los dedos en su cabello. Parecía que ella necesitaba lo mismo que él. Sentir que ambos estaban vivos y juntos. Se besaron con ardor, con devoción, con pasión, olvidándose de todo y de todos, salvo de ellos dos.

—¿Estás bien? —se preocupó Gael rompiendo aquel contacto.

—Sí..., es solo que... no dejo de pensar qué habría ocurrido si Ricky no hubiera llegado a tiempo.

—Yo tampoco. Llevo toda la tarde pensando en eso —suspiró, y le acarició el rostro—. Por suerte, estáis todos bien, pero no te haces una idea del puto miedo que he pasado —juntó su frente con la de ella—. Estaba en la parte de atrás de la casa cuando he escuchado el estruendo, y cuando te he visto en el suelo... casi me vuelvo loco.

—Pero estoy bien —le susurró—. Estoy bien —repitió antes de volver a besarle.

Gael la abrazó por la cintura y la alzó para sentarla en la mesa de madera que había en el centro de la cocina. Estaba sin limpiar y llena de harina, pero a Daniela le dio igual, ya que le rodeó la cintura con sus piernas para atraerle hacia ella y dejarle encerrado en el hueco del medio.

Gael introdujo sus manos bajo la camiseta holgada que llevaba y acarició sus costados, consiguiendo que su piel se estremeciera con aquel leve contacto y que Daniela jadeara.

—Ahora que todo está claro entre nosotros —habló Gael—, no sabes lo que te haría. No tienes ni idea de lo que mi mente ha fantaseado contigo.

—Pues no me lo digas —le miró intensamente—. Hazlo.

Él la observó. Se la veía tan decidida y excitada como lo estaba él en ese momento. Le ponía a cien que pidiera las cosas que deseaba sin ningún tipo de pudor, así que ni se molestó en preguntarle si estaba segura de aquello. Sabía la respuesta.

Devoró de nuevo su boca al tiempo que atrapaba el filo de su camiseta y la sacaba por su cabeza para dejarla desnuda de cintura para arriba a excepción del sujetador azul oscuro con adornos en blanco.

—Esto fuera —dijo Gael atrapando la goma del pelo para deshacerse de ella y que su cabello cayera libre por los hombros y espalda—. Mucho mejor.

Daniela sonrió y le acercó más a ella para librarse también de su camiseta. Se quedó maravillada al contemplar su perfecto torso al descubierto. Aunque lo que más le gustó fue acariciar con las yemas de los dedos su ancha y caliente espalda antes de abrazarse a ella mientras él dejaba un reguero de húmedos y excitantes besos en su cuello, consiguiendo que una descarga de placer fuera directa a su sexo.

Gael la desprendió de los vaqueros que llevaba, dejándola desnuda, salvo por la exquisita y tentadora ropa interior que vestía. Hizo que se tumbara en aquella mesa llena de harina y contempló el brillante adorno que colgaba de su ombligo. Se agachó con lentitud para besar ese trébol. Era algo que se moría por hacer desde que lo vio.

Daniela curvó la espalda al sentir sus labios en el vientre y cómo estos iban besando y lamiendo la piel de los costados y el estómago ascendiendo en dirección hacia sus pechos. Se sentía mareada debido al placer que le estaba proporcionando y apenas la había tocado.

La estaba volviendo completamente loca. Gael ponía pasión en cada beso y cada caricia y, aunque quería disfrutar del momento, no podía evitar esperar impaciente el ansiado instante en el que por fin lo tendría en su interior. Lo deseaba. Lo anhelaba.

Gimió cuando Gael le regaló un delicioso mordisco en el canalillo de sus pechos antes de repasar con la lengua la piel que dejaba expuesta el sujetador que llevaba.

—No sabes cuánto te deseo, Daniela —confesó con voz ronca—. Me muero por hacerte disfrutar, gemir y gritar de placer.

Daniela se mordió el labio inferior al escucharle y fue ella misma quien se desabrochó el sujetador para desprenderse de él y arrojarlo con el resto de la ropa.

—Hazlo de una vez —le pidió ansiosa.

Gael sonrió de medio lado y contempló maravillado sus perfectos y tersos pechos antes de bajar la boca hacia ellos. Besó la piel que rodeaba la areola consiguiendo que Daniela protestara al ver que no le prestaba atención a aquellos apetitosos y rosados pezones. Eso le hizo sonreír y no tardó en atrapar con su boca uno de sus erectos pezones para saborearlo, primero con suaves caricias con la lengua y, después, succionándolo con fuerza, consiguiendo que ella gritara.

—¡Oh, sí! Me encanta —gimió arqueando la espalda y separando más las piernas para que Gael se colocara entre ellas.

Daniela se movió para que sus sexos se friccionaran y se excitó más al sentirle tan duro y grande por debajo de los vaqueros que llevaba.

Gael gruñó al sentir aquella fricción y devoró con ansia su otro pezón mientras sus caderas se movían solas. Podía notar perfectamente la humedad que la ropa interior de Daniela albergaba.

Bajó una mano a su sexo y lo acarició, confirmando lo que él sospechaba. Estaba completamente empapada. Y era por él. Solo por él. Aquello le encendió mucho más y separó a un lado la tela de la braguita que lucía para acariciar su sexo. Los dedos se impregnaron de aquel jugo y comenzó a acariciarla con las yemas con lentitud, haciendo que Daniela apretara la mandíbula para no gritar. Le encantaba que la tocara y sentir aquellos latigazos de placer. Con dos dedos acarició su clítoris en círculos antes de deslizarlos de arriba abajo para no dejar ningún centímetro de esa parte sin mimar. Buscó su entrada y, cuando la encontró, introdujo los dedos en su interior.

Daniela gimió y cerró los ojos echando la cabeza hacia atrás ante aquella invasión. Notaba cómo el vientre le ardía y sus paredes se contraían en cada embestida de sus dedos. Aquello, junto con la tortura a la que Gael seguía sometiendo a sus pechos, estaba consiguiendo que Daniela rozara el cielo. Él era tan intenso que sus piernas temblaban ante cada acometida de los dedos.

Gael abandonó sus pechos y, con la mano que tenía libre, comenzó a desprenderla de su ropa interior. Contempló maravillado por primera vez su

cuerpo desnudo y le encantó lo que vio. Simplemente era perfecta. Y suya. Solo suya. Su miembro endurecido, aún aprisionado bajo los vaqueros, comenzó a dolerle al observar a aquella diosa.

Al ver cómo bajaba la boca hacia su sexo, Daniela le agarró del pelo para separarle de esa peligrosa zona.

—Ni se te ocurra. —Él la miró extrañado y deseoso de probar su delicioso sabor—. No puedo más y, si haces eso..., me voy a correr, y me niego a hacerlo de otra forma que no sea contigo dentro de mí.

—Dios, nena. Nunca dejes de decirme lo que quieres. No veas cómo me pone.

Daniela sonrió y se levantó para quedar en la mesa sentada. Gael miró las manchas de harina que tenía por todo el cuerpo. Eso le encantó.

—Me encanta verte llena de harina —se acercó a su boca para besarla—. Me gusta mucho —le mordió el labio inferior.

—A mí me gusta más esto —dijo desabrochando el botón de los pantalones para meter la mano por ellos y atrapar su endurecido miembro.

Daniela jadeó al notarlo tan duro y grande y se excitó aún más al pensar que era todo suyo. Le bajó los pantalones junto con la ropa interior, ayudándose de los pies, y cuando liberó aquella erección, suspiró. Sin duda, Gael estaba muy bien proporcionado. Todo él era magnífico. Comenzó a palpar su largura con lentas caricias y Gael cerró los ojos, disfrutando de aquel placer.

—¿Tienes un preservativo?

—Sí, espera.

A su pesar, Daniela le liberó y le observó agacharse para sacar un envoltorio de la cartera. Lo rompió con los dientes y ella bajó de la mesa de un pequeño salto para cogerlo y colocarlo en la punta de su miembro.

—Déjame a mí —le pidió en un susurro antes de atrapar su labio inferior entre los dientes para tirar de él.

Daniela comenzó a dejar un reguero de besos por todo su cuerpo, desde el cuello, bajando por los pectorales y abdominales, con la lengua, hasta llegar a su pubis. Le encantaría saborearle y mimarle mucho más, pero ambos estaban al límite y ya habían esperado demasiado. Atrapó con la boca el condón y se lo fue colocando con ella. Gael gruñó y enredó los dedos en el frondoso cabello de ella, pero la soltó cuando terminó de ponerle la protección.

Sin aguantar más, hizo que se pusiera de nuevo en pie y, agarrándola de las nalgas, la elevó y la sentó de nuevo en la mesa para penetrarla de una fuerte y profunda estocada. Estaba tan húmeda que su cuerpo le acogió sin ningún problema. Daniela gritó gustosa por tenerle en su interior. Se aferró a sus hombros y comenzó a moverse al sentir cómo le llenaba. Sus cuerpos encajaban

a la perfección. Sus paredes le acogían y le comprimía de una forma deliciosa que a Gael le volvió completamente loco.

Estar dentro de ella era el jodido paraíso y sentía cómo tocaba lo más profundo de su interior. Daniela le abrazó la cintura con las piernas para cambiar el ángulo y que sus embestidas fueran más profundas.

—Oh, joder, nena..., no quiero que esto acabe.

—¡No pares, Gael! —le pidió hundiendo el rostro en su cuello.

Él obedeció y aumentó el ritmo de las acometidas mientras Daniela le clavaba las uñas en la espalda y él la abrazaba con más fuerza.

—¡Me corro, Gael! —gritó, reteniendo el gran orgasmo que se avecinaba.

—No te contengas, nena. Déjame sentirte.

Aquellas palabras hicieron que el cuerpo de Daniela comenzara a convulsionar y su sexo se contrajera mientras el clímax la invadía. Gimió alto para que él la escuchara y Gael siguió penetrándola hasta que el orgasmo le llegó y se derramó en su interior, reduciendo el ritmo de sus embestidas.

Exhaustos y sudorosos, ambos se quedaron abrazados. Sus respiraciones entrecortadas eran el único sonido que había en la cocina.

Gael le besó el cuello y saboreó su salado sabor. Aquello había sido increíble y no veía el momento de repetirlo. Era cierto que su primera vez no la había imaginado allí, pero para él había sido perfecta. Sobre todo porque una de sus fantasías era hacerle el amor con ella cubierta de harina.

—Creo que no voy a poder moverme en semanas —rio Daniela al sentir cómo las piernas le temblaban.

Gael le acarició las piernas desnudas y la besó con ese punto salvaje que solo él tenía.

—Pues vete acostumbrándote, porque pienso repetir esto siempre que pueda. ¿Estás de acuerdo?

—Completamente.

CAPÍTULO 19



Daniela no estaba demasiado convencida de lo que iba a hacer. Se sentía algo hipócrita. Primero le dice a Ricky que se vaya a la mierda y ahora ella se encontraba frente a la puerta de su casa dispuesta a hacerle una agradable visita.

Ya habían pasado varios días desde el pequeño accidente del andamio y, en ese corto tiempo, Ricky no había salido de casa. Se encontraba bastante dolorido y tampoco tenía ganas de pisar la calle.

Si Daniela conocía aquello era por las cotillas del pueblo, que enseguida largaban todo lo que escuchaban. La mayoría de las veces, por culpa de esa lengua larga que tenían, muchas familias y amigos habían tenido problemas, pero otras veces... eran de agradecer. Como en esta ocasión.

Aún seguía sin confiar en él, pero no podía negar que estaba preocupada. Al fin y al cabo, le había salvado la vida. El andamio habría caído sobre su cabeza y la de Israel si él no hubiera llegado a aparecer.

No muy segura, Daniela llamó al timbre y enseguida la madre de Ricky le abrió. Mirian era una buena amiga de su madre, así que se conocían desde que ella era un bebé. Siempre había sido cariñosa con ella y, cuando se enteró de lo que su hijo le hacía en el instituto, no dudó en poner las cartas sobre la mesa, pero la adolescencia era una etapa muy mala y a Ricky le daban absolutamente igual los castigos y las broncas de sus padres.

—¡Hola, Daniela! —la abrazó—. Cuánto me alegro de verte. Desde que nos mudamos no te había visto.

Mirian la cogió de las manos y se alejó un paso de ella para observarla.

—Estás preciosa —sonrió—. El tiempo te ha tratado muy bien, no como a mí.

—No seas tonta, Mirian —rio—. Estás estupenda.

—Tú, que me ves con buenos ojos —le dio un beso en la mejilla—. ¿Has venido a ver a Ricky?

—Sí, me gustaría saber cómo está.

—Un poco insoportable, pero la pierna va curando bien.

Mirian condujo a Daniela hasta el salón, donde Ricky estaba entretenido jugando a la PS4. Ella enseguida reconoció el juego. Era la segunda parte del videojuego *Assassin's Creed* ambientado en Florencia. Cuando se estrenó, Jone y ella fueron al cine a ver la película y, aunque a su amiga le encantó, Daniela se quedaba con las historias de los videojuegos. Le daban mil vueltas a la película.

No sabía qué decirle a Ricky, aparte de darle las gracias, claro está, pero tras eso... no sabía muy bien de qué iba a hablar. Había acudido allí dispuesta a hacerle algo de compañía. No era bueno que estuviera tanto tiempo solo y sin soltar el mando de la consola.

—Cariño, tienes visita —habló Mirian.

Ricky no se había percatado de su presencia. Estaba demasiado concentrado en el juego, pero, en cuanto giró el rostro, puso el *pause* y dejó el mando sobre la mesa. No era ningún maleducado.

—Hola, Daniela —la saludó sonriendo. Le alegraba aquella visita—. ¿Cómo estás?

—Creo que eso más bien te lo tengo que preguntar yo.

Él rio y Mirian se disculpó de ellos para dejarlos a solas. Ricky le ofreció a Daniela un sitio a su lado, que ella aceptó, aunque salvaguardó las distancias.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bastante jodido y hecho mierda, no te voy a engañar —elevó los hombros—. Aparte de la pierna, tengo un buen golpe en la espalda. Esto es lo de menos —señaló los puntos de su frente.

—Me siento un poco culpable —le confesó—. Israel insistió en ir a ver la casa por dentro y..., si lo hubiera sabido...

—Nadie podría haber predicho aquello.

—Tienes razón, y fue una suerte que estuvieras allí —le miró—. Gracias, Ricky.

Él sonrió y asintió. Le resultaba raro tenerla a escasos centímetros cuando había pasado tanto tiempo esquivándole. Seguía arrepintiéndose de lo que hizo. Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, se buscaría y se daría un buen puñetazo antes de expandir aquella foto.

—No tienes que darme las gracias. Supongo que me merecía que me cayera un andamio encima por todo lo que te hice. A veces el karma funciona, ¿no?

Daniela no pudo evitar sonreír, y jugó nerviosa con las manos. Todavía se sentía algo incómoda. No porque él la intimidara, ni mucho menos, pero tras el episodio de la dichosa foto era difícil actuar como si aquello no hubiera pasado. Ella ya lo había olvidado; en parte. Nadie la torturaba con ello, pero, cuando le

veía, no podía evitar recordarlo. Sabía que el rencor no llevaba a ningún lado y, de verdad, que no se lo tenía, pero la situación entre ellos todavía era tensa y complicada.

—Ricky..., te voy a ser sincera —susurró—. Hace tiempo que te he perdonado, pero no confío en ti. No puedo evitar ponerme alerta cuando estás cerca.

—Lo entiendo, pero no tienes nada que temer. Antes que volver a hacer lo que hice, me tiro desde el campanario de la iglesia.

Ella sonrió ligeramente.

—No quiero que sigamos sin hablarnos ni esquivándonos. Antes de que todo sucediera..., te consideraba un buen amigo, ¿sabes? —Ricky bajó la mirada avergonzado—. Quizá, con el tiempo, la confianza vuelva; de momento podemos intentar conformarnos con hablarnos.

—Me parece perfecto, Daniela. Y no me cansaré de decirte cuánto lo siento. Gael me dio lo que me gané —se tocó la nariz—. Es un buen tío que te merece. Supo valorarte.

Daniela no pudo evitar sonrojarse, aunque solo un poco. Ricky tenía razón. Gael la valoraba y no dudó en defenderla ante lo ocurrido. Y eso que, por aquel entonces, ella no le quería ni ver. Aunque no estaba muy de acuerdo con el puñetazo que le dio, ya que era una defensora absoluta contra la violencia, le gustó que se arriesgara a tener bastantes problemas por hacerle justicia.

«Como un perfecto caballero», se mofó Daniela en su mente, y sonrió.

—Gael tiene bastantes caras —le dijo, sin revelarle a qué se refería exactamente.

—Me alegro de que de verdad estés con él —dijo sincero—. Cuando se cayó el andamio, a pesar de que sé que me odia, fue el que más me ayudó. Los demás se quedaron parados, se habían quedado bloqueados, y Gael tomó las riendas para levantar todo lo que había encima de mí. Y después me acompañó al hospital para que no estuviera solo hasta que mis padres llegaron.

Daniela se quedó sorprendida. Sabía que Gael le había ayudado, ella estaba presente cuando pasó, pero no le había dicho que le acompañó al hospital y estuvo con él durante las más de cuatro horas que tardaron Mirian y su marido, Esteban, en llegar a Burgos. Sonrió. A pesar de que le gustaba poder ayudar, seguía callándose ese tipo de cosas, como si tuviera una reputación que mantener de chico duro. Daniela tendría que explicarle, cuando estuvieran a solas, cómo le gustaba enterarse de esas cosas. La ponía a cien, para qué negarlo.

—Soy afortunada de que haya decidido que forme parte de su vida.

Ricky asintió y, a su pesar, Daniela se levantó para marcharse. Había quedado con Gael. Irían con Sally hasta su refugio, donde picarían algo antes de

regresar a la casa de él para ver una película y después... lo que surgiera. Aquella noche la pasaría con él, aprovechando que su padre no estaría en casa. Desde que se enteró de que su pequeña salía con un chico, la vigilaba demasiado, como si se pensara que de madrugada Gael fuera a colarse por la ventana.

A Mirian le apenó que Daniela tuviera que marcharse ya, pues ella debía ir al otro pueblo a hacer unos recados y tardaría bastante en llegar. No quería dejar a su hijo solo por si necesitaba algo, pero Ricky le aseguró que estaría bien y que, si necesitaba algo, tenía las muletas para moverse. No era ningún inválido. Su madre no se fue demasiado tranquila, pero Daniela le dijo que no se preocupara, que llamaría a una amiga para que estuviera un rato con él.

Jone no estaba de demasiado buen humor. Aquel día en la guardería había sido un caos y, cuando ya creía que se iba a casa a descansar, Daniela la llamaba para pedirle que le hiciera compañía a Ricky y le ayudara en todo lo que necesitara hasta que su madre regresara. Bueno, más bien no se lo había pedido, sino consultado, pero ella era tan buena e idiota en ocasiones que por su boca no había salido el «no» que su cabeza pensaba.

Y ahí estaba, de camino a casa de ese idiota. Por Daniela sabía que habían firmado una especie de tregua, pero seguía sin caerle demasiado bien por lo que hizo.

Cuando llegó a su casa, llamó con los nudillos para ver si no le escuchaba y así, poder poner la excusa de que creía que no había nadie, pero no, Ricky le abrió solo vestido con unos pantalones de algodón largos grises y apoyado en las muletas.

Jone tuvo que cerrar la boca para evitar babear al verle medio desnudo. El trabajo en la casa estaba creando buenorros en Quintanar.

—Hola —le saludó entrando—. Me ha enviado Daniela a cuidarte mientras tu madre está ausente.

—Gracias, pero no necesito que nadie me cuide.

—Lo sé, pero, si no me quedo y después te pasa algo, la conciencia me reconcomerá.

Ricky cerró la puerta y se desplazó con ayuda de las muletas hasta el salón por donde Jone había desaparecido.

—¿Estás jugando a *Assassin's Creed II*? —le preguntó—. ¡Oh, me encanta el protagonista! Vi la película y me gustó mucho el actor que interpretó al asesino. Cómo me pone ese hombre.

—Otra que se cree experta en el juego solo por ver la película cuando antes no tenía ni puta idea de que existía —replicó Ricky dejándose caer en el sofá.

—¡Eh! —le recriminó—. Puede que empezara así, pero me he tragado todos los vídeos de YouTube del juego para ver más historias. ¡Y me encantan! Daniela me picó y me he enamorado de Ezio Auditore —juntó las manos y miró al techo como una tonta enamorada de aquel personaje ficticio—. Qué envidia me dan todas las chicas del videojuego a las que se tira o coge entre sus fuertes brazos. Es un picaflor, pero un caballero. ¡Cómo me pone!

—Pues aprovecha si quieres ver a tu enamorado mientras juego.

—Al final no ha sido mala idea venir —Jone se acomodó a su lado—. Procura que no le maten o me vengaré —le amenazó bromeando, y Ricky, sonriendo, reanudó el juego.

* * *

El móvil de Daniela vibró encima de la mesa auxiliar y ella lo miró perezosa. Estaba muy a gusto como para alejarse de los brazos de Gael y ver el mensaje.

Tras cenar en su refugio, Gael y ella habían ido a su casa para ver una película. Se había quedado congelada mientras cenaban, a pesar de las mantas, así que, tras llegar, no dudó en aceptar el cobijo que él le ofreció. Ni siquiera se desprendió de la manta. Se la ciñó más a los hombros antes de que Gael pasara un brazo por su cintura para que apoyara la cabeza en su pecho mientras le daba calor. Se estaba tan bien en sus brazos...

Además, estaba agotada tras las 40 horas laborales y aquello le dio rabia, ya que, desde su apasionado momento en la cocina, Daniela no veía el instante en que volvieran a repetirlo, pero aquel día estaba tan cansada... No tenía fuerzas para nada y Gael lo había notado, ya que no dejaba de acariciarle la espalda con lentitud para que se relajara y durmiera, incluso a veces le daba un ligero beso en la frente y le susurraba que descansara, pero ella se negaba.

Daniela no dejaba de mirar la luz led de su móvil. Sabía quién era y, aunque había dicho que no iba a leer el mensaje hasta el día siguiente, la curiosidad pudo con ella. Se impulsó un poco para reincorporarse, pero Gael la retuvo.

—No lo mires. Seguro que es tu jefa pidiéndote algo y, conociéndote, le dirás que no, pero te pasarás hasta el lunes comiéndote la cabeza.

—¿Cómo lo sabes? —frunció el ceño. Había dado de lleno.

—Porque te empiezo a conocer —le apartó un mechón de cabello tras la oreja—. Cuando nos conocimos y te desahogaste a base de bien conmigo, te sentiste culpable y, hasta que no te disculpaste, no te quedaste tranquila; y cuando nos dimos ese horroroso tiempo para aclararnos un poco, sé que no

dejabas de pensar en mí —le dijo con voz seductora—. Les das muchas vueltas a las cosas y no te relajas ni dejas de pensar en ello hasta que no las resuelves.

Daniela rio y le dio un ligero golpe en el pecho.

—Menudo fanfarrón. ¿Quién te ha dicho que pensaba en ti?

—¿Acaso no es verdad?

Ella calló y prefirió no contestar o aquello le subiría el ego más de lo que ya lo tenía. Esa noche le había comentado lo que Ricky le había contado. Gael sabía que esa tarde Daniela había ido a visitarle, ella no se lo había ocultado y a él no le pareció mal, aunque sí se preocupó. No se fiaba de Ricky. Pero a pesar de eso, no dudó en quedarse con él en el hospital. Gael no se lo quiso contar porque no le dio importancia. No era ningún santo y aquello podía haberlo hecho cualquiera.

—No lo mires —volvió a repetirle al ver que se acercaba al móvil, y le dio un ligero toque en la piel desnuda de su cadera.

—Cuando sale la luz azul —se la señaló—, me indica que es Jone, cuando sale morada, es mi jefa.

—Entonces estás a salvo.

—Sí —rio y cogió su Coca-Cola para beber un poco mientras leía el mensaje de su amiga.

Me he follado a Ricky..., ¡con calcetines!

Daniela escupió parte de la bebida que estaba saboreando al leer aquello. Se atragantó con ella y comenzó a toser mientras Gael la auxiliaba. Cuando por fin pudo volver a respirar, le enseñó el mensaje.

—¿Con calcetines?

—Sí, verás, Jone les tiene mucho asco a los pies y siempre que folla lo hace con calcetines, pero a veces sus amantes no quieren y tiene que conformarse con quitárselos si quiere echar el polvo, aunque evita tocarlos o verlos.

Gael la observaba completamente alucinado. Aquello era lo más raro que le habían contado sobre el sexo, y eso que había escuchado cosas muy extrañas.

—No le busques explicación, ¡es Jone! —se levantó del sofá—. Voy a llamarla, no tardo.

Él asintió y, al ver que Daniela se iba al cuarto del piso de abajo, Tore la siguió. Gael se quedó allí, alucinando aún con lo que su chica le había relatado.

«Mi chica, mi novia, mi Daniela. Me encanta como suena», pensó con una boba sonrisa en el rostro.

—Pero ¿qué has hecho? —soltó Daniela cuando su amiga descolgó.

—Ya lo has leído. Follar.

—Por Dios, Jone, que estaba convaleciente.

—He estado yo encima y he sido cuidadosa y ¡madre mía, Daniela! ¡Qué momento! ¡Qué hombre! ¡Qué polvo! ¡Y qué polla!

—¡¡Jone!!

—No vayas de mosquita muerta que tienes de monja lo mismo que yo.

—Pero Jone...

—Me vas a desgastar el nombre —rio—. Ay..., ha sido increíble. Estaba embobada mirándole jugar con mi amado Ezio, y sabes cómo me pone..., y saber que él lo manejaba ha hecho que me ponga aún más cachonda y no sé cómo ha ocurrido, que de repente estábamos desnudos, besándonos y follando. Y lo mejor es que ambos queremos repetir. De verdad, Daniela, no sé cómo es Gael, pero Ricky, ¡oh, Dios!

Daniela no pudo evitar taparse la cara mientras reía antes de acariciar a Tore. Jone tenía una forma de relatar las cosas que era imposible no reírse. No estaba en contra de aquello, su amiga podía hacer lo que quisiera, pero le extrañaba cuando, horas atrás, odiaba a Ricky y ahora no solo se había acostado con él, ¡sino que la muy insensata quería repetir!

—Jone, sabes que puedes hacer lo que quieras, pero te lo repito, ten cuidado.

—Lo tendré, aunque no tienes de qué preocuparte. Te dejo ya, que estoy agotada y tú dentro de poco querrás estar con Gael... ocupada.

Daniela rio y negó con la cabeza mientras se despedía de ella y se reunía con Gael para colocarse en la misma posición que estaba antes, aunque esa vez con Tore a sus pies.

—Mmm... —gimió cuando él la abrazó—. Me muero por hacer lo mismo que Jone, pero estoy tan cansada...

Gael rio y le acarició el cabello suelto.

—Creo que, si lo hiciéramos, podría considerarse que me he aprovechado de ti.

—Te doy la razón —rio—. No puedo ni moverme, pero mañana tendré el mejor desayuno de mi vida —le miró pícaro.

Gael se agachó para besarla deseando que pasaran las horas para que ella cumpliera su deseo. Estaba dispuesto a cumplir cualquier cosa con tal de verla con la sonrisa que tenía en ese momento.

Cuando rompieron aquel intenso contacto, ella volvió a recostarse y él la abrazó incitándola a dormirse. No tardó en hacerlo y, como aquella noche, la cogió para llevarla a su cama, pero esa vez no pasó por su cabeza el dormir en otra habitación, sino que se tumbó a su lado y la abrazó, deseando despertarse junto a ella a la mañana siguiente, aunque sabía que no tendría suficiente con una mañana. Las quería todas.

CAPÍTULO 20



Daniela fue la primera en despertarse. La noche anterior había caído completamente rendida. Estaba agotada. Ni siquiera se había enterado de cuándo Gael la cogió en sus fuertes brazos para meterla en la cama.

Se desperezó mientras se estiraba y emitía un suave gemido antes de limpiarse con los dedos unas pocas legañas que tenía en la comisura de los ojos. Miró por la ventana para contemplar la luz que entraba por ella y giró el rostro para observar una maravilla mejor que los rayos de sol. Bueno, vale, ver a un chico con la baba colgando no era una gran maravilla, pero al menos no roncaba. Era un punto positivo.

Se movió para quedar tumbada de lado y se recolocó un poco la camiseta del pijama para que no se le saliera un pecho. Le observó. Estaba tan mono. Baba incluida. Tenía su cabello castaño claro despeinado y una expresión en el rostro tan serena que era imposible no quedarse hipnotizada contemplándole. Era un auténtico adonis.

Con cuidado, bajó un poco la sábana para descubrir su cuerpo y se mordió el labio al ver que a Gael no le gustaban nada los pijamas. Y eso la alegraba muchísimo. Analizó sin ningún pudor su cuerpo medio desnudo, lástima que la ropa interior tapara lo más interesante. Ya había disfrutado de él, pero no tenía nunca suficiente, quería muchísimo más.

Le daba pena despertarle, pero, tal y como le había dicho la noche anterior, quería su desayuno. Ciñó su cuerpo al de él y comenzó a repartir besos por su cuello. Primero suaves y cortos y, después, más largos y húmedos, mientras comenzaba a acariciar cada centímetro de su caliente piel.

Gael gimió y se movió para darle la espalda al tiempo que agarraba la sábana para cubrirse.

—Oye... —se quejó divertida Daniela—. Estaba empezando mi desayuno.

—Nena, yo te dejo que me desayunes, pero antes tengo que despejarme.

—¿Quieres que te despeje? —se elevó un poco para mirarle y él se tumbó con la espalda apoyada en el colchón para mirarla con los ojos entrecerrados.

—Estás borrosa.

Daniela rio y ahuecó un poco la sábana para colocarse a horcajadas sobre su cuerpo mientras él se limpiaba esa baba que manchaba la comisura de su boca. Le cogió de las muñecas y se las colocó por encima de su cabeza.

La visión de Gael se fue aclarando y se quedó observando el canalillo de los pechos que tenía frente a él. Pudo vislumbrar que, bajo esa fina camiseta de tirantes blanca, no llevaba absolutamente nada. Sus apetitosos y rosados pezones se le marcaban y a él lo único que le apetecía era atraparlos con su boca. Él también quería desayunarla.

A su entrepierna también le gustó aquella idea, pues comenzaba a crecer bajo su bóxer.

—Uy, creo que ya nos hemos despertado todos —rio Daniela al notar su dureza.

—Tú la has despertado —afirmó Gael sonriendo y alzando la cabeza para depositar un suave mordisco en su barbilla.

—¿Estás ya más despejado?

—Todavía no.

—Hum..., habrá que solucionarlo, ¿no crees?

Daniela soltó sus muñecas y comenzó a deslizarse por su cuerpo. Rozó sus sexos y jadeó levemente. Ya le quería dentro, pero pensaba disfrutar de él y, sobre todo, hacerle gozar.

Fue lenta, recorriendo con la lengua cada centímetro de su piel. Le dibujó los pectorales y los abdominales con ella al tiempo que metía una mano bajo su ropa interior para acariciar aquel órgano que la volvía completamente loca. Estaba listo para ella: grande y duro. Comenzó a mimarlo con la mano con caricias lentas de arriba abajo ejerciendo una ligera presión que hizo que Gael gimiera.

—¿Mejor? —preguntó mirándole.

—Sí, pero no suficiente —sonrió—. No pares, nena.

Daniela sucumbió a sus deseos y volvió a acercar su boca a su cuerpo, aunque esta vez, más abajo. Soltó su caliente miembro y él se quejó, pero solo serían unos segundos de sufrimiento para disfrutar de varios intensos minutos de placer.

Se deshizo de aquellos molestos bóxers para dejar libre su impresionante erección. Arrojó a un lado su ropa interior y se lamió los labios al saber que aquello era completamente suyo. Volvió a cogerla con la mano y acercó su boca para depositar en ella un suave beso. Decidió torturarle un poco con caricias

suaves. Saboreó aquella rosada punta haciendo círculos con la lengua antes de bajar sus caricias por su largura. Simplemente la rozaba con suavidad, haciendo que sus caderas se movieran pidiendo mucho más.

—Mmm... —retuvo su sabor—. ¿Más despejado? —le volvió a preguntar pícaro sin dejar de acariciar con la mano su largura.

—Algo más —consiguió contestar con la respiración entrecortada.

—¿Quieres que siga? —quiso saber.

—Joder, nena, claro que quiero.

Ella sonrió excitada y le separó más las piernas para acomodarse mejor entre ellas.

—Pídemelo.

—Nena... —pronunció con voz ronca.

—Me dijiste que no dejara de pedirte lo que deseaba, pues ahora deseo que me pidas lo que quieres que te haga.

Escucharla hizo que Gael se excitara muchísimo más. Daniela era una auténtica descarada, y eso le ponía a cien. Le encantaba que en el plano del sexo no tuviera ningún tipo de pudor. Que no se avergonzara de todo lo que hacían. Simplemente, era perfecta.

—Nena, quiero que mi polla esté dentro de tu boca y que hagas con ella todo lo que desees.

—Eso está hecho, amor.

Gael se sorprendió ante ese apelativo cariñoso, pero no pudo decir nada. Daniela se había metido su pene por completo en su boca. El placer era inmenso y sabía cómo utilizar la lengua para que él disfrutara.

La succionó con cuidado y la sacó de su boca para observarla brillante y más hinchada. Volvió a recorrerla con la lengua para que ninguna parte de su sexo se quedara sin memorizar. Gael era magnífico.

—Dios, nena..., sigue —le suplicó.

Ella lo hizo y volvió a meterse aquel glande en su boca para continuar con esa exploración de su cuerpo y averiguando qué era lo que más le gustaba. Se había percatado de que siempre tensaba su cuerpo cuando se la succionaba o movía las caderas completamente ansioso cuando rozaba su miembro con la punta de la lengua.

Escuchar los sonidos roncós que salían de su boca consiguió que ella también se excitara más en segundos. Su sexo le ardía ansioso y húmedo por participar también en aquel erótico juego. Empezaba a sentir una pequeña molestia en él, pero en ese momento quería concentrarse completamente en Gael.

—Eres delicioso... —succionó su punta mientras acariciaba su largura con la mano—. Y el mejor desayuno de mi vida.

Siguió dándole placer con la boca hasta que notó cómo su cuerpo convulsionaba por el orgasmo que ella, y solo ella, le había dado. Sacó su erección de la boca y le observó gemir de placer mientras el clímax le invadía por completo. Una fina capa de sudor le recorría todo el cuerpo y su cara mostraba el estado exhausto que aquel placer le había proporcionado. Simplemente, esa visión era perfecta y gloriosa.

Daniela escaló por su cuerpo y le besó con pasión, sin ningún tipo de delicadeza, pues a ambos los volvían locos sus besos cargados de sexo y con ese punto salvaje. Gael rodeó su cintura con los brazos y la ciñó más a él.

Le devolvió cada uno de los besos con auténtica devoción y ella gimió en su boca cuando sus lenguas se enredaron en aquel placentero baile erótico.

Gael giró en la cama para colocarla bajo su cuerpo y le separó las piernas para colocarse entre ellas. Daniela sonrió juguetona al notar su miembro de nuevo duro y deseoso de continuar.

—Qué rápido te recuperas —le susurró acariciándole los labios con la lengua.

—Por supuesto, nena. Yo también quiero mi desayuno.

Ella rio y le dejó hacer cuando la desprendió de la camiseta. No llevaba sujetador, así que se quedó desnuda de cintura para arriba. Gael contempló aquellos perfectos pechos y acomodó uno de ellos en la mano mientras se metía el otro en la boca. Su pezón ya estaba duro y erecto para recibirle y eso le encantó. Lo succionó y lo saboreó rodeando con la lengua la areola antes de volver a metérselo por completo en la boca.

Daniela arqueó la espalda y gritó cuando él le regaló un pequeño mordisco en el pezón. No le había hecho daño, al contrario, había sentido una sacudida de placer que había ido a parar directa al centro de su deseo. Estaba muy húmeda. Lo notaba.

Gael liberó el otro pecho del aprisionamiento de su mano y lo mimó también con la boca. Ella enredó las manos en su cabello para que no dejara de hacer aquello. Le encantaba.

—Nena, te juro que las próximas veces serán mejores y que no dejaré ninguna zona de tu piel sin besar, pero ahora mismo necesito estar dentro de ti —declaró.

Atrapó con las manos la goma de sus pantalones para desprenderse de ellos y se quedó unos minutos contemplándola. Solo la diminuta tela del tanga rosa que llevaba cubría lo más apetecible de su cuerpo. La tela estaba completamente

húmeda y no pudo resistirse a agacharse para saborearla por encima de la ropa interior.

—¡Oh, Dios! —gimió Daniela—. ¿No decías que necesitabas estar dentro de mí?

—Sí, pero antes creo que voy a disfrutar de esto —decidió mientras le quitaba también el tanga y lo tiraba a un lado del cuarto—. Estás completamente empapada y necesito probarte.

Le separó más las piernas y besó sus muslos internos. Daniela estaba completamente expuesta a él sin ningún tipo de pudor, es más, ella misma había empezado a tocar sus pechos para que el placer fuera mayor. Aquello le volvió loco y sacó la lengua para lamer la humedad de sus ingles antes de abarcar con la boca todo su sexo.

Daniela gritó y se arqueó al tiempo que agarraba las sábanas para oprimirlas en sus manos. Gael sabía cómo dar placer de aquella forma tan íntima e intensa. Recorrió con la lengua toda la carne de su sexo y atrapó con los labios su clítoris para saborearlo y tirar de él.

—Sí, Gael, así... me encanta.

—Ni te cuento lo que me gusta a mí... Dios, Daniela, me encanta cómo sabes, cómo gimes, cómo disfrutas..., me encanta absolutamente todo de ti.

Él siguió dándole placer con la boca, pero ya no podía más, necesitaba estar dentro de ella con urgencia. Abrió el cajón para coger un preservativo y colocárselo antes de penetrarla de una fuerte y profunda embestida.

El cuerpo de Daniela le acogió y ella rodeó con las piernas su cintura para que el ángulo fuera mejor para sus acometidas. Ella lo sentía en lo más profundo de su interior y cómo sus paredes se ceñían a su miembro.

Gael aumentó el ritmo de las caderas y gruñó al sentir las uñas de Daniela clavarse en su espalda. Estar en su interior era el paraíso. Su estrechez le acariciaba por completo y aquel roce conseguía que alcanzara el séptimo cielo. Simplemente ella era perfecta para él.

La agarró de las nalgas y le alzó las caderas para que las penetraciones fueran más profundas, y clavó los dedos en ellas.

—Gael..., voy a..., ¡oh, Dios! Estoy a punto.

—Yo también —le susurró con la boca pegada a la de ella—. Dámelo, nena.

Gael le dio un abrasador beso cuando el orgasmo les llegó. Ambos ahogaron los gemidos en la boca del otro hasta que esos intensos segundos pasaron y, exhaustos, se dejaron caer en la cama.

Daniela sonreía. Aquel hombre sabía dar placer. Era un as en la cama, pero obviamente no pensaba decírselo. Cuanto más bajo tuviera el ego, mejor. Es verdad que Gael no era ese chico que conoció el primer día, pero seguía siendo

bastante orgulloso y le encantaba que le doraran la píldora. Puede que fuera un defecto en él, pero a ella le gustaban cada una de sus virtudes y quería cada uno de sus defectos.

—Ha sido el mejor desayuno de mi vida —rio Daniela rodando para quedar sobre él—. Pero ahora tengo más hambre que antes. ¿Comemos algo?

—Sí —se levantó de la cama con su esplendorosa desnudez, que Daniela disfrutó hasta que se colocó de nuevo la ropa interior—. ¿Me ayudas?

—Por supuesto, necesitas a la mejor repostera del pueblo, para que pruebes las mejores tostadas del mundo.

Daniela también saltó de la cama y comenzó a vestirse. Cada prenda de ropa estaba esparcida por un lado de la habitación, pero había una en particular que no encontraba.

—Gael, ¿se puede saber dónde has tirado mi tanga?

—No sé, por ahí —señaló la zona de la habitación que estaba más cerca de la puerta.

Ella se puso los pantalones y se agachó para ver si estaba por debajo de la cama, pero no.

«Qué extraño..., no ha podido ir demasiado lejos. Bueno, ya aparecerá», pensó, y fue a reunirse con Gael en la cocina.

—¿Lo has encontrado? —le preguntó mientras ponía la cafetera al fuego.

—No —contestó poniéndose de puntillas para darle un beso en la mejilla antes de ir al armario donde sabía que estaba el pan de molde y la tostadora—. Si lo encuentras, ni se te ocurra quedártelo.

—No te prometo nada —le dijo pasando por su lado y dándole un ligero azote.

Pusieron en la mesa de madera que había en la cocina dos tazas, dos platos pequeños, dos vasos y cubiertos. Cuando todo estuvo listo, se sentaron y degustaron aquel desayuno. Estaban hambrientos tras el ejercicio matutino.

Tore, que olió la comida, fue hacia ellos y apoyó las patas delanteras en el muslo de Daniela para ver si le daban algo.

—Lo siento, pequeña, como futura veterinaria no puedo darte dulce o, si me pillan, no me dejarán volver a entrar —bromeó, pero frunció el ceño al ver lo que tenía en el hocico.

Se lo quitó con dos dedos y lo analizó. Abrió los ojos como platos al reconocer qué era aquello. Un hilo de su tanga.

—¿Qué pasa? —le preguntó Gael al verle la cara.

—Creo que Tore se ha comido mi tanga —le dijo levantándose de la silla para volver a la habitación por si acaso lo veía, pero no, no estaba. Así que su teoría era la más probable. A los perros les encantaba comer cosas que no

debían. Corrió de nuevo a la cocina—. En la habitación no está. Así que tienes que llevar a Tore al veterinario para ver si se lo ha comido.

—¿Qué? Ni hablar, si se lo ha comido, ya lo echará.

—No, Gael, tienes que llevarla. Tienen que ver dónde está la prenda y, si todavía no es tarde, hacerla vomitar para evitar operarla. Es necesario; se le puede obstruir y traer consecuencias graves, incluso puede matarla.

Aquella palabra hizo que Gael reaccionara y, sin terminar el desayuno, corrió a la habitación para vestirse mientras Daniela apuntaba en un papel unas indicaciones.

—Toma —se lo entregó cuando salió—. Tienes que ir al veterinario donde fuimos el día que cogiste a Tore, me imagino que habrás ido más veces para vacunarla, pero, por si acaso, te digo: a la salida del pueblo, giras a la izquierda y no tiene pérdida. Sigue la carretera hasta que llegues a Salas y aquí —le señaló en el mapa un cuadrado que había dibujado— está la consulta. Ella se llama Lyliá.

—Espera, espera, espera, tú te vienes conmigo.

—¡Ni hablar!

—Es tu tanga, así que es culpa tuya.

Daniela abrió los ojos sorprendida.

—Perdona, has sido tú el que lo ha tirado por ahí, así que también es culpa tuya. Podrías haberlo dejado en los pies de la cama.

—Nena, estábamos demasiado ocupados para doblar la ropa.

—Que no, Gael, que Lyliá me conoce —empezó a caminar por el salón—. ¿Sabes el corte que me va a dar explicarle que tu perra se ha comido mi tanga?

—¿Desde cuando eres tan vergonzosa? —le preguntó—. Es la primera vez que te veo tan pudorosa.

—Porque esa chica antes vivía aquí y es la que me pegó la pasión por la veterinaria, me conoce desde que llevaba pañales y creo que me resultaría incómodo ir y explicarle que la perra de mi novio se ha comido mi tanga. ¡Que no, que yo te espero aquí!

—No pienso ir al veterinario yo solo para decirle que mi perra se ha comido un tanga —la señaló. Tore estaba sentada mirándolos discutir, aunque no entendía nada—. ¿Y si piensa que es mío?

—¿Quién es ahora el pudoroso? —se cruzó de brazos—. Bueno, paremos ya, cada minuto que pasa, Tore está más en peligro —suspiró pensando una solución que gustara a los dos—. Prepara a Tore, yo voy un momento a casa y enseguida vengo a por vosotros.

—¿Otra vez conduces tú?

—¡Sí! —le gritó mientras se encerraba en la habitación para vestirse.

Cuando se fue, Gael cogió a Tore y le colocó el arnés para ponerle la correa. Daniela estaba tardando más de lo normal. Habían pasado veinte minutos desde que se había ido y no había ni cinco desde su casa a la suya.

Diez minutos después, oyó la bocina de su preciada Sally y salió de casa, pero se quedó completamente sorprendido al verla por la ventana.

—Pero..., pero ¿qué te has puesto? —le preguntó reteniendo la risa.

—Es la única solución que se me ha ocurrido. Tú no quieres ir solo y yo no quiero que me reconozca, así que no me ha quedado otra.

Daniela se había puesto una peluca morena y larga, lentillas azules y unas gafas de pasta negras. Le quedaba bien, pero él prefería su cabello rubio suelto y sus preciosos ojos oscuros.

Gael se subió a la *pick-up* y Daniela condujo hasta el veterinario. Veinte minutos después, entraban en la consulta.

—Buenos días, contadme —les pidió Lylia.

—Sin rodeos —dijo Gael—. Mi perra se ha comido la ropa interior de mi novia.

Daniela se sonrojó y apartó un poco la mirada.

—Los perros tienen una muy mala costumbre de comer cosas que no deben —sonrió—. Voy a hacerle una radiografía para ver dónde está la prenda y le provocaremos el vómito para ver si lo expulsa. Esperemos que no haga falta operarla. Me la llevo y enseguida os explico cómo vamos a proceder. Esperad en la sala.

Ellos asintieron y se sentaron en una de las sillas de plástico que había. La consulta estaba completamente desierta.

—Nota mental: asegurarse de que Tore no esté cerca o en el cuarto donde... «desayunemos» —dijo Gael.

Daniela rio y cogió su mano para entrelazar los dedos.

—Lo siento —le miró—. No me había dado cuenta de que había entrado. Si le pasa algo por mi culpa, no me lo perdonaría.

Gael acomodó la mano en su mejilla y se la acarició.

—No es culpa de nadie, nena. Y a Tore no le pasará nada. Lleva horas con tu tanga dentro y la tía está como si nada.

Ella sonrió y se acercó para darle un rápido y suave beso.

Lylia no tardó en salir para decirles que la prenda todavía estaba en el estómago, así que le inyectaría una sustancia que la haría vomitar. En caso de que no lo expulsara, deberían sedarla y practicarle una endoscopia. Gael autorizó a la veterinaria para que hiciera su trabajo y, horas después, salía de la consulta con una emocionada Tore por volver a reunirse con su dueño, y una bolsa de plástico en la mano con el tanga rosa lavado en su interior.

—Ha sido una campeona —sonrió Lylia—. Lo ha pasado un poquito mal con la medicina para hacerle vomitar, pero ahora está mejor y lo ha expulsado muy bien.

—¡Eh!, ¿qué pasa, chica? —acarició Gael a la perra contento al saber que todo había ido bien. Tore no dejaba de saltar y mover la cola para que su dueño y Daniela le prestaran atenciones—. Gracias —le dijo a la veterinaria.

Gael abonó la factura de aquello, pero, antes de salir, Lylia los detuvo.

—Perdona —señaló a Daniela—. ¿Nos conocemos? Me suenas muchísimo y llevo todo el rato pensando de qué te conozco.

—No creo que os conozcáis —respondió Gael—. Es alemana y hace poco que ha decidido dejar su país para venir a vivir conmigo.

—*Ja, guten Tag* —habló Daniela, y salió de la consulta.

Gael la seguía muy de cerca y, esta vez, no pudo aguantarse la risa al haberla escuchado hablar en alemán. Además, no se había dado cuenta de lo cómica que había quedado la situación.

—No te rías —le dio un golpe.

—Me encanta tu alemán.

—¿Cómo se te ocurre decirle que soy alemana?

—Solo quería salvarte el culo, nena. ¿Por qué has hablado? Con no haber dicho nada ya salvábamos la situación.

—Ay, no sé —acabó riéndose ella también—. Me he puesto nerviosa cuando me ha dicho que le sonaba muchísimo.

—Anda, volvamos a casa.

—Sí, pero espera un segundo —le pidió mientras se acercaba a una papelería para tirar la bolsa con el tanga—. No quiero volver a verlo.

CAPÍTULO 21



Daniela estaba muy aburrida. Y ella que creía que con las vacaciones aprovecharía el tiempo para dedicárselo a sí misma...

Su jefa le debía muchos días y, aunque no le hiciera gracia, no le quedó otra que permitirle esas minivacaciones. Era increíble lo egoísta que era esa mujer. Prácticamente era ella quien llevaba la pastelería. Rosa solo aparecía para abrirla, tomarse algo y a las once se marchaba para, según ella, cuidar de su pobre madre.

Y dejaba a Daniela sola para cocinar y atender. ¡Se merecía esas vacaciones! Pero estaba tan aburrida...

Había limpiado un poco la casa y había hecho unas minitartaletas de manzana. A su padre le encantaban y ella había recordado lo que era preparar postres por pasión. Sin estrés, a su ritmo, y lo que ella deseaba.

Sonrió al pensar en su madre y recordar cómo ellas dos preparaban dulces siempre que podían. Ella subida en un taburete, siguiendo las indicaciones de su madre, hasta que empezó a cocinar postres por sí misma. Los animales y la repostería eran sus dos pasiones. En verano había hecho muchos cursos y se había convertido en una auténtica experta. Pero su sueño no era montar ninguna pastelería, sino ayudar a cientos de animales, aunque sabía que a algunos no podría, pero ese era su verdadero sueño.

Tras sacar las tartaletas del horno para que se enfriaran, fue a la habitación para coger las gafas y el libro que estaba leyendo. Lo tenía bastante abandonado, no porque la historia no le gustara, sino por el poco tiempo que tenía.

Se puso cómoda en el sofá y empezó a leer. Estaba completamente concentrada en aquella intrigante trama cuando el timbre sonó y ella se levantó del sofá con una sonrisa pensando que sería Gael. Miró la hora; era mediodía del miércoles. No se veían desde el domingo y estaba deseando volver a verle,

aunque sí habían hablado por teléfono. A Daniela se le hacía raro utilizarlo. Apenas lo tocaba.

Abrió la puerta entusiasmada y la sonrisa se le borró al ver quién estaba en realidad tras la puerta. Qué tonta, Gael no solía salir de la obra hasta las dos de la tarde.

—Ah, eres tú.

Jone abrió los ojos al ver el recibimiento tan entusiasmado de su amiga.

—Yo también me alegro de verte.

—Perdona —le sonrió—. Anda, pasa —se hizo a un lado—. Has llegado justo a tiempo, me aburría como una ostra.

Daniela dejó el libro cerrado encima de la mesa auxiliar del salón junto con las gafas. Solo las necesitaba para leer. Se dio media vuelta para mirar a su amiga y vio que esta la observaba asombrada.

—¿Qué pasa?

—Llevas el pelo suelto.

Daniela se lo tocó y vio que su amiga tenía razón. Aquel día no se había puesto la coleta. Aunque, ahora que lo pensaba..., no recordaba la última vez que se la puso. Ni siquiera tenía una goma de pelo en la muñeca, donde siempre solía llevarlas. Caminó para ir a su cuarto, pero la voz de Jone la detuvo.

—¡Ni se te ocurra recogértelo! —le advirtió—. Estás asquerosamente guapa con el pelo suelto. ¿Cómo no te lo has soltado antes?

—Es culpa de Gael. Él me lo soltó y, cuando estamos los dos solos, no me deja estar con coleta, y me he acostumbrado.

—¡Pues bien por él! —sonrió—. Ya era hora de verte con el pelo así y, aunque con la coleta estás mona, con el cabello libre estás mil veces mejor. Ya me gustaría a mí tener ese pelazo y no este lacio que tengo.

—Tu pelo está bien, Jone —rio.

Ella asintió y se acercó a Calcetines para cogerla. Al principio, la coneja le gruñó, pero era algo que siempre hacía, así que, tras unos pocos mimos por parte de Jone, terminó lamiéndole la mano. Era una auténtica cucada. Volvió a dejarla en el suelo antes de sentarse en el sofá al lado de su amiga.

—Bueno, por tu tonito cuando me has visto, sé que pensabas que era Gael, pero no, aunque lo que te tengo que contar te va a gustar —se acomodó—. Mi madre el otro día estuvo en una reunión del Ayuntamiento y se ve que para finales de mayo la casa estará terminada, así que han pensado hacer una pequeña celebración; y he estado pensando: ya que en este pueblo aburrido no pasa nada chulo, podemos organizarlo la poca gente joven que quedamos. Algo más animado y guay, como un baile. Pero un superbaile. Alcohol, dulces, de los que

espero que te encargues tú —Daniela alzó las cejas—, adornos, buena música y trajes de gala. Tipo baile americano.

Daniela sonrió. Le chiflaban las americanadas. Aún recordaba la cara de Gael cuando se lo contó. En ese momento él entendió muchas cosas de ella, como por qué le gustaba tanto el modelo de coche de su Sally o la razón de por qué triunfó con su escapada en el cine al aire libre. Le encantaban todas las tonterías románticas típicas americanas que salían en las películas o en las series.

—¡Lo sabía! —la señaló Jone—. ¡Te ha encantado mi idea! Bueno, sigo: he pensado que podíamos hacerlo en La Sociedad.

—¿En La Sociedad? —Jone asintió—. Pero Jone, ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que abrieron aquello. Lo tienen muy abandonado.

—El Ayuntamiento ha aprobado un presupuesto para la celebración de la casa, así que los dueños aceptarán abrirlo para preparar allí el baile.

—Está bien, supongamos que nos cedan el lugar, ¿qué más?

—Pues habrá que comprar adornos, ni muy de fiesta infantil ni muy serios, un punto medio para que todos disfruten. Asistirá todo el mundo que quiera, niños y mayores. Como paso de bajar a la ciudad para mirar y comprar, he pensado en mirar qué hay por Internet y pillarlo por ahí.

A Daniela le pareció buena idea y le dijo a Jone que contara con ella para adornar el local y todo lo que necesitara. Su amiga aprovechó esas palabras para que hiciera unos sencillos dulces. Galletas, pastas o aquello que le resultara más fácil y cómodo de cocinar. Lo encargaría en la pastelería para que la idiota de su jefa le ayudara.

—¡Oh, y si puedes poner en las galletas algún dibujo chulo, como las que salen en Internet, sería lo más!

—Sí, claro, y qué más —rio Daniela—. Sé hacer dibujos en los postres, pero me lleva mucho tiempo. No sé si las tendría a tiempo, piensa que, aparte del encargo, también tengo que hacer los dulces diarios.

—Bueno, lo que se pueda —se quedaron unos segundos en silencio—. ¡Ay, estoy tan emocionada con esto! No hemos empezado y ya quiero que llegue el día.

Daniela sonrió. Todavía estaba asimilando aquella idea. Le gustaba muchísimo y, como decía Jone, era algo distinto que harían en el pueblo. Ella también tenía muchas ganas. Sobre todo porque viviría otro de sus sueños de adolescente. Ir a un baile estilo americano, con un precioso vestido y... ¿estaría Gael todavía allí para ese momento? Esperaba que sí, pero decidió no pensar en ello.

—Bueno, y cambiando de tema —siguió Jone—. Creo que me estoy enamorando.

Daniela puso los ojos en blanco y se dejó caer en el respaldo del sofá. Ya había perdido la cuenta de los tíos de los que se había enamorado Jone esas dos semanas. A ver quién era esta vez su nuevo fichaje. ¿Algún chico que había visto en su programa favorito de citas? Una vez, la muy loca puso en Twitter un mensaje para que uno de los participantes de ese programa le hablara. Pero lo más sorprendente de aquello fue que el chico le contestó. Ella no tenía redes sociales, así que su amiga la mantuvo al tanto mandándole capturas. Daniela seguía flipando. Al final ese tonteo no quedó en nada, ya que a su amiga ese tío le pareció el típico chulito pijo de capital. Además, Jone dejó de hablarle y ligar con él cuando el chico le confesó que fumaba porros. Ella lo odiaba y, tras eso, decidió que él no sería su futuro marido.

—A ver, ¿de quién te has enamorado esta vez?

—No, no me he enamorado. He dicho que me estoy enamorando. O sea, en proceso. No es que haya visto a un chico guapo y me haya enamorado como siempre, es mucho peor, porque creo que me estoy enamorando de verdad.

Daniela se incorporó. Eso sí que era raro.

Jone nunca se había enamorado. Ni siquiera de Nacho. Al principio, ella creía que sí lo estuvo, pero esos nuevos sentimientos que ahora notaba nada tenían que ver con lo que sintió por ese pichacorta.

—¿Le conozco?

—Sí. Es Ricky —suspiró—. Creo que ya me enamoró cuando dijo que no le importaba que folláramos con calcetines.

Daniela rio levemente y apoyó una rodilla en el sofá para girarse hacia Jone.

—Primero, cuéntame qué me he perdido, porque me quedé en ese único polvo, que me da que no ha sido el único.

—No, no lo ha sido. He ido a visitarle cada día desde ese polvo, y no hemos follado todos los días; hemos hablado, jugado con mi amado Ezio y cientos de cosas más. Es tan atento, educado..., y me encanta cuando se pone mimoso y me hace cosquillas para luego besarme con una ternura...; la patatilla me está haciendo tilín. Es increíble que nos conozcamos desde hace tanto y lo poco que sabíamos el uno del otro. Todo lo que estoy descubriendo nuevo de él me encanta.

—Pero..., pero... si solo os lleváis viendo unos días.

—Ya lo sé, por eso te digo que es grave la cosa. Yo quería enamorarme de verdad, pero ahora que lo estoy haciendo... me asusta muchísimo.

Daniela la entendía. Ella se sentía completamente igual, aunque no pensaba en ello tanto como su amiga. Solo disfrutaba y se dejaba llevar y, de momento, aquello le iba bien. Veía a su amiga muy acojonada. Y probablemente tenía

miedo de que Ricky le rompiera el corazón diciéndole que lo suyo solo había sido un rollo. Daniela sabía lo que dolía eso, pues a ella le habían hecho sentirse una auténtica mierda cuando prácticamente los tíos con los que salía le decían, aunque con otras palabras, que ella solo valía para follar.

—¿Qué crees que siente Ricky?

—No lo sé —suspiró—. Le he invitado varios días a mi piso para que salga un poco de casa y he ido a la suya para hacerle compañía cuando se queda solo. Siempre me sonrío y lo primero que hace es besarme. Dice que le vuelvo loco, que le encanto y que, si por él fuera, me tendría todo el día desnuda en la cama —mostró una tierna sonrisa—. Pero, claro, eso hace que esté alerta. ¿Y si en realidad quiere solo sexo?

—No te puedo contestar a algo que no sé, pero yo te aconsejaría que observaras adónde va la cosa y, si ves que tus sentimientos van más allá o averiguas lo que él quiere, deberías hablarlo con Ricky.

—Tienes razón —miró al techo dejándose caer—. El amor es un auténtico asco. Un puto quebradero de cabeza.

Daniela la imitó y asintió con la cabeza. Sin duda, lo era. Solo tenía que recordarse a ella misma con los miles de pensamientos contradictorios que tuvo hacia Gael. No solo le costó más de un quebradero de cabeza, sino enfados, nervios y alguna que otra estúpida lágrima. Con lo que ella odiaba llorar. Y más por un tío.

—Oye, un inciso... —habló Daniela—. Me parece genial que te acuestes con Ricky, pero tendrás cuidado, ¿no?

—Sí, tranquila. He comprado condones.

Ella rio y le dio un suave golpe en el brazo.

—No me refería a eso, idiota. Ricky tiene la pierna rota.

—Bueno, bueno, esa es otra. ¡La de posturas que se pueden hacer con la tía encima! Ni en el Kamasutra salen. Y son geniales, porque llevo yo el control y es, oh, oh, oh, es una pasada. Deberías probarlas con Gael —ambas acabaron riendo a carcajadas en el sofá. Hasta Calcetines las miraba como si hubieran perdido más de un tornillo—. Por cierto, sigo esperando que me digas cómo es ese pedazo de hombre en la cama.

Daniela la miró y negó con la cabeza. Jamás le había ocultado nada a su amiga de sus relaciones. Todo lo que le preguntaba se lo contaba. No le daba ningún tipo de vergüenza decírselo.

—Una auténtica máquina —rio—. No es nada tierno, y eso me encanta. Estaba harta de tíos que me trataban como si me fuera a romper si aumentaban un poco el ritmo. Gael es todo lo contrario, me lo hace con confianza, sin temor a hacerme daño, porque sabe que no me lo va a hacer, y lo mejor: no es nada

egoísta, se concentra muchísimo en mi placer y lo logra con creces. Nuestros asaltos siempre tienen un punto salvaje que me excita muchísimo. Me pone mucho cuando está a mi merced, pero también cuando cambiamos los roles y la que está a su merced para hacer lo que quiera soy yo. Me encanta cuando me agarra de las caderas para profundizar más. Es tan pasional, tan intenso, tan... perfecto. Siempre me dice que no le deje de pedir lo que deseo, y lo hago, y él lo cumple y me vuelve más loca todavía si es posible. Ninguno de los dos manda, algo que odiaba con mis exámenes, ya que ellos llevaban el control. Los dos lo llevamos y es genial. En resumen, cuando acabamos, no veo el momento de volver a repetirlo.

Jone la miraba con la boca abierta. Jamás Daniela le había dado tantos detalles cuando se acostaba con un tío. Casi siempre le decía o que había estado bien o que el tío era un soso, pero nada más. Estaba claro que Gael era el chico perfecto para Daniela en absolutamente todos los sentidos.

Con ese pequeño relato, a Jone le habían entrado ganas de ir a buscar a Ricky y que él le hiciera lo mismo, pero había dos problemas: el primero, que estaba su madre, y el segundo, que él no podía moverse demasiado.

—¡JO-DER! —fue lo único que consiguió decir.

—¿Qué? —rio Daniela al ver cómo seguía mirándola—. Ya era hora de que un hombre no me tratara como una muñeca de cristal.

—Ay, mi querida Daniela, parece que no soy a la única que le han tocado la patatilla.

Daniela no dijo nada, pero sabía que su amiga tenía muchísima razón. Gael no solo le había tocado lo más hondo, sino que, poco a poco y sin ella darse cuenta, le había robado por completo su alma. Sonrió. Era inevitable no hacerlo. Nunca había sido demasiado romántica y se sentía muy estúpida cuando él le sonreía y ella prácticamente se tenía que sujetar las bragas para que no se le cayeran.

«¿Ves como no eres nada romántica? En vez de pensar que te derrites cuando él te sonríe, dices que se te caen las bragas. En fin, lo admito. Soy una bruta, pero una bruta a la que le han robado el corazón», pensó.

—Oye, este sábado tengo que acompañar a Gael a una comunión. ¿Me ayudarías con el peinado? Se te dan genial.

—¿A qué hora salís?

—Pues me ha dicho que, por sus temas de famosete —dijo divertida—, es mejor no asistir a la ceremonia, no puede arriesgarse a que le reconozcan y se descubra que no está donde dice, así que iremos directamente a un hotel que hay a las afueras de León, muy bonito, por cierto, donde se hará la comida. Me dijo que pasaría a buscarme a las diez. Como aquí no tiene el traje, su madre se lo

dejará en la habitación que ha reservado y allí se cambiará antes de bajar. Yo iré ya vestida.

—¡Qué planificado! —rio—. Vale, estaré en tu casa a las ocho y media. Estate ya con el pelo limpio y seco.

—Eso está hecho, y te compensaré el madrugón con una bandeja llena de los hojaldres que te encantan.

—¡Oh, eres la mejor! —aplaudió—. Por eso te quiero.

—Lo sé —sonrió y le guiñó un ojo.

CAPÍTULO 22



—¡Me encanta cómo me ha quedado! —aplaudió Jone al ver su obra maestra.

Para aquel día, le había hecho a Daniela un peinado sencillo. Le había pronunciado más sus ondas y, en un lado, le había hecho una pequeña trenza que había colocado en su nuca, para que solo se viera el inicio de esta en la parte alta de su cabeza. El pelo le caía hasta reposar a la altura de su pecho y, a la luz del sol, parecía más rubio y brillante. Estaba guapísima.

Además del peinado, también la había maquillado. Los ojos con sombras grises y negras y los labios de un color *nude* muy natural. Era un maquillaje muy sencillo, pero iba perfecta y, con lo que llevaría puesto, el conjunto sería de diez.

Tras peinarse y maquillarse, Daniela fue a su cuarto a cambiarse. Para la ocasión, había elegido un mono negro y crema de encaje con pantalón corto y manga francesa que se ajustaba perfectamente a su figura. No tenía nada de escote, puesto que el cuello era redondo, pero era perfecto y precioso. Remató aquel traje con una americana negra por si refrescaba y unas sandalias de tacón en color crema a juego con el pequeño bolso.

Salió al salón, donde su amiga y su padre la esperaban. Su amiga sonreía emocionada, pero a Fernando se le notaba más hinchada la vena de la frente. No le hacía gracia que su hija pasara todo el fin de semana en León a solas con un chico. Nada de gracia, pero debía respetarla. Su pequeña tenía que hacer su vida y la veía feliz. Daniela había crecido y se había convertido en toda una mujer. Era la viva imagen de su madre, que seguro que sonreía desde donde estuviera.

—¡Estás increíble! —exclamó Jone—. Vas a triunfar con la familia de Gael. Daniela rio y dio una vuelta sobre sí misma.

—Estás muy guapa, pequeña —consiguió decir su padre.

—Gracias, papá —se acercó a él para abrazarle.

Se despidió de él y cogió una pequeña maleta que había preparado el día anterior donde llevaba el pijama y ropa para cambiarse. No pensaba volver con la misma ropa de la comunión.

Jone la acompañó abajo, pero antes de salir la detuvo.

—Te he metido en el bolso el maquillaje por si te quieres retocar y cinco condones, espero que tengas suficiente.

—Piensas en todo, ¿eh? —rio—. Gracias —le dio un beso en la mejilla y salieron del portal, donde Gael ya la esperaba apoyado en su lujoso coche.

Jone se despidió de ellos y Gael cogió la mano de Daniela para que diera una vuelta y observarla desde todos los ángulos. Estaba espectacular y ese mono resaltaba su increíble trasero. Rodeó con un brazo su cintura y le dio un suave beso en los labios.

—Estás preciosa. Espero poder estar a la altura.

—Vas con vaqueros y ya estás increíble. Fijo que con el traje estarás irresistible.

Gael rio y le abrió la puerta de su coche, pero ella no entró y lo observó pensativa.

—¿No podemos ir con Sally?

—Ni hablar. Por aquí no me importa, pero hasta León no me fío de que lleguemos.

—¡Oye! Sally está en forma.

—Está bastante bien para su edad, pero nada más.

Daniela le fulminó con la mirada. Odiaba que se metieran con su Sally, pero finalmente se resignó y entró en ese coche que costaba más que su casa. A ella le sorprendió lo espacioso que era y lo observó con detenimiento mientras Gael guardaba su maleta en el pequeño maletero que tenía.

—Me da impresión ir tan baja —comentó—. Acostumbrada a la altura de Sally. Tienes pasta, ¿por qué no te compraste un coche más normal? —le preguntó.

—Como amante de los coches, sería delito no tener el coche de mis sueños.

Daniela rio y Gael arrancó para empezar su pequeño viaje. Puso primera, pero, antes de salir, ella apoyó su mano sobre la de él para que esperara unos segundos.

—Sé que este coche es potente, que puede alcanzar velocidades desorbitadas y que hay que saber manejar esas velocidades, pero, por favor, no quiero que corras ni que me demuestres lo que sabes hacer. No hagas idioteces —le dijo preocupada.

—Estás tú dentro, no pienso hacerlo. Si por ti tengo que conducir hasta León a cuarenta por hora, lo haré, y me dará igual que a los demás les moleste,

que me piten o que la pasma me multe.

Ella sonrió y alargó la mano para acariciar su nuca mientras le decía con la mirada lo importantes que eran para ella esas palabras. Gael se incorporó a la carretera y Daniela se fue familiarizando con aquel coche para poner música. Eran más de dos horas y media de viaje y se le haría tremendamente largo sin ella.

—Te veo contenta —dijo Gael—. Creía que estarías nerviosa, por el tema de mi familia y eso.

—Sí que lo estoy un poco, pero estoy contenta por volver a León, aunque sea día y medio.

—¿Ya has estado?

—La universidad a la que iba era la de León. Viví allí los dos años y medio que estuve en la carrera.

—Vaya..., el mundo es un pañuelo.

—Sí —rio—. Y me sorprende que, siendo tú de allí, nadie fardara de ti. Es decir, la gente, cuando hay famosos en su ciudad, presume mogollón de ellos, y de ti no oí absolutamente nada. Ni vi nada —le miró—. No te ofendas.

—No lo hago —rio—. En mi ciudad sí soy más conocido, pero es verdad que, en algunas de mis escasas visitas, paseaba y muy poca gente me reconocía. Al principio me molestaba que nadie supiera quién era, pero ahora... hasta lo prefiero.

—Eso es que has madurado —bromeó.

—No te rías, porque es verdad. En estos dos meses... he aprendido mucho.

Daniela dejó de reír y le miró con orgullo. Tenía razón. El pueblo le estaba haciendo mucho bien y él al pueblo, aunque no lo creyera. Había ayudado a Israel cuando nadie quería estar con él; a su padre, con esa gran locura que hizo cuando invitó a toda su familia; a Ricky, porque a pesar de que no le tenía en gran estima, no dudó en ayudarlo y darle una lección cuando se le cayó encima el andamio; y, sobre todo, a ella la estaba haciendo feliz.

Era uno más y Daniela siempre se olvidaba de quién era en realidad. Es más, hasta ese día, cuando subió a aquel coche, no recordaba que la cuenta corriente de Gael era abultada. Cosa que a ella le daba igual. Sabía que estaba forrado desde que lo conoció, él se encargó de ello con su actitud de engreído, y eso no fue lo que hizo que quisiera estar con él. Para ella, Gael solo era un chico normal del que se había...; mejor dejar ahí la frase.

Todavía quedaba una hora para llegar y Daniela ya no sabía cómo colocarse para estar más cómoda. Esos asientos eran buenos, pero ella se cansaba de estar siempre en la misma postura. Aquel lujoso coche era espacioso y había estado antes un buen rato explorando su interior moviendo su asiento. Podía echarlo

mucho más hacia atrás y que el espacio aumentara. Era un buen lugar por si les daba algún calentón.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro, nena.

—¿Con cuántas chicas lo has hecho en tu coche?

Él la miró sorprendido. Sabía que Daniela era una descarada, pero jamás pensó que quisiera que le hablara de sus examantes.

—Odio esas preguntas, luego siempre os acabáis cabreando.

—Yo no. Ya mantuvimos la conversación de los celos y creo que te dejé claro que no soy celosa. ¿Por qué tengo que enfadarme porque antes de conocerme hayas estado con más chicas? Yo también he estado con más chicos antes de ti y lo importante no es el primero, sino el último.

—Pues a tu pregunta te respondo que con ninguna. Mi coche es sagrado. ¿Y tú en tu Sally?

—Tampoco, mi Sally es sagrada —repitió—. ¿Sitio más raro?

—Esa es fácil —sonrió—. Contigo en la pastelería.

—No me lo creo —rio y se giró para mirarle—. No me mientas, que no me voy a enfadar.

—No te miento —dijo—. Cuando me liaba con alguna chica procuraba que fuera en un lugar discreto donde nadie nos pillara.

—¡Menudo aburrido! —le llamó, divertida—. Yo, el más raro, en el despacho de un profesor en la universidad. Fuimos un compañero y yo a una tutoría y no había nadie y nos pareció morboso hacerlo allí. Fue bastante bueno, pero disfruté más de la situación, de la adrenalina por la posibilidad de ser pillados, que del polvo en sí.

Gael apretó la mandíbula un tanto enfadado. Bueno, más que enfadado, molesto y celoso. No le gustaba saber que otros tíos hubieran tocado a la mujer que había entrado en su cabeza y en su corazón.

—Así que, ¿nunca has experimentado el morbo de hacerlo en un lugar público con alto riesgo de ser pillados? —le preguntó al verle tan callado y tenso.

—No —contestó firme y serio.

—Para el coche cuando puedas en un área de servicio.

—¿Qué?

—Hazme caso. Voy a darte una pequeña muestra del placer del morbo en público.

—Estás loca, nena.

—¿Ahora te das cuenta?

Gael por fin sonrió e hizo lo que le pidió. Se adentró en un desvío que conducía a un área de descanso y, cuando detuvo el coche debajo de unos árboles, Daniela se soltó el cinturón y se colocó de rodillas en el asiento.

—Lo que llevo es bastante incómodo de quitar y poner, pero puedo hacer otra cosa —se acercó a él para besarle con ardor, sin pizca de ternura.

—Daniela..., están pasando coches a pocos metros de nosotros.

—Esa es la gracia, cielo. Tú solo disfruta y finge que no hay ninguna chica haciéndote la mamada de tu vida y que no sientes nada de placer, aunque solo quieras gritar lo que estás gozando conmigo —le susurró al oído pícaro mientras desabrochaba sus pantalones para liberar su miembro ya excitado.

Gael se había puesto duro solo con escucharla. Sentía los besos de Daniela en su cuello al tiempo que acariciaba su erección con suaves y placenteras caricias. Él cerró los ojos disfrutando de aquello y los abrió para observar cómo poco a poco descendía su boca hasta atrapar con sus labios la punta de su ya hinchado glande.

Gael se agarró al asiento y apretó los labios para no gemir mientras miraba por la ventana que nadie los estuviera observando. Los coches pasaban a gran velocidad por su lado y algunos de sus integrantes miraban hacia donde ellos, probablemente para contemplar su espectacular coche. Aquello hizo que él tuviera que contenerse más, pero lo que le estaba haciendo Daniela era tan bueno... Aquella situación estaba consiguiendo que su placer aumentara y se corrió enseguida en su boca.

Joder, todo lo que hacía con ella era la hostia y esperaba poder vivir más momentos con Daniela, aunque no solo sexuales.

Ella se separó y sacó de su bolso unos pañuelos para que se limpiase. Gael estaba sudando y su rostro de placer le encantó. Solo ella conseguía que tuviera esa expresión.

—Dos por uno. Ya has experimentado sexualmente en tu coche y el morbo de ser pillados —sonrió y le dio un beso en la mejilla—. ¿Seguimos o necesitas unos minutos?

—Creo que sí los necesito.

Daniela rio y le dejó esos minutos antes de retomar el viaje para continuar hasta el hotel. Les quedaba una hora para llegar a León, pero debían atravesar la ciudad entera para alcanzar su destino.

Cuando llegaron, hicieron el *check in*, ya que ellos dos se quedarían a dormir. El recepcionista reconoció a Gael, y a Daniela le sorprendió un poco, ya que era la primera vez que veía a alguien emocionarse por la presencia de su novio. Le vio firmar algunos autógrafos y le pidió al hombre que él y todo el personal del hotel tuvieran la máxima discreción. Él asintió y le comentó que la

directora de aquel lugar ya había hablado con todos los empleados para que su estancia fuera tranquila.

Su madre le había dejado en recepción el traje, así que el recepcionista se lo entregó junto con las llaves y le deseó una buena estancia. Gael asintió, y él y Daniela subieron a la habitación. Ella se quedó sorprendida. Era inmensa. Tenía un pequeño pasillo que los llevaba a una especie de salón con una cocina pequeña en una esquina. Entrando por otra puerta se accedía al dormitorio, con una única cama de dos metros, y al lado de ella una enorme terraza construida en madera con vistas al verde y luminoso bosque. Además, en un rincón había una mecedora de madera y una pequeña mesa. Era precioso.

—Voy a darme una ducha rápida antes de cambiarme —le dijo Gael—. Acabo de llamar a mi madre y me ha dicho que estarán aquí en media hora. Primero habrá un vermú y después la comida.

—Vale, perfecto.

Él se metió en el baño y, mientras se duchaba, Daniela sacó de su bolso el pintalabios para retocarse un poco. Sonrió al ver los condones que Jone le había metido, así que decidió sacarlos y dejarlos en uno de los cajones que había al lado de la cama. No quería que por accidente su familia los viera. Eso sí que le daría vergüenza.

Minutos después, Gael salía del baño duchado y vestido con el traje negro, una camisa clara y sin corbata. Estaba muy pero que muy guapo.

—Impresionante —dijo Daniela acercándose a él—. Estás muy guapo —sonrió agarrándole de las solapas para atraerle hacia ella y besarle.

—Tendré que estar a la altura de mi preciosa acompañante.

Ella sonrió y apartó la mirada. Estaba un poco nerviosa. Era la primera vez que asistía con su pareja a un evento familiar importante y no tenía ni idea de cómo comportarse.

—¿Estás bien?

—Sí, pero... ¿y si no le gusto a tu familia? Ya sabes cómo soy. Demasiado extrovertida, y a veces hablo sin pensar, o también hay personas que no pillan mi forma de ser, o...

Él la calló colocando los dedos sobre sus labios.

—Con solo estar cinco minutos con ellos, verás que están igual de locos que tú.

Ella sonrió y asintió algo más calmada antes de coger el bolso para bajar a una pequeña sala donde los padres de Gael y su hermana, Adriana, los esperaban.

Adriana se lanzó a los brazos de su hermano y le dio un fuerte beso en la mejilla. Le adoraba. Después, sus padres le saludaron, hasta que le tocó el turno

a Daniela, a quien le dieron dos besos cada uno.

—Qué alegría que por fin nos conozcamos como es debido —habló la madre de Gael—. Probablemente no te acuerdes de los nombres de nadie, yo soy Sonia, él es mi marido, Enrique, y ella es nuestra hija pequeña, Adriana.

—Encantada —dijo Daniela con una sonrisa.

—Tenía ganas de conocerte de verdad —confesó Adriana—. Nuestro primer encuentro fue muy breve, habría hablado más contigo, pero mi hermano nos había amenazado a todos con no hacerlo.

Gael negó con la cabeza. En ese momento, él y Daniela habían solucionado el problema que tuvieron por culpa de su primer beso y no quería que ella se asustara por culpa de su familia y se alejara otra vez de él.

Daniela enseguida congenió con la familia de Gael, sobre todo con Adriana, ya que veía cómo la joven se ponía muy nerviosa cuando la llamaban Adri. Ella la entendía perfectamente.

Poco a poco, el resto de la familia de Gael fue llegando, y le presentó a la protagonista de aquel día: Sara. Aquella niña rubia iba muy guapa con su vestido blanco y la diadema de flores. Era una niña muy risueña y alegre y se la veía feliz por ese día. Enseguida trató a Daniela como una más y bromeó diciendo que ahora la familia iba a ser mucho más grande y que, en las fiestas de Navidad, iban a tener que comprarse una casa gigante para entrar todos.

Tal y como le dijo Gael, el resto de su familia estaba bastante loca y Daniela no podía parar de reír con ellos. Tenían muchísimas ocurrencias, como cuando brindaban y en vez de decir «Salud», gritaban «Ojete» o «Hidalgo». O bromeaban con cualquier cosa con temática bastante perversa.

—¡A ver, familia, escuchad! —gritó uno de los primos de Gael subiéndose en una silla. Era Roberto. Daniela iba poco a poco quedándose con los nombres—. Me ha comentado el camarero que estamos comiendo mucho, entonces, que hay que reducir el apetito, y yo sé cómo hacerlo.

Y dicho eso, se dio la vuelta y se bajó los pantalones para enseñar su peludo trasero. Toda la familia estalló en carcajadas y las tías de Gael, sobre todo dos que respondían al nombre de Petri y Sole, empezaron a llorar de la risa y apenas podían hablar.

—¡Roberto! —regañó entre risas Petri a su hijo—. Ay, que creo que me he meado encima.

Todos volvieron a reír con ese comentario y Daniela se tapó la boca con la mano. La familia de Gael era genial y se sentía muy acogida por ellos.

Su familia no era grande, ya que solo estuvo con sus padres y sus abuelos, y todos, a excepción de su padre, les habían dejado.

Siguieron con la comida y los primos de Gael no dejaban de decirle que esa Nochevieja tenían que ir los dos a celebrarla con la familia, ya que siempre ocurría algo. Un año, tras comer las uvas, comenzaron a sacar los dulces y el café, y una de las tías anunció que iba a por el cascanueces, aunque a lo que ella llamaba cascanueces era a un consolador de 15 centímetros. Las carcajadas resonaron y el tío más serio de la familia cogió el consolador para mojarlo en el café y chuparlo.

—¡Fue buenísimo ver al tío Javi chuparlo! —rio Adriana—. Tenemos que tener las fotos por ahí.

—Sí, y me acuerdo de que Sara —señaló Gael a la protagonista del día que estaba sentada en otra mesa con los demás niños— no entendía por qué nos reíamos, cogió el consolador y empezó a cantar con él. Todos nos empezamos a descojonar y la pobre se puso a llorar.

—O aquella vez que mi madre y la tía Sole, otra Nochevieja, se quitaron las bragas rojas y las tiraron por la ventana —recordó David, hermano de Roberto.

—Oh, sí —rio Laura, la prima embarazada de Gael—. Se quedaron colgando de un árbol y la gente mirando alucinada. Joder, si es que no tenemos idea buena —se recostó para acariciar su abultado vientre, donde el pequeño Adrián crecía.

Daniela se sintió muy a gusto aquellas horas, hasta que, pasadas las nueve, tras tomar los licores, abrir los regalos y bailar un poco, todo el mundo se retiró para volver a sus casas. Estaban agotados y había sido un día muy intenso.

CAPÍTULO 23



Lo primero que hizo Daniela al llegar a la habitación fue quitarse las sandalias. Le dolían muchísimo los pies y expulsó un gemido de placer al sentirlos liberados. Ni siquiera se molestó en encender la luz, y Gael tampoco. La que entraba por la inmensa terraza era suficiente para verse.

Gael se acercó a ella y le abrazó la cintura antes de comenzar a dejar un reguero de besos en su cuello. Aspiró su olor y cerró los ojos para memorizarlo y recordarlo cuando ya no la tuviera en sus brazos. Por mucho que no pensara en ello, era una realidad. En unas semanas él debía regresar. Se incorporaría en junio a las carreras y antes debía poner su coche a punto.

Antes, aquello no le habría importado, incluso solía adelantar su vuelta para estar más tiempo entrenando, pero ahora todo era distinto desde que había entrado ella en su vida. No se imaginaba sus días sin su preciosa sonrisa, su descaro, su alegría, su energía, o sin tener sus pequeños momentos, como cuando él hundía su mano en su cabello suelto y lo admiraba como si fuera un gran tesoro. O las manchas de harina, esas que casi siempre adornaban su angelical y dulce rostro y que le gustaba contemplar desde el primer día en el que vio una pequeña mota de harina posando en su mejilla. Aún recordaba el deseo que tuvo de ser él mismo quien se lo limpiara, pero por aquel entonces a ella no le caía demasiado bien.

¿Cómo iba a poder alejarse de ella y perderse cada día esos momentos? La iba a echar tanto de menos que ya empezaba a dolerle. Sabía que no iba a ser ningún adiós, pero su vida era más complicada de lo que parecía y le asustaba que ella no estuviera preparada para encajar en ella. Él confiaba en que sí fuera así, sin embargo, nada era seguro.

Lucía no la encajó. Desde el primer momento se negó a acompañarle y decidió que cada uno cumpliría sus sueños. Seguirían juntos, aunque muchos kilómetros y esos sueños los separaran. Gael nunca supo qué habría pasado de

seguir ella viva. ¿Habrían superado los baches que se encontrarían? ¿Su relación habría sido más fuerte? ¿O se habría roto para siempre? Preguntas que jamás tendrían respuesta. Pero ¿y Daniela? ¿Querría ella formar parte de su vida por completo? Podía averiguarlo, pero la respuesta le asustaba demasiado, pues una de las opciones le llevaría a perderla para siempre. Por eso no quería arriesgarse y mantener la cabeza fría con respecto a ella, pero su corazón mandó y ahora ahí estaba. Con la chica de la que se había enamorado profundamente entre sus brazos. No se arrepentía de haber iniciado aquello, porque era lo más maravilloso que le había ocurrido. No quería renunciar a ella.

—Te deseo, Daniela —le susurró, y el aire que salió de su boca le hizo cosquillas.

—Yo también. Hazme tuya..., soy tuya.

Gael sonrió de lado y atrapó con los dedos la cremallera del mono que llevaba. La desabrochó con lentitud hasta que alcanzó su cadera, donde el engranaje terminaba. Cogió con las manos la parte alta del mono para empezar a desprenderse de él y se sorprendió al observar su espalda completamente desnuda.

—¿Has ido sin sujetador?

—Sí, en este traje se marca. ¿No te gusta?

—Me gusta demasiado.

Le besó los hombros y los omóplatos y le acarició con suavidad la línea que se le marcaba en el centro de la espalda, produciéndole unas placenteras cosquillas. Gael se colocó de rodillas para terminar de deshacerse de ese molesto mono, dejándola únicamente vestida con unas sexis bragas blancas.

Le besó las nalgas antes de darles un pequeño mordisco. Quería memorizar cada centímetro de su cuerpo y que jamás saliera de su cabeza. Soñar con ella y verla cuando cerrara los ojos y ella estuviera lejos de él.

—Quiero sentirte, nena —le confesó—. Piel con piel.

—Yo también, es lo que más deseo. Sentirte —susurró con los ojos cerrados disfrutando de los besos de Gael por sus muslos—. Pero no podemos.

—¿No tomas la píldora?

—No..., hay mujeres que la toman y después les cuesta mucho quedarse embarazadas. Y yo quiero hijos —zanjó, y Gael sonrió sobre su nalga. Su trasero le volvía completamente loco—. Pero... sé que algún día te sentiré.

—Sí..., algún día —repitió sintiendo aquello muy lejano e incluso como si fuera simplemente una fantasía.

Sin querer pensar en ello, atrapó la cinturilla de la ropa interior y comenzó a bajarla por sus piernas para dejarla completamente desnuda. Se colocó de nuevo en pie y acarició con los dedos sus costados antes de susurrarle al oído.

—Quiero verte.

—¿Verme?

—Quiero que imagines que tus manos son las mías, quiero ver cómo te gustaría que te tocara.

Daniela fue a darse la vuelta para decirle algo, pero antes de poder abrir la boca, Gael la cogió en brazos pasando una mano bajo sus rodillas y la tumbó con delicadeza en la enorme cama antes de que él empezara a desprenderse de la ropa.

Daniela separó las piernas quedando completamente expuesta ante él con una mirada lasciva en el rostro. Aquello hizo que Gael se pusiera duro. Ahí la tenía, ante él. Sin ningún tipo de pudor. Anhelante. Deseosa de sentir de nuevo la unión de sus cuerpos.

—Me encanta que antes de introducirte dentro de mí compruebes lo húmeda que estoy —susurró deslizando una mano por el vientre hasta llegar a su sexo—. Me excita escucharte gruñir cuando me notas empapada y no puedes resistirte a saborearme.

Daniela separó los pliegues de su sexo para dejar a la vista aquel sensible botón y comenzó a acariciárselo con movimientos circulares. Tenía los ojos cerrados, pero sabía que él la observaba y eso la calentaba muchísimo. Atrapó con los dedos su clítoris y le dio un suave pellizco, haciendo que sus caderas se elevaran.

—Adoro gritar cuando entras en mí como tú solo lo haces. Profundo y fuerte —gimió cuando introdujo los dedos que antes torturaban su botón en su interior—. Me encanta cómo me besas y cómo me miras..., como si yo fuera tu mayor sueño.

—Porque es así, Daniela —le confesó terminando de desnudarse y colocándose entre sus piernas. Al sentirle sobre ella, se detuvo y sacó la mano de entre sus cuerpos—. Eres mi mejor sueño.

Ella se emocionó con aquellas palabras y jadeó cuando Gael hundió la boca en su sexo. Se detuvo en saborearla con caricias largas y lentas de la lengua que le estaban haciendo tocar el cielo. Daniela tensó todo el cuerpo y aferró las sábanas con las manos al tiempo que arqueaba la espalda.

Gael la besaba ahí con auténtica devoción y concentrándose en su placer. Le lamió los labios y subió su boca para darle un suave mordisco en el pubis depilado, antes de colocar el rostro frente al de ella, admirando esa belleza única que solo Daniela tenía, antes de besarla como ambos deseaban.

Ella enredó las piernas en torno a su cintura y alzó las caderas para que sus sexos desnudos se rozaran.

—Espera —le susurró—. Joder, no he traído condones.

—Tranquilo, Jone sí —dijo alargando el brazo para sacar uno de la mesilla.

—¿Jone?

—Me los metió en el bolso.

—Bendita Jone.

Ambos rieron y, cuando Gael se puso la protección, giró sobre la cama para que ella estuviera encima. Daniela sonrió y él le apartó el cabello que tapaba parte de esa sonrisa detrás de la oreja.

—Quiero escucharte cómo te gusta —le pidió Daniela—. Y también quiero que gimas mi nombre.

—Pues ya sabes, nena. Consigue que lo haga.

—No dudes de que lo voy a conseguir.

Ambos sonrieron y Daniela se elevó un poco para coger su erección y dejarse caer sobre ella. Se movió a un ritmo lento, sintiendo cómo él rozaba cada centímetro de su interior. Cerró los ojos y aumentó el ritmo cuando él posó las manos en sus caderas para guiarla, aunque Daniela no tardó en apartarle aquellas manos. Ahora era ella quien tenía el control.

—Daniela... —gimió—. Me estás matando, nena —gruñó, y sin dejar de moverse se inclinó para besarla y ahogar en su boca los gritos del orgasmo.

Al sentir que se corría, Gael volvió a colocarla bajo su cuerpo y la embistió con fuerza hasta que él también se dejó ir.

Exhausto, salió de ella y se tumbó a su lado para no aplastarla, aunque pasó una mano bajo su espalda para atraerla hacia él y abrazarla. Le besó la frente y comenzó a acariciarle el cabello.

No podía dejar de observarla y dar marcha atrás en el tiempo para darse cuenta de lo que había cambiado gracias a ella. Se había acabado lo de ser el Loco Kamikaze. Seguía creyendo en que el destino de cada persona estaba escrito, pero ahora valoraba mucho más la vida, pues quería vivir por y para Daniela.

—¿Sabes? —interrumpió ella aquel silencio, y Gael empezó a acariciarle la espalda desnuda—. Eres el primer chico con el que duermo.

—¿De verdad?

—Sí, con los chicos con los que estaba en la universidad era algo rápido y sin sentimientos, y con Nacho..., si estaba en mi casa enseguida se iba, y si era yo la que estaba en la suya, me echaba. Literalmente. Me tiraba la ropa a la cara y me decía que me diera prisa —rio sin humor—. Claro, yo era el polvo de las seis y tenía que prepararlo todo para el de las ocho.

—Es un auténtico capullo —declaró—. Te mereces lo mejor, Daniela.

«Sí, se lo merece, y tú precisamente no eres de lo mejor, pero sí lo suficientemente egoísta para conseguir serlo», pensó Gael.

Ella no respondió, solo emitió un pequeño gemido y le abrazó más hasta que se quedó dormida.

A la mañana siguiente estaba sola en la cama. Se levantó y se vistió con la ropa interior y cogió la camisa de Gael, pero solo se abrochó el botón del centro, el necesario para ocultar los pechos desnudos. Aspiró su aroma y cerró los ojos sonriendo. Olía a él. Le encantaba.

Salió a la terraza y le vio vestido con la ropa del día anterior sentado en la mecedora de madera, contemplando el espectacular paisaje. Se le veía pensativo e incluso preocupado.

Se acercó a él y le sonrió cuando se percató de su presencia. Gael le tendió la mano y la sentó sobre él.

—Buenos días.

—Buenos días —le respondió él—. ¿Has dormido bien?

—De maravilla —sonrió sobre la piel de su cuello—. ¿Estás bien?

—Sí. Me ha llamado Dustin, mi representante.

—¿Todo bien?

—Todo bajo control —le acarició la pierna desnuda—. Estás muy guapa con mi ropa.

Ella sonrió sin ignorar la respuesta que le había dado a su pregunta. Algo pasaba, pero tampoco quería presionarle, además, ella no pertenecía a aquel mundo y probablemente el tema no le incumbía.

Gael la abrazó y desearía que, en ese instante, el tiempo se detuviera. Siguió acariciando a Daniela hasta que escuchó el ruido de su estómago y él se rio.

—No te rías, tengo hambre.

—He pedido al servicio de habitaciones el desayuno. Quería haberte despertado con él y, después, volver a desayunarte a ti.

Daniela rio. Ninguno de los dos se saciaba del otro y sus asaltos eran tan increíbles que cada día que pasaba se deseaban más.

Unos suaves toques hicieron que se separaran y Gael fue a abrir, ya que Daniela estaba medio desnuda. Ella prefirió esperarle en la terraza. Hacía buen tiempo y podían desayunar ahí.

—Buenos días, aquí tiene lo que ha pedido —escuchó Daniela la voz de una chica.

—Gracias.

—¿Vas a quedarte mucho?

—La verdad es que no.

Daniela se asomó con cuidado y vio cómo esa espectacular chica, que se había subido la falda del uniforme hasta los topes y desabrochado los botones para enseñar canalillo, se insinuaba a Gael.

—Es una pena —sonrió seductora—. Me llamo Rocío y quiero que sepas que estoy a tu disposición el tiempo que estés. Puedes pedirme cualquier cosa —bajó el volumen de la voz a casi un susurro—. Lo que sea.

Gael solo asintió y le dio una pequeña propina antes de que la camarera se marchara. Al escuchar el sonido de la puerta cerrarse, Daniela entró de nuevo en la habitación muerta de risa.

—¿De qué te ríes?

—De lo ridícula que ha sido esa tía —se acercó a él—. Madre mía, no quiero imaginar con cuánta loca tienes que tratar.

—¿No te has puesto celosa? ¿Ni un poco?

—¿Por qué? Ella ha quedado como una cualquiera y tú no le has dado juego. Si le hubieras hecho caso a esas penosas insinuaciones o tonteado con ella, te habría quemado ya el coche y no me habrías vuelto a ver, y no sería un ataque de celos, sería un buen cabreo por no saber respetarme —relató—. Pero como te has portado muy bien, después del desayuno —se desabrochó el único botón de su camisa y la dejó caer al suelo—, podrás pedirme lo que quieras —le guiñó un ojo.

Gael sonrió mientras contemplaba su desnudez y negó con la cabeza. ¿Quién querría a otra cuando tenía en su vida a la chica más perfecta del mundo?

CAPÍTULO 24



Daniela no podía dejar de pensar en el fin de semana que había pasado. Simplemente había sido perfecto, y no podía parar de recordarlo, sobre todo, la noche. Notaba que algo distinto había en cada una de sus caricias y besos. Era como si Gael quisiera memorizarla, como si quisiera aprovechar sus últimos momentos porque, después de eso, ya nada sería igual. Esa era la sensación que tenía, y la respuesta que le dio al enterarse de que su representante había llamado no la dejó más tranquila. Quizá fueran paranoias suyas, pero aquella noche... había sido todo más íntimo..., incluso tierno.

Decidió dejar de pensar en ello. El fin de semana había sido increíble y Gael seguía siendo el de siempre con ella. Solo tenía que recordar cómo, en el viaje de vuelta, había parado el coche en un área de servicio y la había colocado sobre él para terminar su lección del morbo en público. Contaron con la ventaja de que era de noche y la visibilidad era prácticamente nula, pero a ella le había encantado; además, así terminaban con todos los condones que Jone le había metido.

El horno pitó y aquello fue lo que hizo que bajara de las nubes. Corrió para sacar los minipasteles de manzana con forma de rosa y les echó por encima el azúcar glas. Aquel postre sería uno de los que degustarían en el baile de celebración, pero antes de servirlos tenía que hacer pruebas, por lo que, más tarde, Jone y el resto de los jóvenes del pueblo irían para probarlos y dar, si les gustaba, el visto bueno.

Las galletas ya estaban seleccionadas, pero cuando las probaron eran un dulce muy simple y ella pensaba decorarlas de una forma graciosa que mantenía en secreto. Quería sorprender al público, además, le encantaba hacer dibujitos en los postres y casi nunca podía, ya que su jefa tenía una carta de dulces fijos y no le permitía innovar, aunque en su casa, siempre que podía, experimentaba nuevas decoraciones y postres.

Dejó apartados los dulces rosas y continuó con los del día.

—Daniela —llamó su jefa entrando en la cocina—. Vengo en cinco minutos, voy un momento a casa de la señora Dávila a darle la entrega —elevó la caja que tenía en las manos—. Enseguida regreso.

—Vale.

Ella no se fiaba de esos cinco minutos. Primero, porque la señora Dávila la entretendría con algún nuevo cotilleo y, segundo, porque su jefa rascaba al máximo el tiempo para no tener que trabajar, y ese día no le valía la excusa de su madre enferma, ya que esta se había ido con más personas mayores de vacaciones a Gandía al hotel de siempre, en el que todas las ancianas estaban enamoradas de los animadores que había.

Metió el hojaldre de las palmeras de coco en el horno y escuchó el timbre de la puerta. Tocaba atender.

Salió de la cocina y sonrió al ver a Gael. Hasta vestido con la horrorosa y sucia ropa de la obra estaba espectacular.

—¿Otra vez con coleta? —le dijo al verla.

—Para trabajar hay que ponérsela —rio.

Gael se acercó a ella y le rodeó la cintura con los brazos. Sus ojos brillaban, aunque lo que de verdad le gustó de su rostro eran esas dos manchitas blancas que tenía. Una cerca de la nariz y otra en la mejilla contraria más alargada.

—No deberías limpiarte nunca las manchas de harina. Estás irresistible.

—Sí, claro —ironizó—. Además, me encanta que me las limpies.

—Ah, ¿sí? —sonrió limpiándose las.

—Sí, porque me parece algo especial de los dos. Nuestras manchas de harina —rio, y él la siguió.

—¿Sabes? Me muero por besarte.

Daniela se quedó pensativa.

—Creo recordar que la última vez que me dijiste eso no lo hiciste —rememoró el día que Ricky mandó aquella foto y él fue para que no estuviera sola, aunque acabó jodiéndole un poco más el día, pero ya era agua pasada—. ¿Vas a hacerlo ahora?

—Creo que sí.

—¿Crees? —alzó las cejas.

—No, lo voy a hacer.

Ella sonrió y Gael atrapó esa sonrisa con la boca, pero no les dio tiempo a profundizar, ya que un grito hizo que se separaran de golpe.

—¡¡Me lo prometiste!!

Ninguno de los dos había escuchado la puerta abrirse. Israel había ido para estar un poco con Daniela, ya que últimamente no se veían mucho y la echaba de

menos. No podía imaginarse que, al entrar, vería a Gael incumpliendo la promesa que le hizo de que jamás la besaría.

Daniela fue a acercarse a él al ver su rostro lleno de lágrimas, pero antes de alcanzarle, Israel ya había salido corriendo tras gritar un «os odio».

Gael se había olvidado por completo de la promesa que le hizo a aquel niño. También de lo que le contó de que un día, cuando fuera mayor, Daniela sería su novia. Sabía que, cuando creciera, aquello se le pasaría, pero hasta entonces él tenía esa ilusión. No le gustaba haberle hecho daño y a Daniela le ocurría lo mismo. Ambos adoraban a Israel y, aunque sabían que ellos no hacían nada malo, les sentaba mal que el pequeño los hubiera pillado.

—Mierda —fue lo único que pudo decir Daniela—. Israel siempre me dice que cuando sea mayor quiere que seamos novios —suspiró—. Sé que cuando crezca se enamorará de otra chica, pero hasta entonces..., joder..., no quería hacerle daño.

—Yo tampoco —dijo Gael apenado—. Le prometí que no te besaría.

—Ahora me siento peor —se sentó Daniela en una de las sillas—. No me hubiera gustado que la cumplieras.

Gael sonrió y se colocó de cuclillas frente a ella para coger su rostro entre las manos y hacer que le mirara.

—Se le pasará y... hablaremos con él.

—Sí...

Él suspiró. Había ido a la pastelería para cumplir una parte de uno de los pequeños sueños que tenía Daniela y ahora no sabía muy bien si llevarlo a cabo.

—Había venido para preguntarte algo, pero creo que es mejor esperar a arreglar las cosas con Israel.

—¿Me vas a dejar intrigada? —sonrió levemente.

Gael se puso de pie e hizo que ella también lo hiciera. No lo había planeado así, pero esperaba que le alegrara un poco tras lo que acababa de suceder. Estaba convencido de que Israel los perdonaría y lo entendería. Era un niño muy listo.

—¿Quieres venir al baile conmigo?

Daniela empezó a reír. Era como si el chico popular del instituto le pidiera salir a ella. Sabía por qué lo había hecho: por lo que le contó aquel día de una de sus fantasías de adolescente.

Gael se había enterado del baile gracias a los cotilleos continuos que había. La casa estaba prácticamente terminada. Solo quedaban los últimos retoques y la obra, que empezó siendo solo una estructura colocada, por fin se convertiría en un hogar. Todos habían trabajado duro y, aunque al principio apenas había voluntarios, estos empezaron a llegar, sobre todo estudiantes de Arquitectura,

gracias a Ricky. Él había incitado a compañeros a participar y la voz se había corrido.

—Claro que sí —le rodeó el cuello con los brazos—. No quería ir con nadie más.

Se separaron cuando la jefa de Daniela entró y Gael se despidió de ella. Cuando fuera la hora de la comida iría a buscar a Israel para pedirle perdón por haber incumplido su promesa. No quería que estuviera enfadado con él.

A las dos de la tarde, por fin Daniela salió, pero antes de que diera un paso, Pepa la interceptó.

—Daniela, cariño, ¿has visto a Israel? —le preguntó. Se la veía preocupada.

—Ha venido esta mañana a la pastelería.

—No ha venido todavía a comer y hoy no ha ido al colegio porque está con fiebre, pero le he dejado ir a verte cuando la medicina le ha hecho efecto, le toca ahora otra toma y no sé dónde está.

Daniela se asustó, pero no pensaba mostrar esa emoción ante la abuela de Israel. Cuando él quería estar solo, desaparecía por un tiempo, pero siempre regresaba.

—¿Le has buscado en el parque que hay debajo de la plaza? —le preguntó.

Israel solía ir allí a sentarse en uno de los columpios para reflexionar o desahogarse hasta que el enfado se le pasara.

—Sí, y no está. He buscado por todo el pueblo, y no está. ¿Y si le ha pasado algo?

El corazón de Daniela latió con fuerza y un sudor frío empezó a formarse sobre su piel. Tragó saliva y apartó la mirada para que Pepa no descifrara en sus ojos que Israel había desaparecido por su culpa. Tenía que hacer algo.

—Tranquila, Pepa. Aparecerá. Voy a buscarle, seguro que no está muy lejos.

—Avísame si lo encuentras, por favor. Estoy muy preocupada.

—Claro.

Esperó a que Pepa se alejara para entrar de nuevo en la pastelería y comentarle la situación a su jefa. Para sorpresa de Daniela, esta le dijo que se tomara la tarde libre para buscar al niño si no había aparecido y que ella llamaría a sus sobrinos para que la ayudaran.

Sin ni siquiera pasarse por casa, corrió hasta la de Gael. Quizá Israel estuviera allí con él. Puede que, tras salir de la obra, Gael hubiera ido a buscarle para que hablaran y pedirle perdón, pero, si era así, podría haberla llamado, pues ella también quería hablar con él.

Llamó con los nudillos y los ladridos de Tore resonaron. Enseguida la vio subir al poyete de la ventana para ver quién era y, al reconocerla, empezó a

mover la cola entusiasmada antes de bajarse al ver a su dueño ir a abrir.

—Daniela, ¿estás bien? —le preguntó al verla alterada.

—Dime, por favor, que Israel está aquí contigo.

—No..., no está. ¿Qué ha pasado?

—Ha desaparecido.

Gael se asustó al escuchar aquello. Decidió aplazar la comida y salió de casa para ayudar a Daniela a buscarle. Miraron en cada rincón del pueblo, pero no estaba allí. Incluso fueron a casa de Celia, su mejor amiga, pero tampoco estaba con ella, y la niña, al enterarse, se puso a llorar.

Las horas pasaban e Israel no aparecía. Casi todo el mundo estaba reunido en la plaza. La voz se había corrido y todo el pueblo se había implicado. Pepa estaba muy preocupada y estaba siendo atendida por el médico del pueblo, quien le había dado un calmante.

Daniela estaba apartada y en un segundo plano mientras todo el mundo pensaba qué hacer. Ya habían denunciado la desaparición a la Guardia Civil, pero estos no harían nada hasta pasadas las veinticuatro horas. Ella se sentó en la acera y Gael se colocó a su lado para besarle la sien e intentar animarla, pero no podía, pues él estaba igual. Si le pasaba algo a Israel, jamás se lo perdonaría.

—En tres horas va a oscurecer —habló ella—. No sé ya dónde buscarle.

—Te prometo que lo encontraremos. Israel es un niño listo. Ni en el bosque se perdería.

—El bosque...

Daniela le miró y se levantó para correr adonde estaba todo el mundo. Habían mirado por todo el pueblo, incluso su padre había conducido hasta el cementerio para ver si estaba allí. No podía haber ido muy lejos, puesto que no había muchos lugares, y sabía cuál era el más lejano y a su alcance.

—¡Sé dónde puede estar!

—¿Dónde? —preguntó Pepa.

—En las calderas.

—¿Qué? —exclamó Fernando—. Hay más de una hora hasta allí y, aunque Israel sea bastante independiente, no podría ir solo.

—Fui dos veces con él y el camino no es complicado.

—No sé, Daniela...

—Puede que esté confundida, pero tenemos que mirar...

—Han ido a buscar en el lago de las Tres Princesas, esperaremos y, si no está..., iremos.

Daniela suspiró y se encaminó hasta su casa. No pensaba esperar. No quedaba nada para que anoheciera y el camino era largo. El tiempo era oro.

Sacó las llaves del coche y subió a Sally, pero antes de poder arrancar, Gael se colocó al lado de la ventana.

—¿Dónde vas?

—A las calderas. Hay que asegurarse y es mejor ir antes de que oscurezca. Es pleno bosque.

—Voy contigo.

—¡No! —se lo impidió—. Si está allí y nos ve juntos, puede volver a huir de nosotros y esa zona es un poco peligrosa. Por favor... —le suplicó con la mirada que la dejara ir sola.

—Está bien, pero ten cuidado.

—Lo tendré.

Gael metió la cabeza por la ventana para besarla. Sabía que tenía razón. Si Israel veía aparecer solo a Daniela, probablemente le dejaría hablar con él. Además, si, como creía ella, Israel estaba en pleno bosque, puede que se hubiera desorientado y no supiera cómo volver. Esperaba que le encontrara y que estuviera bien, pues Pepa no dejaba de repetir que estaba con fiebre y, sin la medicina, esta le subía muchísimo. Su abuela no podía dejar de pensar en lo peor.

Daniela dejó a Sally aparcada en la entrada del inicio del bosque. Había que ir a pie hasta la zona más alta de la montaña. Ni siquiera se había parado para coger algo de comida o agua para el camino, pero no quería detenerse más de lo necesario.

No podía correr por esa zona, ya que estaba llena de piedras y ramas caídas, pero sí iba a paso ligero, y contaba con la ventaja de no llevar peso como en las veces anteriores.

Miró hacia el cielo y suspiró al ver que el sol desaparecía. Por suerte, su móvil tenía linterna, pero no le hacía ninguna gracia ir por allí de noche. No lo iba a negar, le asustaba, pero no pensaba permitir que el miedo la detuviera.

Solo le quedaban quince minutos para llegar. El tramo más difícil. Estaba agotada y sudando y, durante el camino, se había tropezado con una rama que le había rasgado la tela del vaquero y le había hecho una pequeña herida en la rodilla. Seguía sangrando, pero no era nada grave, aunque ese pantalón tendría que tirarlo. La sangre era muy aparatosa y las gotas caían por su pierna como si no hubiera un mañana. Sabía que no tardaría en detenerse, pero, hasta entonces, parecía que se estaba desangrando.

Pasó de piedra en piedra por el río que había y escaló un pequeño terreno inclinado que la llevó a su destino.

Empezó a caminar por las grandes rocas buscándole, pero aquella zona era enorme y podría estar en cualquier sitio.

—¡Israel! —le llamó—. ¡Israel, por favor, si estás aquí y me oyes, contesta!

Giró varias veces sobre sí misma fijándose bien en los lugares que estaban al alcance de su visión, pero no veía nada y no sabía por dónde empezar a buscar. Decidió ir al lugar donde solían acampar cuando subían y soltó un suspiro de alivio al verle. Estaba sentado en lo alto de la roca donde siempre le gustaba jugar y donde solían cenar cuando subían a pasar la noche. Miraba el atardecer.

Daniela miró el reloj y vio que quedaba hora y media para que la oscuridad llegara. No tenía mucho tiempo.

—¡Israel! —volvió a llamarle, y esta vez él sí que se giró.

Daniela corrió hacia él y suspiró al ver que bajaba de la roca. Estaba llorando y, no muy segura, ella se puso a su altura para abrazarle. Sintió alivio cuando él le devolvió aquel abrazo.

—Me he perdido, Daniela. Quería volver, pero no sabía por donde siempre salimos y... me daba miedo.

—Ya está, no te preocupes —le acarició el pelo—. Nos has dado un susto de muerte.

—Lo siento, quería volver, pero no sabía... —sollozó—. Me encuentro mal, tengo hambre y sed y... creía que iba a morir.

—Oh, cariño —se separó de él—. No tenías que haberte ido, pero eso ya no importa. Estás bien y ahora vamos a volver tú y yo al pueblo.

Quería decirle que Gael y ella sentían mucho haberle hecho daño, pero prefería hacerlo más tarde. Ahora lo mejor era que comenzaran el camino de vuelta. Israel no solo necesitaba comer y beber, sino también tomarse la medicina, pues estaba ardiendo. La fiebre le había subido mucho.

Empezaron a bajar y llegaron hasta Sally justo a tiempo, pues en los últimos metros Daniela había tenido que encender la linterna, ya que no veían por dónde iban. Arrancó, pero no se movió. Tenía que hablar con él.

—Israel..., lo que has visto...

—Gael me lo prometió —dijo el niño—. Y tú también me prometiste que, cuando fuera mayor, serías mi novia —empezó a llorar.

—Cariño, cuando seas mayor no te gustaré, porque estaré vieja, y te aseguro que te enamorarás de una chica más guapa y buena que yo. —Él la miró—. ¿Por qué quieres que sea tu novia?

—Porque te quiero mucho. Y, si eres mi novia, significa que tú también me quieres a mí.

Daniela sonrió y le acarició la mejilla para limpiarle una lágrima.

—No hace falta que sea tu novia para quererte, ya lo hago, Israel. Te quiero muchísimo. Y, aunque no seamos novios, siempre te voy a querer. Eso no va a

cambiar nunca.

—¿De verdad? —la miró.

—De verdad.

Israel pareció calmarse un poco. Él tenía miedo. Daniela había estado a su lado desde que tenía uso de razón. Siempre había jugado con él y le daba besos y abrazos. Por eso quería que fuera su novia, porque, si otro chico lo era, creía que a él nunca más le daría esos besos y abrazos. Le gustaba mucho estar con Daniela y no quería que nadie la alejara de él. Lo pasó muy mal los dos años que estuvo fuera del pueblo, a pesar de que ella iba a menudo a visitarlos.

—¿Y no te volverás a ir del pueblo?

—Eso no puedo prometértelo, porque para estudiar tengo que irme. Sé que ahora no lo entiendes, pero, cuando seas un poquito más mayor, lo harás y comprenderás que, aunque estemos lejos el uno del otro, siempre nos vamos a querer. No te voy a abandonar, ¿vale?

—Vale.

—Y ahora, volvamos. Todos están muy preocupados.

—¿Gael también? —quiso saber.

Daniela se sorprendió con aquella pregunta y no sabía muy bien si contestarle, ya que no sabía si le había perdonado.

—Claro que sí. A Gael también le importas mucho y se arrepiente de haber roto la promesa que te hizo.

—¿Te trata bien? ¿Te quiere y te hace sonreír? Mi abuela dice que eso es siempre lo más importante.

Ella rio y le revolvió el pelo. Le encantaba cuando se volvía así de protector con ella. Se ponía serio y en su mirada se podía leer una advertencia de que, si no era así, pensaba dejarle las cosas claras.

—Sí, lo hace.

—Bien. Entonces le perdono.

—¿Y a mí? ¿Me perdonas?

—¡Claro!

Daniela le dio las gracias y un beso en la mejilla antes de retomar la vuelta hasta el hostel, donde todo el mundo seguía esperando alguna pista. Tuvo que ir un poco lenta, no solo por las condiciones de ese terreno, sino por la herida de la rodilla. Ya había dejado de sangrar, pero le dolía.

Fernando, al ver aparecer la *pick-up* de su hija, corrió hacia ella y suspiró aliviado al ver en el asiento del copiloto a Israel. El niño bajó y corrió llorando hasta donde se encontraba su abuela para abrazarla. Le pidió perdón y le explicó que se había perdido y no sabía cómo volver.

Después, Daniela observó cómo Israel se acercaba adonde estaba Gael y, tras intercambiar varias palabras, sonrió al ver que se abrazaban y el rostro de su chico se suavizaba mostrando alivio.

Todo el pueblo comenzó a dispersarse para dejar a Israel descansar. Gael se acercó a Daniela y se asustó al ver su rodilla.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, es solo un rasguño.

—¿Solo? Daniela, se nota que ha sangrado bastante y aún la sangre no se ha cortado del todo. Tienes toda la parte baja del pantalón manchada.

—Me duele, pero no me voy a morir por esto —rio.

—No, pero ahora mismo te vienes conmigo.

Gael la cogió en brazos pasando una mano bajo sus rodillas y Daniela emitió un ligero grito ante aquello. Se quejó para que la bajara, pero él se negaba. No pensaba soltarla hasta que le curara esa fea herida. La metió en su camioneta y, a pesar de las quejas, condujo hasta su casa, donde, tras abrir la puerta, volvió a cogerla para sentarla en la mesa de la cocina.

Por orden de él, se quitó los pantalones, y Gael, con cariño y cuidado, le desinfectó la herida antes de ponerle unos puntos adhesivos y una gasa sobre ella. Cogió su pierna y bajó el rostro para besársela.

—Oh, qué dulce. Tu reputación se está cayendo —bromeó.

—Entonces habrá que recuperarla —la besó mientras la cogía para llevarla a la cama—. Israel me ha perdonado y me ha dicho que, si no te cuido bien, vendrá a darme una paliza. Y esta promesa que le he hecho pienso cumplirla.

* * *

A la mañana siguiente, Celia se reunió con Israel donde siempre quedaban. No sabía muy bien si ese día iría, ya que estaba malo, por lo que decidió esperarle y, si no aparecía, ir a verle al hostel por la tarde, pero, por suerte, sí fue.

Ambos se saludaron e Israel le pidió a ella también perdón por no haberse visto el día anterior como cada mediodía hacían.

Como siempre, se sentaron en el césped y comenzaron a jugar a la guerra de dedos. Los dos se picaban muchísimo con aquel juego, pero lo pasaban bien y siempre acababan riéndose a carcajadas.

Cuando se acercaba la hora de marcharse, Israel le contó lo que sucedió y el gesto de Celia se contrajo en una mueca seria.

—¿Quieres que Daniela sea tu novia?

—Ya no, pero siempre la voy a querer, aunque no lo sea.

—¿Y ahora quién es tu novia?

—Nadie. Daniela me dijo que, cuando fuera más mayor, la tendría.

—¿Y por qué hay que ser mayores para tener novia o novio?

—No lo sé. Creo que primero hay que ser amigos y luego novios.

Celia le miró y, sin decir nada, se acercó a él y le dio un corto beso en los labios. Había sido tan rápido que a Israel no le había dado tiempo a reaccionar. Se quedó sorprendido mirando a su amiga, cuyas mejillas se habían vuelto completamente rojas y más marcadas.

A pesar de haber sido algo raro, le había gustado. Israel siempre había pensado que los besos en la boca eran asquerosos, pero el de Celia le había parecido muy dulce.

No le dio tiempo a hablar, pues Celia se levantó del césped y corrió un poco avergonzada por haberle dado su primer beso al niño que le gustaba.

CAPÍTULO 25



Daniela y Gael regresaron a las calderas pasados los días tras el episodio con Israel. El niño había perdido una pulsera de cuero de su padre y quería recuperarla, ya que era de lo poco que le quedaba de él. Sabían que era difícil encontrarla, pero le habían prometido ir a buscarla y no querían incumplir más promesas. Se sentían todavía algo culpables por todo lo que sucedió.

—Es increíble que subiera hasta aquí él solo.

—Es un niño de pueblo, no un pijo de ciudad —bromeó Daniela.

—¿Me has llamado pijo?

—Hombre, recuerda el día que llegaste —se giró para mirarle e imitar el gesto que tenía—. Con unas gafas de sol de marca en la mano, esa mirada seductora y, cómo no, tu frase: «Sí, nena, soy yo, Gael Montés. Puedes pedirme una foto o autógrafo» —aggravó la voz para intentar imitar la suya antes de reír.

—Oye, que tú tampoco te quedaste corta. Te recuerdo que me soltaste que si se podía saber qué narices miraba. Fuiste muy borde. ¡Menuda forma de tratar a los clientes!

—Te lo ganaste a pulso, no dejabas de mirarme y creía que o había ido con pijama o tenía algo en la cara.

Ambos acabaron riéndose recordando aquello. Tanto Gael como Daniela se llevaron una impresión equivocada del otro. Estaba claro que no se podía prejuzgar a las personas, aunque también era verdad que ambos habían cambiado gracias al otro.

Esa vez, para subir hasta allí, Daniela se había puesto una sudadera, mallas y deportivas, no como días atrás, pero el tiempo corría en su contra aquel día y no podía entretenerse cambiándose de ropa. La herida de su pierna ya estaba mejor y, aunque le escocía al doblarla, lo soportaba. Pero, a pesar de ello, Gael había insistido en acompañarla.

—No sé por dónde estuvo, pero lo encontré en una roca subido. Fue a lo seguro, es decir, a un lugar que ya conocía.

—Vayamos a ver.

Fueron hasta allí y comenzaron a mirar por todos los sitios alrededor de esa zona, aun sabiendo lo difícil que sería encontrarlo, puesto que el viento podía haberla desplazado a otro lugar bastante lejos.

Daniela se alejó de la roca y corrió al ver un trozo marrón en un hueco donde la gente que allí subía solía preparar una pequeña hoguera. Se agachó y, al cogerlo, sonrió. La habían encontrado. La guardó en el bolsillo de la sudadera y subió la cremallera para que no se cayera de ahí. Gael se reunió con ella.

—¡Qué ojo!

—Ha sido suerte, no contaba con encontrarla.

—Bueno, y ahora qué, ¿volvemos?

—Había pensado en enseñarte esto. Hacer la ruta, pero no sé si te atreverás, es solo para expertos.

—Nena, se lo estás diciendo a Gael Montés. Manejo velocidades de casi 300 km/h; yo me atrevo con todo.

Pero aquella frase no tardó en volverse en su contra. Esa ruta era un auténtico infierno y Daniela la hacía como si estuviera montando en bicicleta. Era increíble todo lo que había que hacer para ver esas piscinas naturales, aunque no iba a negar que eran espectaculares. Cada una distinta y única; y el terreno de alrededor, formado por rocas, árboles, cascadas y flores, acentuaba aquella belleza.

Daniela le había ofrecido varias veces dar la vuelta, pero él se negaba. Su orgullo le impedía abandonar, además, ya había podido con la mitad. Pero lo que no se imaginaba era lo que se iba a encontrar en la otra mitad. Vio a Daniela agarrarse a una cuerda y escalar por las rocas hasta alcanzar lo más alto de ellas.

—¡Venga, vamos! —le animó.

—¡Eres como un maldito mono!

—Subo aquí varias veces al año, esto está tirado —rio—. Por fin algo de lo que yo puedo presumir.

—Joder, no subo por una cuerda desde el instituto, y no llegué ni al segundo nudo.

—¿Ya se te han resentido esos musculitos?

Gael la miró retador y agarró la cuerda para trepar por ella con ayuda de las rocas hasta alcanzarla.

—¿Decías?

—Muy bien —aplaudió—. Luego te doy un premio —le guiñó un ojo.

Se giró para empezar a caminar por una especie de cueva. Debían ir con cuidado por ella, ya que un mal golpe en la cabeza podía ser malo, debido al techo puntiagudo que la formaba. Aunque a Gael le gustaba ver a Daniela caminar a gatas por aquella zona; le ofrecía una visión espectacular de su trasero. Sin embargo, la sonrisa que tenía se le borró al verla salir de allí por un agujero enano.

—Yo no quepo por ahí.

—Sí que cabes, es más grande de lo que parece.

—¿Y si me quedo atascado?

—Llamaré a la guardia forestal —rio—. Venga, nene, que ya verás como puedes.

No muy confiado, Gael empezó a pasar por el agujero que, sorprendentemente, sí que era más grande de lo que pensaba. Se colocó de nuevo en pie y se quedaron unos minutos contemplando aquella pequeña laguna llamada caldera. Era más pequeña que las que habían visto antes y se la veía menos profunda. En vez de ser más redondeada, era alargada con ligeras curvas y, al igual que el resto, tenía una pequeña cascada.

—¿Sabes por qué se llaman calderas? —Él negó con la cabeza y ella prosiguió—: Porque en invierno te puedes bañar en ellas, el agua sale caliente; y en verano están heladas.

—¿Te has bañado alguna vez en invierno?

—No. Si el camino ya cuesta subirlo de por sí, imagínate nevado, aunque tiene que ser una pasada estar bañándote en agua calentita y rodeada de nieve.

Continuaron con la pequeña aventura hasta que llegaron a la última caldera. La más impresionante de todas, aunque para entrar en ella había que caminar pegado a la pared. Menos mal que había una cuerda para sujetarse, ya que mucha gente se había caído pasando por allí; pero, por suerte, caían en el agua.

Daniela dio un pequeño salto para pisar de nuevo el suelo y esperó a Gael, quien se quedó maravillado. Era increíble la belleza de la naturaleza. Aquella última caldera estaba oculta en una cueva y, por un agujero, entraba la luz del día haciendo que sus aguas brillaran.

—Cierra los ojos —le pidió—. Escucha.

Él lo hizo y el sonido del agua moviéndose entró en sus tímpanos. Sentía paz y tranquilidad allí. Era una sensación única y a ese sonido se unió el de los pequeños insectos que se encontraban en el agua. Aquella cueva producía un eco perfecto e increíble.

—Me encanta escuchar esto —habló Daniela—. Muy poca gente conoce este lugar, y casi lo prefiero, porque, si se llenara de turistas, acabarían por destrozar este paisaje.

—Es increíble los lugares ocultos que existen.

—Y aquí mismo hay algunos más, pero para que te los enseñe tienes que volver.

—¿Es una indirecta? —la miró sonriendo.

—No. Solo es una manera de que veas que aquí te esperan muchas cosas.

Gael sonrió y, tras estar unos minutos más allí, retomaron el camino de vuelta y él volvió a quejarse cuando tuvo que pasar por el agujero y bajar por donde había escalado. Llegaron de nuevo al inicio, donde se encontraba la caldera principal, en la cual la gente más atrevida solía bañarse.

—Estoy sudando. Joder, no creía que en la montaña hiciera tanto calor.

—Se acerca el verano —dijo Daniela comenzando a desnudarse.

—¿Qué haces?

—Yo también estoy sudando como una cerda. Voy a bañarme.

Gael vio cómo se quedaba en ropa interior y, tras dejar la ropa sobre una roca, comenzó a meterse en aquella piscina natural.

—¡Ay, qué fría está! —rio mientras se metía.

Decidió meterse de golpe, ya que, cuanto más tardara, sería peor. Gael la observó meterse de cabeza y surgir de las aguas como una sirena.

—¿No te animas? —se acercó a él—. Vas a agradecer refrescarte un poco antes de bajar.

—Tú lo que quieres es verme en gayumbos.

—También —dijo divertida.

Él rio y comenzó a desnudarse hasta quedar solo vestido con el bóxer. Daniela se sorprendió al ver que se metía como si nada, como si el agua estuviera a una temperatura perfecta. Gael sacó la cabeza del agua y la sacudió para quitarse parte de las gotas antes de nadar hasta ella. Le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia él.

Tenía que ser sincero con Daniela y comentarle lo que estaba pasando. Pensaba que ella ya sabía que aquello llegaría, pero él era incapaz de asumirlo. Quería parar el tiempo y, por primera vez desde hace mucho, comenzó a pensar que las horas y los días pasaban demasiado rápido.

—¿Estás bien? —le acarició Daniela la mejilla al verle ausente mirándola.

No era la primera vez que le veía así. Era como si el Gael risueño que conoció poco a poco estuviera desapareciendo. En ocasiones como esa, le gustaría ver salir su lado más engreído. Le preocupaba verle así y, aunque tenía una ligera idea de lo que le sucedía, no entendía por qué no quería hablarlo con ella cuando también le afectaba.

Durante el tiempo que llevaban juntos, habían cumplido lo que se prometieron: no hablar de su regreso y disfrutar. Y ella lo había respetado, ya

que prácticamente se había olvidado de que se iba a ir, pero la actitud que veía en Gael se lo había recordado. Claro que no le hacía gracia la idea, pero tampoco era tan malo y, como decía su padre, si se quiere algo, la solución siempre acaba por encontrarse. Le echaría mucho de menos, pero aquello no significaba que pusieran un punto final a su relación. Puede que pasaran por momentos malos, era inevitable, pero todas las parejas tenían esos momentos, ya fuera viviendo juntos o separados. Ella iba a luchar y estar ahí para él. Solo esperaba que Gael quisiera y sintiera lo mismo que ella.

—Todo bajo control —le repitió las mismas palabras que le dijo la mañana del domingo en aquel hotel.

Daniela no tuvo tiempo de responderle, pues él había atrapado su boca en un voraz beso, lamiendo las gotas de agua que se posaban en sus labios. Ella le devolvió cada uno de los besos y enredó las piernas en torno a su cintura. Sonrió al notar lo ya duro.

—Cuidado, nene —sonrió—. Sabes que me encanta satisfacerte, pero no tenemos condones.

Él rio y nadó con ella hasta la zona de la cascada, donde reposaba una piedra en la cual ambos se sentaron y buscaron monedas que mucha gente solía tirar, aunque no encontraron ninguna, ya que hacía mucho tiempo que nadie iba por allí. Ojalá la situación del pueblo mejorara.

Gael percibió que a ella seguía preocupándole la situación. Ese fin de semana se celebraba una pequeña fiesta regional y en el hostel había reservas. No eran muchas, pero sí las necesarias para seguir manteniéndolo en pie. Le comentó que había conseguido un pequeño avance, ya que, con la reserva del hostel, por veinte euros más por persona, tenían acceso durante todo un día al parque de aventuras llamado De Pino a Pino. La dueña no estaba demasiado de acuerdo con eso, ya que había una pequeña rebaja en el bono, puesto que el normal costaba treinta euros, pero gracias a esa oferta y a la publicidad dada, sus ingresos habían aumentado. En un mes iba a recuperar lo perdido en tres.

—Tengo que hablar contigo, Daniela.

—Está bien, pero mejor salgamos para ir secándonos al sol. Me estoy quedando ya un poco fría.

Ella comenzó a nadar hasta salir del agua y se sentó tomando el sol en una de las piedras. Gael se colocó a su lado. Estaba un poco nervioso, pues hablarlo con ella solo lo haría más real.

—Dustin lleva llamándome toda la semana —comenzó a explicarle—. No para de insistirme en que vuelva ya para iniciar los entrenamientos. La temporada ya ha empezado y cree que debería intentar ganar cuando empiece. Es

complicado, pero no imposible, y para ello debo poner el coche a punto, practicar las estrategias..., en fin, mil cosas.

—¿Cuál es el problema, Gael? —intentó sonar normal.

Ella tampoco quería que se fuera, pero no debía hacérselo ver. Eso haría que le costara más marcharse y ella quería que consiguiera lo que tanto tiempo llevaba anhelando. Cuando quieres a una persona, deseas lo mejor para esta. Y tampoco iba a ser el fin del mundo. Si él quería, seguirían juntos.

—Que no quiero irme —se sinceró—. Me voy a poner bastante dulzón ahora —bromeó y la miró—. No quiero separarme de ti ni de este pueblo. Estoy muy a gusto aquí y he recordado quién era antes de ser conocido. Me gusta que me traten como a alguien más, me encanta pasar tiempo con Israel y adoro estar a tu lado. No quiero renunciar a esto. Sé que tengo que volver..., es mi trabajo, pero...

—Gael, no vas a renunciar a esto —posó una mano en su brazo—. Yo seguiré aquí, contigo, aunque estés en otro país, y puedes regresar siempre que quieras —se acercó más a él—. ¿Te acuerdas lo que te dije sobre las relaciones a distancia? ¿Lo de que las que no funcionan es debido a que la gente le da demasiada importancia a esos kilómetros y, en vez de buscar soluciones, solo buscan problemas e impedimentos? —Él asintió—. Lo sigo pensando. No busquemos nosotros impedimentos, busquemos soluciones, porque las hay —le acarició el pelo—. Si tienes que adelantar tu vuelta, hazlo, pero no renuncies a tu sueño por mí, porque a mí ya me tienes, y no pienso alejarme de ti. Tenlo por seguro —le sonrió antes de besarle.

Aquello le dejó algo más tranquilo, pero seguía sin estar seguro de qué hacer. Su plan era regresar unos días antes de su primera carrera, no un mes.

—¿Sabes? Me gustaría hacer como en la canción de Manuel Carrasco y llevarte conmigo hasta Nunca Jamás. Sin problemas y sin quebraderos de cabeza.

—Estoy convencida de que un día todo esto lo recordaremos juntos y sonriremos al ver que pudimos hacerlo. Sin necesidad de ir a Nunca Jamás —rio—. Además, ¡qué rollo! Peter Pan se encargaría del Capitán Garfio, y nosotros ¿qué haríamos?

—Follar todo el día, ¿te parece poco?

Daniela rio. A Gael le había sentado bien hablarlo con ella. Sí que había visto algo de tristeza en su oscura mirada, pero a diferencia de él, ella no era ninguna egoísta y tenía claro que su sueño no los separaría. Ella quería estar con él a pesar de los impedimentos. Como ella decía, las relaciones a distancia que no funcionan son aquellas en las que las parejas no buscan soluciones.

—Me iré cuando tenía pensado. Quiero disfrutar las semanas que me quedan —decidió.

—Me parece perfecto —sonrió—. Y, a partir de ahora, prohibido hablar o pensar sobre esto para seguir disfrutando —se recostó para aprovechar los rayos del sol.

Gael se quedó observando el abalorio con forma de trébol que adornaba el ombligo de su plano vientre. Le encantaba ese pequeño detalle tan especial para ellos.

Cogió sus manos e hizo que se colocara a horcajadas sobre él para acariciárselo con la yema de los dedos. Ella se estremeció.

—¿Cómo va el tema de los tréboles? —le preguntó—. ¿Te traen suerte?

—Creo que están empezando a funcionar —le miró con una amplia sonrisa—. Ahora mismo, me siento más afortunada que nunca —cogió sus manos para entrelazarlas—. Además, este año quiero intentar otra vez entrar en la universidad. Voy a pedir una beca y a cruzar los dedos para que me la concedan.

—No te preocupes más por eso, pienso asegurarme de que retomes tus estudios.

Ella le miró sorprendida sin saber muy bien si había entendido bien aquello. Estaba loco. Bueno, eso ya lo sabía, no era nada nuevo, pero eso no se lo permitiría.

—No me vas a pagar los estudios, Gael. Solicitaré la beca.

—No te digo que no la solicites, pero no quiero que te preocupes si al final no te la conceden, porque vas a estudiar.

Daniela se levantó de su regazo y le dio la espalda. Gael contempló su pelo rubio y todavía húmedo caer suelto por la espalda desnuda. Solo el sujetador la cubría. Los rayos de sol acariciaban su cuerpo y, por un momento, sintió celos de ellos, pues siempre la acariciarían, mientras que él en unas semanas se separaría de ella.

—No estoy contigo por tu dinero, Gael. Es más —suspiró—, siempre se me olvida ese pequeño detalle tuyo.

Eso a él le gustó.

—Daniela, sé que no estás conmigo por mi cuenta bancaria y también sé que eres una persona trabajadora capaz de cuidar de ti misma y conseguir todo lo que te propongas. Solo deja que los demás cuidemos un poco de ti.

—¿Por qué quieres hacerlo, Gael?

«Porque mi sueño es verte cumplir tus sueños», pensó.

—Solo quiero que seas feliz. Y no conozco a una persona que merezca más que tú poder retomar sus estudios.

—¿Y qué pasará si en un mes ya no estamos juntos?

—Que seguiré pensando que te mereces ser feliz y continuar tu pasión donde la dejaste.

Daniela no estaba demasiado convencida. Nunca le había gustado deber nada a nadie y temía que, si en un futuro rompían, él le recriminara que, si no fuera por su dinero, jamás habría podido retomar la carrera.

Pero, por otro lado, conocía a Gael. Le encantaba hacer buenas obras y podía ser muchas cosas, entre ellas un prepotente, pero nunca una mala persona ni un chantajista. Al final se rindió, pero con la condición de que solo la ayudaría y no se haría cargo él de todos los gastos. Además, contaba con conseguir esa beca.

Regresaron al pueblo y, tras devolverle la pulsera a Israel, Gael invitó a Daniela a comer a su casa. Ambos estaban hambrientos después de la mañana tan activa que habían tenido y ella se sorprendió al ver que Gael le había preparado un relajante baño de espuma; no se esperaba que él la acompañara en aquel baño, pero no se quejaba. Le encantó que la enjabonara y la mimara hasta que esas inocentes caricias se convirtieron en algo más y él terminó dándole con su mano uno de los mejores orgasmos de su vida. Aunque, como era normal en ellos, no tuvieron suficiente y salieron de la bañera para terminar lo que habían empezado en la cama.

Tras un nuevo asalto, para estar por la casa Daniela se recogió el pelo en un moño mal hecho y se puso una camisa suya vaquera y las braguitas negras que llevaba, mientras que él solo se vistió con un pantalón de chándal oscuro.

Al acabar de comer, Daniela abrió la nevera para ver qué tenía y se mostró sorprendida antes de llevarse una mano al pecho fingiendo estar ofendida.

—¿Has comprado flanes de supermercado? —los sacó para enseñárselos.

—Sí, tenían buena pinta.

—Esto es como si me hubieras puesto los cuernos —bromeó cogiendo uno—. Ya te prepararé yo un flan de café de verdad —rio, y se sentaron en el sofá para ver alguna película.

—¿No te lo vas a comer? —le preguntó él al verla mirar el flan.

—No me fío nada de lo que le echan —dijo—. Mi madre siempre decía que no son nada naturales —cogió un poco con la cuchara para dárselo a él—. Pruébalo para ver cómo está.

Gael rio y se metió la cuchara en la boca para saborear aquel fresco dulce. Ya los había probado antes y le sabía igual que un flan normal, pero, claro, ella era la experta en temas de repostería.

—¿Está bueno?

—Compruébalo tú misma.

Y dicho esto, se inclinó hacia ella para besarla y que saboreara el postre desde su boca. A Daniela le encantaba cómo la besaba, no se cansaría jamás de aquella pasión y de ese toque salvaje que siempre ponía cuando estaban juntos.

—Creo que el flan acaba de mejorar considerablemente.

CAPÍTULO 26



Daniela subió por la escalera para colocar la última fila de luces blancas que adornarían una de las ventanas de La Sociedad.

Aquel lugar estaba quedando precioso y perfecto para el baile que se celebraría en unos días. Habían colocado unas mesas cubiertas con manteles blancos donde pondrían los dulces, los vasos y bebidas y una enorme fuente que llenarían con ponche. Daniela y Jone se habían encaprichado por degustar esa bebida dulce y tan americana, así que ambas, a partir de recetas en Internet, la habían elaborado, y no les había quedado nada mal.

La entrada la adornaron con unas tiras plateadas y brillantes que llegaban del techo hasta el suelo. La gente debía atravesarlas para entrar allí. En el centro del salón, colgaba una bola de discoteca y más adornos hechos manualmente, como unas flores fabricadas con servilletas de colores.

En otra zona, habían colocado globos blancos con confeti en su interior y que, con la luz que habría, darían un toque más bonito y fiestero.

Todo el mundo estaba colaborando con esos adornos, incluidos Celia e Israel, que estaban a pocos días de terminar sus clases. Tanto Daniela como Jone se habían dado cuenta de que algo extraño pasaba entre ellos, ya que Celia, aunque hablaba con su amigo, en cuanto podía se separaba de él con las mejillas rojas como tomates. ¿Qué les pasaría a esos dos? Decidieron no darle importancia.

Una hora después, llegó a La Sociedad una pequeña empresa que habían contratado para colocar un fotomatón en una de las esquinas y alejado de la pista de baile, para que nadie se tropezara con él. Las más ancianas ya habían probado la máquina, y salían del habitáculo divertidas y con las fotos que se habían hecho en la mano. Además, eran peores que muchos jóvenes, ya que no dejaban de disfrazarse con los complementos que traía el fotomatón.

Daniela bajó de la escalera tras colocar la última hilera de luces y se acercó donde se encontraba su amiga. Llevaba las tres horas que habían estado adornando La Sociedad muy ausente. Era como si su mente estuviera a bastantes kilómetros de distancia.

También se había percatado de cómo miraba a Ricky. Su mirada estaba cargada de preocupación, incluso diría miedo. ¿Puede que estuviera triste porque el chico se iría en breve a Valladolid para hacer los exámenes? Quizá su amiga temiera que ya no volviera y lo suyo acabara, pero no estaba segura de aquello, ya que a los dos se les veía el plumero.

Debido a que el chico no podía colaborar en la casa, había ido con ellas para ayudar en todo lo posible con la ornamentación. De vez en cuando, le pillaba mirando a su amiga con una sonrisa de bobo que no podía con ella, pero no le dijo nada, ya que esa misma cara adoptaba ella cuando tenía a Gael cerca. Aunque lo de Ricky era un poco peor, puesto que debía estudiar para sus exámenes y tener la cabeza metida en los libros. Y allí estaba. Cayéndosele la baba cada vez que veía a Jone. Le recordaba a algunos de los memes que le pasaba su amiga en los que ponía: «Busca a alguien que te mire como Cristiano Ronaldo mira a Cristiano Ronaldo». Pues Jone ya había encontrado a alguien así. Se alegraba por ella.

Daniela anduvo hasta detrás de la barra y comenzó a guardar las bebidas en la cámara frigorífica para que estuvieran fresquitas cuando la gente se sirviera. Habría barra libre.

—Daniela, tengo un problema —dijo Jone agachándose a su lado para decírselo en voz baja.

Había esperado a que su amiga se alejara un poco de la gente. Necesitaba hablar con ella, pero no que las viejas cotillas se enteraran de su pequeño problema.

Agarró el brazo de Daniela e hizo que se levantara para ir a los baños de mujer del piso de arriba. Ahí estarían más seguras.

—¿Qué ocurre? —le preguntó preocupada.

Sabía que le ocurría algo. La conocía mejor que nadie, pero, además, Jone escondía muy mal sus emociones.

—Tengo una falta.

—¿Qué?

—Me tenía que haber bajado la regla hace once días —suspiró, y sacó del bolso una caja que contenía un test de embarazo.

—Espera, espera —se lo quitó Daniela—. No es raro que tengas retrasos, sobre todo cuando estás estresada, y esta semana, con el tema del baile, has estado histérica.

—Sí, pero antes no tenía polvos diarios.

—¿Dónde has comprado el test? ¿No habrás sido tan loca de comprarlo en la farmacia de aquí?

—No, Dios, lo que me faltaba, que doña Justa fuera diciendo a medio pueblo que igual estoy preñada —bufó—. He ido a la farmacia de Salas. Allí no me conocen.

Daniela suspiró. No sabía quién estaba más confundida de las dos: si ella o Jone. Había que ser positivas y pensar que solo era eso, un retraso, pero no saldrían de dudas ni se quedarían tranquilas hasta que se hiciera ese dichoso test.

—¿Alguna vez no usasteis protección?

—Siempre hemos usado condón, pero solo tienen la fiabilidad del 98 %.

—¿Quieres hacértelo ahora?

—Sí. Llevo dos días esquivando a Ricky por esto. No quiero decirle nada hasta que no vea el resultado.

—Está bien —le tendió el test—. A por ello.

Jone lo cogió con las manos temblorosas y se metió en el cuarto de baño. No sabía cómo iba a decírselo a Ricky si estaba embarazada. Puede que para él solo fuera un rollo, pero para ella aquello iba más allá. Se había enamorado como una idiota de él.

Mojó aquel palito con su orina y, nada más salir, se lo dio a Daniela, que la esperaba en la puerta vigilando que nadie subiera allí.

—Por Dios, que salga solo una raya, una raya, una raya... —suplicó Jone con los ojos cerrados y juntando las manos como si rezara.

—Una raya —repitió Daniela.

—Sí, es lo que indicará que es negativo.

—Que sí, que una raya.

—A lo que me refiero es... —se quedó callada al entender lo que en realidad le estaba diciendo su amiga—. ¿Ha salido una raya?

—Sí —dijo Daniela sonriendo.

—¡Oh, gracias a Dios! —se lanzó a los brazos de su amiga y ella la abrazó aún sonriendo, pero se le borró la sonrisa al ver el culo de su amiga.

—Anda, toma —dijo Daniela sacando un tampón que tenía en el bolsillo del vaquero—. Lo vas a necesitar más que yo. Yo ya estoy en el último día de regla.

Jone se miró por el espejo y gritó al ver aquella mancha roja. A buenas horas aparecía, después de haberla tenido varios días con el corazón en un puño. Volvió a meterse en el baño para ponerse el tampón y se quitó la camisa que llevaba, quedando vestida con una de manga corta para anudársela alrededor de la cintura y que nadie se diera cuenta de ese pequeño percance.

Se escondió como pudo el test de embarazo y bajaron de nuevo. Jone guardó el test en el bolso. No pensaba tirarlo hasta la noche. Sus vecinas eran capaces de cotillearle la basura, y no era ninguna exageración. ¡Ya las había pillado varias veces! En ocasiones se preguntaba qué demonios fumaban en aquel pueblo. ¿Esencia de pino? Era increíble.

Tras terminar de dejar perfecto el salón, todo el mundo se fue a su casa deseando que llegara el día para disfrutar de aquel trabajo. Había quedado precioso.

Jone se acercó a Ricky y, tras robarle un beso, le ayudó a levantarse antes de darle las muletas. Aquel día comerían juntos en el piso de ella y, aunque el camino era muy corto, Jone tenía el coche en la entrada. Él no podía caminar demasiado, aunque la semana pasada fue a revisión y el médico le comentó que todo iba muy bien. La pierna estaba sanando y lo más probable era que, si seguía así, no tuviera que pasar por el quirófano.

Cuando llegaron, Jone dejó el bolso encima de la mesa auxiliar y le ordenó a Ricky que se sentara mientras ella preparaba algo de comer, aunque no se iba a matar la cabeza. Haría unas hamburguesas con patatas. Su plato estrella.

Mientras ella cocinaba, Ricky se acomodó en el sofá y elevó las muletas para dejarlas tumbadas en el suelo, pero en aquel trayecto una de ellas golpeó el bolso de Jone y lo tiró al suelo. Suspiró y fue a recogerlo, pero se quedó paralizado al ver lo que asomaba: un test de embarazo.

Sin dudarle, se levantó y fue a la cocina con aquel palo en la mano.

—¿Estás embarazada?

Jone dio un brinco al escucharle y se le cayó al suelo el tenedor de madera con el que estaba cocinando.

—¿Me lo ibas a decir?

—Es negativo —aclaró Jone—. Si hubiera dado positivo, claro que te lo diría —susurró.

—¿Por qué no me has dicho que tenías una falta?

—Pues, no sé, porque... porque... —no sabía qué decirle.

Las palabras se habían atascado en su garganta. Ricky, al ver que se quedaba callada y miraba sus pies, volvió a hablar y, aunque quería sonar menos molesto, no lo conseguía. Le cabreaba que no confiara en él. Vale que hasta hacía poco hubiera hecho cosas horribles, pero creía que en ese corto tiempo que habían estado juntos había demostrado que estaba cambiando.

—Soy tu novio, Jone. Podrías habérmelo dicho, no habría salido corriendo.

—¿Qué has dicho?

—Que no habría salido corriendo.

—No, eso no, lo otro.

Ricky alzó las cejas antes de fruncir el ceño.

—Que soy tu novio. —Jone abrió la boca—. Joder, ¿en serio? —bufó al verla sorprendida por aquello—. Creía que para ti era alguien importante..., como tú lo eres para mí. Veo que no.

Jone le vio darse la vuelta para marcharse, pero no tardó en reaccionar y correr hasta él. Le encantaría tirarse a sus brazos, pero sabía que no podía, aunque lo que sí hizo fue tumbarle en el sofá y colocarse encima para besarle. Ricky, al principio se quedó sorprendido, pero aquella chica le volvía loco y, a pesar de su pequeño enfado, no dudó en devolverle el beso mientras abrazaba su cintura.

—¿De verdad quieres ser mi novio?

—Joder, creía que lo era.

—Es que..., creo que estoy enamorada de ti y no quería hacerme ilusiones si resultaba que lo que había entre tú y yo solo era algo pasajero.

—¿Por qué no hablaste conmigo?

—Me asustaba. Temía que me dijeras que me quitara esas ideas de la cabeza y perderte. Me encanta estar contigo.

Finalmente, Ricky por fin sonrió y volvió a besarla para intentar tranquilizarla un poco.

—Quiero ser tu novio. ¿Tú quieres ser mi novia? —le preguntó metiendo las manos bajo su camiseta.

—¡Claro que quiero! —sonrió volviendo a besarle—. En cuanto a lo del test...

—Tema zanjado. No le demos vueltas.

Jone volvió a sonreír y le abrazó. ¡Estaba tan feliz! Daniela tenía razón cuando le dijo que debía hablar con él sobre lo que sentía, pero, por culpa de ese temor que le había confesado a su ya novio, no le hizo caso. Aunque como afirmaba el dicho, mejor tarde que nunca.

—¿Nena?

—¿Sí? —dijo Jone besándole el cuello.

—Huele a quemado.

Ella abrió los ojos como platos y saltó de su regazo para correr a la cocina. Se habían quedado sin comida.

* * *

Daniela llegó a casa completamente agotada, aunque entusiasmada por aquel baile.

La casa ya estaba terminada, solo quedaba amueblarla y que la pintura de la habitación de Israel se secara. Al niño le encantó el trabajo que Xavier y su equipo habían hecho en su cuarto, además, le podría servir en un futuro cuando tuviera hijos. Aquella casa contaba con varias habitaciones.

Al día siguiente se inauguraría, y Daniela no pudo evitar sentirse orgullosa de la gente del pueblo y de todos los voluntarios que habían viajado hasta allí para ayudar. Aquella obra era lo más bonito que había visto y Pepa se lo merecía. Antonio sonreiría desde donde estuviera. Por ser buenas personas se habían quedado sin hogar. Pero ahora eso quedaba en el pasado y, en solo unos días, podrían disfrutar de su nueva casa.

Cuando entró en el salón de su hogar, se sorprendió al ver a Calcetines suelta, ya que su padre estaba en casa, pero sonrió al descubrirlos a ambos. Su progenitor estaba comiendo un sándwich mientras la coneja le miraba a sus pies y, de vez en cuando, se colocaba a dos patas para que le diera algo. A su mascota le chiflaba el pan de molde. Y también los envoltorios de las magdalenas. Comía todo lo que pillaba. Era una auténtica glotona.

—Hola, pequeña —la saludó su padre dejando el sándwich encima de la mesa para levantarse.

—¡Hola! —le dio un beso en la mejilla—. ¿Cómo va el hostel?

—Ahora que se acerca la temporada alta, mejor. Además, con tu web y la pequeña alianza con Charo, ha aumentado el número de reservas. Un 20 % más que el año pasado —sonrió—. No tenías que haberte molestado tanto, Daniela.

Ella sonrió. Le costó bastante crear la web y ponerla bonita, pero, en cuanto le cogió el truco y estuvo lista, se la mostró a su padre para que alguien del personal del hostel se encargara de ella. Fernando se sorprendió al ver que su hija estaba detrás del trato con Charo y la web.

—El hostel también forma parte de mí. Nuestra familia ha luchado mucho por él y tenía que colaborar en ello.

Fernando sonrió y besó a su hija en la frente. Tenía que hablar con ella, pues debía comentarle algo importante y su opinión contaba mucho. No pensaba hacer nada que molestara a su hija.

—Cariño, ¿qué... qué te parecería si yo... si yo...?

Daniela se separó de él y alzó las cejas. Nunca había visto a su padre tan inseguro y nervioso al hablar con ella.

—Suéltalo, papá.

—¿Te parecería bien si saliera con una mujer?

Ella se quedó sorprendida y las palabras no le salían.

—Siempre querré a tu madre, lo sabes, pero estos días he estado conociendo a alguien y...

—Mamá querría que fueras feliz —le interrumpió y sonrió—. Tienes derecho a rehacer tu vida, papá. Yo siempre estaré aquí.

—¿De verdad te parece bien?

—Claro que sí —cogió sus manos—. Papá, eres un buen hombre y te mereces todo lo mejor. Además, este año quiero volver a intentar conseguir esa beca y... me iré más tranquila si sé que tienes a alguien. Puede salir bien o puede salir mal, pero, si no te arriesgas, jamás lo sabrás. A veces no está mal pensar con el corazón.

Fernando sonrió y abrazó a su hija. Le gustaba saber que aprobaba que intentara rehacer su vida y enamorarse de nuevo. En su corazón siempre amaría a Magda, su difunta esposa, que le regaló lo más bonito del mundo: a su hija y una vida preciosa los tres juntos.

—¿Cuándo has crecido, pequeña? —la miró—. Estás hecha ya toda una mujer —suspiró—. Me encantaría que volvieras a ser mi niña, mi pequeña.

—Siempre lo seré —sonrió—. Y ahora, ¿me vas a decir quién es la afortunada? ¿La conozco?

—Es Charo —confesó—. Hemos tenido varias reuniones para mejorar nuestros negocios y, un día, la invité a cenar. Todavía no ha pasado nada, pero me gusta y estoy muy a gusto a su lado.

—Me alegro por ti, papá.

—Y tú, ¿qué tal con... ese chico?

Daniela puso los ojos en blanco. Su padre no le tenía demasiada estima a Gael, bueno, más bien no le tenía estima a ningún chico que se acercara a ella.

—Muy bien, papá. No tienes de qué preocuparte.

—Te trata bien, ¿verdad?

—Mejor que bien.

—Bien, me alegro, pero si te hace daño, dímelo y le mostraré lo bien que funciona la escopeta.

Ella rio y negó con la cabeza. Su padre en ocasiones era demasiado protector, pero respetaba su vida. No se interponía cuando algo no le gustaba, le dejaba cometer sus propios errores y estaba a su lado cuando algo no salía bien, a pesar de que él le advertía. Su progenitor ya vio venir a Nacho, pues jamás le hizo gracia aquel joven y, aunque la dejó salir con él, cada día le repetía que le dejara antes de que le hiciera daño.

Pero, por aquel entonces, ella era una joven enamoradiza que no veía nada raro en su relación, como cuando la echaba después de que se acostaran o cuando no le permitía que le cogiera la mano mientras paseaban.

Lo bueno de aquello fue que había aprendido de ese grave error.

Tras aquella charla, Daniela miró por encima del hombro de su padre y no pudo contener las carcajadas.

—Creo que te has quedado sin sándwich.

Fernando se dio la vuelta y vio su comida tirada en el suelo y a Calcetines comiendo a bastante velocidad el pan de molde. ¡En qué momento su mujer le regaló esa coneja a Daniela! Pero al ver el rostro de felicidad de su hija, acabó por sonreír. Le encantaba verla así.

CAPÍTULO 27



Todo el pueblo estaba reunido frente a la casa de Pepa e Israel. Nadie quería perderse aquel momento en el que esa pequeña familia entraría por primera vez en su hogar.

La alcaldesa de Quintanar de la Sierra dio un pequeño discurso y, tras este, Israel fue el encargado de cortar aquella larga tira de tela roja.

El jefe que había dirigido esos meses la obra le entregó a Pepa la llave de su nuevo hogar y, con lágrimas en los ojos, la abrió para comenzar a contemplar toda la casa. Fernando, Daniela, Gael, Celia, Ricky y Jone entraron tras ellos para ver cómo había quedado todo.

Era preciosa. Un salón amplio con una chimenea y grandes ventanales que a su vez hacían de puertas correderas para salir al jardín, aunque este todavía tenía que crecer, de momento solo la tierra rodeaba la casa.

Entraron en la cocina con barra americana y Pepa se emocionó. Como buena abuela, le encantaba cocinar y jamás había tenido una cocina tan grande como esa.

Tras deambular por el piso de abajo, fueron al de arriba, donde se encontraban las cuatro habitaciones y un baño. Israel no dudó en correr a la suya junto con Celia y, al empujar la puerta, los dos niños abrieron la boca. Aquella habitación era una pasada. Alrededor de la puerta había dos árboles dibujados y daba la sensación de que pasaban por dentro de un tronco para acceder a un bosque.

Gael miró orgulloso la cara de Israel. Estaba feliz. Los demás entraron en la habitación y sonrieron admirándola. Había quedado perfecta.

Los niños permanecieron en ese cuarto y los demás fueron a ver el resto. Pepa se emocionó al encontrar sobre el cabecero de la cama una foto enmarcada del día de su boda. Echaba mucho de menos a su marido y le habría encantado que en ese momento tan especial hubiera estado a su lado.

—Habéis hecho un buen trabajo —susurró Daniela a Gael, y entrelazó su mano con la de él—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Bueno, no he sido el único que ha colaborado —le sonrió.

Daniela abrió más los ojos y se puso a buscar alrededor de Gael, como si se hubiera perdido algo.

—¿Dónde está ese ego tuyo?

Gael alzó las cejas y le regaló un suave azote en el trasero, pero al mirar esa casa se quedó pensativo. Su trabajo allí había acabado y, con ello, había llegado la hora de abandonar el pueblo, pero todavía podía quedarse unos días. Él mismo organizaba su agenda y entrenaría una semana antes de su primera carrera. El sábado tenía la clasificación y el domingo comenzaría a luchar por un sueño que, en ese tiempo, había perdido importancia.

Seguía anhelando convertirse en campeón y, sobre todo, darle en las narices al idiota bigotudo de Wehrlein. No hacía más que infravalorarle creyéndose él el puto amo, pero aquello distaba mucho de la realidad. Para ser veterano cometía muchos fallos, y Gael se aprovechaba de ellos. Aunque él también tenía lo suyo, ya que la única forma de correr que sabía era bastante peligrosa.

Miró a Daniela y se quedó embobado observando su preciosa sonrisa. Quería volver a verla, quería volver a disfrutar de su boca, volver a recorrer con la suya cada rincón de su aterciopelada piel y volver a fundirse en uno. Quería regresar a ella. A su mejor sueño, así que era hora de correr como un verdadero profesional. Él no se infravaloraba y tenía talento al volante. Podría ganar corriendo de forma más prudente.

Dejaron a Pepa e Israel instalándose y Fernando se despidió de su hija. Aquel día tenía su primera cita oficial con Charo. Daniela le deseó suerte antes de irse con Gael. Aún quedaban algunas horas para la llegada de la noche, así que decidieron coger a Tore e ir con Sally al refugio de Daniela.

Ninguno lo decía en voz alta, pero pensaban lo mismo; querían aprovechar al máximo los últimos días que les quedaban. A diferencia de otras veces en las que habían ido allí, no se quedaron tumbados en la parte de atrás de Sally, sino que empezaron a jugar con Tore y pasearon por los alrededores.

Gael también iba a echar mucho de menos aquella tranquilidad y le preocupaba un poco por cómo Tore iba a reaccionar al cambio de vida. La veía feliz corriendo entre árboles, pero en su hogar de Alemania todo sería muy distinto. Confiaba en que se habituase a ello y, de vez en cuando, podría conducir hasta el monte para que se sintieran en casa.

«En casa», repitió Gael esas palabras. Sin darse cuenta, ese pueblo se había convertido en un hogar para él. Un lugar donde se sentía en casa. Cerca de las personas a las que quería.

Observó a Daniela correr al lado de Tore. Su pelo suelto se movía al ritmo de sus zancadas y el sol había aclarado su cabello. Se lo veía más rubio. Quería grabar esa imagen en su cabeza.

El verano estaba a punto de llegar, pero el buen tiempo ya los acompañaba, aunque, al ponerse el sol, el aire fresco los azotó y decidieron regresar.

Daniela fue a darse una ducha mientras Gael preparaba algo de cenar, pero finalmente ella decidió cambiar de planes. Bajó a la cocina con el cabello húmedo pegado a su piel desnuda y una toalla alrededor del cuerpo. Comprobó que Gael ya había apagado los fuegos y se acercó a él sin decir nada y con la mirada puesta en sus ojos azules. Descalza, se sentía una enana frente a él. No habló. Dejó caer la toalla mojada a sus pies y él no tardó en cogerla en brazos al tiempo que la besaba con ese toque salvaje para llevarla a la cama.

Continuaron sin hablar mientras sus cuerpos se unían y, sin cenar, Daniela se durmió en sus brazos. Él se quedó observándola y cogió el móvil. Quería immortalizar ese momento. No se le veía el rostro y con el brazo tapaba su espalda desnuda; además, desde aquel ángulo, no se distinguía que en realidad estaba desnuda y, desde su cadera hasta medio muslo, la sábana la cubría.

Con la mano que tenía libre, la subió a su Instagram con una única frase que esperaba que describiera todo lo que era Daniela para él.

«Ella..., solo ella».

Dejó el móvil a un lado y la despertó a su pesar. Ambos tenían que comer algo.

Tras vestirse, fueron a la cocina y Gael vio que su móvil no dejaba de sonar. Era Dustin. No había dejado de llamarle esos últimos días y ya no le cogía el teléfono. Volvería cuando él lo creyera oportuno.

—¿No lo coges? —le preguntó Daniela.

—No. Ya le dije a Dustin mi decisión y no pienso cambiarla.

Cogió el móvil para deslizar el botón rojo del teléfono para colgar y entró en Instagram para ver las notificaciones. En los comentarios, muchas de sus fans se preguntaban quién era esa «zorra» rubia. Le molestaba que llamaran así a Daniela, pero no le dio importancia. Otras ponían el emoticono llorón, y más gente preguntaba si ya estaba de vuelta, puesto que su coche todavía no había pisado la pista. Pero lo que de verdad llamó la atención a Gael fue un pequeño detalle que había podido fastidiarlo todo. Tenía la ubicación conectada y, bajo su nombre, salía dónde se encontraba. Enseguida editó y la quitó. Rezaba para que nadie se hubiera percatado de ello.

Daniela se asomó a su hombro y abrió la boca al ver aquella foto.

—¡Me has hecho una foto en bolas y la has subido a Internet! ¡¿Estás loco?!

—Solo nosotros sabemos que estás desnuda. No se nota.

—Se me ve que no llevo nada puesto. La espalda la tengo al aire, por mucho que me tapes con el brazo.

—¿La borro?

Ella siguió mirándola y, finalmente, sonrió.

—No. No la borres.

A la mañana siguiente se despidieron y Gael quedó con ella a las ocho para recogerla e ir al baile. Había llegado el día.

Daniela estuvo nerviosa durante toda la mañana y la tarde hasta que, a las siete, comenzó a prepararse. Su padre no podía ir, puesto que estaría trabajando en el hostel. Aquel día lo habían pasado juntos y le había contado que su cita con Charo había ido muy bien, por lo que repetirían. Daniela se alegró por él.

—Me voy ya, pequeña. Pásalo bien esta noche.

—Gracias, papá —le dijo dándole un beso en la mejilla, y le quitó el carmín que le había dejado.

Tres cuartos de hora después, ya estaba lista. Solo le quedaban los zapatos, pero estos no se los pondría hasta que llegara la hora.

Para aquella noche, había elegido un vestido azul claro largo de tirantes. El escote se ajustaba a la forma de su pecho y era ceñido hasta la cintura, de donde salía una falda. La tela era ligera y le caía hasta los pies. Al no tener volumen, esta parecía flotar mientras caminaba.

Daniela se ajustó la parte de arriba para colocar bien las aperturas que tenía en los laterales y en la espalda.

El interfono sonó y sus nervios se acentuaron. Estaba muy nerviosa. Le contestó a Gael con un simple «ya bajo» y corrió para ponerse las sandalias blancas con tacón. Bajó por las escaleras recogiendo la falda del vestido para no tropezarse y salió con una sonrisa.

Gael iba guapísimo con ese traje. Era el que llevó en la comunión, pero esta vez se había puesto una pajarita. Estaba para comérselo.

—Voy a ser la envidia de todo el pueblo —rio Daniela acercándose a él.

—Y yo voy a tener que apartar muchas manos largas —cogió su mano—. Estás para devorarte enterita, nena —se inclinó para besarla—. Te he traído algo.

Gael alzó una caja que tenía en la mano y sacó de ella un ramillete que colocó en la muñeca de Daniela; estaba formado por flores blancas y azules. Aquel detalle la emocionó y se sintió como una adolescente americana. Gael conocía su afición por esas cosas.

—¿Cómo sabías el color de mi vestido? —preguntó mirando aquel precioso ramillete.

—Jone —contestó.

—Menuda chivata —rio, y se alzó para besarle.

Incluso con tacones seguía siendo una enana.

—Y tengo otra cosa que espero que también te guste.

Daniela le miró sorprendida y vio como de la americana sacaba una caja de terciopelo. La abrió y ella volvió a emocionarse al ver el colgante de un trébol.

Gael sacó la joya y se la colocó para que reposara aquella noche en su delicado cuello antes de besárselo. Daniela lo contempló mejor. Era de plata, sus hojas estaban adornadas con pequeñas piedras de Swarovski y, en el centro, una más grande de color verde.

—Es precioso. Gracias —le miró.

—¿Vas a llorar? —bromeó Gael.

—Ni de coña —rió, y entrelazó su mano con la de él—. Anda, vamos.

Enseguida llegaron a La Sociedad y subieron las tres escaleras que había para acceder al salón. Atravesaron las tiras plateadas y un fotógrafo contratado para el evento les hizo una foto.

El móvil de Gael vibró en el bolsillo y lo sacó para ver quién era: Dustin; no le extrañaba. Decidió apagar el móvil. Mañana le llamaría y volvería a hablar con él.

Las luces de neón y los focos alumbraban aquella sala y Daniela sonrió. Habían hecho un buen trabajo. Observó a la gente que allí había y saludó a algunos excompañeros de clase que habían ido ese fin de semana al pueblo para celebrar el fin de la casa. Ella nunca había tenido relación con ellos, pero se daba cuenta de que, en ocasiones, la gente sí cambiaba.

A lo lejos, vio a Jone con Ricky. Él estaba sentado en una silla mientras su amiga bailaba a su alrededor. Daniela ya estaba al tanto de lo que había ocurrido entre ellos y se alegraba por ambos.

Se fijó en la pista de baile, donde más gente del pueblo bailaba, y en el centro de esta Celia e Israel daban vueltas cogidos de las manos mientras reían. Eran adorables.

—¿Bailas? —le tendió Gael la mano.

Daniela fue a contestar, pero Jone los interrumpió.

—¡Te la robo un minuto y te prometo que no volveré a secuestrarla en toda la noche!

Ni siquiera le dejó contestar. La arrastró a una zona alejada y Jone le enseñó a su amiga la foto que Gael subió el día anterior.

—¡Oh, me muero! —gritó Jone—. El famosete está completamente loco por ti. Eso sí, ha conseguido que tengas miles de enemigas —le enseñó los comentarios.

—¿Le sigues?

—Por supuesto, y un día le exigí que me siguiera a mí, así puedo presumir de que alguien famoso me sigue. Tienes que hacerte redes sociales, no sabes lo que te pierdes.

Jone salió de esa foto y seleccionó otra de Gael en la que salía en las piscinas del pueblo.

—Vale, me contaste que nadie debe saber que está aquí, pero ¿cuándo se ha ido al Caribe?

—No se fue. Son las piscinas de aquí.

—No me jodas, ¡¿en serio?!

—Sí.

—¡Qué fuerte! —miró de nuevo la foto—. Bueno, a lo que iba, que me desvío —volvió a la imagen en la que salía ella—. Cuando vi la foto, me percaté de que estaba la ubicación, y supuestamente nadie de su mundo debe saber dónde está para que, básicamente, no le toquen las narices y le dejen en paz. Gael se dio cuenta y enseguida la quitó, pero ¿tendréis problemas por eso?

—Si la quitó, no creo que ocurra nada; además, ¿qué les importará a sus seguidores dónde esté? No van a venir hasta aquí, ni siquiera sabrán llegar.

—Me quedo más tranquila —suspiró—. Ahora, disfruta con tu famosete.

Y así lo hizo. Bailaron *You Might Think* y Daniela cantó animada algunas canciones mientras se movían. Gael volvió a demostrarle el gran bailarín que llevaba dentro.

Bebieron, se hicieron fotos en el fotomatón y hablaron con Jone y Ricky cuando necesitaban un respiro. Daniela cogió la mano de Gael y le condujo a la mesa de los dulces, donde estaban sus minitartas de manzana con forma de rosa y las galletas decoradas con los emoticonos del WhatsApp; le habían quedado exactamente iguales. Aunque, en realidad, ella le había llevado allí para sacar de debajo de la mesa una caja donde había dos galletas con forma de trébol y decoradas como tal. Las degustaron y, tras esto, Daniela arrastró a Gael para volver a bailar.

El DJ anunció una canción más lenta y Daniela cogió las manos de Gael para que rodeara con los brazos su cintura y ella con los suyos su cuello. Pegaron más los cuerpos y comenzaron a balancearse.

—¿Sabes? Si esto fuera una película americana, tras esta canción me darías el primer beso y después iríamos a un hotel para desvirgarme —rio.

—Creo que ya es tarde para eso.

—Lo es, pero podemos fingirlo. Un beso y después nos vamos a tu casa para una sesión de sexo.

Gael rio y aceptó aquel plan que le pareció el mejor. Todo era perfecto. Se sentía completo y feliz, pero no todo dura para siempre.

—¡Gael, por fin te encuentro!

Daniela se separó de él al escuchar una voz desconocida reclamándole. Miró al hombre que estaba ante ellos. Se le veía cansado y se notaba que había estado corriendo. Además, por aquel acento, Daniela se percató de que no era español.

—¿Dustin? ¡¿Qué demonios haces aquí?!

—¡No me coges el teléfono y era importante, Gael! Ayer cometiste un error y la prensa te ha pillado. Vienen de camino hacia aquí.

—¿Qué? Borré la ubicación a los pocos minutos.

—Sí, pero la gente es muy rápida. He cogido el primer avión a Madrid y he alquilado un coche para venir hasta aquí. No sé cuánto tardarán, pero tienes que irte ya. Tenemos que volver.

Al escuchar esa palabra, «volver»..., miró a Daniela. Su expresión confundida y su mirada carente de ese brillo que siempre tenía le hacían ver que a ambos la realidad los había azotado. La había cagado y ahora no le quedaba otra que afrontar las consecuencias.

—Aquí lo tienen, señores —escucharon la voz de Nacho en la puerta. Los periodistas estaban detrás de él.

Gael cogió a Daniela y la empujó hacia Dustin.

—¡¡Llévatela al hostel!!

—¡¡No!! —gritó Daniela, pero finalmente se dejó arrastrar por el representante de Gael mientras los periodistas los empujaban para llegar hasta la estrella.

Daniela no podía dejar de observar a aquella gente con micrófonos y cámaras que expulsaban un *flash* cada dos segundos. El baile se había detenido y todo el mundo miraba estupefacto a Gael sin entender absolutamente nada.

Los periodistas bombardeaban al piloto con preguntas, pero las que más se repetían eran dos: quién era esa chica y por qué había mentido acerca de dónde se encontraba y de la otra vida que llevaba. Como buenos periodistas, ya se habían informado de por qué Gael estaba allí.

No contestó a ninguna pregunta, lo único que pedía era que salieran de allí y que, días más tarde, cuando regresara a Alemania, daría una rueda de prensa para responder a lo que le pareciera oportuno.

Consiguió salir de allí y comenzó a caminar hacia el hostel con los periodistas detrás de él sin dejar de grabarle, fotografiarle y, cómo no, incordiarle. Antes sí adoraba ser el centro de atención y tener todas esas cámaras pendientes de él, pero ahora... todo era distinto.

Entró en el hostel del padre de Daniela y cerró la puerta para que ellos no accedieran. Suspiró y, al girarse, observó algo que jamás había visto: Daniela

estaba llorando.

Las lágrimas le caían por las mejillas mientras le miraba sabiendo qué iba a pasar. Había llegado el momento de decirse adiós. Gael se percató de cómo su mandíbula le temblaba y se abrazaba a sí misma. Los hombros estaban caídos y los ojos le brillaban a causa de la humedad que poco a poco se deslizaba por la piel de su rostro. Aquello hizo que el corazón de Gael se rompiera.

—¡Eh! —se acercó a ella y le secó las lágrimas—, no llores. Recuerda, nena: odias llorar.

—Lo sé, pero... ver lo que he visto... ha sido como si la realidad me azotara de golpe. Había días que pensaba que lo de que eras famoso era mentira —rio entre sollozos—. Pero no, es real. Lo eres. Eres alguien importante y yo solo soy una chica más.

—Para mí no eres una chica más..., para mí lo eres todo —juntó su frente con la de ella—. No quiero irme.

«Ni yo que te vayas», pensó ella.

A Daniela le cayeron dos nuevas lágrimas. No podía retenerlas. Le dolía tanto saber que en unas horas se separaría de él... Sabía que ese momento llegaría, pero siempre se intentaba convencer de que quedaba mucho tiempo, cuando en realidad este pasaba a la velocidad de la luz.

—Los dos sabíamos que estabas aquí temporalmente y que este momento llegaría.

—Las cosas han cambiado desde que llegué —besó sus lágrimas y ella cerró los ojos. Le temblaban los labios. Intentaba dejar de llorar, pero no podía—. Ahora no quiero irme.

—Debes hacerlo —le miró y posó una mano en su mejilla para acariciársela—. Es tu sueño.

—No, ya no. Ahora tú eres mi mejor sueño.

Aquellas palabras consiguieron que el llanto de Daniela aumentara y le besara entre lágrimas en el mismo lugar donde se conocieron. Era increíble todo lo que había ocurrido desde ese momento.

Daniela no podía hablar. Se aferraba fuertemente a él intentando retenerlo, pero sabía que, por más que ambos lo desearan, las responsabilidades y la realidad los separarían. Ambos tenían claro que querían estar juntos, pero a ella se le haría muy difícil seguir allí. Cada rincón le recordaría a él.

—No llores —le susurró sobre la boca—. Todo saldrá bien, te lo prometo.

—Por supuesto que saldrá bien —sonrió, pero terminó por bajar la mirada—. ¿Cuándo te vas?

—Mañana a primera hora.

Ella asintió y tragó saliva. Creía que ese momento sería mucho más fácil, pero estaba claro que no. No sabía cuándo se volverían a ver, y eso a ella la destrozaba.

—Todo saldrá bien —susurró más para ella misma, y respiró, calmándose un poco—. Sabes que te esperaré, ¿verdad?

—Eso espero, porque yo pienso hacerlo contigo. Esperaré cada día, cada hora, cada minuto y cada segundo para volver a verte —se inclinó—. Y a besarte —atrapó su boca en un ardiente beso.

—¿Es malo que no me canse de besarte? —intentó Daniela desviar un poco el tema y recuperarse de esa caída que había tenido—. ¿Que cuando separas tus labios de los míos lo único que deseo es volver a juntarlos?

Él rio ligeramente sobre su boca.

—Espero que no, porque me ocurre lo mismo.

Volvieron a besarse, pero el sonido de unos pasos a su espalda hizo que se separaran, aunque Daniela permanecía abrazada a él.

Dustin contempló aquella imagen junto con el dueño del hostel y comprendió que esa chica era la famosa Daniela, la mujer que había conseguido que Gael se centrara en la vida; y, por las lágrimas que ella presentaba, veía que le quería de verdad, no por su fama ni por su dinero.

—Fernando y yo hemos estado hablando y lo mejor es que salgas por la puerta de atrás.

—Yo le guiaré —decidió Daniela.

Su padre asintió aún algo sorprendido por saber quién era en realidad aquel chico.

—Bien —dijo Dustin—. Pasaré la noche aquí y mañana a las ocho saldremos hacia Madrid para coger el vuelo. Prepara el equipaje.

—Está bien —contestó Gael, y volvió a mirar a Daniela, que estaba de nuevo observando sus pies.

Ella expulsó de forma sonora todo el aire retenido y cogió la mano de Gael para guiarle hacia la salida, aunque era algo difícil pasar por allí, más con tacones.

Con cuidado atravesaron el estrecho camino hasta que salieron de nuevo a la calle principal del pueblo.

—No creo que tarden en ver que ya me he ido y en averiguar dónde vivo —dijo Gael mirándola—. Esto no acaba aquí, Daniela.

—Lo sé —se acercó de nuevo para besarle—. Ahora vete.

«Vete antes de que no pueda decirte adiós».

—Daniela, yo..., yo... —suspiró. No le salían las palabras, concretamente esas palabras—. Volveremos a vernos, volveremos a estar como estos meses. Te

lo prometo.

Ella asintió y se quedó allí parada, observando cómo el chico del que se había enamorado se iba de su lado.

CAPÍTULO 28



Daniela se quitó el vestido y lo dejó tirado en el suelo. Esa noche había comenzado de la mejor manera posible y había acabado de la peor. Jamás habría imaginado aquel día que solo le quedaban horas al lado de Gael.

Abrió su armario y se vistió con unas mallas y una sudadera oscura. Salió a la calle y caminó, o más bien corrió, hasta la casa de Gael. Si solo les quedaban unas horas, pensaba aprovecharlas con él, pero se quedó parada al ver en su puerta apostados a los periodistas.

«¿De verdad? ¿Es que no tienen nada mejor que hacer?», pensó molesta. Ahora no sabía cómo entrar sin que la vieran. No estaba en sus planes ser al día siguiente portada en las revistas alemanas del corazón.

Dio la vuelta y fue por otro camino para acabar en la zona de atrás de la casa, pero antes de llegar se colocó la capucha. Con sigilo, se acercó a la ventana del cuarto de Gael y comenzó a dar suaves golpes, suplicando para que los escuchara. Sabía que estaba en el salón, puesto que antes había visto las luces de esa zona encendidas.

Tore sí la escuchó, pues se puso a ladrar y la oyó al otro lado de la ventana, como si intentara abrirle. Esperó para ver si Gael la seguía y, por suerte, así fue. Al verla, no tardó en abrir la ventana para que entrara. Cuando lo hizo, bajó las persianas y corrió las cortinas.

—¿Qué haces aquí?

—Aprovechar nuestras últimas horas —contestó quitándose la capucha—. Y espero que esa pregunta sea porque te alegras de verme, no lo contrario —intentó bromear.

Gael sonrió e hizo que Tore saliera del cuarto para cerrar la puerta. Volvió a acercarse a ella y la besó con fuerza al tiempo que la cogía en brazos para tumbarla en la cama. Agarró sus muñecas y las colocó sobre su cabeza mientras introducía la lengua en su boca y se la devoraba.

Daniela se soltó de ese pequeño agarre y comenzó a desprenderle de la camiseta de tirantes gris claro que llevaba. No quería perder el tiempo, pues no les quedaba.

Enseguida se deshicieron de la ropa. Solo la interior los separaba de unirse una vez más.

—Date la vuelta —le pidió Gael con voz ronca.

Ella lo hizo y él se colocó con cuidado de no aplastarla sobre su espalda. Le besó la nuca tras apartarle el largo cabello y comenzó a bajar su boca por todo el cuerpo. Desabrochó el sujetador y continuó regalándole un reguero de húmedos besos por la espalda. Le dibujó con la lengua la línea de su columna hasta llegar al coxis.

Daniela gimió y giró el rostro para mirarle. Le encantaba cómo la besaba, cómo saboreaba cada centímetro de su cuerpo. Volvió a tener ganas de llorar, pero no lo haría.

Gael le mordió las nalgas por encima de la fina tela de la ropa interior antes de separarse un poco de ella. Hizo que se apoyara en la cama con las rodillas y atrapó los laterales de su braguita para comenzar a quitársela y dejarla completamente expuesta ante él. Era preciosa.

—Ábrete para mí, nena.

Ella no habló. No podía, pues sentía que iba a volver a derrumbarse de un momento a otro y quería evitarlo a toda costa. Separó las piernas y la boca de Gael no tardó en hacerle el amor. Saboreó toda su hendidura y besó sus labios, arrancándole gemidos de placer.

Atrapó el clítoris con sus labios y lo mimó con la lengua, consiguiendo que se derritiera por dentro con cada una de esas caricias. Por sus venas ya no corría sangre, sino lava que calentaba todo su cuerpo.

Gael se separó de ella y volvió a girarla para contemplar su cuerpo desnudo. Era como una diosa.

«Mi diosa..., mi Daniela», pensó mientras se inclinaba para besarla con ardor, pero, además, había temor y tristeza en aquel apasionado beso. Ojalá él pudiera hacer desaparecer esas emociones, pero era imposible hacerlo cuando él también las sentía. Le encantaría llevarla con él, formar una vida juntos en Alemania, aunque tenía que ser realista y dejar de pensar en sí mismo. No podía ser un egoísta y atarla a él cuando cada uno tenía sueños distintos. Confiaba en que estos no los separaran para siempre y en poder buscar una solución para los dos.

Gael abandonó su boca y bajó por el cuello hasta alcanzar los pechos. Lamió los pezones enhiestos y les regaló un suave mordisco que volvió loca a Daniela. Casi se corre al sentir sus dientes apretar los pezones.

—No seas tierno —le pidió—. Puede que en unas horas nos despidamos, pero quiero al Gael de siempre. No seas tierno solo porque mañana nos digamos adiós.

—No será un adiós, nena. No será un adiós —declaró desprendiéndose del bóxer y poniéndose la protección—. Mírame —le pidió.

Ella lo hizo y él entró en ella de una profunda embestida. Lo notó en lo más hondo de su ser y cerró los ojos.

—No, nena. Abre los ojos —susurró sobre su boca—. No dejes de mirarme.

Separó los párpados y rodeó con las piernas su cintura para que el placer aumentara. Le encantaba cómo la poseía y, aunque le apasionaba ser ella la que llevara también el control, aquella noche no podía. Se dejó amar por él.

Daniela se moría por confesarle lo que sentía por él, pero no pensaba hacerlo, pues no quería decírselo en su despedida. Lo haría cuando se volvieran a ver. No sabía cuándo sería aquello, pero debía ser positiva y creer en su teoría de las relaciones a distancia. No había que buscar impedimentos, sino soluciones. Y eso harían.

Posó una mano en su mejilla para acariciársela y grabar en la memoria aquella penetrante mirada que tenía cuando hacían el amor. Daniela abrió la boca para gemir, pero él ahogó esos maravillosos sonidos con la boca. No quería dejar de besarla, no quería salir de ella, no quería separarse de ella. La tenía ahí, junto a él, y ya le estaba resultando difícil irse de allí.

Una parte de él no veía del todo bien la idea de haberse colado por la ventana para pasar sus últimas horas juntos. Eso significaba volver a despedirse. Pero otra sonreía, pues gracias a esa magnífica idea estaba volviendo a amarla por última vez.

«¡No! No por última vez», declaró Gael en su mente.

Sus caderas chocaban con más rapidez y Daniela le abrazó en el momento en el que ambos se dejaban llevar por el clímax.

Sin decir palabra, Gael se levantó mostrando su desnudez y la cogió en brazos para ir al baño y asearse antes de meterse de nuevo en la cama.

—No quiero dormirme —susurró Daniela sobre su pecho mientras sus dedos jugueteaban—. Porque, si me duermo, cuando despierte significará que el tiempo se ha acabado. Quizá si me quedo despierta, se detenga.

Gael rio y le besó la coronilla, pero tenía razón. Cuando se despertaran, el tiempo se habría acabado. Aquello asustaba.

—Pues no durmamos. Quedémonos despiertos.

—No —susurró—. Debes estar descansado —se acurrucó más contra él—. Mándame un mensaje cuando llegues a Madrid y otro cuando llegues a tu casa.

—Lo haré. Te lo prometo, y te llamaré siempre que pueda.

Ella le miró. Eso significaba que no hablarían todos los días.

—¿Tendrás tiempo para eso?

—No te voy a mentir. Habrá días que, entre eventos, entrevistas, entrenamientos y más obligaciones, no tendré tiempo, pero procuraré mandarte, aunque sea, cada día un mensaje.

—Se me hace tan raro ver tu otro lado... El famoso —susurró—. Mi lado egoísta quisiera que solo fueras un chico normal, pero el otro quiere que te vayas, que logres ese premio y poder decir orgullosa: ¡ese es mi novio!

Gael rio y le dio un beso en la punta de la nariz. Ambos se quedaron mirándose con una sonrisa. Iban asimilando aquello tras el duro golpe que habían recibido por culpa de un estúpido despiste tecnológico.

—Te lo dedicaré a ti.

—¿Proclamarás a todos esos cotillas que tienes plantados en la puerta de tu casa que estás pillado?

—¿Quieres que lo haga?

—¿Sinceramente? Me da lo mismo. Lo importante es que nosotros sepamos la verdad de lo nuestro. Leo de vez en cuando cotilleos e igual ahora te ponen mil novias rubias para ver quién es esa chica misteriosa.

—¿Te molestaría?

—Sabes que no.

Gael rio. Le seguía resultando un poco raro que no fuera nada celosa.

—Si tienes cualquier duda por culpa de esos cotilleos o sobre lo nuestro, habla conmigo, ¿vale?

—Vale, pero no creo que haya problema —contestó—. Ahora será mejor que durmamos, sobre todo tú.

Muy a su pesar, los dos no tardaron en quedarse dormidos, y el dichoso despertador sonó y también les indicó que el tiempo había terminado.

Daniela se vistió con una camiseta de él. Gael se la había regalado y a ella le iba a gustar tenerla cuando le echara de menos, es decir, las veinticuatro horas del día.

El día anterior, él ya había preparado las maletas y Tore ya tenía la correa puesta. La perra estaba temblando por culpa de toda la gente que había detrás de la puerta. A Daniela la asustaba un poco que sus nervios por subir al avión hiciesen que sufriera un infarto. No quería ser negativa. Eran casos excepcionales, pero le preocupaba.

Daniela se sentó en el poyete de la ventana, por donde los rayos de sol atravesaban la cortina blanca.

Gael la observó. Iba solo vestida con su camiseta y llevaba el pelo recogido en una coleta. Siempre lo hacía cuando algo le preocupaba, se sentía insegura o

no estaba bien.

—Dustin está ya fuera —le dijo—. Es la hora.

Daniela se levantó y se colocó frente a él.

—Prométeme una cosa —le pidió—. Que tendrás cuidado en las carreras, que no serás el Loco Kamikaze. Sé cuál es tu filosofía, pero... no quiero perderte o ver en las noticias que te ha ocurrido algo, así que, te pido, por favor, que me jures que tendrás mucho cuidado.

—Se ha acabado lo del Loco Kamikaze. Te lo prometo, amor.

Ella suspiró aliviada.

—¿Me vas a echar de menos? —le preguntó Gael acariciando su mejilla y esos sonrosados labios.

—Por supuesto que no. —Él alzó las cejas—. No pienso subirte más el ego, creo que ayer con mi estúpida llorera lo hice demasiado.

Gael rio y dio un paso hacia ella para que sus labios quedaran a pocos centímetros.

—Yo sí te voy a echar mucho de menos.

Daniela bajó la mirada antes de volver a mirarle.

—Yo también.

Él fue a besarla, pero Daniela se apartó.

—No, no me beses.

—¿Por qué?

—Así tienes una excusa para que nos volvamos a ver. Yo te debo un beso y tú me debes uno. Y yo siempre saldo mis deudas.

—Está bien —sonrió, y le dio unas llaves—. Aún queda un mes de contrato. Quédate aquí hasta que los periodistas se vayan, y puedes entrar siempre que quieras, ¿vale? —Ella asintió—. Nos vemos muy pronto, nena.

—Hasta pronto.

Daniela se colocó detrás de la puerta cuando él salió; los periodistas le rodearon para volver a bombardearle con preguntas. Con cuidado, fue al piso de arriba y asomó un poco la cabeza por la cortina para mirar por la ventana cómo Gael respondía a algunas preguntas antes de montar en su carísimo coche. Siguió con la mirada aquel vehículo plateado con el que se iba del pueblo y lejos de ella.

En cuanto le perdió de vista, volvió a llorar.

CAPÍTULO 29



El sonido de las campanas de la iglesia de Quintanar de la Sierra sonaba con un ritmo armónico. *Ding, dong, ding, dong*. Así todo el rato en intervalos regulares.

Daniela buscaba distraerse con cualquier cosa de su alrededor y, en aquella ocasión, las campanas habían servido de gran ayuda para analizar lo que escuchaba. Como, por ejemplo, que sonaban cada poco más de dos segundos, o que el *ding* era más agudo que el *dong*.

Cuando dejaron de sonar y entró en la amplia iglesia, comenzó a fijarse en otras cosas. Clavó su mirada en las esculturas de los santos. ¿Por qué siempre tenían esas caras? Daban miedo más que mostrar, supuestamente, su sufrimiento.

Caminó por el largo pasillo y contempló la escalera de caracol que había alrededor de una columna. ¿Para qué la utilizarían? Vale, era una respuesta un tanto estúpida, ya sabía que se usaba para subir, pero lo que se preguntaba era qué había allí arriba y cuándo subían. Ella siempre la había visto cerrada, claro que también era cierto que al año pisaba dos veces contadas la iglesia. No era creyente, pues, si de verdad existiera un Dios, no permitiría que le ocurrieran cosas malas a gente buena. Si de verdad hubiera un todopoderoso, ahora mismo no estaría sentada en uno de esos banquillos oscuros de madera para celebrar una misa en honor a su madre. Aquel día se cumplía el cuarto aniversario de su muerte.

Jone y Ricky la acompañaban en aquel momento. Hacía un mes que se había despedido de Gael, y en esos exactamente treinta y un días no habían hablado. Él solo le mandaba mensajes de madrugada y ella le contestaba, pero el doble *tick* azul no le aparecía hasta la mañana siguiente, junto con un nuevo mensaje.

Ya le advirtió de que iba a estar bastante ocupado y no estaba enfadada. Simplemente, le echaba de menos. Era increíble cómo se podía echar en falta

algo que podía resultar insignificante, como escuchar el sonido de una voz.

Al menos no había vuelto a llorar desde que se fue. Se sentía tan estúpida por esas lágrimas... Sabía que no había nada malo en mostrar dolor, frustración, ira, tristeza, desolación..., cualquier emoción a través de las lágrimas, pero ella lo odiaba.

Suspiró y miró a Ricky. Su pierna iba mucho mejor. Ya había dejado de lado las muletas y había comenzado con la rehabilitación. Luego observó su mano entrelazada con la de su amiga y apartó la vista para contemplar las suyas. Era la primera vez en esos treinta y un días que se sentía sola.

Al principio le había costado acostumbrarse a caminar por el pueblo. Cada rincón le recordaba a Gael, pero sabía que cada día que pasara serían veinticuatro horas menos para volver a verse.

—Daniela —la llamó Jone.

—¿Sí? —la miró.

—Estabas en las nubes.

—Sí, perdona.

—¿Has hablado con Gael?

—No. Bueno, lo de siempre, me manda un mensaje cada noche cuando acaba el día y, aunque me encantaría poder llamarle, leerle es suficiente. Digamos que me recuerda que lo que viví con él no fue un sueño —sonrió.

—Madre mía, ¡qué romántica te estás volviendo! —se mofó.

Ella fue a contestarle, pero en ese momento el cura apareció frente al altar para empezar la misa en honor a Magda Carrillo.

Aquella ceremonia a Daniela se le hizo eterna. Quería que terminara ya para poder ir al cementerio y realizar el pequeño acto que su padre y ella le hacían. Era una especie de tradición familiar desde que murió su abuelo materno.

Su madre y ella iban al cementerio y cantaban la misma canción, pues su letra describía a la perfección lo que sentían. Y ahora, ella se lo hacía a su madre, aunque hubiera deseado no cantarle nunca esa canción, o al menos no tan pronto.

Cuando la misa terminó, se despidió de Ricky y Jone y se reunió con su padre para caminar hasta Sally.

Llegaron al cementerio y Fernando colocó un ramo de lirios rosas sobre aquella fría piedra gris, la flor favorita de su mujer.

—No tienes que hacerlo si no quieres, Daniela —le dijo su padre.

—A mamá le gustaba la tradición que creó para recordar. Sé que me escuchará.

—Está bien.

Daniela tomó aire y cerró los ojos para empezar a cantar los primeros versos de aquella canción de Amaia Montero que tanto significaba para ella.

*No renunciaré a mis sueños,
me enseñaste tú el secreto.
Nos dijimos hasta luego,
hasta siempre compañero,
nos veremos en el juicio del final,
y hasta entonces seguiré pensando en ti,
en todo lo que fuimos y olvidamos escribir.
Y aunque me parezca un sueño,
en mi corazón eterno
guardo todas las promesas que cumplí.
Y a la hora de olvidarte procuré
dejar intacto el paso de los años
que, nunca, podré tener.*

Daniela puso toda su alma al cantarla y no abrió los ojos hasta que acabó de pronunciar la última estrofa. No sabía cómo había podido aguantar las lágrimas, y apartó la mirada de la tumba. A pesar de los años, le dolía mucho verla.

Al ver a su hija así, Fernando la arrastró fuera del cementerio y se subieron en la *pick-up*, pero Daniela no arrancó.

—¿Cómo te sentiste cuando murió mamá? —le preguntó.

Su padre la miró, pero ella tenía la vista fija al frente. Desde que su novio se fue, había tenido días de todo tipo. Los primeros fueron malos, apenas salía de casa y no sonreía. Tampoco lloraba. Básicamente, parecía una persona sin emociones. Pero cada mañana la veía sonreír cuando leía el mensaje que le escribía Gael. Le estaba costando asimilar todo lo ocurrido y la veía confundida, pero poco a poco empezaba a ver la vida de él como algo normal.

—Al principio, no me creía que eso hubiera sucedido. No me creía que la había perdido para siempre. Era como una broma de mal gusto, y me quedé esperando a que apareciera por la puerta de casa —cogió su mano—. Tú fuiste un gran apoyo para mí, la que me daba fuerza para seguir en este mundo. Ante ti, me mostraba sereno y cuerdo, pero en ocasiones y cuando estaba solo perdía un poco la cabeza. Me sentía vacío, solo, desolado, cabreado con la vida y muy confundido. Me iba al bosque a altas horas de la madrugada y gritaba su nombre, escarbaba en la tierra y golpeaba los árboles. Y un día de esos en los que la cabeza se me iba, regresé a casa y estabas tú en el sofá, con Calcetines en brazos y llorando. Cuando te veo llorar es que algo va muy mal, y me dijiste...

—... «No quiero perderte a ti también» —recordó Daniela.

—Sí.

—No sabía lo que hacías, pero sí que te ibas de madrugada. Cuando escuchaba la puerta, me preocupaba que al día siguiente me dijeran que te habías

suicidio o te habías matado o algo parecido. Siempre me levantaba y miraba por toda la casa por si habías dejado una nota despidiéndote.

—Dios, cariño —suspiró—. No lo sabía.

—Esos primeros meses tras la muerte de mamá pasé miedo por ti.

Fernando se masajeó las sienes. Cuando estaban juntos, tras la tragedia, siempre se mostraba bien, fuerte, pero en realidad la que tuvo la fortaleza fue ella, pues fingía que no sabía lo que hacía algunas noches hasta que, harta de sus salidas, aquella noche se quedó esperando para que viera que le había pillado. Lo peor de eso era que, si ese día no le hubiera esperado en el sofá, habría acabado mucho peor. Ver llorar a su hija era lo que le hacía reaccionar.

—Pero, a veces —continuó Daniela—, yo me siento así. En los días malos me dan ganas de gritar, de romper cosas, de golpear algo..., también me sigo encontrando algo confundida. Sabía de su mundo, pero verlo de lleno en él es muy distinto.

—Tu madre y yo ya no tenemos oportunidad, ni siquiera de volver a vernos, pero Gael y tú tenéis toda una vida por delante. Solo hay que adaptarse y las soluciones irán llegando. Aprenderéis a organizaros, pero sois demasiado jóvenes y necesitaréis tiempo.

—Estoy segura —terminó medio sonriendo.

Regresaron a casa y Daniela se cambió de ropa para ponerse un sencillo vestido blanco de tirantes. Tenía que salir de allí o se pasaría todo el día pensando y desanimándose más.

Además, Gael tenía aquel día su siguiente carrera. Había intentado ver la anterior por Internet, pero no encontró ningún enlace y tuvo que conformarse con leer en un periódico alemán *online* que Gael había quedado segundo. Esperaba que hubiera conducido con precaución.

Montó de nuevo en Sally y fue al lago de las Tres Princesas, donde, tras quitarse las sandalias que llevaba, se sentó en una roca para meter los pies en el agua. Estaba bastante fría, pero no le importó. Movié ese pie en círculos y dibujó con él en el agua. Contempló cómo se movía y volvió a hacerse una de sus preguntas estúpidas para evitar pensar.

«¿Por qué parece mi pierna más larga dentro del agua?». Dios, se iba a volver loca si seguía haciéndose esa clase de preguntas, así que sacó el móvil para releer los pocos mensajes de Gael.

Gael (30 de mayo):

Siento no haberte escrito antes, nena. He llegado bien a casa, pero Tore está muy asustada y se niega a separarse de mí. Espero que enseguida se acostumbre a su nuevo hogar. He estado mirando mi agenda y tengo que ponerme al día con todo lo que tengo atrasado, será un mes y medio complicado. Buenas noches.

Aquel mensaje se lo envió a las doce y media de la noche, pero ella a esas horas estaba en el quinto sueño. No era tarde, pero ese día había sido intenso.

Gael (3 de junio):

Hola, nena. Hoy he tenido el primer entrenamiento y todo ha ido bien, estoy cumpliendo mi promesa y no veo el momento en el que saldemos nuestra deuda. Buenas noches.

Daniela sonrió. Ella también se moría por saldarla.

Gael (9 de junio):

Primera carrera superada, ha ido bastante bien, pero no he quedado en el puesto necesario. Eso complica más las cosas, aunque te prometo que cada victoria te la dedicaré a ti. Siento escribirte siempre tan tarde. Buenas noches, nena.

Miró la hora. Ese mensaje se lo envió cerca de las dos de la madrugada. No sabía que la vida de los corredores en plena temporada era tan ajetreada.

Gael (15 de junio):

Te echo tanto de menos... No te haces una idea, y aunque quiera hacer vida normal (si es que asistir a tantos eventos, entrevistas y sesiones puede considerarse normal), me resulta muy difícil. He intentado hacer hueco para ir a principios de julio allí, aunque solo sea para estar contigo cinco minutos, pero me es imposible. No sé cuándo podré ir, pero lo haré, te lo prometo. Besos..., que me gustaría dártelos en persona.

A la mañana siguiente de ese mensaje, ella le contestó con su habitual actitud, diciéndole que no se preocupara y que llegaría el momento; además, le mandó saludos de Israel. El niño seguía alucinado por saber quién era él y, cuando podía, iba con Daniela para aprender más cosas de la DTM.

«Al menos ya me he aprendido las siglas», pensó divertida, y siguió leyendo.

Gael (16 de junio):

Dale recuerdos a Israel y dile que me acuerdo muchísimo de él. Estoy tan agotado que no sé ni cómo estoy escribiendo. Te prometo que en el mensaje de mañana me explayaré más. Buenas noches, nena.

Y así lo hizo. Ese mensaje lo tenía en favoritos. Lo había leído tantas veces que se lo sabía de memoria.

Gael (17 de junio):

No es muy tarde y me encantaría llamarte, pero sé que te acuestas pronto debido a lo agotada que acabas en la pastelería, así que esperaré a ver si ves el mensaje y, si lo haces, te llamaré, pero de momento debo escribirte el mensaje prometido.

¿Sabes lo que hago cada vez que me acuesto? Cierro los ojos y pienso en ti. En la suavidad de tu boca, el tacto de tu piel y el sabor de tu cuerpo. Revivo esa expresión en tu rostro que me dedicas cuando tomas las riendas en nuestros encuentros. Me encanta esa sonrisa que desprende confianza. Me apasiona tu seguridad, cómo te dejas llevar sin ningún tipo de pudor, tu tono de voz cuando me pides lo que deseas y cómo gimes mi nombre cuando te gusta lo que te hago. También tengo memorizada la forma de tu boca cuando quieres pedir más y tu mirada encendida de pasión.

Recuerdo todo lo que me has enseñado estos meses y sonrío. También me imagino que en realidad no estoy aquí, que estoy a tu lado, en tu refugio, en tu Sally, tumbados y besándonos. Gimes sobre mi boca y me pides que jamás te suelte.

Y, cuando estoy despierto, recuerdo cada cosa de ti: esas pequeñas manchas de harina, tu forma de caminar, cómo giras la cabeza para sonreír o cómo achinas los ojos cuando algo no te gusta. Tu pelo recogido cuando tienes la necesidad de protegerte de algo o de alguien. Echo de menos hasta nuestras discusiones por culpa de Sally, aunque ya he aprendido que no debo meterme con tu preciado coche.

Echo de menos sentirte entre mis brazos. Abrazar tu pequeño cuerpo con el mío hasta que te quedes profundamente dormida sobre mí. Cada noche me pasaba un buen rato observándote. Era imposible dejar de mirarte.

Ahora tengo un nuevo sueño: vivir todo esto de nuevo. Y pienso luchar por ello. Ya queda un día menos.

Buenas noches, amor.

A Daniela le habría gustado verlo a tiempo para poder hablar con él y, desde entonces, se metía más tarde en la cama por si surgía una nueva oportunidad, pero nunca llegaba. Ese mensaje estaba cargado de melancolía, pues entre ellos casi nunca habían usado esos apelativos cariñosos.

Gael (22 de junio):

Sueño contigo cada noche. Y no lo digo por decir, como mucha gente, lo hago de verdad. Cada noche te veo. A veces son sueños húmedos, a veces simplemente perfectos, pero en ocasiones se transforman en pesadillas, aunque intento espantarlas de mi mente. En estos meses, me has enseñado que la vida hay que vivirla, disfrutar de cada momento, y eso pienso hacer contigo. Buenas noches. Un día menos para devolverte todos los besos que se están quedando por el camino.

Gael (29 de junio):

Salgo primero en la carrera de mañana, eso es una ventaja. ¿Sabes que me he puesto una nueva pegatina en el coche de carreras? Es un trébol. Espero que a mí también me traiga suerte. Ya queda menos, nena. Encontraremos la solución. Buenas noches.

Ese había sido el último mensaje que había recibido. Ella le había contestado con un «suerte» y mandándole los emoticones de los tréboles. Todavía no lo había leído y su última conexión fue a la misma hora que mandó ese mensaje.

Además, Jone se metía de vez en cuando en su Instagram y sí que subía fotos, pero a la misma hora que cuando le mandaba a ella un wasap.

Suspiró y sacó la pierna del agua. Se le había puesto la piel de gallina y la tenía completamente helada.

Se calzó de nuevo las sandalias y caminó de vuelta. El móvil le sonó y lo sacó esperanzada, pero su sonrisa se borró al ver que era Jone.

—¡Ven a mi piso, corre!

—¿Qué pasa?

—Ricky lleva desde que supo quién era Gael como loco buscando dónde poder ver las carreras y hemos encontrado un enlace que lo transmite en directo *online*. A veces se corta, pero se ve.

—¡Llego enseguida! —exclamó entusiasmada.

Con cuidado salió de aquella zona rocosa, corrió hasta Sally e infringió varias normas de tráfico, pero quería llegar cuanto antes. La carrera ya había empezado.

No dejó de pulsar el interfono de Jone hasta que esta le abrió y ni se molestó en llamar al ascensor. Subió por las escaleras y entró en el piso de su amiga como un vendaval. Ricky había colocado el portátil en la mesita auxiliar que tenía y ella sonrió al ver en directo la carrera. Sabía que el coche de Gael era uno negro con el número 17.

—¡Hola! —la saludó Jone—. Vamos, siéntate.

—¿Cómo va?

—Sigue el primero —contestó Ricky.

—Madre mía, están como una puta cabra. ¡Qué miedo! —dijo Jone—. Y no te puedes hacer idea de la cantidad de fans que tiene Gael. Se me hace tan extraño verle como famoso..., aquí era solo alguien más.

—A mí aún me cuesta creer que un tío reconocido casi mundialmente me partiera la nariz. Qué callado se lo tenía —rio Ricky.

—No quería que nadie supiera quién era en realidad, pero al principio sí le jodía que ningún habitante del pueblo le reconociera —recordó divertida.

—El gilipollas de Nacho sí conocía esas carreras —dijo Ricky, y Daniela le miró.

—¡¿Qué?!

—Le gusta todo lo que tenga que ver con coches y me confesó un día que la cara de Gael le resultaba familiar, pero prácticamente supo quién era el mismo día que todos.

—Pues menos mal —suspiró.

El coche de Gael salió en pantalla y Daniela maldijo al ver que justo en ese momento la conexión fallaba. Por suerte, no tardó en volver y ella se emocionó al verle en acción en directo. Sonrió. No estaba siendo el Loco Kamikaze, y eso le gustaba. Cumplía su promesa, pero eso no quería decir que su miedo se esfumara. Iba a casi 300 km/h y, aunque tuviera muchísimas protecciones, un accidente podía ser fatal.

—¿Te has fijado en las fotos que sube a Instagram? —le preguntó Jone.

—Sí —contestó—. Te recuerdo que eres su acosadora oficial y me las enseñas —bromeó.

—Idiota —rio—. No, me refiero a la diferencia que se ve entre el antes de irse y el después.

Daniela frunció el ceño y Jone le enseñó una foto de antes de su ida. Estaba frente al hostel y hacía publicidad de él. Gael le confesó que se hizo varias fotos para intentar ayudar en su mejora y estaba funcionando, pues muchos extranjeros y seguidores de la DTM estaban viajando allí para ver el pueblo perdido en el que el famoso piloto estuvo unos meses viviendo.

Con aquel pequeño detalle, Fernando terminó por admitir que Gael le gustaba.

Se fijó en la foto. Gael llevaba puestas las gafas de sol y en la montura se reflejaba su brazo alargado y el móvil. Sonreía ampliamente y tenía un pulgar hacia arriba.

Tras verla, Jone seleccionó otra que subió dos noches atrás. Era en un evento, junto con un compañero de escudería, y en ella no sonreía, simplemente alzaba ligeramente los labios. Vieron todas las fotos que había subido esos días y tenía el mismo gesto en el rostro.

—Es como si le costara sonreír —explicó Jone—. Es más mono..., te echa tanto de menos...

—Gracias por la parte que me toca, cariño —se quejó Ricky.

—Tú también eres mono. A veces.

Él puso los ojos en blanco y Daniela sonrió. Su relación con Ricky había mejorado mucho y se alegraba de haberle dado una segunda oportunidad. A veces merecía la pena arriesgarse. Había encontrado en él a un buen amigo.

—Quiero ser positiva —dijo—. Poniéndome en lo peor, solo tengo que esperar hasta octubre. A partir de ahí y hasta abril, estará más relajado.

—Seguro que acabáis por veros antes —dijo Jone.

—No quiero hacerme ilusiones tampoco. Ambos estamos trabajando sin posibilidad de viajar, además yo no tengo dinero.

—¿Te puedo hacer una preguntita? —Daniela asintió a su amiga—. ¿Se te ha pasado por la cabeza acabar con tu relación para dejar de comerte el coco y que cada uno siga su camino en su mundo?

—¡Por supuesto que no! —contestó—. Pienso encontrar la solución. Lo haré.

Siguieron viendo la carrera y Daniela se ponía nerviosa cada vez que entraba en boxes, pues los corredores que estaban detrás de él le adelantaban, pero no tardaba en volver a recuperar su puesto. Solo quedaban diez vueltas de

las cincuenta y dos para terminar la carrera y no tenía que volver a entrar en boxes, así que seguiría hasta el final.

Daniela juntó las manos y apoyó su boca en ellas mientras su pierna se movía sola. Estaba nerviosa, histérica y, para qué negarlo, entusiasmada. Le encantaba verle luchar por uno de sus sueños y le hacía feliz saber que él lo disfrutaba.

En la última vuelta, se puso en pie y comenzó a animarle sin importar lo que Ricky y Jone pensarán de ella. Por Dios, era su novio y quería que ganara. Y así lo hizo. Acabó el primero.

Daniela empezó a saltar emocionada y se dio cuenta de que esa carrera le había alegrado el mal día que llevaba. Estaba sobreexcitada y quería ver cada una de las carreras en las que compitiera. Aunque no ganara el título de campeón, ella estaría orgullosa de él.

Le vio bajar del coche y, tras quitarse las protecciones que cubrían su cabeza, se acercó a las cámaras para mostrar su emoción por haber ganado. Movié los puños y se acercó a su coche para agacharse y señalar una de sus pegatinas antes de darle un beso. Daniela sonrió al ver que esa pegatina era la del trébol. Sabía que aquel pequeño gesto iba dedicado a ella.

Cogió el móvil y le envió un mensaje.

Daniela:

Ricky ha conseguido que podamos ver la carrera. ¡Enhorabuena! Sabía que ganarías. Estoy muy orgullosa de ti y, aunque no ganes el título, para mí eres el mejor.

Tras verle subir al podio, Ricky cerró la página, ya que en ese momento estaban con las entrevistas y hablando los comentaristas y ninguno de los tres entendían lo que decían.

Llegada la noche, Gael leyó aquel mensaje y sonrió. Que ella le apoyara en algo que le apasionaba era el mejor premio que podía recibir.

CAPÍTULO 30



Era la una de la madrugada cuando Gael llegó a casa tras una fiesta que había tenido con la escudería y, hasta esa hora, no se había podido escapar. Estaba bastante cansado, pero ya quedaba menos para estar algo más tranquilo.

Tore fue a recibirle y él le prestó atenciones. Callan, la mujer de Dustin, junto con su hijo Edwin, eran los encargados de cuidar a la perra en su ausencia, ya que salía temprano de casa y, entre unas cosas y otras, hasta la noche no regresaba. Y otras veces se iba de viaje durante varios días para entrenar en el circuito de la próxima carrera.

Al principio, Tore se negaba a irse con ellos, pero poco a poco ya confiaba en Callan y Edwin y comenzaba a habituarse a su nuevo hogar.

En cambio, a él todo le resultaba más complicado. Antes adoraba asistir a eventos, fiestas y entrevistas, siempre era el centro de atención, y lo seguía siendo, pues media Alemania quería saber quién era la misteriosa chica rubia, pero él no pensaba decirlo. Respetaría su privacidad y así también evitaría que, durante varios días, los periodistas fueran a Quintanar para acosar a Daniela.

«Daniela», susurró Gael en su mente. La echaba muchísimo de menos y lo único que podía hablar con ella era mediante WhatsApp y por la noche. Si es que a eso se le consideraba hablar, pues solo se enviaban un mensaje diario, aunque, cuando lo hacía, esperaba varios minutos para ver si ella veía el mensaje y poder llamarla. Se moría por volver a escuchar el sonido de su voz y de su risa.

Sabía que había visto su última carrera y esperaba que hubiera entendido su gesto a la hora de besar el trébol de su coche; aquel beso había sido para ella.

En una semana volvía a competir y, tras esa carrera, tendría más de un mes hasta la siguiente. Quizá podría viajar de nuevo a Quintanar, pero debía empezar a organizarse y cruzar los dedos para que no surgiera ningún imprevisto.

Si por él fuera, ya le habría pagado un billete a Daniela para que estuviera allí con él todo el verano, pero había un gran problema: que ella trabajaba. Se

estaba volviendo loco. Aquella pequeña mujer se había metido de lleno en su interior y la necesitaba a su lado como el aire para respirar. Era la primera vez que sentía ese vacío al estar solo en un país que no era el suyo. Con Lucía jamás se le pasó por la cabeza retirarse y dedicarse a otra cosa sin tanta complicación, pero con Daniela... ¡hasta lo había hablado con Dustin! Y, como temía, su representante le soltó un gran discurso en el que básicamente le dijo que estaba loco y que, aunque ahora se sintiera incompleto, encontraría la solución para estar con Daniela sin renunciar a la DTM.

Suspiró y caminó a su cuarto para darse una ducha antes de meterse en la cama. Cuando se tumbó en ella, Tore saltó para colocarse a su lado y él la acarició antes de entrar en el WhatsApp de Daniela. Se fijó en que se había cambiado la foto. La amplió y sonrió al verla con el enorme trébol que le regaló en las manos. El cabello le caía suelto por los hombros desnudos y llevaba un vestido azul marino veraniego con adornos florales. Tenía su blanca piel algo más morena y sonreía a la cámara. Estaba preciosa.

Empezó a escribirle, pero una llamada entrante le interrumpió. Era su madre. Al ver que le llamaba a esas horas, se asustó y lo cogió.

—¡¡Por fin!! —la escuchó gritar—. Llevo más de un mes llamándote. ¡Más de un mes! Y no me has devuelto una mísera llamada.

—Mamá, he estado muy liado.

—¿Tan liado que no puedes ni hablar con tu propia madre?

—Sí, mamá. Retrasé mi viaje de vuelta y me tengo que poner al día, pero en vez de reducir las obligaciones, estas parecen aumentar.

—Ay, cariño, ¿qué te pasa? Antes te encantaba estar así de ocupado, ser el centro de atención, y me contabas todo más entusiasmado. Te noto apagado.

—Digamos que he madurado y es una mierda —rio y suspiró—. La echo de menos.

No se podía creer que le hubiera confesado aquello a su madre. Le había salido solo, pues necesitaba hablar con alguien de lo que rondaba por su cabeza.

Sonia no tuvo que preguntarle a quién se refería. Sabía que aquella alegre muchacha se había metido de lleno en el corazón de su hijo.

—Oh, mi niño —se emocionó su madre al escucharle—. Si ambos lo deseáis, sabes que tu trabajo no supondrá un problema. Solo hay que organizarse.

—Si ni siquiera puedo hablar con ella. Solo le puedo mandar un mensaje, y de madrugada.

—Todo llega —sonrió—. Y creo que esa chica te quiere de verdad y, si es así, te estará esperando.

—Sé que lo está haciendo —terminó por sonreír él también. Siempre lo hacía cuando pensaba en ella.

—Pues ya está, cariño. ¡Anímate! Y disfruta de todo lo que vivas con Daniela —aconsejó, y Gael fue a hablar, pero su madre no le dejó—. Bueno, cielo, el motivo de que quisiera hablar contigo hace más de un mes era para que me explicaras qué diablos ha pasado. ¡Saliste hasta en el periódico de aquí! El titular decía algo así como: corredor profesional leonés descubierto en un pueblo de Burgos. Y la noticia hablaba de que, en vez de estar en el Caribe de relax, estabas en lo que parecía un club de alterne y que igual habías cambiado de destino para trapicheos y no sé qué más.

—¿¿Qué?! —preguntó sorprendido—. Lo que tienen que inventar para vender sus putos periódicos... Ahora se me va a conocer como el drogata y putero leonés.

—Oh, no —le quitó importancia—. Tu padre explicó, y con pruebas, por qué estabas allí, pero, cariño, dímelo, ¿qué pasó?

Gael le explicó un poco por encima lo ocurrido, desde la pillada de los periodistas y el error que lo causó, hasta su llegada a Alemania pasando por más de cuatro horas de viaje hasta Madrid, donde los coches le siguieron sin dejar de grabarle. Por suerte, estaba Dustin para poner algo de orden, ya que ese día no estaba de humor y, si no hubiera sido por él, habría salido en las noticias por agredir a los periodistas.

No hacían más que preguntarle por esa chica que salía en su foto y, en ese momento, se arrepintió de subirla, pero poco a poco parecían olvidarse y las preguntas que le hacían volvían a centrarse en el mundo de la DTM.

—Está claro que aburrido nunca estás.

Gael terminó por reír, y a continuación bostezó.

—Voy a acostarme ya, mamá. Tengo que descansar. Mañana tengo entrenamientos.

—Vale, cariño, y ánimo.

—Lo intentaré. Dale recuerdos a papá y a Adri de mi parte y diles que, en cuanto acabe la temporada, iré a veros.

—Lo haré. Hasta mañana, cielo.

—Hasta mañana.

Gael colgó y reanudó el mensaje que le estaba escribiendo a Daniela.

Gael (12 de julio):

Dos palabras que no te dije en su momento y ahora me arrepiento de haber sido cobarde, así que, quiero aumentar mi deuda. Te debo un beso y esas dos palabras. Un día menos en la cuenta atrás. Buenas noches, nena.

CAPÍTULO 31



Daniela estaba pendiente de su móvil todo el rato. Era la primera vez que lo sacaba tanto del bolsillo. En esa hora que llevaba en la pastelería lo había mirado más de treinta veces.

Aquel día le comunicarían si le concedían o no su ansiada beca. Cumplía todo lo necesario para que se la dieran, pero, claro, no era la única que tenía problemas económicos.

En esa hora se le habían quemado ya varios dulces, y otros no le estaban quedando como deberían. No conseguía concentrarse, al contrario, estaba nerviosa, y le frustraba que ese día nada le saliera bien.

Llamó a su jefa, le comentó que aquel día se encontraba un poco mal y le imploró que fuera a echarle una mano. Al principio, como sospechaba, le dijo que no, que no estaba disponible y que no pasaba nada si los primeros dulces no salían, que siguiera con ellos y que confiaba en ella, pero, ante su insistencia, finalmente Rosa le comentó que, casualmente, a partir de las doce y media estaría libre y se pasaría.

«Media hora», se dijo Daniela mirando el reloj que tenía. Al menos no era tanto. Se quedó pensando en que, si le concedían la beca y retomaba sus estudios, dejaría el trabajo de la pastelería, pero en León intentaría conseguir otro para continuar costeando sus gastos. Los dos años y medio que estuvo, un año trabajó en una tienda de chuches y el siguiente en una librería por las tardes. Su padre le decía que no sabía cuándo estudiaba si por la mañana iba a clases y por las tardes trabajaba. No le confesó que en algunas asignaturas hacía pellas, aunque sí le dijo que, después de salir de trabajar y cenar, se encerraba con los libros.

Volvió a meterse en la página donde dirían a los seleccionados, pero no había ninguna actualización. Se estaba desesperando.

La campanilla sonó y pensó que era su jefa, pero no, era el idiota pichacorta de Nacho.

—Qué sola te veo —le dijo con una sonrisa en el rostro que mostraba de todo menos amabilidad.

Daniela le fulminó con la mirada al pillar el doble sentido de la frase.

—Voy a ser sincero contigo, Daniela —se acercó al mostrador—. Desde el primer momento en el que vi a Gael, su cara me sonaba, pero jamás averigüé de qué. Así que, cuando aquella manada de periodistas me preguntó por él, como buen habitante los guie a su destino para que no se perdieran, y por fin supe quién era. Gael Montés: piloto profesional de la DTM.

—¿Qué quieres, Nacho? —le preguntó seria.

—Vengo a hacerte un gran favor.

Ella alzó las cejas.

—Sé que echas de menos a Gael y que te mueres por abrirte de piernas para él otra vez. Pero he venido a abrirte los ojos: aquí existías para él. Fuiste su putita particular en este pueblo de mierda donde ya apenas quedan tías para follar. Pero ¿y ahora? Él ha vuelto a su perfecta vida, tiene pasta, está rodeado de lujos y tías mejores que tú no le faltarán. Fijo que ya se ha follado a otra.

—Mira, Nacho, ¡lárgate! Si has venido a que me ponga a llorar o celosa es que no me conoces.

—No pretendo eso, querida Daniela. Quiero ser un buen amigo y que te olvides de Gael como él lo ha hecho contigo. Piénsalo. ¿Por qué los periodistas aún no saben que eras tú la tía que se follaba? ¿Por qué te oculta? Porque se avergüenza de ti. Eres insignificante y él probablemente piense que para qué estar solo contigo si está rodeado de tías que se bajan las bragas con un chasquido de dedos. Así que, hazte un favor, Daniela, y deja de hacer el ridículo esperándole. Todos sabemos en el pueblo tu fama en la cama.

Daniela se acercó a él y levantó la mano para abofetearle, pero, antes de poder cruzarle la cara, Nacho atrapó su muñeca para detenerla, observó sus ojos castaños llenos de furia y mostró su sonrisa de triunfo.

—Cuidado, Daniela. Pegar está mal.

Ella respiró y se desprendió de su agarre. No estaba molesta con lo que le había dicho de Gael, pues sabía que era mentira, lo que de verdad la había enfadado había sido que la llamara puta simplemente por el hecho de que ella era muy activa en el sexo. No tenía nada de malo aquello, pues, a diferencia de él, ella jamás le había sido infiel a nadie. Ni pensaba serlo.

—Ahora me toca a mí ser sincera —le susurró—. Me das mucha pena, Nacho. Estás tan amargado, tan desquiciado con tu mierda de vida y te sientes tan solo que tienes que ir haciendo daño a la gente, porque te jode ser el único

que se vaya a quedar en este pueblo atrapado. Pero lo que más te jode es que yo esté haciendo mi vida, te jode que haya conocido a una persona que me hace feliz, te jode que yo me vaya a ir de aquí, porque lo voy a hacer en breve, te jode que tú te quedarás aquí para siempre rodeado de vacas y te dedicarás a limpiar sus mierdas, y te jode que haya elegido a Gael por encima de ti —sonrió.

Nacho levantó la mano para golpearla, pero la dejó ahí quieta. Sin inmutarse, Daniela observó aquella mano y dio un paso más hacia él.

—Cuidado, Nacho. Pegar está mal.

Él no dijo nada. Se apartó de ella y se dio la vuelta para marcharse de allí, no sin antes tirar al suelo el mostrador donde estaban colocadas varias bolsas de patatas.

Daniela se sintió triunfadora. Nacho había ido a hacerle daño y no lo había conseguido, sino que había sido él quien había acabado mal. Siempre se preguntaba por qué había gente tan mala cuyo único propósito era destruir al resto.

Sin querer darle más vueltas, sacó el móvil para volver a meterse en la página justo en el momento en el que Rosa llegó con cara larga para ayudar.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —bramó al ver el expositor de las bolsas en el suelo.

—Solo ha sido un pequeño accidente.

—Y tú, en vez de recogerlo, te pones a chatear con el móvil. No te pago para que vagues.

—¿Que vagueo? —preguntó Daniela sorprendida.

—Sí, ayer no tuviste listo el encargo.

—No lo tuve a tiempo porque yo me ocupé sola de cocinar y servir y, sinceramente, Rosa, no tengo más que dos manos. Además, si no fuera por mí, esta pastelería ya estaría cerrada.

—¿Cómo te atreves, Daniela? ¡Me ocupé de mi madre! Y tienes suerte de que no te vaya a despedir por esta falta de respeto.

—¿De tu madre? Por Dios, si todo el pueblo sabe que está mejor que tú y que yo, si no, no estaría a las once de la mañana con su copa de *brandy* y jugando al julepe.

Rosa la miró sorprendida por esa forma de hablarle y, si en realidad no la despedía era porque la joven tenía razón; si no fuera por ella, esa pastelería no estaría abierta, ya que ella no tenía sus mismas dotes para la cocina. Sí que era repostera, pero muchos dulces que Daniela cocinaba a ella jamás le habían salido.

—No vuelvas a hablarme así, Daniela. Soy tu jefa.

—Hasta hoy —declaró quitándose el delantal y la coleta—. Dimíto. A ver cómo te las apañas ahora. Así valorarás más a tus empleados.

Dicho esto, salió por la puerta y subió a su casa, donde estaba su padre. Al contarle lo sucedido, Fernando se sorprendió, pero no le recriminó nada, ya que su hija era ya una adulta para tomar sus propias decisiones y él estaba harto de cómo esa desagradecida mujer la trataba. La explotaba. Y Daniela había aguantado demasiado. Además, el hostel estaba remontando gracias en parte a la idea de su hija y a la publicidad que Gael le había dado y, por el momento, podría pagar a su hija la matrícula de la universidad, aunque no le concedieran la beca, pero él esperaba que tuviera suerte. Su hija se lo merecía.

Como cada día, Fernando se fue y Daniela se quedó sola en casa con su adorada Calcetines. Había llamado a Jone para contarle lo que había pasado esa mañana, desde lo de Nacho hasta su despido. Daniela le preguntó si no se habría precipitado con su decisión, necesitaba una opinión sincera y Jone se la daría.

—Daniela, es lo mejor que podías hacer. Echaré de menos tus deliciosos hojaldres rellenos de chocolate, pero ya era hora de que dejaras ese trabajo.

—Al menos pagaba bien.

—Sí, pero piensa: ¿cuánto más ibas a estar? Como mucho, mes y medio más, hasta que te trasladaras a León de nuevo. Así puedes disfrutar de unas vacaciones.

—Tienes razón.

—Lo sé, siempre la tengo —rio.

—¿Cómo va Ricky? —le preguntó.

Jone estaba en Valladolid con él. El novio de su amiga estaba haciendo una recuperación, pues, por culpa del accidente, no había podido aprobar ese examen, pero ambas confiaban en él. Ricky lo llevaba bien preparado.

—Pues no creo que tarde en salir ya. Le estoy esperando en una cafetería cercana. Hace tanto calor aquí que es imposible salir a la calle, así que, cuando termine, se reunirá conmigo.

—Espero que le haya ido bien.

—Pues sí, así se quita las asignaturas pendientes y solo le quedaría un año.

Estuvieron un rato más charlando hasta que colgaron y ella se puso a leer (o más bien a releer) los mensajes de Gael, aunque se detuvo más en el que le había enviado hacía cinco días.

Un cosquilleo volvía a recorrerle el estómago cuando leyó el que le mandó diciéndole que había decidido aumentar su deuda. No dejaba de pensar en esas dos palabras y, aunque ella creía saber cuáles eran, temía estar equivocada, ya que, esas dos palabras también podían ser: «se acabó», o «te dejo», o «esto no funcionará». No, esa última opción no podía ser, tenía tres palabras. Y las otras

eran improbables, ya que además de esas dos palabras también le debía un beso, y quería dárselo.

«Quizá sea un beso de despedida», pensó. Las palabras de Nacho se repetían una y otra vez en su mente, ya que no era el único que pensaba que por su ímpetu en el sexo era imposible tener algo serio con ella. Muchos de sus rollos le habían dicho que no creían que ella fuera alguien fiel simplemente por su forma de ser en la cama. Era algo estúpido y ella se sentía como una auténtica mierda, aunque jamás sintió algo por esos chicos.

Cogió de nuevo su móvil para meterse en la página de las becas y saltó del sofá al leer su nombre en el documento. ¡Lo había conseguido! Volvería a estudiar, y eso le hacía muy feliz.

Al llegar la noche, decidió darse un pequeño festín, ya que se lo merecía y no recordaba la última vez que entre semana cenaba en el salón de su casa, con la compañía de Calcetines y viendo su serie favorita.

Aquella tarde, su padre había quedado con Charo y lo más probable era que pasara la noche con ella. Eso la alegraba. Su relación iba viento en popa.

A las doce y media ya se había puesto el pijama, bueno, más que el pijama, era la camiseta que le regaló Gael antes de irse. El móvil le vibró y saltó sobre él cruzando los dedos para que fuera él y no Jone. Sonrió de oreja a oreja cuando vio en la pestaña de arriba que sí era Gael.

Ni siquiera leyó lo que le había puesto, directamente respondió.

Daniela:
Estoy despierta.

Sonrió cuando los dos *ticks* se volvieron azules y la pantalla de la conversación desapareció para ver la llamada entrante que no tardó en contestar.

—Hola —le saludó emocionada por poder hablar por fin con él.

—Joder, nena —le escuchó suspirar—, no te haces una idea de lo que echaba de menos el precioso sonido de tu voz.

—Soy de las que dejo huella —bromeó, y fue a su cuarto. Sin encender la luz, se sentó en el poyete de su ventana para mirar la luna a través de ella—. Yo también echaba de menos escucharte.

—¿Cómo estás?

—Ufff..., tengo muchísimas cosas que contarte —sonrió—. Me resulta tan extraño hablar contigo...

—Sí..., tras tanto tiempo es raro.

Daniela sonrió aún sin poder creerse que de verdad estuvieran hablando. Temía que fuera un sueño del que pudiera despertar. Es posible que para los

demás fuera una auténtica tontería, pero para ella era un mundo.

—¿Qué tal por Alemania?

—Puro estrés. No tengo tiempo absolutamente para nada, pero hoy he podido llegar más pronto. Y, Dios, cómo me alegro. Tenía tantas ganas de escucharte..., así te siento algo más cerca.

Daniela cerró los ojos.

«Cómo te necesito a mi lado, amor».

—Hay que ver la parte positiva. Más de un mes separados sin hablar y seguimos como siempre —sonrió.

—Sí..., claro.

Al escuchar su tono de voz tan apagado, le vinieron a la cabeza las palabras de Nacho y su lengua se movió sola.

—¿Te avergüenzas de mí?

—¡¿Qué?! —preguntó sorprendido.

—Sé que la gente quiere saber quién es la misteriosa chica rubia de la foto y no has dicho nada. Y, cuando te fuiste..., me dijiste que no saliera hasta que los periodistas se fueran y...

—Daniela, para. ¿A qué viene esto?

—Nacho ha estado en la pastelería —le confesó, y comenzó a contarle todo lo que había ocurrido, incluyendo su amenaza de bofetada.

—Cuando vaya allí voy a matar a ese hijo de puta.

—No ha pasado nada, Gael, déjalo estar.

—Está bien, pero escúchame, Daniela. Si no he dicho nada, si no quería que te vieran no es ni de lejos porque me avergüence de ti, es porque respeto tu privacidad y no sé si quieres formar parte de este mundo.

—Tampoco me lo preguntaste.

—¿Quieres formar parte de él?

Ella no dudó.

—Tú estás en él y quiero todo de ti. ¿Te vale como respuesta?

Gael sonrió. Daniela no se hacía una idea de lo importantes que eran esas palabras para él.

—Me vale. Y ahora, cambiemos de tema, me has dicho que tenías muchas cosas que contarme.

—Me han dado la beca.

—¿En serio? Joder, nena, ¡eso es genial! —Ella sonrió—. Te lo mereces, amor.

—Y hay más —hizo una breve pausa—. He dejado el trabajo de la pastelería. Hoy he acabado harta de mi jefa y he dimitido.

Se tapó la cara porque no sabía cómo iba a reaccionar.

—¿Quieres que te sea sincero?

—Siempre.

—Es lo mejor que podías haber hecho. Esa idiota no te valoraba.

—Al principio estaba agobiada, porque el dinero no me sobra, pero ahora que vuelvo a la universidad, tenía que dejarlo de todos modos... —suspiró—. Bueno, ¿y tú qué?

—Cumpliendo obligaciones. Desde que volví, he tenido algo cada día, pero espero que ahora todo se vaya calmando y poder ir a verte.

Ella sonrió.

—Yo también lo espero, pero tienes que pensar que vas bien en las carreras. Sabes que no entiendo mucho, pero Ricky me ha explicado que tienes posibilidades.

—Si acabo el primero en todas las carreras que faltan, sí.

—Yo confío en ti. Lo lograrás e intentaré no perderme ninguna carrera ahora que Ricky ha encontrado dónde verlas.

—Eso me hace ilusión, cielo. —No le veía, pero Daniela sabía que estaba sonriendo—. Y ahora, cambiemos de tema. Quiero olvidarme un poco de mi trabajo.

—Vale. ¿De qué quieres hablar?

—¿Qué llevas puesto?

Daniela soltó una carcajada y dobló las rodillas para recogerlas con su brazo libre.

—Tu camiseta.

—¿Solo mi camiseta?

—Siento decepcionarte, pero también llevo unos pantalones cortos.

—¿Ropa interior?

—Solo las bragas —susurró con voz seductora.

—¿Te apetece un poco de sexo telefónico?

Ella volvió a reír y negó con la cabeza mordiéndose el labio inferior.

—No te voy a negar que me apetece mucho, pero me apetece bien. No por teléfono.

—Ay, nena, cuando nos veamos pienso dedicarme por completo a ti.

Gael la escuchó bostezar. Estaba agotada y miró el reloj de su muñeca. Era demasiado tarde y a esas horas normalmente ella estaba ya acostada, así que, a su pesar, le dijo:

—Creo que es hora de colgar.

—No... —susurró—. No quiero que colguemos, no sabemos cuándo podremos volver a hablar.

—Por mí estaría contigo al teléfono hasta el amanecer, pero estás agotada, Daniela.

—Sí, no te lo voy a negar. Me caigo del sueño, pero no quiero colgar.

Le escuchó suspirar y supo que a él le pasaba lo mismo. Cuarenta y ocho días sin poder hablar, sin escucharse el uno al otro, era demasiado tiempo y querían arañar esos últimos segundos antes de pulsar el círculo rojo.

—Un día menos —le dijo él.

—Sí, y aumento la deuda: un beso, dos palabras y un «para siempre». Al menos intentarlo —rio.

—Acepto —sonrió—. Descansa, cariño.

—Buenas noches, amor.

Con una opresión en el pecho, Daniela colgó, y bajó la mirada a sus uñas pintadas de rojo. Dejó el móvil en su mesilla y se quedó hipnotizada mirando las estrellas. El cielo estaba despejado y la oscuridad que había proporcionaba esa preciosa visión del firmamento. Se abrazó las rodillas y apoyó la cabeza en la ventana.

—¿Daniela?

Esta se sobresaltó al escuchar la voz de su padre en la puerta. No le había escuchado llegar, es más, pensaba que esa noche no la pasaría en casa, pero le alegraba que estuviera allí. Hablar con Gael había hecho que sus defensas bajaran y se sintiera más sola que antes.

—No te había escuchado llegar —le dijo, y se colocó mejor para dejarle sitio en el poyete—. Creía que estarías con Charo.

Fernando se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros para acercarla a él y darle un beso en la frente. Había escuchado parte de su conversación con Gael y, sin verla, con escuchar el tono de su voz, se percató de lo mucho que echaba de menos y quería su hija a ese chico. Además, la felicidad que había visto en ella mientras conversaban era completa, así que, sin hacer ruido, se había dirigido a su despacho para que Daniela hablara tranquila con Gael hasta que, minutos después, regresó a su cuarto al comprobar que ya había colgado.

—Sí, pero he preferido pasar la noche aquí contigo. A veces no me doy cuenta de que estoy mucho tiempo lejos de ti, y en septiembre te irás a la universidad y, como los anteriores años, te echaré mucho de menos, así que quiero pasar contigo todo el tiempo que pueda.

—Sabes que volveré a visitarte los fines de semana. Al menos, la mayoría de ellos.

—Lo sé, pero, aun así, me faltará mi pequeña en casa —le acarició el cabello—. ¿Has hablado con Gael?

—Sí, aunque menos de lo que me gustaría. Odio la distancia.

Fernando sonrió. La entendía perfectamente.

—¿Sabes? Antes de que tu madre y yo nos casáramos, vivimos unos meses separados. —Daniela le miró y él prosiguió—. Nos conocimos en la universidad, y cada uno tenía sus pasiones. Yo deseaba regentar el negocio familiar y tu madre quería ser una repostera reconocida, pero para ello debía formarse en una de las mejores escuelas que estaba en Nueva York.

—¿De verdad?

—Sí —sonrió—. Discutimos mil veces, porque yo no quería irme con ella, tenía una obligación aquí con el hostel, pero, además, deseaba trabajar en él. Ninguno estaba dispuesto a renunciar a sus sueños por el otro, así que yo me quedé y ella se fue. Los meses que estuvimos separados me sentía igual que tú ahora, y no dejaba de pensar en lo idiota que había sido por dejar escapar a la mujer que amaba, pero creía que ya no había vuelta atrás.

—¿Fuiste a por ella? —quiso saber Daniela.

—No. Ella vino a por mí —sonrió—. Habían pasado ocho meses desde que nos dijimos adiós y, una mañana, se presentó con una maleta en la puerta del hostel. Yo creía que estaba teniendo una alucinación, pero no, el amor de mi vida estaba ahí, delante de mí. Me dijo que los primeros meses en Nueva York todo era genial, pues estaba aprendiendo muchas cosas de algo que le apasionaba, pero que se dio cuenta de que ese sueño que tenía, de repente, ya no lo era. Se sentía vacía y le faltaba lo más importante: amor. Así que, dejó atrás todo aquello y regresó conmigo. —Daniela sonrió. Su padre seguía tan enamorado de su madre como el primer día, aunque ella ya no estuviera—. ¿Sabes qué fue lo primero que me dijo al volver a vernos tras tanto tiempo?

—¿El qué?

—Que cuando tuviéramos un hijo, tendría que ser niña y tener la misma pasión que ella por la repostería, para hacer dulces juntas mientras yo me desesperaba por cómo dejarais la cocina. —Daniela rio. Quería tanto a su madre... —. Y yo le dije que, por ella, estaba dispuesto, a partir de ese momento, a hacer realidad todos sus sueños. Cuando se quedó embarazada y supimos que te tendríamos a ti, yo le decía que también quería que sintieras un poco de pasión por el negocio familiar, y los dos te hablábamos para conseguir nuestros propósitos. Al final, ganó tu madre.

Daniela rio y abrazó a su padre. Le encantaba sentirse protegida en los brazos de ese grandullón de dos metros.

—Ganasteis los dos. Me encanta la repostería, y, aunque mi sueño no sea dirigir el hostel, forma parte de mí y también me importa.

—Lo sé, pequeña —la besó en la frente—. Tengo un regalo para ti por conseguir esa beca.

—Papá, no tenías que haberme comprado nada —le dijo mientras él le tendía un sobre alargado.

—Ábrelo. Creo que después cambiarás de opinión.

Ella lo hizo y se llevó la mano a la boca antes de mirar a su padre. Era un billete de avión con destino a la ciudad donde Gael vivía y donde se disputaría la siguiente carrera. Miró la fecha. El avión salía ese domingo a las diez de la mañana, y no tenía fecha de vuelta.

—Papá... —susurró emocionada. No le salían las palabras.

—Cuando Dustin, el representante de Gael, vino, estuvimos hablando y me dio su teléfono por si necesitábamos algo. Él te irá a buscar al aeropuerto y te llevará a la carrera. Si ese chico es el indicado, quiero que vayas con él, y ojalá que vuestra historia sea tan maravillosa como lo fue la mía con tu madre.

—Gracias, papá —sonrió y le abrazó con fuerza—. Esto es muy importante para mí.

—Te quiero, pequeña. Y haré lo necesario para que seas feliz —se separó y la vio sonreír de oreja a oreja—. Y por ese gesto de felicidad que tienes ahora mismo soy capaz de cualquier cosa. El sábado iremos a Madrid y pasaremos la noche en un hotel cercano al aeropuerto. Y, en unas horas, estarás con él.

Daniela asintió y volvió a abrazar a su padre. Lo que más deseaba en ese momento era mandarle un mensaje a Gael para que supiera aquello, pero decidió no hacerlo, quería darle una sorpresa. Además, le pidió a su padre que le dijera a Dustin que mantuviera el secreto.

Cuatro días. Noventa y seis horas. 5760 minutos. 345 600 segundos. Ese era el tiempo exacto que le quedaba para volver a verle. La cuenta atrás llegaba a su fin.

CAPÍTULO 32



Daniela no podía parar quieta. Llevaba una hora esperando a que abrieran la puerta de embarque.

El día anterior, ella y su padre habían viajado hasta Madrid para estar a las ocho de la mañana en el aeropuerto. Llegaría aproximadamente a las doce y media a su destino y la carrera empezaba treinta minutos antes. No llegaría a tiempo, pero al menos vería parte de ella, y lo más importante, a él.

Era la primera vez que iba a montar en avión y estaba atacada. No iba a negar que le asustaba bastante subirse, ya que un accidente podría ser fatal, pero, como le había dicho su padre, lo mejor era pensar que había miles de vuelos en todo el mundo a diario y no pasaba nada.

—¿Estás bien? —le preguntó su padre.

—Estoy emocionada, contenta, nerviosa, acojonada y entusiasmada —le contestó sonriendo mirando el panel donde salían los vuelos.

—Todo irá bien, pequeña. Dustin estará puntual.

Los altavoces anunciaron su vuelta y Daniela y su padre se levantaron para ir a la puerta de embarque, donde Fernando abrazó y besó a su hija.

—Buen viaje, cariño —le sonrió—. Y disfruta.

—Eso haré.

Daniela le tendió a la azafata su billete y, sonriendo, se giró una última vez para despedirse de su padre lanzándole un beso.

Horas. Solo quedaban horas para reunirse con Gael.

* * *

Mientras, en el circuito de aquella ciudad, Gael estaba dando las primeras vueltas para calentar las ruedas del coche, pero ese día no estaba nada

concentrado. Ni siquiera las provocaciones de Wehrlein le hacían reaccionar.

Esa mañana, Daniela no había contestado a su mensaje diario y sí que lo había visto. Estaba preocupado por si se había cansado ya de esperar y había decidido que cada uno siguiera su camino, pero él no quería alejarse de ella.

Tras esas vueltas de calentamiento, se colocó en su puesto y miró atento el semáforo que indicaría la salida, pero su mente se alejó de allí para rememorar la conversación que tuvo con Israel la noche que se perdió.

«Lo siento, enano —se había disculpado con él—. Siento mucho haber roto mi promesa».

«No pasa nada, te perdono, pero tienes que responderme a una pregunta».

«Claro».

«¿Quieres a Daniela?».

En un principio, Gael se había quedado sorprendido por la pregunta, y aún le resultaba increíble que le hubiera confesado aquello a un niño de seis años antes que a la chica que amaba.

«Sí, Israel. La quiero», fue sincero.

«Pues prométeme que la cuidarás para que sea feliz».

«Te lo prometo».

Una ligera sonrisa apareció en el rostro de Gael al recordar esa conversación, pero la voz del director de la escudería le hizo bajar de las nubes.

—¡¿Qué diablos estás haciendo, Gael?! ¡¡Corre!!

Miró al frente y maldijo al ver que los coches ya habían salido y él se había quedado parado. Golpeó el volante y aceleró dispuesto a alcanzarlos.

* * *

Dustin y Daniela iban a toda prisa para llegar a tiempo de ver la carrera. Se había ausentado de acompañar a Gael comentándole que tenía que ir a atender una urgencia, pero que volvería pronto.

Enseguida había visto aparecer a Daniela por la entrada de los pasajeros y, tras coger su maleta, se había reunido con él. Aquella muchacha presentaba una sonrisa que jamás había visto en otra persona. Se notaba que estaba feliz por estar allí y por volver a ver a Gael. Eso le alegraba, pues el chico se merecía a alguien que le quisiera por cómo era, y no por quién era, y estaba claro que Daniela era la indicada.

Lo primero que hizo fue presentarse, ya que el día que se conocieron las circunstancias no lo permitieron; ella ya sabía que el representante de Gael dominaba el español, cosa que la tranquilizó, pues no sabía nada de alemán.

Salieron del aeropuerto, y tras guardar la maleta en el maletero de aquel Mercedes negro con las lunas tintadas, se subieron a él para llegar a la carrera.

En el camino, Dustin le dijo que no se preocupara por su maleta, que el chófer sería el encargado de dejarla en el piso de Gael. Ella asintió sin saber muy bien qué había dicho. Estaba muy nerviosa y le temblaba el cuerpo entero.

Dustin le tendió un pase para que se lo colocara y, tras dejar el coche cerca del circuito, los dos bajaron y corrieron para entrar en boxes.

Daniela no entendía nada, es más, ni siquiera sabía si lo que salía por la boca de los diferentes componentes de los equipos era un idioma.

Llegaron hasta la escudería de Gael y ella sonrió al verle en la pantalla, y también al que parecía ser el director dando órdenes a diestro y siniestro. Bueno, suponía que eran órdenes.

—Ven —le dijo Dustin, y cogió unos cascos con un micrófono incrustado. Le tendió otros a Daniela, pero le pidió que, por el momento, no hablara. Activó los suyos y empezó a hablar en español—. Gael, soy Dustin. ¿Qué te pasa, chico? Vas como el culo.

Y no mentía. Gael no conseguía pasar de la séptima posición y eso que había remontado bastante.

Al escuchar a su amigo y representante hablarle en castellano, se quedó extrañado, pero prefería eso a los gritos del director por haber empezado con mal pie.

—No es un buen día, Dustin.

Daniela sonrió al escucharle. No sabía cómo iba a reaccionar cuando supiera que ella estaba allí.

—Necesitas motivarte, muchacho. Y creo que tengo la solución para ello —miró a Daniela con una sonrisa.

—Lo dudo.

—Juzga por ti mismo.

Dustin ayudó a activar el micrófono de Daniela y, con un gesto de la cabeza, le indicó que hablara.

A ella le iba a dar un infarto de un momento a otro.

—No he recorrido miles de kilómetros para verte perder, así que, por tu bien, más vale que le des caña y machaques a todos esos corredores.

—¿Daniela?

—¿Acaso esperabas que otra chica viajara hasta aquí y se colara en boxes? —bromeó—. Vamos, demuéstrales a todos quién es Gael Montés y ve a por tu sueño.

—Eso está hecho, nena —le contestó feliz.

Todo el mundo tenía la mirada puesta en Daniela y ella no pudo evitar sentirse un poco incómoda. Probablemente esas personas estuvieran pendientes de la confirmación de si ella era la misteriosa chica rubia.

Se fijó en la pantalla donde salía Gael y vio que empezaba a adelantar como si estuviera él solo en la pista, pero, de pronto, todos los mecánicos que allí había se llevaron las manos a la cabeza y comenzaron a gritar.

—¿Qué..., qué pasa? —preguntó Daniela a Dustin.

—Gael ha cortado la comunicación y está entrando en boxes.

—¿Eso es malo? ¿No tiene que entrar para las ruedas y todo eso?

—Sí, pero no ahora.

Daniela giró la cabeza cuando oyó un fuerte frenazo y caminó para quedar a solo unos metros del coche. Abrió los ojos al ver a Gael salir de él y quitarse las protecciones de la cabeza, que tiró al suelo sin importarle que el casco se rompiera por el impacto.

Gael había dejado de pensar en la carrera y estaba haciendo lo que Daniela le había pedido: ir a por su sueño. Sonrió como un bobo al verla y leer la frase que ponía en la camiseta verde que llevaba por dentro de los pantalones cortos negros que vestía, dejando a la vista sus preciosas piernas: «Keep calm and kiss the girl».

Cuando la alcanzó, sin hablar, la abrazó por la cintura y la besó como llevaba semanas ansiando. Posó una mano en su mejilla e hizo que abriera la boca para entrar en ella y devorarla. No podía creerse que estuviera allí. En Alemania. Con él.

Los *flashes* y las cámaras habían dejado de filmar la carrera para concentrarse en ese momento romántico que el joven piloto estaba protagonizando con la, ya no tan misteriosa, chica rubia.

Daniela sonrió sobre su boca mientras la besaba y se abrazó a su cuello. Había pasado tanto tiempo sin acariciar esos labios y sin degustar su sabor que le dio igual que la gente los estuviera mirando. Para ella, solo estaban ellos dos.

Gael la seguía besando y la aupó ligeramente para dejarla a su altura. No quería separar sus labios de los de ella, pero se obligó a hacerlo para saldar su deuda.

—Te quiero —le susurró juntando sus frentes y sin dejar de acariciar su mejilla—. Te quiero, te quiero, te quiero. Joder, nena, no sabes cuánto te quiero.

Ella sonrió emocionada al escucharle, pero se obligó a pisar de nuevo el suelo; en más de un sentido.

—¿¿Se puede saber qué demonios has hecho?! —intentó regañarle, pero la sonrisa que no desaparecía de su rostro le hacía saber a Gael que estaba de todo menos enfadada.

—Ser valiente y hacer ver a todo el mundo que te quiero y que me has robado el corazón —confesó recordando las palabras que le dijo cuando fueron al cine al aire libre y vieron *Big Fish*. Al final, tenía que darle la razón a Daniela cuando le dijo que las locuras por amor solo las hacen los tíos que los tienen bien puestos y no los calzonazos—. Y hacerte caso. Venir junto a mi sueño, es decir, venir junto a ti.

—Pero... la carrera, tienes que...

—¡A la mierda la carrera! —decidió—. Estás aquí, conmigo, y lo que voy a hacer ahora es llevarte a mi casa, concretamente a mi cama, y voy a seguir saldando mi deuda intentando nuestro «para siempre».

—Estás completamente loco —rió sin dejar de mirar sus preciosos ojos azules—. Yo también te quiero muchísimo, Gael Montés.

Él sonrió y volvió a besarla.

—Dustin, cancela todas mis citas —le pidió a su representante sin dejar de mirar a Daniela aún sin creerse que estuviera allí—. Hoy tengo algo mucho más importante que hacer —sentenció, cogiendo a su preciosa novia entre los brazos para salir de allí mientras la prensa esperaba deseosa que el piloto les diera las respuestas a todas las preguntas que formulaban.

A su pesar, Gael tuvo que soltar a Daniela antes de salir del circuito, ya que tenía que cambiarse de ropa, pero enseguida volvió con ella y fueron al piso que él tenía, aunque les costó salir por culpa de los periodistas.

En el ascensor hasta el ático, Gael le devoró la boca como a ambos les gustaba. Daniela enredó las manos en su cabello para profundizar más aquel placentero e intenso beso. Aún le costaba creerse que estuvieran allí. Juntos al fin.

Gael no podía separarse de ella. Tenía miedo de que todo fuera un sueño o una alucinación. Necesitaba besarla, tocarla y amarla para cerciorarse de que era real.

—Mi Daniela..., no sabes cuánto te he echado de menos. Cada día te necesitaba y cada día pensaba en ti y soñaba contigo —metió las manos bajo la camiseta que llevaba—. Te quiero tanto..., no me cansaré en la vida de decírtelo —le susurró con sus bocas rozándose.

—Creo que hemos demostrado que podemos mantener nuestra relación a pesar de la distancia y lo mal que lo pasemos —rió—. No hemos buscado impedimentos y yo no me he planteado en ningún momento decirte adiós, porque, cuando amas a alguien, luchas por esa persona sin importar todos los baches que te encuentres.

—Y seguiremos luchando.

—Seguiremos..., siempre.

La puerta del ascensor se abrió y Gael entrelazó sus dedos con los de ella para guiarla hasta su puerta. Cuando metió la llave, Tore se puso a ladrar y Daniela sonrió. Ambos entraron y la perra se lanzó hacia ellos. Movía la cola entusiasmada y saltaba a su alrededor en busca de mimos.

—¡Hola, bonita mía! —habló Daniela agachándose para acariciarla—. A ti también te he echado muchísimo de menos.

La perra estaba también muy emocionada con aquel reencuentro, aunque Gael no le permitió a la perra acaparar a su chica, ya que la quería solo para él.

Cuando Daniela se puso de nuevo en pie, Gael la pegó a su cuerpo y volvió a besarla mientras empezaba a andar con ella hasta las escaleras transparentes por donde se accedía al piso superior. La cogió en brazos y ella rodeó con las piernas su cintura, sin dejar de besarle.

Era una suerte que Gael supiera las escaleras exactas que había, pues lo que menos quería Daniela era que se cayeran y acabaran en urgencias.

Entraron en el cuarto de él, y ella se percató de que su maleta se encontraba allí antes de que Gael la tendiera en la cama.

—Te necesito, nena —dijo con voz ronca comenzando a desnudarla hasta dejarla con la ropa interior. Sus manoleinas se habían caído de camino a la cama.

La contempló, se agachó para besar el trébol de su ombligo y subió por su vientre, rozando la piel de su estómago con la lengua hasta alcanzar de nuevo sus labios, mientras las manos volaban a su espalda para desabrochar aquel molesto sujetador.

Pero Daniela no le dejó. Le colocó bajo su cuerpo y se puso a horcajadas sobre él.

—Creo que estamos en desigualdad de condiciones.

Gael sonrió, pero tenía razón. Ella ya estaba casi desnuda y él no se había quitado absolutamente nada, aunque Daniela ya había empezado a encargarse de ello. Su camiseta ya le hacía compañía a su ropa y sus manos estaban desabrochándole los vaqueros.

—No me puedo creer que no lleves gayumbos —dijo divertida contemplando su erección.

Gael se sentó en el centro de la cama y se desprendió de las zapatillas y calcetines para acabar de desnudarse. La cogió de las manos e hizo que se sentara sobre él.

—Es más cómodo para vestir el mono.

—Qué provocador —susurró cerca de su boca, y se frotó contra aquella erección—. Pero me encantas.

—¿Solo te encanto? —quiso saber, desabrochándole el sujetador antes de deshacerse del tanga.

—No —sonrió y le miró a los ojos—. Te quiero con todo mi ser.

—Y yo a ti, nena.

Él le besó el cuello antes de inclinarse más para atrapar con su boca los enhiestos pezones con ansia.

Daniela gritó y una mano de Gael bajó por su vientre para tocar su sexo caliente y húmedo.

—Siempre lista para mí —la miró.

—Gael, sabes que me encantan los preliminares, que me saborees, que me hagas estar al límite, pero ahora mismo... te necesito ya.

Él sonrió al escucharla, pero la sonrisa se le borró al darse cuenta de algo.

—Joder, aquí no tengo condones.

—¿No tienes? ¿En serio?

—Nena, ¿para qué los quería si tú no estabas aquí?

Ella suspiró y negó con la cabeza antes de levantarse sin importarle su desnudez. Fue hacia su maleta y la abrió para sacar una caja y lanzársela.

—Menos mal que Jone piensa en todo.

—No te enfades, cielo, pero adoro a tu amiga.

—Yo también —rio—. Es nuestra salvadora sexual.

Daniela volvió a colocarse como estaba antes, aunque en vez de sentarse, se apoyó sobre las rodillas y, tras colocarle la protección, agarró su miembro con la mano y lo guio a su entrada para dejarse caer sobre él.

Ambos gimieron cuando sus cuerpos volvieron a unirse tras tanto tiempo sin hacerlo y Gael dejó que ella marcara el ritmo. Su erección entraba por completo en ella, y ver su cara de placer era lo más maravilloso que jamás había visto. Nunca se cansaría de observarla y analizar cada uno de sus gestos.

Gael la agarró de las nalgas para que moviera en círculos las caderas y, con su boca, volvió a mimar sus pechos. Primero acarició con la punta de la lengua aquel círculo rosado antes de regalarle un suave y placentero mordisco en el pezón. Le encantaba ver cómo arqueaba la espalda para ofrecerle seguir degustando esos dos preciosos y tentadores pechos.

Sus cuerpos estaban cubiertos por una fina capa de sudor y Gael sintió sus paredes comenzar a contraerse alrededor de su miembro.

—Córrete conmigo, nena.

Daniela se abrazó con más fuerza a sus hombros y se dejó ir antes de hundir el rostro en su cuello para besárselo y sonreír sobre su piel. En esos momentos, se sentía la mujer más feliz del mundo.

CAPÍTULO 33



Daniela se estiró en aquella enorme cama tras despertarse con una sonrisa instalada en el rostro.

El día anterior había sido muy intenso y su corazón todavía latía desbocado al recordar lo sucedido. Desde la locura de Gael al abandonar la carrera cuando supo que ella estaba allí, hasta sus asaltos durante todo el día. Tras el primer encuentro, habían repetido varias veces, en las cuales se habían detenido más en recorrer sus cuerpos y en volver a recordar lo que a ambos les gustaba.

Daniela giró el rostro y vio que estaba sola en la cama. Sujetó la sábana blanca contra el pecho y se sentó para coger de la mesilla una nota que había junto a una sencilla margarita.

He tenido que salir, de paso me he llevado a Tore para que se vaya acostumbrando a la ciudad, pero regresaré antes de mediodía. Mi casa es tu casa. Te quiero.
Gael.

Ella sonrió como una boba al leer esas dos palabras y volvió a dejarse caer en la cama con un gesto de felicidad pura en su cara.

El sonido de sus tripas hizo que, a su pesar, tuviera que levantarse. Se puso la ropa interior y, a los pies de la cama, vio doblada una camisa blanca junto con otra nota.

Nada me haría más feliz que regresar a casa y ver a la mujer que amo deambular por las distintas estancias solo vestida con mi ropa. ¿Me concedes ese pequeño sueño, amor?
Gael.

Daniela rio y se colocó sobre los hombros la camisa antes de bajar para coger el bolso, que el día anterior había dejado tirado en la entrada.

Mientras caminaba hacia allí, se fijó mejor en el ático. Era enorme y todo construido en madera de haya y muebles de colores suaves. Era bastante acogedor, pero demasiado grande para ella, aunque le gustaba mucho la luz que entraba.

Cogió el bolso para sacar el móvil y, por primera vez en su vida, tenía más de cien mensajes. Hasta de excompañeros de la universidad con los que apenas había tenido contacto. Todos querían saber lo mismo, si de verdad era ella la que salía en el vídeo de esa carrera, pero no pensaba contestar, ya que era algo que a ellos no les incumbía. Sin leer las conversaciones, las borró todas y se centró en las que de verdad le importaban: la de su padre y su amiga.

Pidió disculpas a su progenitor, ya que no le había avisado de su llegada, y después entró en la de Jone, donde esta le había mandado un vídeo de YouTube. Entró en él y vio que era el momento que Gael y ella habían protagonizado el día anterior, y lo peor de aquello era que se había vuelto viral. Se tapó la boca y, sin poder evitarlo, se puso a reír.

Salió del chat y marcó el número de su amiga.

—¡¡Danielaaa!! —gritó al contestar—. ¡Te has vuelto famosa! Dios, ayer estábamos Ricky y yo viendo la carrera y nos quedamos flipando cuando Gael la abandonó para que todo el mundo viera que está loco por ti. ¡Por Dios, casi se me caen hasta a mí las bragas!

—Lo que hizo fue una locura. Ha mandado el título de campeón a la mierda.

—Será por lo que le importa —rio—. En cuanto supo que estabas ahí, no dudó en ir a por ti. ¿Has visto lo que te he mandado? Sois de lo más visto en YouTube.

—Madre mía —Daniela no podía dejar de sonreír—. Bueno, esto es como todo; en unos días nadie se acordará de esto.

—No sé yo... He estado investigando, y quieren saber quién eres. Nombre, si estudias o trabajas, lugar, talla de sujetador, en fin, todo de ti.

—Pues lo siento, pero me encanta mi anonimato —dijo yendo a la cocina para mirar por los armarios dónde había café y cosas para desayunar. Abrió la nevera y cogió una bandeja de fresas que había. Le encantaban.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —quiso saber Jone—. ¿Volverás?

—¡Claro que sí! —contestó—. Empiezo la universidad en León, tendré que volver.

—¿Y Gael?

—Sabe que voy a estudiar y tendremos que hablar para organizarnos y poder vernos.

—¡Ay, estoy tan contenta por ti!

Daniela sonrió y siguieron hablando unos minutos más hasta que colgaron.

Mientras esperaba que Gael regresara, se preparó un dulce desayuno compuesto por una taza de café, zumo de naranja, tostadas y fresas naturales.

Sonrió al escuchar la puerta cuando ya había terminado y Tore fue la primera en saludarla.

—Hola, chica —la acarició.

Poco después, Gael apareció por la puerta de la cocina y sonrió al verla tal y como había deseado. Aquella mañana le había costado separarse de ella y había estado un buen rato contemplándola dormir.

A su pesar, se había tenido que ir a dejar atados unos asuntos, ya que ahora que ella estaba allí pensaba pasar todo el tiempo que pudiera a su lado.

—Buenos días —la saludó.

Daniela le devolvió el saludo antes de que Gael abrazara su cintura para besarla. Aquel contacto subió de intensidad y la aupó para sentarla en la encimera.

—Quiero verte así cada mañana.

—No me importaría, pero, de momento, complicado —rio.

—Todo llega, nena —le acarició las piernas—. Sé que llegaste ayer, pero necesito saber cuándo te vas para pasar el máximo tiempo contigo. Quiero aprovechar cada segundo a tu lado.

—Pues tengo buenas noticias, ya que mi billete no tiene fecha de vuelta y, si me dejas, podré quedarme contigo hasta que empiece la universidad de nuevo.

—¿En serio? —Ella asintió—. Joder, nena, no sabes lo feliz que me hace eso —volvió a besarla—. Tenía pensado viajar a León para ver a mi familia y después seguir con las carreras, aunque ya no consiga alzarme con el título, pero me da igual. Quiero que vengas conmigo. Cuando empieces la universidad, solo me quedarán dos competiciones más y, después, seré libre como un pájaro. Bueno, a veces tendré algún que otro evento, pero no tantos como en plena temporada y...

Daniela le tapó la boca.

—Calla —rio—. Todo a su tiempo, Gael. Ahora, como siempre hemos hecho, vamos a dejarnos llevar, a disfrutar y a aprovechar nuestro tiempo juntos. Confío en ti y siempre te esperaré cuando tengamos que separarnos, como deseo que tú me esperes a mí.

—Por supuesto, nena. Pienso luchar por ti, por mi sueño —la ciñó más a su cuerpo para cogerla en brazos e ir al salón, donde se sentó en el sofá con ella encima—. Tengo que confesarte algo.

—Tú dirás.

Gael le retiró un mechón de pelo detrás de la oreja y le acarició el óvalo de su dulce cara.

—En este tiempo he tenido días muy malos. Estaba enfadado, agobiado, frustrado, y me sentía vacío. Lo peor era que todo el rato estaba expuesto públicamente y tenía que sonreír como si todo fuera bien, cuando por dentro estaba roto porque estabas lejos de mí. —Aquello la enterneció y no pudo evitar inclinarse para darle un beso en los labios—. Entre los continuos viajes y las obligaciones..., no tenía ni un segundo libre y solo estaba bien cuando leía tu mensaje. —Ella sonrió. Le había pasado lo mismo con los suyos—. Así que, tras varios días dándole vueltas, me reuní con Dustin y le dije que estaba planteándome dejar la escudería, las carreras y todo. Quería dejar de ser un piloto profesional de la DTM para trabajar en algo más normal y volver a la vida que de verdad me hacía feliz, aunque fuera en un pueblo casi desierto.

—¿¿Qué?!! —le interrumpió Daniela—. Estás loco, Gael. No sé cómo te pudiste plantear algo así.

—Porque no me sentía bien, Daniela.

—Vale, te entiendo. Estabas mal por cómo sucedió todo, pero piénsalo; te arrepentirás, tendrás siempre la espinita de la DTM clavada en el pecho y, aunque te sintieras así, ya has visto que todo se soluciona.

—Lo sé, nena, y tranquila, no voy a dejarlo —comenzó a acariciar sus muslos desnudos—. Dustin me echó una buena bronca. Lo que te quería decir es..., creo que eres la primera mujer de la que me enamoro de verdad.

—No te entiendo —dijo Daniela pensando en la primera novia de Gael.

—Con Lucía jamás se me pasó por la cabeza renunciar, es más, días antes de que ella falleciera, en una discusión le dije que solo había dos opciones: seguir juntos y que cada uno siguiera sus sueños o que, si lo prefería, lo dejábamos y cada uno iba por su camino. Lo confieso, fui bastante egoísta y ambicioso. Creo que, si de verdad me hubiera enamorado de ella, jamás le habría dicho eso —suspiró—. Pero contigo, lo que me haces sentir..., me da igual todo. Si tengo que dejar la DTM por ti, lo haré, si tengo que viajar hasta Quintanar a pie desde aquí solo para verte, lo haré, si tengo que aprender a limpiar mierdas de vaca para tener una vida junto a ti, pienso aprender. Haría cualquier cosa por ti.

Ella sonrió, pero se obligó a decirle lo que pasaba en ese momento por su cabeza.

—Gael, yo creo que sí te enamoraste de Lucía y que, cuando te surgió la oportunidad de cumplir tu sueño, eras muy joven y no eras tan maduro como ahora. Lo que quiero decir es que todos hemos sido ambiciosos alguna vez hasta que pasa el tiempo y nos damos cuenta de lo que de verdad importa en la vida —

le acarició las mejillas—. Y en cuanto a lo de renunciar..., te prohíbo que lo hagas —sonrió—. Porque yo ahora tengo otro sueño y es que quiero verte cumplir los tuyos. Quiero que te alces con la victoria, que yo lo vea y gritar a todo el mundo: ¡ese es mi chico! —rio—. Te quiero, y eso no va a cambiar, aunque en ocasiones estemos a miles de kilómetros, porque después esos kilómetros desaparecerán. Solo hay que luchar por ello y querer hacerlo. Y yo quiero y pienso hacerlo.

—Yo también, nena. Voy a luchar por esto, porque eres mi mejor sueño.

EPÍLOGO

Tres años y tres meses después...

—Daniela Domingo Carrillo.

Daniela se levantó del asiento y sonrió al escuchar su nombre de la boca del rector. Aquel día se había convertido oficialmente en veterinaria. Lo había conseguido.

Habían sido varios años de esfuerzo, de enfados, de alegrías, de agobios y de nuevas experiencias; y todo aquello había merecido la pena.

Con una gran sonrisa, recogió el diploma y posó con el rector para hacerse la foto. Bajó del estrado y se reunió con su padre, que se encontraba junto a Charo. Su relación iba a las mil maravillas y ella se alegraba por ambos.

Fernando abrazó a su hija y la aupó feliz de que se hubiera graduado. No había sido un camino fácil, pero, tal y como ella dijo, todo llegaba a su tiempo.

—Estoy muy orgulloso de ti, pequeña.

—Gracias, papá —se separó de él feliz.

—Enhorabuena, preciosa —la acogió Charo en sus brazos—. Te lo mereces.

—Gracias, Charo —le contestó sin perder la sonrisa.

—Israel me dijo que tenía un regalo para ti por graduarte, pero para ello debes ir al pueblo.

Daniela rio y asintió. En esos años, entre la universidad y otros asuntos, casi no había pisado Quintanar de la Sierra, pero recordaba el pueblo con cariño, pues este poco a poco se iba recuperando y dejaba de ser tan desconocido. Incluso gente que lo abandonó había vuelto, pero también era cierto que los jóvenes salían de él.

Jone y Ricky llevaban un año fuera, viviendo en Valladolid. Les había costado un poco dar el paso, ya que había muchos impedimentos, pero su amiga quiso seguir su ejemplo y, en vez de buscar problemas, ambos se pusieron a buscar soluciones.

Por otra parte, Israel y Celia continuaban siendo buenos amigos y Pepa se alegraba al ver a su nieto feliz con esa pequeña niña. Cuando Daniela se fue, al principio se entristeció, pero el niño crecía y comprendía el porqué de su marcha. Aunque seguía echándola de menos y, por ello, debía pensar estrategias,

un tanto chantajistas, para que regresara por unos días antes de volver a León, la ciudad donde había decidido vivir. Al menos, por el momento.

En esos tres años había viajado por muchísimos lugares y, aunque le habían maravillado, sentía León su hogar debido a las casualidades de la vida.

El móvil comenzó a sonarle y se disculpó de su padre y de Charo para alejarse un poco de la multitud y contestar.

—Doctora Domingo, tengo una urgencia —dijo una voz al otro lado—. Mi perra ha vuelto a zamparse la ropa interior —Daniela rio y negó con la cabeza—. Enhorabuena, nena. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias, pero creo que no soy la única que hoy tiene algo que celebrar. ¡Felicidades, mi campeón!

Gael sonrió. El día anterior había ganado su soñado título, el que le convertía en el ganador de ese año de la DTM. Daniela había estado con él en casi todas las carreras y habían asistido juntos a varios eventos. A ella todavía le resultaba raro que la vistieran de gala, la maquillaran y peinaran y que un coche de lujo los llevara al lugar correspondiente.

La primera vez que asistió a uno estaba algo confundida y nerviosa, pero mantuvo la compostura y Gael no se separó de su lado en ningún momento.

En el *photocall*, todos los fotógrafos se centraban en ellos, pues aún no habían averiguado demasiado sobre la misteriosa chica rubia, aunque lo que sí sabían era que al joven piloto le había robado el corazón por completo. Solo había que contemplar las fotos que les sacaban para poder darse cuenta del amor que se profesaban con cada una de sus miradas y sonrisas.

—Ojalá pudiera estar ahí contigo.

—No te preocupes. Sabes que para mí lo estás y... ¿Gael? —separó el móvil de su oreja—. Pero será... ¡Me ha colgado!

—Como defensa diré que me parecía estúpido gastar teléfono estando a dos metros de ti.

Daniela se dio la vuelta y ni siquiera habló. Sonrió y se lanzó a sus brazos sin importar que la gente que allí había los mirara. Gael la cogió al vuelo y ella enredó las piernas en torno a su cintura para besarle.

—Pero ¡¿cómo no me dijiste que venías?! —exclamó dejándole un reguero de besos por toda la cara.

—Quería darte una sorpresa —la dejó en el suelo, pero no la soltó—. Ya te lo he dicho antes, pero te lo repito: estoy muy orgulloso de ti, doctora Domingo.

—Y yo estoy muy orgullosa de ti, Gael Montés.

Juntos se acercaron hasta donde se encontraban Fernando y Charo, y Gael los saludó, a su suegro con un apretón de manos y a la novia de este con un par de besos.

—Felicidades por la victoria, muchacho. No sabía que vendrías.

—He cogido un vuelo a primera hora y luego un tren hasta aquí. Ha sido un viaje agotador, pero ha valido la pena —dijo mirando a Daniela.

A pesar del tiempo que llevaban juntos y de todas las dificultades que habían tenido, y todavía tenían, seguían siendo los mismos el uno con el otro, aunque se notaba que, cada día que pasaba, estaban más enamorados.

Fernando y Charo se despidieron de ellos, pues emprendían el viaje de vuelta a Quintanar, mientras que Daniela y Gael caminaban abrazados de la cintura hasta el coche de él.

—Tengo un regalo de graduación, pero para verlo tienes que venir conmigo. Daniela se detuvo y colocó los brazos en forma de jarra.

—No será un coche, ¿verdad? —le preguntó con una mirada de advertencia—. Creo que ya hemos hablado varias veces de que no cambio a mi Sally por nada del mundo.

—No, no es un coche —rio.

Daniela tenía razón. En esos años él había intentado que cambiara de vehículo, pero había sido misión imposible.

—Menos mal, porque hoy no quiero discutir. Estoy muy muy muy feliz —proclamó, alzándose de puntillas para besarle en la mejilla—. Anda, vamos. Llévame hasta mi regalo.

Y así lo hizo, aunque antes de mostrárselo Gael le pidió que se colocara un pañuelo alrededor de los ojos, ya que, si lo veía antes, lo más probable sería que no le dejara hacer lo que tenía pensado.

Montaron en el coche y, al llegar, él le comentó que esperara un segundo. Ella asintió. Estaba nerviosa.

Tal y como le había dicho, enseguida Gael regresó junto a ella y la ayudó a salir del coche antes de cogerla en brazos, asegurándose de que no se le viera la ropa interior, aunque él estaba deseando quitarle aquel elegante vestido en tonos grises claros y blanco que dejaba por completo a la vista su espalda desnuda. Saber que no llevaba sujetador le volvía loco y su entrepierna comenzaba a cosquillearle.

Caminó con ella varios pasos hasta que la dejó en el suelo y, tras darle un beso en el hombro desnudo, le quitó la venda.

Daniela abrió los ojos y se sorprendió al ver que estaban en lo que parecía ser un salón sin amueblar. La única decoración que había era la chimenea negra.

—Vale..., ¿qué es esto? —preguntó confundida.

—Pues, si te gusta, nuestro hogar.

—¿Qué?! Gael, esto es... Dijimos que íbamos a hablarlo.

—Nena, nuestra relación se ha basado en dejarnos llevar, en movernos a favor de la corriente de la vida y, si te das cuenta, llevamos más de dos años viviendo juntos.

Gael tenía razón. Cuando la temporada se acababa, se trasladaba a León junto a ella. Al principio estuvo en casa de sus padres, hasta que alquiló algo sencillo, pero pasaba la mayor parte de los días en el piso que ella había alquilado cerca de la universidad.

En ese tiempo, sí habían hablado de vivir juntos, ya que habían comprobado que la convivencia entre ellos era muy buena. Como toda pareja, tenían sus discusiones, pero siempre terminaban arreglándolo.

Si lo pensaba, era verdad que llevaban mucho tiempo viviendo juntos, pero no lo habían hecho oficial.

—Quiero vivir aquí contigo y viajar a Alemania solo cuando el deber me obligue y que, cuando puedas y quieras, tú me acompañes; pero ahora quiero volver a vivir aquí, en León, cerca de mi familia y de ti. He vendido mi casa de allá y he hablado con Dustin; le parece todo perfecto y nos desea lo mejor. Si te das cuenta, seguiremos igual que como estos años atrás.

—Sí, lo sé —suspiró—. Tienes razón. Nos hemos dejado llevar y, gracias a eso, hemos encontrado una estabilidad y, ahora, un hogar —sonrió—. Pero tendremos que ir a Quintanar a por Calcetines. Seguro que Tore y ella se hacen buenas amigas.

—O Tore se la come.

—Ni de coña. Ya le enseñaré yo que a mi preciosa Calcetines tiene que cuidarla —rio—. Y, además, creo que Tore agradecerá instalarse aquí para olvidarse un poco de aviones. Cuando nos tengamos que ir los dos, la dejamos con tu madre o en una guardería para mascotas. Te lo agradecerá, porque, siempre que sabe que vamos a viajar, la pobre se echa a temblar y el día anterior se lo pasa vomitando.

Gael asintió y se acercó a ella para abrazarla por la cintura mientras contemplaba embobado su sonrisa.

—Entonces ¿qué? ¿Inauguramos la casa?

Como respuesta, Daniela se apartó de él, se quitó los tacones con un par de sacudidas y se desabrochó el botón del vestido sujeto a su cuello para dejarlo caer a sus pies y quedar desnuda, a excepción de unas braguitas demasiado pequeñas.

—Soy toda tuya.

Él la observó con una sonrisa lobuna y la atrapó entre los brazos para amarla con su cuerpo y celebrar un nuevo momento de sus vidas junto a ella. Junto a su mejor sueño.

AGRADECIMIENTOS

Hay tanta gente a la que quiero agradecer que no sé por dónde empezar, ya que son muchos los que me sobrellevan cuando escribo una historia.

Primero, a mis padres y a mi hermano, porque es mucho lo que me soportan en casa y el aguante que tienen a veces conmigo en mi época de estrés máximo.

Gracias a dos locas que son inspiración pura y que han estado ahí para responder cada una de las preguntas que les hacía siendo partícipes de mis historias. Mari, Alexia..., me alegra saber que siempre puedo contar con vosotras cuando os necesito.

A Moruena Estríngana, porque sin ella creo que no crecería tanto como persona y como escritora. Me has enseñado grandes cosas y has estado ahí, apoyándome y alegrándote por mis pequeñas victorias en este complicado mundo. He ganado una gran amiga contigo.

Al resto de mis lectoras cero: mi paisana Noelia Tejada, y María van Hoof. ¡Me ha alegrado mucho conocerte!

A Jone García y Marta Faus, porque entre vosotras dos habéis creado un gran personaje secundario que siempre guardaré en el corazón.

Al resto de mi grupo de futuras profesoras locas favoritas: Susana Álvarez, Elia Bastida, Laura Benedí, Marta Crespo, Marta Flores y Teresa García. Gracias por todas las agonías que soportáis en épocas malas y por alegraros conmigo al cumplir este pequeño sueño que tengo.

A Adelaida Herrera, por ser una gran editora, por ser un amor de persona y por darle una oportunidad y confiar en *Eres mi mejor sueño*.

Probablemente me deje a muchísima gente, pero quiero agradecer a todas esas personas que me apoyan y que me leen, o a ti, que estás leyendo esto; si es lo primero que descubres de mí, gracias por darme una oportunidad.

Y, por último, a toda todita mi familia (esto va para largo): gracias a mi abuelo Félix; a mis abuelas Nati y Luisa; y también a Mari, Miguel, Petri, Luisa, Felipe, Alejandro, María José, Miguel, Sofía, Sole, Macu, Basilio, Susana, Javi, Benja, Diana, Isi, Roberto, Patricia, David, Teresa, Alberto, Raquel, Diego, Felipe, Laura, Eleazar, Adrián, Ana, Joni, Sara, Daniel, Irene, Cintia, Félix, Nuria, Miguel, Carmina, David, Cristina, Gabina, Santiago, Candela, Victoria, Pilar, María, Luna, Tania, Pauli, Santi, Valvanera, Rodrigo, Rodrigo Jr., y a toda

mi familia de mi adorado pueblo. En los próximos agradecimientos os pongo, pero recordad que sois muchos. ¡Vayamos por tandas!

Y ya no sé qué más decir, así que lo repetiré por última vez: GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS.

Notas

1 (No soy perfecto / hay muchas cosas que desearía no haber hecho / pero sigo aprendiendo / nunca tuve intención de hacerte esas cosas / así que antes de irme tengo que decírtelo / solo quiero que lo sepas / he encontrado una razón / para cambiar lo que solía ser / una razón para volver a empezar / y la razón eres tú.)

2 (Siento haberte hecho daño / es algo con lo que cada día debo vivir / y todo el dolor que te causé / desearía poder quitártelo / y ser el que seque todas tus lágrimas.)



Clara Álbori nació el 22 de junio de 1996 en Logroño. Desde pequeña le gustaron los cuentos y las historias de los libros, pero fue a los trece años cuando descubrió que su pasión eran los libros románticos. Comenzó a leer libros románticos juveniles y poco a poco fue leyendo otros subgéneros dentro del panorama romántico. Pero su afán por escribir lo descubrió un día cuando se presentó a un concurso de relatos y lo ganó. Con ese concurso supo que su cabeza podría crear distintas historias. Estudia Magisterio de Infantil en la Universidad de La Rioja.

Eres mi mejor sueño
Clara Álbori

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, George Rudy / Shutterstock

© Clara Álbori, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-08-18071-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

La magia de aquel día

Clara Albori

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruena Estríngana

Amistad inesperada. Serie Sweet Love - I

Moruena Estríngana

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

La chica de los ojos turquesa

Jonaira Campagnuolo

Viaje hacia tu corazón

Moruena Estríngana

El chico del origami

Faith Carroll

Acróbata

Romina Naranjo

Mil gracias!!!!

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

